

ALFAGUARA



Manuel Longares

La ciudad sentida



ALFAGUARA



Manuel Longares

La ciudad sentida

LA CIUDAD SENTIDA
(2007)

Hablamos de una ciudad arraigada en el mapa y con muchos siglos de historia, una ciudad que pese a presentarse tal cual es, sin modificar el nombre de sus calles, ni el curso de su río ni la ubicación de sus monumentos, no parece la misma cuando se somete a la disección del cronista igual que el cadáver al bisturí del forense y en algún punto de su geografía muestra la cara oculta de la evidencia, ese hallazgo del que recelamos en principio, achacándolo a infidelidad de nuestra vista, cansada de indagar en tinieblas, aunque poco a poco absorbe nuestra atención y, a la manera del faro de la locomotora en la noche, que parpadea a lo lejos y conforme se acerca avasalla y deslumbra, así nuestro descubrimiento se acredita a fuerza de ser observado, por más que esa fisura abierta en el catastro no provenga de intereses económicos, como suele suceder, sino de una especulación literaria expresada por la vía del cuento.

Aviso

La feria de San Isidro fue un desastre, dirán que no hay dinero pero lo que falta es vergüenza. Los toros venían del Batán cansados y al primer capotazo se tumbaban. Acabarán sacándolos al ruedo en carretilla, los toreros les darán conversación, y en eso consistirá la faena. Ahora, después de la corrida, ningún aficionado sube toreando por la calle de Alcalá. Y de los presidentes qué decir, si con sus actuaciones no necesita enemigos la fiesta.

El mejor trofeo de esta isidrada ha sido la cazuela de rabo de toro que se despacha a los turistas en los figones de la plaza Mayor. Muchos de los que hacen la digestión por los alrededores son desvalijados y los que se resisten al atraco sufren lesiones o muerte. El pícaro que los ataca seguramente probó el mismo plato en el hospicio, en el correccional o en la casa de comidas, de donde se largaría sin abonar su precio.

También se distribuye este guiso en asilos y hospitales, aunque sin la vigilancia de los doctores, de modo que los que repiten ración se empachan. Pero tienen el consuelo de caer en cama y no acuchillados en una esquina por la delincuencia callejera o reventados y esparcidos sus restos, como los usuarios de los servicios públicos —trenes, aviones, autobuses—, víctimas del atentado o del error de los políticos.

La avaricia del contratista hunde los edificios y el cansancio del conductor estrella el autobús de pasajeros. Por caducidad de las instalaciones descarrilan los trenes y por la incuria de las constructoras se matan los albañiles. Raro es el día en Madrid sin un accidente de andamio. La sangre de los infortunados y el llanto de los deudos desbordaría los ríos de la provincia. Las autoridades presiden los entierros, pero no abandonan sus cargos ni aprietan a las empresas.

En la medianoche del viernes, barrio del Lucero, asesinaron a otra mujer. Sesenta años de buena salud, con una hija casada y un nieto. No hubo robo ni acoso, sino disputa conyugal. Los vecinos dieron la alarma porque no podían dormir con los gritos. Al principio los atribuyeron a la tele, pues su violencia se confunde con la realidad de la calle. Cuando derribaron la puerta y vieron a la mujer cosida a puñaladas estimaron cortas las quejas.

Se sospecha del viudo, pero todavía no se ha confesado autor del crimen,

porque cuando la justicia le buscó ya estaba huido. Un hombre corriente, sin antecedentes ni murmuración, carnicero de Legazpi. Por querencia escapó hacia Vista Alegre y debe de seguir por las inmediaciones del coso de la Chata. Aunque, más pronto que tarde, se personará donde juega su nieto, cerca del mercado de San Braulio, junto al metro de Urgel.

Entonces, acaso contará al niño por qué mató a su abuela y, si no acierta a explicarlo, le dejará en herencia su ejemplo. Cuando se educa a los hombres en que deben dominar a las mujeres y cuando las mujeres se prendan de la energía de un hombre, no cabe esperar sino violencia. La hija comenta a las vecinas que no perdona a su padre este crimen, pero delante de su marido calla porque le alza la mano y teme seguir el destino de su madre.

Un espanto tapa otro y, como la actualidad manda, ocurre lo que en los toros, que cuando están lidiando el quinto nadie se acuerda del que abrió plaza. Para sobrevivir a esta sangría hay que echarse los cadáveres al hombro, aceptar que dentro y fuera del ruedo todos tenemos fijada la hora y que, cuando ésta se retrasa, la presidencia lanza un aviso. Quien pisa la calle de Madrid arriesga tanto como el torero en el redondel, menos mal que disfrutamos de los atardeceres más bellos.

Se alargan los días y las noches se abrevian, comienza julio y no se respira ni en los parques. En el horno de Madrid se achicharra la gente, esto parece Auschwitz. Si para San Cayetano no ha llovido, ¿cómo se limpiará esta corrupción? Nada se decidirá en verano porque, al igual que otras veces, aguardaremos a resolverlo en otoño y, mientras estudiamos un remedio, se presentará el invierno y, antes de que nos demos cuenta, llegará la Nochebuena, que como vino se irá, y nosotros nos iremos y no volveremos más.

Leyendas

Sobre el paisaje madrileño y sus gentes circulan muchas fantasías ante la indiferencia, si no el desdén, de la ciudad involucrada en ellas, la misma que viste y calza un uniforme que, por lo bien que le cae, parece hecho a su medida y no diseñado por sus idólatras: es ese conjunto de mantón de Manila, clavel reventón y falda de céfiro que, bajo un cielo inefable, luce la más garbosa del barrio donde Isabel Tintero encontró en la basura el lienzo milagroso de la Soledad.

Estas hipérboles nacen en los jardines de la alameda de Osuna, en las escalinatas del mentidero de San Felipe o en la función de madrugada de Apolo y se propagan sin oposición ni debate entre los señoritos del trueno, los filósofos ilustrados, los clérigos de misa y olla, las escotadas del abanico o los jaques de la taberna taurina donde hay frasca de valdepeñas y fandango al atardecer; las apoyan los que construyen su patrimonio cultural con dos o tres refranes —pues no hablamos de honduras, sino de tópicos tan asentados en la mentalidad colectiva como el engrudo de chocolate que se bate a vida o muerte en el ruedo de la jícara con el tenso soconusco—; y quienes hoy las asumen se han olvidado de su creador y ni se molestan en exigirle daños y perjuicios.

El farol

Madrid se presenta a los geógrafos como un bubón en la meseta de Castilla. Su diseño no es ilustrado y francés, sino angustiado y ruin, y por eso a los literatos no les cautiva tanto su esqueleto como sus contenidos, lo que Vélez de Guevara llama el puchero humano, un burbujeo que define, a falta de otra singularidad, este antro de insatisfechos.

Para la vista de lince que a la distancia de Vallecas o Pinto traspase la polvareda alzada en la Corte por ciudadanos y carruajes, lo que se cuece en el Madrid de Cervantes, Góngora y Tirso de Molina recuerda una olla con garbanzos. Como ingredientes de esta cazuela, desvelados por los escritores costumbristas, figuran las artesanías. Cada una congrega a sus practicantes en una calle donde se maneja un vocabulario peculiar que, por imperativo de la competencia mercantil y de la guerra entre barrios, nace hermético para los que no son del gremio y se convierte en jerga.

Vive el madrileño en confrontación verbal continua. Gracioso con Lope, majo con don Ramón de la Cruz y menestral en zarzuelas y entremeses, pierde con los años el pelo de la dehesa para lucir su condición urbana de curioso parlante con Mesonero Romanos, o burócrata con Larra.

Todavía este madrileño considera distinguido regalar por Navidades gallinas, pavos y frutos del campo. Pero ya esa actividad agrícola no se desempeña en la ciudad sino en las afueras, desde donde acude el vendedor ambulante a ofrecer el producto genuino. Con ello, la fama agraria de la ciudad se desvanece: por los suburbios donde los abuelos cultivaron lechugas y honraron a San Isidro Labrador, campan ahora los golfos de la inmigración o el proletariado que invaden como lobos el centro de la urbe ante el recelo de las familias burguesas instaladas en esos cubículos llamados pisos, una tendencia de la nueva arquitectura ciudadana que desdeña extenderse a lo ancho de huertas y trigales para edificar en vertical, con la ambición del rascacielos.

En el entresuelo se establece un comerciante y el principal lo ocupa un

funcionario, que estará de servicio o será cesado por el gobierno de turno. Padres e hijos se reúnen en torno a la mesa camilla de la habitación más frecuentada, que por eso se conoce como cuarto de estar. Hasta ahí les llega —desde la calle o el inicio de la escalera— el pregón del campesino con miel de la Alcarria o melón de Villaconejos y al instante mandan a la criada a proveerse de su mercancía exquisita, con la que agasajarán a los miembros de la tertulia vespertina: los políticos relacionados con el cabeza de familia, el párroco devoto del chocolate con picatostes y el pretendiente de la niña, que estudia Leyes para superar el escalafón de su suegro.

Una tarde, la familia no recibe a sus contertulios porque pasea por Recoletos o fue al teatro a llorar con Echegaray o a reírse con Vital Aza. O a descubrir su antecedente, y con ello su identidad, en la revoltosa de una corrala castiza. Esa tarde, la criada mete en su cama al tratante que la deshonra. Deja entonces el servicio doméstico por el piso más coqueto que le costea un diputado con porvenir, o canta en un café de camareras o, desesperada loba de los arrabales, se prostituye por cuatro perras para dar de comer al hijo natural que concibe entre las páginas de la novela erótica de un Madrid que es canalla o señor por exigencia de la propiedad horizontal, o absurdo, brillante y hambriento cuando toma la calle y se sabe sin ley.

Esta metrópoli de forasteros queda abandonada por sus pobladores los días de fiesta. Obedientes al reclamo de la tierra, los urbanos tornan al campo y con ellos se desplaza el bullicio que dimana de la jerarquía administrativa de la ciudad, un rango que no merecen sus avenidas ni sus monumentos, pero que, como un don de la naturaleza, destilan sus habitantes. Porque, igual que el madrileño baila el chotis en un ladrillo, a Madrid le basta un rincón para hacerse capital.

Tres siglos después de aquella metáfora del puchero, la olla continúa hirviendo. Corte y suburbio, autopista y callejuela, buhardilla y corrala, soledad y vecindario sustancian ese caldo. Pero, más allá del espacio y del tiempo, a Madrid lo define un farol: el que encandila al iluminado de la provincia a conquistar la capital de la gloria y el que desde dentro proyecta su sentido figurado —¡qué farol!— para desaconsejar la participación del ingenuo en ese guiso de especuladores.

El asfalto

Ese chaval que vende gangas en el Rastro de la Ribera de Curtidores nada sabe del lugar donde se gana la vida hasta que una mañana lo aprende — deslumbrado por el farol capitalino—, y no a través de un libro ni de un vídeo ni porque ese día la ciudad le parezca inaugurada, sino gracias a la canción del tenderete más próximo, donde la chusma regatea las ofertas y Ramón Gómez de la Serna hace vanguardia con las antigüedades.

*¡Qué manera de aguantar,
qué manera de crecer,
qué manera de sentir...!*

Pero, antes de estrellarse en el asfalto o desaparecer con viento fresco, la melodía atraviesa las ondas como un suicida del Viaducto para que el chaval, al seguir su vuelo con la vista, descubra la caricia del Guadarrama en los árboles del Retiro y del Oeste, dos parques que son los pulmones de la urbe asentada sobre el esternón del Manzanares, el río que, si fue caudaloso de mozo, se le canaliza en su madurez, no vaya a pasar por agua las meriendas que en su orilla celebran por la festividad de San Isidro los habitantes de la capital de España, cuando salen de sus cubiles en busca de la verdura de las eras.

La fama de Madrid no tiene padre ni madre, en la incluso se acredita y a impulso de los cronistas traspasa la reja de las Comendadoras y circula por el mentidero de San Felipe en versos de Lope de Vega que recitan los cómicos en los escenarios del Príncipe o de la Cruz. Barbieri la pone en solfa y su tonadilla se interpreta en los saraos de la aristocracia, en los bailes de candil y en las pianolas de la burguesía. Pero baja de rango desde que Cuba se emancipa, y ya entonces importan menos las paradas militares de la Corte — aunque homenajeen a la infantería que combate en África— que los celos mal reprimidos de un cajista de imprenta cuando sorprende a su novia del brazo

de un boticario añoso por las calles donde los Austrias mataron a Escobedo.

El coraje de ese tipógrafo —Julián es su nombre y se significa en *La verbena de la Paloma*— se inspira en la rebelión de mayo de 1808 y pervive en la ciudadanía de la guerra civil de 1936, que aguanta tres años de bombardeos y cuarenta de dictadura con la impasibilidad de los cadáveres de la Almudena. Su leyenda atrae al aluvión gitano y árabe que construye su chabola en la periferia donde la nobleza franquista monta cacerías de rojos y da limosna a quien le besa la mano. En el andamio que se multiplica por el ensanche madrileño esos emigrantes cantan las rumbas de su terruño, y sobre las tablas del teatro Calderón alzan una catedral flamenca que propaga su destemplanza por esa desolación de uralitas —La Celsa, Villaverde, El Pozo—, donde Jorge Borrow y el padre Llanos pugnan por hacer santo de su cofradía a tanto ateo que se cree en la gloria desde que habita este infierno.

La convicción de que en Madrid está el cielo —de la que continuamente apostata el castizo, sin duda por cuestiones de tráfico— incorpora a su brisa estos sonos y los de quienes, a fin de gozar del paraíso de la Corte, ocupan las casas abandonadas por sus dueños. Para estos desplazados, Madrid es la meta donde se cruzan todos los caminos. Lo sabe el hombre que, pese a ser forastero, está tan vinculado al Madrid que canta como la sabina de su apellido a la tierra. Y ése es el artista que ha conquistado con su balada al joven vendedor del Rastro.

*¡... qué manera de soñar,
qué manera de aprender,
qué manera de sufrir...!*

Pongamos, por eso, que el chaval roba el disco en un descuido del encargado del tenderete y, entre gritos de denuncia, escapa a su guarida para escuchar esa canción que considera propia. ¿Quién se atreverá a quitarle lo que le pertenece? Así piensa el muchacho, pero uno de sus perseguidores lo derriba en la plaza de Jacinto Benavente, junto al coliseo cañí de sus abuelos, y con un pie en el pecho lo retiene hasta que la policía se haga cargo de él.

*¡... qué manera de palmar,
qué manera de vencer,
qué manera de vivir...!*

Podrían pasar siglos sin que su guardián se enterase de lo que pisa. Pero, poco a poco, capta el vaivén del corazón que oprime. Y como una melodía nacida de las entrañas de la tierra que sobrevolara la ciudad hasta perderse en el aire, reconoce en el latido la respiración del asfalto.

La Paloma

Por ser la Virgen de la Paloma, en la castiza corrala ornada de cadenetas — donde se venden horchatas, limonadas y sangrías, rosquillas tontas y listas, bartolillos y buñuelos, pipas, chicles y altramuces, garrapiñadas, piñones, dulce algodón de La Habana, porritas en erección y churritos enroscados—, las esbeltas carnes mozas, ceñidas y cinceladas en mantones de Manila, y los pollos de botines y ajustados pantalones trenzan bailes de manubrio acompañados de palmas y jaculatorias hondas, como es propio de quien tiene sangre española en las venas y le gusta que se inflame en honesta proporción cuando es tiempo de jarana.

Sirve de pista de baile un tablado carcomido que rinde honor a las musas griegas, romanas o etruscas —ni lo sé ni me interesa ni quiero buscarme líos y forzar la controversia si el personal no domina tan intrincada materia—. Y todo hubiese acabado en paz y gracia de Dios de no asomar sus contornos el boticario Hilarión con la Susana y la Casta, chulapas morena y rubia del distrito de Latina, y su tía Antonia Cuervo, momia avinagrada y ronca. Cuatro grotescos de feria que constituyen un grupo más redicho y postinero que las gratas atracciones de esta verbena ejemplar.

Son los mismos personajes del sainete concebido por Ricardo de la Vega con música de Bretón —representado a porrillo desde su estreno en Apolo—. Pero no se trata aquí de repetir la comedia de los celos dislocados del tipógrafo Julián, que enmudecido se esfuma de esta parodia sin guasa con mohín de chuletilla, sino de contar la historia, en muchos puntos morbosa e inadecuada a menores, de su convecino Cancio, a quien por nombre de pila impusieron Homobono unos padres sin vergüenza, pues sólo por ese detalle que tuvieron con el hijo —y nadie opina distinto aquí, ni en el otro barrio— merecen ir al infierno tras abrazar el garrote.

El tal Homobono Cancio, joven de pocos estudios, de luces muy apagadas y de rentas invisibles —mas no por burlar a Hacienda, sino porque está a dos velas—, no hubiera alcanzado fama ni salido en los papeles —hundido en su

cuchitril de la calle del Amparo— si el boticario Hilarión no lo saca a colación esta noche de verbena. Pero se suspende el baile para dar paso al concurso de recitados y chistes que en el programa de fiestas figura a continuación, y entonces don Hilarión y su cortejo temible acceden a la tarima dispuestos a armar el taco y llevarse los billetes del premio gordo —o su accésit— con la representación del sainete escatológico que, inspirado en la leyenda del pobre Homobono Cancio, a ritmo de chotis cantan.

Oigamos, pues, a Hilarión iniciar el cronicón: «Apoteosis —exclama—, apoteosis, Homobono va a operarse de fimosis». «¿De fimosis?», cantan ellas. «De fimosis —dice él—. Y lo teme más que una tuberculosis pues no quiere someterse a la anquilosis de la parte que es opuesta al sacro coxis». Abanicándose el moño de sofocada que está con la descripción científica, la *señá* Antonia blasfema como una arriera mientras sus sobrinas Casta y Susana brindan al público sonrisas de cortesana y desprendimientos de cadera.

Calla al fin la *señá* Antonia, sus sobrinas se moderan y don Hilarión pondera con acento sepulcral: «El asustado chaval interpelaba al doctor: “Por favor, imagine algo mejor que yo tengo por mis partes gran fervor”». Se desgarran el personal con la descripción carnal y el versificador añade confidencial: «Mas la novia que sufría de neurosis desde que él era remiso con la dosis —“¡ay, la dosis!, ¡ay, la dosis!”, repiten Casta y Susana agitándose como cocteleras—, le incitaba a la cruel metamorfosis: “No te resistas, mi amor —susurraba angelical—, que saldrás del hospital hecho un primor”».

«Esa novia cargada de razones, para hacer de Homobono hombre cabal —subraya don Hilarión como si diera un pregón—, planteaba abusivas condiciones, reiterando esta línea argumental». Y el narrador achacoso dictamina sentencioso: «Homobono, Homobono, si te operas, te perdono lo que me hiciste pasar; mas si tratas de escapar, por mis muertos te lesiono, mira que ya no razono, después de tanto esperar».

«Homobono practícase la anquilosis», anuncia don Hilarión a su expectante afición. Y en la pausa que propicia, sazona la malicia: «... y a la novia se la llevó una trombosis por no estar habituada a la apoteosis». Avanza la tormenta desde la montaña del Príncipe Pío, relampaguea en el Campo del Moro, la tía Antonia se descoyunta, culebrean las ninfas, truena sobre la bóveda de San Francisco el Grande, se reblandece el asfalto, vuelve a

su marco el cuadro de la Paloma y el personal parrandero de la corrala castiza se guarece bajo techo del destemplado aguacero que desluce cadenas y farolillos apaga, mientras don Hilarión apostilla al auditorio cotilla: «Aproveche el respetable la lección que se ofrece en la siguiente conclusión: quien aguarda tanto tiempo la ocasión, no resiste, cuando llega, la emoción».

El garbo

El paseo de Recoletos guarda memoria de esa niña vestida de blanco que salta a la comba o mueve la rueda del barquillero mientras cortejan a su ama gallega soldados y marineros cerca del aguaducho instalado entre lo que hoy es plaza de Colón y la calle de Bárbara de Braganza, frente a la Biblioteca Nacional. Ahí acude a refrescarse el trío compuesto por el novio, la novia y la mamá de ésta, fatigados de pasear por el Madrid finisecular sin conversación ni rumbo. Y ceremonioso los saluda quien en ellos encuentra materia para su sainete, el músico de género chico, amigo del compositor de *La verbena de la Paloma*, que al dirigirse al teatro Apolo por el mismo paseo donde se hallan el baile del Elíseo y la fuente de Cibeles, cautiva la mirada de esa niña pulcra —que de adolescente cantará sus zarzuelas— con el divertido dibujo de sus bigotes.

Esos bigotes, los del maestro don Federico Chueca, son tan blancos en los primeros años del siglo veinte como el traje de aquella niña que, ya mocita, exhibe su almidón immaculado por el paseo de Recoletos. Y lo hace, pese al sacrificio que supone mantenerlo limpio, porque cuando regresa de las clases de costura por el espacio del aguaducho —donde el municipio ha levantado una farola de gas para impedir los desmanes de los rateros— despierta más atención en los muchachos que luciendo otros colores. Este interés se expresa en el piropo del que la aludida finge desentenderse porque es desconfiada y tiene dudas sobre su atractivo. Pero una tarde le estalla la sangre, ya que no le parece escuchar la consabida alabanza, sino algo nunca oído que durante más de mil noches ella se dirá, como Sherezade los cuentos, para sentirse viva.

Un ejército de modistas y planchadoras se ha esmerado en provocar esa seducción desde que ella nació hembra y horadaron sus orejas para los pendientes. Hoy tiene veinte años y no hace falta ser militar y jurar bandera para homenajearla con salvas. La capa de la tuna le sirve de alfombra en el asfalto abrupto y todas las clases sociales elevan sus gorras, bombines e incluso tricornios. Pisa, morena, le cantan; y, a su paso, Carrere improvisa,

Rubén se pasma, Valle-Inclán cecea, Gerardo Diego detiene el taxi que le conduce a la tertulia del Gijón y hasta los parroquianos ateos del café Teide, que desde los ventanales situados a ras de suelo la ven desfilando incendiando las baldosas del paseo de Recoletos, condensan en ella la gracia de Dios.

El jovencito que la espera con un ramo de violetas junto a la farola del aguaducho la desposará en la iglesia de Santa Bárbara y le dará todos los hijos que el Señor quiera enviarles. Estallan guerras, Valle-Inclán se vuelve estatua y el taxi de Gerardo Diego, leyenda. Por el tramo de Recoletos aún resuena el clamor que suscitaba su anadeo, pero ya son sus hijas las que ofuscan los desvalidos ojos masculinos. Como antiguamente, el chispazo se produce en el territorio de la farola de gas que ahora es sede de un café en el que las damas pueden permanecer solas sin que nadie lo censure.

Y aunque nuevas mujeres inspiran el interés que ella despertó en su día, ella insiste en pasear por donde triunfó de joven. Todavía el vendedor ambulante situado a la entrada del café la requiebra con la rosa de olor y qué bonita o con un pensamiento del jardín de Aranjuez. Son años muy bien llevados, le reconoce el hombre al regalarle la flor. Aquella belleza magnífica hoy se ha convertido en una exageración, ni la imaginación más fatua la recobra. No hay testigos que la reivindiquen —porque las fotos, mejor romperlas—. Pero ella se niega a claudicar y aún emite destellos de su encanto: el latigazo de la mirada y ese aire que le abre camino y se desplaza con ella como una escuadra de gastadores cuando apoya su envergadura en un bastón. ¡Y ese reconocimiento alimentará su recuerdo mucho después de que una tapada de Carnaval tome su mano una tarde en el paseo de Recoletos y en un suspiro la deposite en la otra acera de la vida!

Casticismo

*A José María Varo
y Concha García Cruz*

El asfalto de Madrid, que es pasarela del garbo, se resquebraja de gusto cuando el torero castizo Exuperancio Posturas —un hombre para dar hambre a cualquier clase de hembra que decida echarse al hombro— va con su mozo de espadas por la calle de Encomienda a esta hora de sobremesa en que, sin ganas de siesta ni de tertulias taurinas, busca aliviarse la pelvis y no un trivial pasatiempo.

«Cual arcipreste o lotero», rememorará el cronista, «el lidiador demandaba la preferencia de paso». Un macho es sexualidad y propende al disparate si se le niega el desahogo. No se achaque a prepotencia el capricho de Posturas cuando en la calle del Oso delega en su subalterno el manejo de la aldaba. La resonancia de bronce estremece a proxenetas y pupilas del burdel. Pero aún más la pretensión que el torero reivindica sin equívoco posible: «Me calzo a la Machaquita y no me avengo a suplentes».

Y, rubricando el aserto, aparta de un puntapié a los esbirros de guardia y devora la escalera y el resonante entresuelo y se introduce en la estancia donde en decúbito prono y desnuda de artificios le sonrío Machaquita en el lecho de barrotes. Enardecido y galante ante la ninfa ninfómana, corresponde el postinero con devolución de prendas. Saltan primero sus botas, el metaplasma después, enseguida los calostros, los testarudos, las ligas, los petos y las mantecas, el dondecuándo, las bolas, los rebotes, los rancajos, el melisma y el barcino, que nunca se lo ha mudado. Sólo queda la coquilla para tenerle en pelota, cuando un alguacil suplica —en el centro de la calle, como un ciego de nación— el concurso del torero para un extraordinario. «Haga este favor, Posturas, a la Corona española —dice traspasando el quicio de la alegre mancebía—, sálvenos de esta cornada».

«Ni Dios, ni Patria, ni Rey —le replica Machaquita con la leche avinagrada —, el amor es lo primero». Pero Posturas es hombre y, como tal, responsable.

Su leal mozo de espadas —que lo viste y lo desviste de torero y de bonito en el hotel y en la plaza— se trajina a una lagarta en un camarín lejano. Posturas no lo molesta y discretamente sale del dormitorio galante de la infeliz Machaquita corito y algo empalmado. Su apostura maravilla a la modista francesa y al capellán de la Corte: «Porque sé que vuelve el macho —cantan cura y costurera—, no me lo quiero perder».

Ya está al cabo de la calle Exuperancio Posturas, cuando desde la azotea del tugurio licencioso la mano de Machaquita arroja sobre sus hombros la capa de Luis Candelas para que su holgado paño cubra sus alzadas partes. Como si fuera Nerón, o el pirado de *Yo, Claudio*, Posturas se arroja en ella, y así vestido de tuno, promete ensartar al toro que se escapó del cajón en el que era transportado y siembra de horror y muerte el paseo de los Pontones.

Desde el tendido del siete recomiendan pasodobles para marchar con salero hasta el lugar de los hechos. Un musicólogo oscuro rescata la partitura, y en menos que canta un gallo la bailan las modistillas y la tocan las pianolas. Niños de San Ildefonso se ofrecen para los coros, y en honor del gran torero, hijo de Navalcarnero pero afincado en Madrid, las campanas de San Pedro redoblan con entusiasmo. Ya sonrío la Cibeles, ya Neptuno se engalana, ya sudan la gota gorda los bueyes de San Isidro, y en la clausura se trenza a toda prisa un hojaldre para que tapice el pecho del aguerrido Posturas, igual que un escapulario.

¡No te cabe un alfiler, ribera del Manzanares! Hay tartanas con bandurrias y criadillas lustrosas, cometas del pintor Goya, panderetas de sonajas, peleles para el manteo, chisperos y destrozonas, caballos que al de Espartero superan en atributos, repique de castañuelas, locuras de Carnaval y el clan de majos manolos con sus majas y majetes en manuelas de majeza. Junto a Ramón de la Cruz, una cabellera de ébano estimula la dentera de Cayetana de Alba.

Muge la fiera en Pirámides. En los lugares de culto proliferan rogativas, en la cripta del Remedio, adornada con testículos y falos de quita y pon, los mozos de rompe y rasga imploran al Santo Niño con la mano en el paquete, y hasta en las plazas de toros se maldice al astifino que convierte al ensartado por su violencia de género en rapado de entrepierna, cual castrado Farinelli.

¡Olé con ole Posturas en la Puerta de Toledo!: su sentido de la fiesta alerta al chisgarabís y emociona a los cabales. De rodillas y elocuente, Posturas brinda al monarca —aupado a una talanquera como un demócrata más— y dibuja con la izquierda cinco naturales, cinco, y un lento pase de pecho que la

cátedra jalea. Vuelan cigarros, billetes, castoreños y botijos alrededor del artista. «Eres macho, maricón», le grita un despendolado. Un sublime afarolado y el desplante oro molido descomponen al morlaco y rematan la faena, si breve dos veces buena, como elogia el alguacil, paisano del gran Gracián.

Con vistoso abaniqueo, Posturas trastea al bicho hasta dejarlo cuadrado. Desenvainando el acero, se perfila de puntillas y en un tris le hace la cruz. Del tajante volapié rueda el toro sin derrame con la espada en las agujas. «Soy un paleta sin suerte —se le escuchará gemir al desmandado animal antes de rendir su alma en el asfalto insalubre—, me perdí en el gran Madrid». Posturas le corta orejas, rabo, pata y la testuz. En un gesto de largueza cede a la beneficencia lo que queda de la res y con igual deferencia jura llevar un apéndice del desventurado astado a la yerma Machaquita, que en el lecho de barrotes masculla jaculatorias para que él regrese entero de su espinosa misión, la monte como un jabato y sin quebranto transite de una corrida a la otra.

Arrastrado por la chusma, el ejecutado viaja al frío desolladero, donde será troceado por el hábil matarife. De ahí partirán sus sesos, jarretes y paletillas a hospitales, orfanatos, cuarteles, tascas, asilos, fielatos y mancebías a recibir el aliño de las sabias cocineras. Desde el puente de Toledo a la Puerta de Alcalá se avisará del banquete. Hombres, mujeres y niños con dientes o desdentados —pues poco importa mascar cuando el hambre hay que matar— engullirán a conciencia hasta la más fina hebra de aquel astifino fiero. Relamiéndose de gusto, el ecuánime cronista de esta novedad gozosa describe la conmoción que se adueña de la Villa con tan excelso motivo: «En el día de la fecha, todo Madrid come toro». Y mientras Posturas vuelve al burdel de Machaquita a hombros de costaleros bajo un cielo encandilado por el deleitoso aroma del guisote encebollado, los amigos de lo ajeno —conocidos como *ratas* e incluso puestos en solfa por don Federico Chueca— desvalijan a los cándidos que se suman al cortejo.

Personajes

A la luz de un candil que se enciende tan fácilmente como se apaga, los paisanos de esta capital de la bulla alzan sobre sus hombros al torero de cartel o a la imagen pía. El escritor curioso —impertinente o no— los observa desde la ventana de su gabinete y en la madrugada los traslada a sus crónicas periodísticas que se agruparán en libros de primorosa composición y difusión escasa.

La mayoría de estos madrileños se expresa en su jerga y con el empaque del autorretrato: son los españoles pintados por sí mismos. Unos, convertidos en héroes de leyenda, grabarán su esperpento en los blasones municipales. Otros, sistemáticamente perseguidos por los intolerantes de sotana o de espada, actuarán de tapadillo y con el silencio del cartujo en sus raros momentos de libertad.

Con el tiempo, la ciudad cobra la importancia que sus habitantes pierden. Los tipos pintorescos son sustituidos por contribuyentes anodinos, caracterizados por el instrumento que se les asigna al censarlos: si es adolescente, el patín; si asalariado, una hipoteca, y si delinque, la cárcel, esa cara despiadada del universo que ni de noche se muestra a los turistas.

Sin pena ni gloria discurre la existencia de estos personajes y de modo nada relevante se produce su muerte en una cama de la Seguridad Social, en el asilo de ancianos o en su vieja casa amenazada por la especulación y junto a los cuatro trastos de su mejor época, cuando iniciaban la vida sin sospechar que habría un instante en que recordarían su pasado con el énfasis de los soldados veteranos al contar sus batallas.

Carteristas

A Antonio Soler

En Madrid le quitaron la bufanda a Tom, el teclado a Susi, la cantimplora a Junior y los billetes de avión a Tremp. Soy tan metódica que reuní estas informaciones en un documento de mi ordenador: mientras Gloria visitaba el *Guernica* y Florence los servicios, los carteristas se llevaron las gafas de Gloria y la pomada de Florence. Aún fue más rápido lo de Nico y Lash: cuando terminaron de besarse, les faltaba el maletín con el látigo de Lash y las esposas de Nico. Esto sucedió en las Vistillas, donde a Tony le robaron el bate de béisbol, a Peter la hamburguesa, a Charly el pasaporte, a Rita el protector dental y a Ted el compacto de los Joteros de Amposta. A Deborah, que iba descalza en la procesión de Medinaceli porque le encanta meterse en los charcos, le cambiaron la mantilla azabache por un mantel de hule. En la plaza de Las Ventas se apoderaron de los leotardos de Nancy y de los chicles de Jack. Entre dos estaciones de metro, Bill sintió cosquillas en la ingle, creyó que era pis y salió del vagón en calzoncillos. Algo similar a lo de Winona en la piscina del hotel, que tomaba el sol en biquini cuando se quedó desnuda.

¿Monipodio en Madrid? Me dicen que estos cacos son generosos y devuelven parte de lo que sustraen. No los documentos ni el dinero ni las joyas, pero sí la ropa íntima femenina. La entrega en un barracón de la Casa de Campo un experto en reflexología podal. Con él perdió Jane el anillo de compromiso, y aunque dijo en su casa que fue limpiando el pescado, ya su marido tramita el divorcio.

Con estos antecedentes en mi ordenador portátil, vuelo a la patria de los bandoleros románticos. Viajo con grabadora, móvil y preservativos para curarme en salud. No descansaré hasta encontrar el cuartel general de los *ratas* —como llaman a los ladrones en España—; desde Navacerrada hasta el Rastro los buscaré a pecho descubierto. Con la navaja entre los dientes y el corazón en la liga vengaré el expolio. Escucha mi aviso, Madrid, castillo

famoso, quiero tener en mi disco duro a quienes dejan a los japoneses sin Polaroid.

Decía mi madre, de confesión mormona, que la boca, mejor cerrada que tragando sapos. En Barajas a nadie se le ocurrió atracarme con tanto taxi libre. Pero en la ciudad pasó de todo: en Cuchilleros me afanaron la cartera de piel; en Preciados, el monedero de plástico; en Antón Martín, los pendientes de bisutería, y en Neptuno, una gorra del Aleti. Recordé lo que decía mi madre: siempre hay oportunidad de abrir la boca. Yo la tenía desencajada del pasmo, eran tan hábiles estos cacos que no me enteraba de cuándo me desvalijaban. Me concedí un día para pillarlos, y son tan galantes que no se hicieron esperar: en la puerta del Retiro me arrebataron la sortija y en el estanque, el reloj. Voceé en la grabadora: «Dispongo de pruebas», y me quedé sin aliento cuando no la vi en mi mano. Enrabetada, agarré el móvil y al tercer número tecleaba al aire.

La mormona de mi madre decía a mi padre: si cierro la boca, no entras, pero si la abro, te instalas. Desde el teléfono del hotel, que por estar colgado en el pasillo es más difícil de desplazar, describía al comisario el retrato de mis ladrones cuando la comunicación se cortó y, como en los cuentos de magia, un gitano con patillas me restituyó el móvil que me habían hurtado. Un detalle que no era gratuito: el jefe de estos irregulares, el ilustre Luis Candelas, quería conocerme.

Ya dijo don Lucas Mallada que España es un presidio suelto. Soy más calculadora que una Canon, por lo que fui a la entrevista con el ordenador y los preservativos. Tardó nuestra limusina en cruzar la Castellana más que la diligencia desde Rota a Madrid. Para distraerme en el atasco de tráfico no recurrí al ordenador, sino a los preservativos. De modo que entré en el despacho de Luis Candelas tan relajada como si volviera de la sauna.

Es un entresuelo de trescientos metros cuadrados en la Puerta del Sol. Me había figurado a Luis Candelas con capa y antifaz, pero viste de tuno y canta meloso. Ante el jefe de los ladrones madrileños me quejé del trato dado a los extranjeros, leí en el ordenador los nombres de las víctimas y expuse mi caso: en mi primer día en España, ocho robos. Indignada, saqué el móvil: «Mr. Candelas —murmuré—, voy a denunciarlo».

Con urgencia me facilitó los teléfonos de todas las policías nacionales, municipales y autonómicas. No le movía la arrogancia, sino el afán de ser reconocido. Y expresó su frustración en un bolero dedicado a las fuerzas del

orden: «Mírame, mírame mucho —decía el estribillo—. Ya no sé qué hacer para que me mires».

Truhanería

A Juan Carlos Peinado

En estos días que corren, lluviosos y destemplados, de enero de 2006, una muchacha llamada Machaquita Roncesvalles, cuya historia contaré en octosílabos blancos, se presenta en las rebajas de unos grandes almacenes provista del miriñaque que heredó de Luis Candelas. Con una bronca de aúpa por lucir tales arreos la despide su mamá, que a punto de jubilarse, no se sabe bien de qué, lee el porvenir en los naipes de don Heraclio Fournier a una clientela rúcana, que paga con dos besitos el dictamen favorable y si le vienen mal dadas suele mentarle a su madre, la conocida prendera de la calle de la Abada que en nuestra cruda posguerra se dedicaba a la usura sin practicar exclusiones políticas o raciales, ya que abría su despacho —y su sedienta entrepierna— a todo bicho viviente y, a cambio de una alianza de pedida en matrimonio, entregaba sangre frita o puré de San Antonio, que a este extremo dadivoso se ha llegado entre los pobres.

La madre de esta prendera descendía de otra dama de facciones trogloditas y de torso cincelado cual la grupa de un camello, pues de la doble joroba de su divina pechera sacó el máximo partido en tiempos de Alfonso XIII amamantando al bastardo del señorío andaluz, madrileño y vizcaíno. Y esta señora fue cría —paradojas de este mundo— de una mujer de la vida que en un burdel de Arganzuela realizaba su trabajo con hartos dolor del cuerpo y pesar de corazón, dado que era su querencia ser hembra de un solo hombre, Exuperancio Posturas, el renombrado torero nacido en Navalcarnero, que a orillas del Manzanares reventó de una estocada a un prófugo del toril, un caballero a la antigua, castizo, perdonavidas y empalmado infatigable —de pasmosas prestaciones, dicen las que lo probaron— que siempre la quiso bien, mas para pasar el rato en concupiscente holganza y no para desposarla por la Santa Madre Iglesia.

Como estos antecedentes no eximen a Machaquita del recelo del experto —pues eccehomo parece cuando se engalana el cuerpo—, no extrañará que

los guardias de los grandes almacenes sospechen cuando la atisban con atuendo escandaloso: coleta que se prolonga desde la cresta hasta el coxis, cual doble espina dorsal; pendientes en las orejas que bajan hasta sus hombros, a modo de estalactitas; un anillo diminuto que el labio inferior perfora; arandela en las narices igual que los africanos necesitados del Domund; en la garganta, el dogal de huesecillos salvajes ensartados con paciencia por píos ecologistas; por calzado, unas abarcas de campesina bretona o de coro de *Maruxa* —también *Molinos de viento*—; en la pierna, gorda lana de cabrito emasculado; y de ahí hasta más arriba —esa zona que el pudor ni la compra ni la vende—, el miriñaque aludido en el párrafo primero, una especie de canasto que abomba sus mantecosas traseras y delanteras. Y si algún lector deduce que Machaquita patina por exhibir esas trazas en un día de rebajas, cuando más práctico fuera vestir moñales, belfucas, jotambres, costralupecios, roldanios y cadofutis, le diré que es estrategia pensada por Machaquita cuando sueña con la gloria de una cámara indiscreta que la saque por la tele.

¡Qué bonitas las rebajas, perla del Mediterráneo! Lo cantan los altavoces de los grandes almacenes y Machaquita lo baila con desplantes y vaivenes propios del trastabillado, que ahuyentan a la clientela. Por locatis y gamberra los guardias la reconviene y en el cuarto de calderas la registran marimachos. Del cacheo se deduce que Machaquita albergaba en sus fajas y refajos lo que encandila a un diabético: sopa de almendras, bizcochos, caramelos, gominolas, leche condensada, flanes, nata líquida, turrone y bombones de licor. El malicioso interroga: «¿Tienes los justificantes de tantas adquisiciones?». Machaquita reacciona: «Me lo pide mi ADN, ¿quiere usted mejor aval?». Aparece el miriñaque repleto de mercancía que no pasó por la caja: transistores y compactos, consolas, tampones, blusas, fragancias y pan de molde. «Soy presunción de inocencia», alegará Machaquita. «Se te va a caer el pelo», le pronostican los guardias. Y en el nombre de la ley, de las reglas del mercado y la propiedad privada, zurren sin contemplaciones su cresta de puercoespín. «¿Aquí quién roba primero?», desafía Machaquita, intentando protegerse de la tunda de los guardias. «¡Pero si bajamos precios!», le replica el comerciante con el dengue socarrón del avariento Harpagón. Se la empapela por hurto, se manda aviso a su madre —que de pitonisa falla más que escopeta de feria— y en el furgón celular se la conduce ante el juez.

Milagro

A Emilio Pascual

Transcurrió mi infancia en las iglesias del barrio de los Austrias. En sus sacristías me enseñaron a leer aquellos sacerdotes que nos guiaban a hostias por el camino del bien. Yo sigo besando sus manos severas en mi parroquia del barrio del Pilar, esa parroquia que introduce su tejado, como la nariz de un chismoso, en la azotea de una vecina.

Entre los muchos objetos de aquellas sacristías había unas imágenes que los sacerdotes paseaban los días de procesiones y alquilaban a particulares el resto del año. Por una limosna alojabas a una en tu casa durante siete días. Mi madre la colocaba enfrente de mi cama para que bendijese mi sueño. Pero yo no conseguía dormir, y eso era indicio de mi temor de Dios, según mis maestros de manos ligeras.

Al morir mi madre, los sacerdotes me enviaron a una vivienda tan chica del barrio del Pilar que terminaba al abrirse la puerta. En el espacio habitable, no dividido por biombos o tabiques, reuní mi patrimonio: una cama, un armario, una cocinita y, junto a ella, el retrete, con un ventanuco para respiración y luz. Una casa minúscula, pero suficiente, y no tan oscura que no pudiera acostumbrarme.

A un palmo de mi ventana se levantaba un muro por el que se filtraban unos rezos con el aroma de mi antiguo barrio: ¡aquella colegiata de San Isidro, aquella cruz de Puerta Cerrada, aquellos cilicios y cachetes! Porque amo los villancicos y las saetas, las torrijas y los mojicones, acaricié el muro. Fue igual que si hubiese llamado a una puerta: inmediatamente comparecieron unos sacristanes con la imagen peregrina, como en tiempos de mi madre.

A cambio de unas monedas y mil avemarías, viví con ella durante una semana sin pegar ojo. Cuando vinieron a retirarla, invoqué mis antecedentes religiosos para solicitar una prórroga. Un clarete de misa y mucho amor fraterno en las partes sensibles les convencieron más que mis súplicas, y

mientras rezábamos el triduo de la buena muerte y el rosario completo, examinaron las escrituras de mi propiedad inmobiliaria.

Desde entonces me proporcionaron imágenes de forma gratuita y sin límite de plazo. Para hospedarlas, vacié el armario de ropa, clausuré la cocina, sellé el retrete y hasta las tendí en mi cama mientras yo me acostaba en el suelo sin soñar con los angelitos. Mortificaciones llevaderas, porque si necesitaba socorro tocaba la pared y desde el otro lado me mandaban indulgencias.

Conforme caían las escamas de mis ojos, me familiarizaba con aquel paraíso donde se celebraban consagraciones, confesiones y comuniones. Así que cuando esa pared que me separaba del templo se derrumbó igual que las murallas de Jericó, pasé a formar parte del culto como el rayo de sol por el cristal, sin contrato ni cédula.

De modo tan sencillo mi casa se convirtió en dependencia de la parroquia. Hoy mi cocina es la pila de bautismo, mi cama un reclinatorio y mi armario un altar. Me muevo entre imágenes y del techo cuelgan exvotos. Es cierto que he perdido la poca luz que tenía y que ya no me da el aire sino el incienso, pero pertenezco al cuerpo místico, como deseaba mi madre, donde los bienaventurados somos insomnes.

No imitó mi comportamiento la vecina, que denunció a los tribunales la invasión de su azotea por nuestro tejado. El juez ordenó derribarlo y, al enterarme, preparé un apólogo teatral con mi grupo de catecúmenos. Los alguaciles se situaban junto a la Epístola, colorados como diablos y con la cara y las manos pintadas de negro; enfrente, nosotros, con palmas de mártires y coronas de espinas. Ellos leían el edicto de demolición. Mas cuando el obrero alzaba la piqueta igual que Abraham el cuchillo sobre Isaac, un ángel con espada se descolgaba desde la cúpula de la iglesia, como en el Misterio ilicitano, y los ponía en fuga.

¿Qué le voy a hacer, señores, si soy creyente y me educaron en el milagro? ¡Loado sea el parvo Gándulo, al que un hisopazo le repuso las gónadas succionadas por un caimán! El agua de la Fuente del Berro incentivó el portento, porque de haber utilizado para ese propósito la del Lozoya le hubieran brotado en la entrepierna garbanzos de Fuentesauco o judías del Barco. ¡Viva, pues, la gracia de Dios! Mis ojos se humedecen cuando los bueyes de San Isidro aran entre Pinto y Valdemoro; me encanta ponerme en la piel del cocodrilo yacente de San Ginés y me edifico con las peripecias de cada exvoto del Santo Niño del Remedio.

Así es mi fe, caballeros, me la suda la ciencia. Convocado por mi superior, acudí a su despacho igual que el ciervo al manantial, sin olfatear peligro para nuestra representación dramática. ¿Acaso nuestra vecina podía derrotar al símbolo de la fe? Mas cuando mi superior me comunicó el fin de las hostilidades entre ella y nosotros, reaccioné tocado en mis fundamentos. Había sentido donde duele la embestida de Sodoma.

Si a Saulo la verdad le tiró del caballo, yo acababa de caerme del guindo. Ansiaba la paz de espíritu, pero el Maligno me susurraba: «¿Quién es ese al que los vientos y el mar obedecen, sino el secreto bancario?». Para una imaginación forjada en lo sobrenatural, como la mía, decepcionaba el desenlace del pleito con la vecina de la azotea. Ciertamente, la aparición celestial no se acompaña hoy de extravagancias atmosféricas. Pero un poco de paripé nunca sobra, y ese milagro de suspender el derribo de nuestra iglesia, que yo pretendía escenificar con mi grupo de teatro, no tenía relación con lo que había sucedido. Porque, según la información de mi superior, no nos había salvado el cordero de Dios, sino el becerro de oro.

Yo pretendía deslumbrar con fantasías y tramoyas a un auditorio abrumado por la evidencia. Nuestros espectadores, con empleo precario o sin empleo, debían embelesarse en ángeles y demonios y asumir que el favor de los cielos nos preservaba de males. Pero ellos sabían ahora que no había frenado a nuestra denunciante el Dios de los Ejércitos, sino una aportación en su cuenta corriente.

He tenido que ajustar mi espectáculo a la realidad: lo que concebí como un auto medieval sigue los cánones de una novela negra. Mis jóvenes parados y ancianos sin pensión aplauden cuando de las alturas no baja un ángel sino un copón con euros. Todos comprenden el significado del símbolo: el dinero hace milagros y el verdadero milagro es disponer de dinero. Pero yo aún mantengo dudas de escrupuloso: la sangre licuada de San Pantaleón, ¿es normal o súper? ¿Los huesos de San Expedito son semilla de cristianos? Y ¿por qué ir a la cola de Jesús de Medinaceli si es más rápida una transferencia?

El paleta

A Israel Prados

Procedente de la Andalucía profunda llegué a Madrid por cuestiones agrícolas. En la estación de Atocha indiqué la dirección al taxista y le aconsejé el itinerario más conveniente. Con modos poco diplomáticos me contestó que conocía bien su oficio y, aún mejor, el callejero de la ciudad. Por menospreciar mis sugerencias, nos enganchamos a una caravana electoral que recorrió el paseo del Prado, la Gran Vía, la plaza de Oriente y la Puerta del Sol. Cuando la policía de tráfico nos desvió del mitín y aparcamos en la fábrica de piensos, que era el objeto de mi viaje a la capital de España, el comité de recepción se había cansado de esperarme.

Soy hombre del campo, sin dobleces ni protocolos. Enfadado, no quise abonar la carrera y me defendió el guardia de seguridad del edificio. La confrontación entre el taxista y el guardia dejó al autónomo del volante ondeando como un lelo la banderita del partido político cuya ruta habíamos suscrito. Al poco de llevárselo la ambulancia vendado hasta las cejas, un municipal se personó en el lugar. Agradecí su diligencia en levantar el atestado y replicó con un ataque preventivo porque, pretextando oler la biznaga de mi solapa, manoseó el contenido de mi billetera mientras su lengua castellana indagaba en mi cavidad bucal.

Con premura —y un ribete de celos—, el mismo guardia de seguridad que envió a mi taxista al quirófano me desplazó sin contemplaciones para emprender el boca a boca con el agente municipal. A través del telefonillo de la conserjería denuncié mi soledad y un representante femenino del comité de bienvenida prometió ocuparse de mí. Mientras la aguardaba, aporté al apareamiento de los dos uniformados —que era risueño y ardiente— los consejos sexuales que mi enclave turístico atesora desde los fenicios. Pero, por la atención que ambos hombres me prestaban, recordé al Bautista cuando predicaba en el desierto.

Del picante espectáculo me retiró la funcionaria Ángela con hospitalidad

menos efusiva. Enzarzados en una conversación meteorológica, subimos en ascensor hasta la altura dominada por una azafata que, nada más abrirse la puerta, me tomó a su cargo. Deprimida por la ausencia de anticiclón en el próximo fin de semana, Ángela se hundió por donde había venido, mientras yo me enardecía con la voluptuosidad de mi nueva acompañante, que deshonoró su nombre de Virtudes en el primer aseo que hallamos.

No habíamos procedido a desunirnos cuando Ángela reapareció —como quien ha olvidado la bufanda— para trasladarme a una salita donde me preguntó sobre las repercusiones de la lluvia amarilla en vegas y huertos. Quizá no satisfice su curiosidad, porque desapareció tras colocarme frente a un televisor que mostraba una manifestación de vehículos por el centro de Madrid. Entre los afiliados del partido político que organizaba la comitiva y financiaba el anuncio de la tele, identifiqué el rostro, aún sin vendas, del conductor del taxi en el que había viajado desde la estación de Atocha.

Había actuado de figurante en aquella comparsa. No sería la única sorpresa de la pantalla, porque los dos servidores del orden que se habían acoplado delante de mí se desengancharon con agilidad circense y solicitaron el voto para una agrupación homosexual de la Baja Campiña. En la siguiente secuencia que ofreció el televisor observé que mis palabras sobre fenómenos atmosféricos, pronunciadas a requerimiento de Ángela, apoyaban las imágenes de una cooperativa vinícola. Pero mi perplejidad no tuvo límite cuando aquel desnudo de Virtudes en el retrete donde estalló nuestra pasión se convirtió en reclamo ecologista.

¿Todo lo que estaba viviendo desde que salí del tren se utilizaba para las elecciones? Era la pregunta adecuada, pero me absorbía el cuerpo televisado de Virtudes, que parecía posar para un zoológico. No le escatimé mi homenaje íntimo y cuando me ahuecaba los pantalones para secar el derrame apareció un adefesio. Moviendo las caderas igual que una noria, me incitó a seguirla. Penosamente imité su vaivén, porque mis manipulaciones recientes me instaban a caminar a horcajadas. Con este salero accedí a las dependencias del caballero con quien deseaba entrevistarme. Por fortuna —me advirtió su secretario al rociarme con desodorante—, no guardaría antesala.

El despacho estaba oscuro y en un silencio religioso. De parte a parte lo cruzaba una viga que, como en el caso de la parroquia del barrio del Pilar, trataría de invadir el inmueble vecino con el candor de los hijos de Dios.

Había un aroma a incienso que se mezclaba con los olores agrarios, de establo y sementera, de mi niñez. Después de cinco horas de tren, dos de taxi y otras dos en los interiores de esta empresa, me recibía en audiencia tan alto personaje. Desde una distancia incalculable le oí decir que aplazáramos la cita, ya que, en periodo electoral, el absentismo era la norma de comportamiento ciudadano. «Ahora en Madrid —señaló con desenfado— nadie está en su sitio ni cumple con sus obligaciones; se dedican a buscar votos». Y por la rendija de luz de la puerta le vi colocarse la corona de santo y salir a la Pradera con los bueyes y el altavoz por el que lanzaba consignas.

Poetas

A Raúl Aguilera

«De todas las bellas artes, prefiero la poesía.» Proclamo esto en un bar de la calle de Echegaray, durante la medianoche del sábado, y la concurrencia me insulta. Aludo a los que parecen interesados en lo que digo, no a los que de vez en cuando levantan el botellín y gritan «vale» o «tus huevos» para que les deje en paz. Y sé que muchos nunca reconocerán que hicieron rimas en su edad moza —y por ello me niegan más que Pedro al Nazareno—, y otros callarán que, aislados del mundanal ruido, pintan en sus vacaciones montañas o marinas y los fines de semana cargan el coche con sus cuadros y los venden con un megáfono en las urbanizaciones de diseño. Es decir, que se manejan con el arte igual que yo en mis orígenes líricos.

«Poesía», recalco. Y al pronunciar el término del excelso virus, mi memoria me conduce por las calles deshabitadas del Madrid de posguerra. Es la primera hora de la tarde y camino por la acera izquierda del paseo de Recoletos en dirección a la plaza de Colón. Sé que la mayoría de los poetas de España circulan en sentido contrario. Pretendo que al cruzarme con ellos —y es tan estrecha la acera que bajaré a la calzada para cederles el paso— me traspasen su blando céfiro. Y supongo que con él como acicate para mi inspiración, escribiré los versos más tristes esta noche.

Pero yo no estaría trabajando de representante de la mejor funeraria privada de España —¿coronas, hachones, crucifijo?— si se hubiera producido tan anhelado roce. La culpa es mía, seguramente, que no supe medir los tiempos ni calcular las distancias. Muchas veces, la acera izquierda del paseo de Recoletos quedó libre a mi transitar impaciente, porque ni un solo poeta o artista del hambre coincidió conmigo. Y otras muchas en que estuvo a punto de suceder lo que yo tanto deseaba, los poetas de España me ganaron por la mano y entraron antes que yo en el gran café Gijón.

Menciono ese local en el bar de la calle de Echegaray y, abrumado por la diferencia entre un lugar y otro, pido perdón por comparar a Dios con un

gitano. Pero hubo quien llevó a Cristo al café de Fornos —así tituló su artículo en *El Imparcial*— y la Iglesia ni rechistó. Sólo con respeto, pues, evoco aquella gruta literaria del paseo de Recoletos. Y me coloco junto al teléfono de fichas ubicado en una esquina de la barra, colmada de gente de la farándula que trabaja en el cercano teatro María Guerrero o el más distante Infanta Isabel —viven todavía Isabel Garcés y José Luis Alonso— y se deja ver en esta pasarela. Con envidia recuerdo a un galán de alta comedia, hechizo de las féminas, acodado en el mostrador, el pitillo entre los dedos y con el limpiabotas a su servicio.

Pero yo, como soy poetilla, que dicen en Cultura Hispánica, proyecto mis ojos más allá de esta gloria de Talía, y también rebaso la tertulia de los pintores de la Escuela de Madrid y me dirijo, entre las nubes de tabaco que fomentan embrujos y demás equivocaciones de la realidad, hacia las mesas del fondo del café. Y, en concreto, me detengo en la reunión de ilustres glorias del Parnaso y de alguna musa que es modelo de pintores y pega la hebra con ese vate que está tan loco por sus hechuras que es capaz de escribir, en horas veinticuatro o quizá menos, un soneto a sus ancas de rana.

Requerido a partes iguales por la dama y por su juventud creadora, ese poeta se levanta de la silla y se despide de sus contertulios y del presidente de aquel cónclave —marmóreo ciprés de sombra y sueño—. Pellizca el aire con los dedos, acude el camarero a cobrarle el café. Abona el poeta el importe y sobre su mano extendida se depositan las monedas de la vuelta. Pero una peseta aturdida brinca, resbala y cae.

Mas no besa el suelo, sino que se posa en el zapato del poeta. «¿Qué hacer?», pregunta en ese instante Jean-Paul Sartre en el café de Flore. Y mientras el mundo entero cavila una respuesta comprometida yo, desde mi rincón del Gijón, contesto: «Poesía cada día», porque veo que el poeta levanta a media altura el zapato donde brilla la moneda y durante una eternidad permanece así, como la grulla, hasta que al fin el camarero comprende, alarga la mano y recoge del pie de su cliente la propina. «¿No os cautiva el lírico gesto?», pregunto a la peña del bar de la calle de Echegaray. Pero ya todos se han cansado de escucharme.

Zúñiga

A Felicidad y Adriana

Seguramente Juan Eduardo Zúñiga conoce el riesgo de pisar la calle. Por eso, al rebasar el portal de su casa, pone la mano en la pared de los telefonillos, como para concederse un respiro antes de acometer la audacia. De un vistazo, mide la temperatura del parque del Retiro y, con más lentitud, las corrientes que vienen a su izquierda y su derecha por la avenida de Menéndez Pelayo: carteristas, garbosas, pueblerinos, toreros y supersticiosos. Y, ya advertido, adelanta el pie y traspasa la frontera de España.

Frente a lo que pueda indicar su gesto, Juan Eduardo Zúñiga no es hombre retraído, sino andarín. Recorre las calles de Madrid —«Cedaceros, donde se hacían cedazos»—, utiliza sus transportes públicos, es un habitual del aire libre, y esa experiencia le enseña a desenvolverse en un espacio comprometido. Madrid podrá ser una llanura en la meseta manchega, pero su baldosa es traidora. Inesperadamente, el pavimento se rasga en zanjas, abismos, boquetes. Ni el palo del ciego prevé estas rendijas indiscretas que fracturan las extremidades del caminante y le obligan a entablillarlas y guardar reposo. Ningún madrileño ignora o desdeña esta amenaza, de ahí la prevención de Zúñiga al abordar la calle, incluso cuando no está hundida por los obuses.

Eso ocurrió durante el asedio de la ciudad por las tropas de Franco. Entonces Zúñiga, como tantos madrileños, adquirió la cautela —que ya se le hizo costumbre— de mirar a ambos lados del portal antes de salir de casa. Tres años duró el cerco de hambre y muerte. Vino luego la paz de una guerra civil, y los que habían esquivado las bombas y los disparos tuvieron que evitar la cárcel y los fusilamientos. Si la guerra les había enseñado a huir de los vencedores, en la paz aprendieron a disimular su condición de vencidos. El ostracismo fue la opción vital del derrotado, la clandestinidad el modo de cumplirlo y el silencio la única manifestación consentida al escritor privado de la palabra.

En la larga posguerra de casi cuarenta años, una legión de desposeídos redime sus penas con la alucinación o la quimera. Zúñiga los ha visto en la cola del racionamiento, en el hospital de beneficencia, suplicando trabajo al capataz o depositando el relicario de valor sentimental en el mostrador del prestamista. Un puñado de ellos se propone que la tierra sea un paraíso. Otros guardan en su memoria palabras salvadas del expolio de la guerra pero prohibidas en la paz, que se murmuran como una jaculatoria para no olvidarlas.

En ese campo de concentración poblado por supervivientes amordazados o sin vocabulario, el escritor trata de reconstruir la tradición literaria. Por eso, mientras se emplea en oficinas sin historia y alterna con quienes desconocen la existencia de libros, transmite bajo cuerda el volumen cuya difusión no se permite y cultiva la escritura en una soledad radical, sin comunicación ni resonancia.

Pasan los años, y este escritor va dejando su huella con la humildad del que ejerce una tarea indiferente para los demás, pero tan entrañada en su vida que renunciará a lo que le impida desarrollarla. De esta manera, con la tenacidad de la hormiga por no abandonar su surco, Juan Eduardo Zúñiga levanta su obra. Eligió para expresarse el género literario más selecto y arriesgado, el cuento, porque, como dice con modestia, da la medida de su respiración. Para el lector es un regalo que aparezca en las librerías, con la discreción con que Zúñiga toma la calle, un nuevo testimonio de su magisterio.

En las nubes

A Miguel Galanes

En ese salón burgués que se abre a las visitas en la tarde de los jueves, y donde una criada guineana enviada por la hermana misionera de la señora de la casa atiende a los invitados —que debaten sobre las novias del heredero de la Corona—, el primogénito de la familia, un adolescente con gallos en la voz y espinillas en el mentón, pisa la alfombra con el cordón del zapato derecho suelto y la madre exclama: «Este chico está en las nubes».

Y mientras la tertulia se enfrasca en elegir princesa —¿rubia o castaña?— para el hijo del rey, el muchacho, que acaba de suspender un examen de Historia del Arte en el colegio jesuita de la calle de Alberto Aguilera, al verse ignorado por el círculo de amistades de su madre, ni saluda ni se despide ni se ata el cordón del zapato, empuja a la criada africana, corre por el pasillo tragándose las lágrimas, entra en su habitación, cierra la puerta, se asoma al balcón que da a la calle de Ferraz y prende su sensibilidad enfermiza del crepúsculo que enrojece la arboleda de Rosales.

Esas nubes granates, acardenaladas y varicosas, que forman durante la agonía del sol un cortejo equivalente al de los reunidos con la madre del muchacho en el salón burgués cuando apuntalan con sus ocurrencias las preguntas de la anfitriona sobre las cualidades de la futura reina de España —¿casera o zascandil?—, se desvanecen conforme se apaga la tarde. Unas nubes viajan a latitudes favorables para su supervivencia; otras, indefensas ante los elementos adversos, se agazapan en la oscuridad que invade el espacio, y otras se niegan a una disolución tan rápida y prolongan su anacronismo adoptando configuraciones extrañas.

Estas nubes, es cierto, permanecerán en el mismo lugar donde las eclipsó la noche y, agarrándose a la superficie del cielo, igual que la lapa a la peña, resurgirán al alba como salvadas de una catástrofe. Pero nadie logrará identificarlas ni sabrá cuánto tiempo estuvieron ocultas o de dónde proceden, de modo que bien pueden parecer nuevas a ese jinete de un caballo lento que

llega a este punto geográfico de Madrid tres siglos antes de que sobre ese mismo terreno, talado y deforestado, las inmobiliarias construyan viviendas de lujo y por una de sus ventanas asome su desesperación un alumno de los jesuitas.

El hombre arrima el animal junto a un árbol, planta en el suelo el caballete, toma paleta y pincel y, en la serenidad del instante, admira el conjunto de retamas y encinas que puebla el monte de El Pardo en los alrededores del Manzanares, donde los ciervos se agrupan bajo un dosel de nubes. La tentación de reflejar esta naturaleza parece vencerle. Pero, como la familia real costea su trabajo, cierra los ojos a este hechizo, evoca al mozo con rango de serenísimo que es el pretendiente al trono de España y, forzando la realidad, lo coloca sobre un caballo cuyos cascos simulan aplastar ese paisaje que hubiera querido realzar y que se arrincona al fondo del cuadro con un trazo débil, vergonzante.

Los nombres del príncipe y su pintor han pasado a la Historia del Arte y el estudiante de los jesuitas de Areneros no se perdona haberlos olvidado en el examen. Pero su disgusto no inquieta a los mayores de la tertulia reunida en su casa, que conceden a la peripecia académica del adolescente la misma dimensión secundaria que cobra el paisaje en los retratos de la realeza. Y sin preocuparse del sentimiento defraudado del muchacho, comentan los devaneos de la sangre azul.

Suena el timbre de la entrada, acude a abrir la criada guineana y el trágico anuncio del policía desencaja su rostro. Pierde fulgor el día, y las visitas, desconcertadas por la incidencia, revolotean en el salón en torno a la anfitriona, igual que los vencejos en el crepúsculo. En la acera, a unos metros del cuerpo caído, queda el zapato del cordón suelto. «Este chico está en las nubes», recuerda haber dicho la madre antes de que la memoria se lo repita sin tregua.

El patinador

A Marcos y Conchi

«Si de verdad les interesa lo que voy a contarles», murmura Caulfield posando el monopatín en el suelo. Cierra la puerta de su piso en la urbanización de Lacoma, baja en el ascensor y sale a la avenida de la Carretera de la Playa, que es como vivir junto al río Hudson. Y Caulfield, que no ejerce de guardián del centeno aunque pudiera dedicarse a ello si le aprueban en el instituto, conduce el monopatín de la mano, como si fuera su crío, en esta primera hora de la tarde del sábado, cuando otros adolescentes como él, en su habitación de hijos de familia con banderines en las paredes, aspiran a ganar la competición que se convoca en la pista del Parque Sindical para desquitarse de los desfavorables resultados de los exámenes.

Desde la Carretera de la Playa a la llanura de El Pardo hay una pendiente que Caulfield desciende encima de su tabla, situándose a la derecha de la calzada, prácticamente en el arcén. Caulfield se desliza por el asfalto con una tranquilidad sabia, su madurez asombra a todo el mundo menos a sus padres, que ven más riesgos que beneficios en su odisea con el monopatín, incluso le han prometido un coche si deja este ejercicio de fin de semana. Pero Caulfield contesta que su transporte es menos arriesgado que otros, según las estadísticas oficiales de percances. Todo un cerebro de la dialéctica, este Caulfield.

Seguramente lo más parecido a su viaje sea la aventura de un barco en alta mar. Pero Caulfield tiene la ventaja de que, conforme avanza a bordo de su tabla por la Carretera de la Playa, se le revela el paisaje escondido entre urbanizaciones y chalets, de modo que encuentra motivos para alegrar la vista y no aburrirse tanto como el que, desde la barandilla de la cubierta de un buque, contempla el monótono horizonte de cielo y agua. Claro que Caulfield tampoco debe recrearse en el panorama que se extiende frente a él —por más que merezca la pena— y desatender la conducción de su propio cuerpo sobre la madera, que discurre a una velocidad de crucero para no perder el

equilibrio o desbocarse.

Llega así al punto más peligroso del recorrido, porque la bajada se curva antes de afluir a la riada de El Pardo y el patinador debe moderar su impulso para no invadir ciegamente el camino que atraviesa. Lo más socorrido es desmontar de la tabla y cruzar andando; pero el patinador sabe que está unido a su medio de transporte y no puede abandonarlo, sino aguantar el sufrimiento y superar el riesgo con cálculo y habilidad, lo mismo que si estuviera ante el tribunal de oposiciones a profesor de instituto y de su ejercicio de Francés dependiera su colocación laboral y su matrimonio con la chica que sostiene su dentadura superior con un alambre.

Esa chica terminó su trabajo de fisioterapeuta a mediodía y ya se encuentra en la pista del Parque Sindical. Caulfield la ve coqueteando con los jugadores de rugby, como si él no existiera. También distingue a sus padres, con gafas de sol y un cucurucho compartido de palomitas, en una zona de la grada. Están un poco alejados del núcleo de adolescentes que ansían la gloria de precipitarse con el monopatín por ese cuenco de bajada y subida y, ya en lo alto, cuando el patinador ha tomado carrerilla para dibujar una acrobacia en la que parece tocar el cielo, girar vertiginosamente sin despegar los pies de la tabla y descender por donde se ha venido.

Esta tarde de sábado, Caulfield vuela en la pista y triunfa, aunque alguna vez caiga sobre el cemento con la sonoridad de aquel adolescente que se estrelló en una acera de Rosales. Caulfield regresa cuando la sombra del atardecer oculta los chalets. Mientras remonta la pendiente de la Carretera de la Playa, muchos jóvenes marchan con el monopatín en sentido contrario al suyo, dispuestos a repetir sus estrategias y heroísmos. Caulfield entra en el barrio de Lacoma, abre la puerta de su piso y besa a la mujer con dentadura de alambre. Y al sentarse junto a la cuna donde su heredero duerme, piensa que cuando uno se entera de que la vida sólo tiene trayecto de ida, empieza a echarla de menos.

Los difuntos

«De olor y qué bonitas», pregona la florista junto a la verja del camposanto de la Almudena mientras los vendedores dismantelan los puestos de rosas y arrojan los tablonos de los andamios a la camioneta de motor encendido. Y su voz, en este momento de la jornada en que la noche avanza sobre la tierra y salen del cementerio los últimos visitantes, se hinca como un navajazo en la sensibilidad del huérfano.

Es el primer día de noviembre, fiesta de Todos los Santos, y huele a humo en el descampado del suburbio que rodea el cementerio. La tarde conserva el frío de la mañana, pero no su claridad de diamante, y a esta hora en que más solos se quedan los muertos, un viento poderoso barre la paramera del extrarradio con el ímpetu de un escuadrón.

Se enciende el alumbrado público y apetece el amparo de las estufas domésticas. Con la cabeza inclinada para protegerse del huracán baja el huérfano de la mano de la mujer de luto por la antigua carretera de Aragón y, a la altura del arroyo Abroñigal y de la plaza de toros de Las Ventas, la imaginación del adolescente busca otras geografías más allá del horizonte negro de chabolas: la meseta de Castilla barrida por el cierzo, el bosque gallego animado de fantasmas o la pendiente de la aldea vasca que una anciana sube con dificultad a esta hora en que el huérfano la recuerda de un verano anterior, encaminándose a la parroquia abierta para el rosario vespertino, mientras el acordeón asmático de un marinero arrullaba sobre un fondo de mar agitada.

Todavía es pronto para que en la taberna del puerto o en la fraga de Cecebre o en la dehesa de la llanura castellana, junto a la lumbre de la chimenea y el tazón de caldo que templó el estómago, se mencione a los antepasados. Poco antes, la mujer de luto había anunciado al huérfano, señalándole el alto nicho de la necrópolis de la Almudena: «Ahí está tu padre». La estampa del familiar emparedado persigue al adolescente mientras vuelve a casa por las calles mal iluminadas y habrá de sobrecogerlo en

noches sucesivas, cuando en las tinieblas se le aparezca el rostro lívido que hace días descansaba en el féretro sobre el colchón de la cama más grande de su casa, entre cirios y susurros.

En las evocaciones desapacibles de su orfandad, el cementerio se relaciona con el hospital de pasillos interminables donde su padre recibía cuidados de las monjas de la toca corniveleta. La enfermedad y la muerte, esas dos categorías aprendidas tan temprano por el huérfano, excitan su sensibilidad en la noche gélida.

Se sienta el adolescente junto a la radio del comedor mientras la mujer de luto prepara la cena en la cocina. En la habitación, deliberadamente a oscuras para que el encendido del aparato no dispare la potencia contratada y haga saltar los plomos, las voces de los actores desvanecen poco a poco de su imaginación agobiada las figuras de los difuntos.

*Luz de donde el sol la toma,
hermosísima paloma
privada de libertad...*

Muy propia de estas fechas es la función de teatro que se retransmite. A su conjuro, la fantasía del huérfano se traslada a mundos menos desolados y en el vértigo de la rima se mece, tenorio, inconfeso y mártir, como si el verso cincelado o el ripio extravagante fueran la sonrisa del sueño.

El asalariado

Trabajo en una editorial comprometida con la literatura que no puede publicar a Kafka porque no alcanza nuestros mínimos de venta. En esta inquietud artística me debato cuando mi jefe me cita en su despacho con un timbrado largo y otro corto, que es mi identificación laboral. Y al recorrer el pasillo que nos separa, me acuerdo de cuando los madrileños tenían dos empleos, uno de mañana y otro de tarde, y otro más los domingos que, al no ser de carácter fijo, como los anteriores, se llamaba «chapuza». Entonces al trabajador se le pagaba en mano, por Navidades se le regalaba puré de San Antonio, pasaba las vacaciones de agosto en una residencia de Educación y Descanso y sólo podía ser despedido si escupía a Dios o pegaba al jefe.

Tantísimos años después, no sé bien si mi jefe me convoca para que le pegue o le escupa, porque hace días planteó que negociáramos a las claras mi situación en la empresa, como dos personajes de ese realismo sucio que nuestra editorial vende tan bien. «¿Por qué no abaratar tu despido?», sugirió. Yo entiendo que aquello del doble o triple empleo, la estabilidad laboral y las legumbres por Nochebuena estaba relacionado con el Caudillo cuando era centinela de Occidente y en los hogares se cenaba sangre frita. Entonces, si no presentabas papeles sin antecedentes penales y con adhesiones al Movimiento, ya podías pedir trabajo por amor de Dios que te lo negaba el encargado de pagar la nómina con billetes. Hoy, las democracias arrastran gravámenes más sutiles, como el desfaldo de los patronos, la muerte de los albañiles en el tajo, la contrata de moritos a pan y agua y una jubilación equivalente a la que se me propuso.

Suele comentar mi jefe que, desde que se ha abaratado el despido, trabajar en Madrid es un lujo. Y añade que la primera diferencia entre nuestros tiempos y los de Kafka es que ahora las madrileñas se han echado al monte y, cual pintados pajarillos, alegran con sus trinos y revoloteos las oficinas. Al verlas alternando con sus compañeros de nómina en demoledora competencia, aunque con salario inferior, ¿quién añorará a las taquimecas de

falda de tubo o a las que ponían puntos a las medias con la ayuda de un flexo de cuarenta vatios?

Esta fiesta del trabajo en que se ha convertido Madrid no es aquella de la muñeira en el Bernabéu en la tarde del Primero de Mayo franquista, sino algo tan absorbente como un libro de Kafka. Excepto sábados y domingos, en que colecciona fascículos o se postra ante la televisión, el madrileño trabaja de lunes a viernes, desde primera hora de la mañana a última de la tarde. A mediodía come en el restaurante más próximo: lentejas los lunes, cocido los martes, judías blancas los miércoles, paella los jueves y potaje los viernes. Comparte el almuerzo con sus camaradas mientras difunde mensajes a través del móvil. De vuelta a la oficina, prepara café en la cocinita comunitaria, copula o se masturba, y con ello amplía sus prestaciones a la empresa. Mas aunque le ceda su día completo, sus sueños y lo más íntimo de sus entrañas, siempre será para ella un eventual.

Encima de la mesa de mi jefe veo una foto de Kafka que sostiene un periódico como si fuera una pancarta. Seguramente piensa en mí, y no como editor, al reivindicar un espacio vital que no lo ocupe el trabajo. He dado a mi empresa cuarenta años de los sesenta que tengo y sé que dejarla será echarme del mundo. «¿Estás dispuesto a negociar?», pregunta el jefe. Besándome los dedos se lo juro, y cuando me indica que no dispone de presupuesto bastante para indemnizar a alguien tan veterano como yo, le corto: «No hablemos de dinero, que cada vez vale menos». «Me gusta que seas razonable», observa mi jefe. «Quiero dar facilidades —resumo—. Si no hay dinero para echarme, págame en especie». Una sonrisa canalla enfanga su expresión: «¿Masajes, ninfas, estupro?», propone marcando un teléfono erótico. «Algo más íntimo —me enternezco—, algo que me recuerde lo que dejo en esta oficina después de tantos años de servicio». «¿Por ejemplo?», tantea dominador. Y le respondo: «A cambio de despedirme, dame uno de tus ojos».

Le miro con los dos que gasto y el silencio se adueña de nuestra negociación. Al rato, me levanto, hago un guiño a Kafka y me marcho como si acabara de asaltar el Palacio de Invierno. Tengo pocas esperanzas de que mi jefe me complazca. Mas, cuando giro para despedirme, le veo leyendo con un ojo tapado. El izquierdo, naturalmente.

La hipoteca

A Santiago Velázquez

Al despertar aquella mañana de octubre, tras un sueño intranquilo, Domingo pidió hora en el ambulatorio para el médico de cabecera. Había pasado mala noche, se fatigaba. Para justificar su ausencia en la oficina, adujo un catarro. No se atrevía a llamarlo gripe, aunque los síntomas coincidían: neuralgia, decaimiento, pinchazos en las articulaciones. Mas, cuando consultó el termómetro, no tenía fiebre.

Domingo vivía con sus padres en el barrio del Pilar, en un piso minúsculo que compraron sus abuelos con la venta de unas tierras en el pueblo. Ahora sus padres habían ido allí a las fiestas de la vendimia y Domingo no quiso inquietarles con esta bobada de su salud. Por lo mismo, cuando Pili le telefoneó, extrañada de no encontrarlo en la oficina, tampoco le habló de su malestar. Como habían iniciado los trámites para adquirir una vivienda más allá de la barriada de las Penurias, pero con vistas a la sierra, le explicó que pensaba invertir la mañana en gestionar el préstamo que solicitaron en el banco.

«Lo que usted tiene son nervios», le tranquilizó el director de la sucursal bancaria. Domingo debía firmar diez hojas de letra menuda, vigilado por unos quince impacientes que ansiaban sucederle en la formalización del requisito. Fuera del establecimiento, la fila de suplicantes de créditos blandos o duros doblaba la esquina y los médicos de urgencia socorrían hemiplejias y partos entre los que guardaban cola, porque muchos contraían traumas, parálisis o embarazos mientras acarreaban documentos, siempre insuficientes. Domingo se felicitó de haber conseguido tan joven una hipoteca. El préstamo abarcaba treinta años, una distancia aceptable para su esperanza de vida. Hizo este cálculo y se le acentuó su debilidad. «Pruebe yogur con miel —le aconsejó el director—, renueva la flora».

«Nada de yogur», le significó el médico del ambulatorio, pero coincidió con el director del banco en inculpar de su dolencia al aparato nervioso. Le

remitió al especialista en tics, y aunque éste no podía atenderlo antes de un cuarto de siglo, Domingo se congratuló de pertenecer a una lista de espera. Le parecía tan distinguido como poblar de críos los metros cuadrados de su superficie habitable. En la barriada donde Pili y él aspiraban a codearse con la *crème* de la burbuja bruja, estaba mal visto tener menos de cien hijos por matrimonio. Domingo imaginó a su esposa pariendo niños como si fueran hebras de carne picada y notó un sarpullido en las extremidades que pronto se transformó en brezo, útil para aislar piscinas de la mirada curiosa. No se había dado cuenta hasta ahora de que todos los que firmaban un préstamo vivienda, como él, lucían brotes similares que indicaban su grado de compromiso con los pagos. En su oficina, por ejemplo, Pedro tenía un perchero donde la nariz, Juanma disponía de una bañera alrededor del vientre y Dolores cargaba a su espalda una cocina completamente amueblada. Rosario, siempre descocada, mostraba una cama en cada pecho y, en el canalillo, una cómoda.

Con el tiempo, Domingo se acostumbró a ir desnudo de cintura para arriba y no por tomar el sol, sino para lucir su salón con chimenea. Había convertido su frente en una puerta blindada y era su rostro el pasillo que conducía al cuarto de estar. Los dormitorios y la terraza con jardineras se repartían hábilmente por sus piernas y un tejado de pizarra le cubría lo que se supone. Faltaba por amortizar el retrete, y aquel sábado empezó a sentir el desánimo de cuando diagnosticó como constipado lo que era asunción de responsabilidades. Habían comprado patatas fritas y cervezas para seguir el partido de fútbol en la televisión de casa de los padres de Pili. Cuando el portero rival detuvo el primer disparo de su equipo, Domingo vio un bidé en los ojos de su novia y le gustó que compartieran incluso las preocupaciones domésticas. Pero no sintió el retrete en sus entrañas hasta que los suyos metieron el primer gol. Entonces, definitivamente hipotecado al piso de sus sueños, Domingo se dirigió a la ventana y liberó su cuerpo de la vida.

El proceso

En la larga lentitud del mes de agosto, Gregorio cultiva la pereza y renuncia a la memoria, suspende reuniones privadas y actividades públicas y, a la manera del girasol cuando se acopla al capricho de su amo y dócilmente le acompaña en su vuelta a la tierra, se pliega a una jerarquía que asume la dirección de su vida con la petulancia de un cómico rancio, más preocupado de llenar el escenario que de matizar su papel.

Al levantarse por la mañana tras un sueño de bebé o cuando emerge de las siestas de orinal y pijama como si saliera de la tumba, Gregorio contempla el mundo a través de la rejilla de sus ojos entornados. Y lo mismo que el filtro de la persiana reduce el panorama del observador a cambio de proporcionar más sombra, así él limita su perspectiva, y desentendiéndose, por ejemplo, del avance de la delincuencia menuda y de las adquisiciones inmobiliarias de la Iglesia, se mira el ombligo.

Una naturaleza cómplice de su indolencia borra sus antecedentes laborales. En contra de lo que tenía por costumbre, todas las horas de la jornada se igualan en importancia y ninguna despunta y si, de acuerdo con este principio, él decide cuándo desayuna, almuerza o cena, también al otro lado de la ventana el ambiente se contagia de esta mansa anarquía y no se entiende la continuidad militar del semáforo en una calle sin vehículos, con el carril del aparcamiento inútilmente ganado a una rácana circulación de automóviles donde vibra la estela, ni siquiera estruendosa, del que, con todo el terreno a su disposición para la maniobra suicida o el paseo a velocidad de tortuga, se pierde en el horizonte sin haber avisado de que se acercaba. Fue una exhalación, y Gregorio lo interpreta como una pesadilla de duermevela o un espejismo.

Al desaparecer la cortina de coches que tapa los edificios, y lo mismo que cuando cae la costra de una herida, las fachadas se despejan y su desnudez resulta patética, ya que nadie traspasa sus puertas, asoma a sus ventanas o enciende las luces. Sin vida que mostrar, esa arquitectura se convierte en un

decorado. Pero los caserones deshabitados fascinan con su anacronismo, tienen la gallardía del retén en el desierto y, por eso, en algún momento del interminable verano, esas oficinas cerradas y esas viviendas sin inquilinos emiten por sorpresa el eco de su vitalidad antigua. Semejante alteración del orden es una impertinencia, la reclamación del súbdito a su dueño y, como tal, sin rango para sobresaltar a los que en las lejanas playas de la costa puedan sentirse concernidos por la queja de sus centinelas.

Los ausentes envían testimonios de su bienestar a esta desolación ciudadana, preferentemente postales salpicadas de un júbilo grotesco. Pero otro día alguien adelanta su regreso, y esta comparecencia, dramáticamente enlutada o atraída por imprevistos de fontanería, es el augurio de que la excepcionalidad concluye. Poco a poco reaparecen los que se marcharon —la mayoría, con la hipoteca vacacional grabada en su piel—; el espacio urbano se comprime para acogerlos, los aparcamientos se llenan, destaca en las ventanas la trabajadora de la limpieza, alborotan los chicos en las escaleras y a la entrada de los grandes almacenes comentan los viajeros sus impresiones de feliz cansancio. Con ellos la ciudad resucita de su condición veraniega de necrópolis y recobra su temperatura crispada.

Han vuelto y miran por encima del hombro a los que permanecieron en el lugar donde ellos ahora descargan su equipaje de mano: la exigencia, la prisa, la rivalidad, la angustia, el frenazo, el desplante, la ostentación de la sonoridad. Su presencia cierra el paréntesis de agosto y ejercita reflejos desusados. En la víspera de reanudar su trabajo, Gregorio prepara el despertador, el traje, la corbata, los zapatos, el reloj de pulsera, el monedero. Arranca del calendario la hoja de su último día ocioso, escucha las noticias y, antes de meterse en la cama y apagar la luz, toma un somnífero. Esa noche tiene un sueño agitado. Y cuando a la mañana siguiente despierta, se ha transformado en un monstruoso insecto para tranquilidad de todos.

Postales

A Lourdes Serrano

Mi amiga presume de madrileña, pero en agosto busca otras geografías y me deja en la capital de buzón. Sus primeras postales me llegan rápido, yo creo que las echa antes de tomar el avión porque las encuentro cuando acabo de despedirla en el aeropuerto. Pero ya las siguientes proceden de la ciudad elegida para su veraneo: Locarno, Boston, Escandinavia, Singapur, Petra, Wyoming, Fez, Vancouver, Benarés, Nueva Zelanda... Y éstas las recibo en mi casillero después de que ella haya regresado y, algunas, cuando acumula folletos para sus próximas vacaciones.

Ese retraso de la correspondencia disgusta a mi amiga porque quiere dejarme constancia de sus desplazamientos y quizá le sirvo de referencia para no sentirse desarraigada. Supongo que los desfases del correo no se deben al servicio, sino a que mi amiga desconoce los mecanismos de la planificación, algo que yo retengo desde mi época de compromiso político y que ella, por su insultante juventud, ignora. Me basta averiguar de antemano su itinerario y la red de alojamientos para colocar mis postales a plazo fijo. Actúo, si se me permite la comparación, como un general con su infantería. De forma que cuando mi amiga llega, supongamos, a Moscú, y se le ocurre dar una vuelta por la plaza Roja —quizá con el propósito de adquirir un gorrito y alabarme la bondad de la temperatura—, el recepcionista del hotel le entrega la postal que yo le remití desde Madrid para cuando se animara a descubrir la capital del proletariado. Y eso a mi amiga la desarma tanto como pisar el Mozarteum.

Estos detalles míos, de educación un poco antigua, la halagan, pero eso no quiere decir que asuma el contenido de mis postales, pues sospecho que las mete en la maleta sin leerlas. Ella, en cambio, está convencida de que las tuyas me hacen envidiar los sitios que visita, y lo cierto es que me alegro de que se lo pase bien, pero no hallo en sus mensajes el revulsivo para dejar mi ciudad en este mes de la vacación por antonomasia, donde además de las

ventajas de encontrarme sin apreturas está la soledad del sitio hecho para estar poblado.

Por ello, a los dos días de que mi amiga recale en las islas Seychelles, una postal mía le evoca el sabor de la noche de agosto en la calle de Martín de los Heros y el paisanaje de los cines. Y sé que me arriesgo cuando le mando una panorámica de la procesión de la Paloma en la calle de Calatrava, porque si la recibe rodeada de búfalos, como la protagonista de *Hatari*, o de sirenas como Esther Williams, le resultará extravagante aplicar a su paisaje selvático o marítimo el que le propongo de limonada y organillo. Pero es precisamente eso lo que procuro: suscitarle por Madrid una devoción parecida a la que ella pretende inspirarme con los Andes o Kabul. De ahí que cuando le dirijo una postal al Himalaya o a Addis Abeba, le describo el museo del Prado como si fuera el Partenón y le sitúo el Manzanares al nivel de las cataratas del Niágara. Y no sólo me esmero en que mi postal llegue a sus manos cuando debe ser, sino que exalto el exotismo de nuestra ciudad como si el Rastro fuera un mercado persa y la plaza Mayor un acueducto, y comento que en el agosto de Madrid las cosas se quitan la piel con que en los otros meses se cubren. Todo como si yo estuviera interesadísimo en traérmela a esta solanera y vestirla de chula y plantarle un clavel en la frente, en la boca un churrito y en la oreja la música de chotis, cuando lo cierto es que Madrid en agosto da miedo de lo vacío que se queda, con tanto piso deshabitado y tanta calle desierta y tanto aparcamiento sin voz ni voto, y ahora entiendo por qué nuestra patrona cae en este mes, y que por eso se llama la Virgen de la Soledad.

Desde la piscina de mi barrio, donde nuestro vecino Gregorio aplaza al término del verano su transformación en insecto, reflexiono en las consecuencias de este juego que nos traemos. Si nos hiciéramos caso, el año que viene mi amiga se quedaría en Madrid y yo, en sentidas tarjetas desde Botswana, Seúl o Bariloche, le agradecería que me regara las plantas de la terraza. La verdad es que, tanto en la capital como en el extranjero, mi amiga y yo estamos bastante solos. Pero hasta que no decidamos otra cosa, tendremos en vacaciones que mandarnos postales.

Ilusos

A Amaya Elezcano

«Voy a ver a Beckham», me anuncia mi señora. «¿Vendrás a comer?», pregunto sin denotar el mordisco de los celos. «Depende, porque si me invita no le hago un feo.» Ya en el pasillo, me informa de que hay un platito en la nevera con las albóndigas que sobraron ayer. Me aconseja calentarlas en el microondas y, sin despedirse, da un portazo como si se desplomara el mundo. La imagino alhajada con la camiseta blanca de las veinte mil copas de Europa que les regalaron los árbitros y apretujada en la Ciudad Deportiva —que está enfrente de nuestro nidito, al otro lado del paso subterráneo— por los numerosos aspirantes al autógrafo del futbolista inglés. No soporto la visión y me precipito a la ventana, como aquel adolescente contrariado por el resultado de los exámenes de Historia del Arte. «Si te vas con Beckham —voceo—, me voy con la vecina del Aleti». Si los coches de la autopista le permiten oír mi mensaje, sabrá que miento por despecho, harto de desdenes a mi esencia colchonera.

Es duro, créanme, convivir con una fanática que exige los detergentes más caros del supermercado para mantener blanca la ropa de casa. ¡Yo, que en conciencia repudio la nieve y la leche porque me recuerdan el uniforme del aborrecido Real Madrid! Pero qué le voy a hacer si me enamoré de ella por su manera de pronunciar Didí, aquella contradicción negra incrustada en la delantera merengue. En más de treinta años de matrimonio, no ha querido enterarse, la muy perra, de que me asquea su club castizo y generoso: en nuestras conversaciones conyugales me obliga a mencionarle futbolistas suyos y todos los días le doy una vuelta por el estadio Bernabéu, haya o no partido de fútbol, para que toque las paredes correspondientes al paseo de la Castellana, que cualquiera que me encuentre por ese entorno puede llamarme, con razón, apóstata.

Si no fuera porque el amor me exculpa... Confío en que me comprendas, reserva atlética de la pradera del Calderón. Al circular en el metro desde

Marqués de Vadillo a Pirámides, brotan en mi memoria las heroicidades de nuestros ídolos en el campo de fútbol situado encima del subterráneo que atravesamos, y porque no puedo conversar con mi compañera sobre los partidos de aquel campeonato liguero donde conquistamos el doblete, ya que ella sólo tiene ojos para la galaxia vikinga, murmuro: «Aleti». Y sé que conecto con los desarraigados del mundo cuando me pongo a cantar, zarandeado por el trantrán de los vagones, los motivos de este sentimiento, con riesgo de que me confundan con aquellos vendedores de iguales.

«Los veinte iguales, para hoy», escuché en mi niñez. Y es que no sé si les he dicho que soy ciego. Ardí este verano como si estuviera en una barbacoa, y no sólo por el calor. ¿Para qué negarles que sin el *Carrusel* del domingo habitaba en un infierno? Otros habrán ido al Himalaya o a Cancún, como indican en sus postales, pero nadie sabe cuánto se viaja a bordo del transistor: del Camp Nou a San Mamés o a La Rosaleda, todos los recintos de la península ibérica por donde rueda el balón quedan al alcance de mi oído. Soporto mal la ausencia del fútbol y desde primeros de julio suplicaba que se comprimiera el calendario y nos plantásemos en el último día de agosto, primero de la resurrección de la Liga, para que yo, sin moverme del cuarto de estar, acudiese a La Coruña, Huelva o Extremadura a participar del esfuerzo del gol...

Ésa es mi ilusión en la vida, y mi señora también la padece. Por eso, cuando regresa de la Ciudad Deportiva antes de lo previsto y le pregunto cómo le fue, replica con un bufido. «Otro día será», le animo. Y ella salta: «Me puse en primera fila y ni me miró». «No es que no te viera —matizo—, es que le deslumbraste». Pero ella lo niega: «Se ha hecho famoso y no quiere verme». Yo le razono: «Las estrellas sólo miran el dinero». Y porque se calla, añado: «En cambio yo, aunque no pueda verte, te considero una estrella». Nada opone a mis palabras, ni respira, igual que difunta. «Los atléticos somos así —reincido—, creemos en lo que no vemos». Ella reacciona rápido: «Jura entonces que Beckham me miró». Y le respondo: «Es que te está mirando y no te enteras». Nuevo silencio, y al fin mueve el cochecito de inválida: «Tú con tu radio y yo con mi Ferrari —murmura—, vaya par de ilusos». Se va y me angustia haberla decepcionado. Pero, poco después, oigo las ruedas de su carricoche por el pasillo que me acercan el olor sabroso: «Una de albóndigas para el señor Beckham», dice poniéndome el plato en las manos. Y, aunque cite a un rival eterno, agradezco el detalle.

La suerte

En la calle titulada Alcalde Sáinz de Baranda, a la altura de aquel cine de sesión continua donde mis padres tuvieron la humorada de concebirme mientras en la pantalla se proyectaba una de Fellini, me ocurre lo mismo que a San Pablo cuando viajaba a Damasco y cayó del caballo y oyó la bronca de Dios y desde ese día renegó de sus creencias y abrazó la fe cristiana. Sólo que, como no soy San Pablo, no me habla Dios, sino un contratado de la Administración de Loterías que a través del móvil me anuncia el gordo de Navidad. Entonces, como si me hubiera caído del caballo y nacido a una nueva vida, pongo en marcha la primera de las opciones que programé para un supuesto como el que acaba de producirse: pido un taxi. Muchos vehículos desfilan con la luz verde y el cartel de «libre» en el parabrisas antes de que la portavoz del servicio, señorita Alondra, recoja mi llamada.

La señorita Alondra me aconseja caminar por la acera de esta calle de nombre infinito —y con una sala de cine donde se desmandaron mis padres— hasta que se me identifique el taxista que ha de trasladarme al aeropuerto de Barajas con destino a un punto del mundo que a nadie confiaré. Huyo de la curiosidad española, pero mal he de cumplir ese fin si no dispongo de medios para satisfacerlo. Consulto el plano del metro y descubro que un transbordo en la estación de Colombia me sitúa en el aeropuerto antes que si lo hago en coche por la autopista. Intento cancelar mi solicitud de taxi mientras me hundo en las escaleras del suburbano, mas no logro comunicárselo por el móvil a la señorita Alondra, ya que en el subsuelo no tengo cobertura. Quedo debajo de la calle de largo nombre donde nací y por el techo se filtra una lluvia. La atribuyo a un desahogo fisiológico del taxista que me espera, supongo, con su coche en doble fila.

De haber seguido en el subterráneo, ni me acordaría de San Pablo. Pero de la misma manera que éste descabalgó cuando menos lo pensaba, yo caigo en la cuenta de que he pasado de fugitivo de la fortuna a perseguido del taxista. Porque no quiero faltar a mi palabra en cuestión de transporte, cambio de

planes y para salir a la superficie de la ciudad salto torniquetes y escalos rampas. Pero, a punto de asomar la cabeza por la boca de metro donde alocadamente me introduje y ocupar el taxi que encargué a la señorita Alondra, un descuido al subir los escalones me roba la libertad de movimientos. La costalada es de órdago, afecta a todo mi cuerpo, venas, músculos y sensibilidades varias. Una estudiante de enfermería capaz de interpretar a Lolita me dispensa los primeros auxilios. Con un puntazo de celos murmura que no entiende mi obsesión de besar el asfalto cuando ella posee unos labios admirables. Su técnica sanitaria no me provoca curación, sino una crisis íntima y muy pegajosa. En mi estado comatoso me alivia considerar que también San Pablo se dirigía a un auditorio de incrédulos.

Mi enfermera se propone hospitalizarme en el centro situado en esta calle de nombre eterno. Está a menos de cincuenta metros y hubiera llegado antes a él en el carricoche de la inválida que discute de fútbol con su marido ciego. Horas después de haber convocado a la ambulancia, y en vista de que no aparece, mi enfermera suplica a un taxi que nos lleve. Antes de ponerse en marcha, el conductor nos comenta que en ese mismo sanatorio debe de alojarse, muerto o gravemente herido, el cliente que le citó esta mañana a través de la señorita Alondra. Desde entonces pregunta por él en esta calle de nombre kilométrico y de vez en cuando maldice a la citada señorita por haberle proporcionado un contacto dudoso. Como el taxista se olvida de conducirnos a nuestro destino, la enfermera aprovecha un semáforo en rojo y me saca del coche sin pagar la tarifa del contador. Por si no tuviera bastante roto el cuerpo, me parte el alma la impotencia del chófer ante la neurosis que le adhiere al pasajero inexistente de una calle impronunciable.

Entre los desafortunados de todo género que se concentran en la zona hospitalaria despierto la misma expectación que un atleta entre caníbales. Minuciosamente escayolado, me marchó con el alta en el bolsillo. Sólo permanece sin vendajes esa mano con la que, al saberme agraciado por la suerte en este punto de la calle de largo nombre donde me dieron la vida en un cine, agarré el móvil que conectó con el taxista y desencadenó esta serie de desencuentros. Encolerizado, decido amputármela. Para impedirlo, mi enfermera la toma entre las suyas. Su cariño me mueve a informarle de mi relación con la lotería de Navidad. Con la audacia de los tímidos le propongo repartirnos el premio. Ella no desconfía de mí, pero prefiere hacerlo dentro de unos meses, cuando se celebre el sorteo. Con la revelación, caigo del guindo,

igual que aquel San Pablo del caballo. Decididamente, deduzco arrojando el móvil a un contenedor, lo más importante de la vida es la salud.

Incompatibles

A Luis Mateo Díez

Pachi nació en la calle de Velázquez y cursó el bachillerato en el Ramiro de Maeztu. De ahí le echaron por subirse a la estatua de Franco que había en el patio. No obró con intención subversiva, pero las consecuencias le aleccionaron. Terminó preuniversitario, se matriculó en Políticas y militó en grupos de izquierda. Le pegaron en las manifestaciones, pero no lo detuvieron. Cuando falleció el dictador, se retiró de la actividad pública. Quería culminar el empeño intelectual que le había recluido durante años en la Hemeroteca Municipal de la plaza de la Villa. Lo comprimió en quinientos folios y lo tituló *La sodomización en Cuaresma*. Era una obra maestra, pero no encontró editor.

Sole nació enfrente del Retiro, jugó en la Montaña de los Gatos y estudió en las Teresianas de la calle de Goya. Deslenguada y gamberra, la fortuna de su padre evitó su expulsión del colegio. Se inscribió en una academia de inglés donde practicó francés y griego. Viajó por los cinco continentes y asumió el rito maronita. Al morir el Caudillo se instaló en un dúplex del barrio de Salamanca. Los vecinos la denunciaron por escandalosa. Una amiga le facilitó el tratado antropológico de Pachi, que circulaba como una pesadilla por las editoriales. Le bastó leer los tres primeros folios para considerar a Pachi el hombre de su vida. Balenciaga la vistió de novia en la basílica de San Miguel.

Fueron dos años de matrimonio extenuante en un chalet de El Viso que alojó a todos los desheredados de España, drogadictos y borrachos. En vez de constituir una familia tradicional, Pachi y Sole se proponían sublimar sus divergencias en una síntesis abierta a cualquier modalidad artística —como la música de ocarina, por ejemplo—. Pero al afrontar ese proyecto de vida en común —continuamente interrumpido por unos huéspedes gorriones—, se notaron incómodos. Tras su encierro en los archivos madrileños, Pachi tendía al vagabundeo y el libertinaje, unos impulsos que Sole no compartía porque,

después de dar la vuelta al mundo, le atraía el aroma del hogar.

Se separaron. Sole quedó tan desconcertada que se entregó alternativamente a un psicólogo de Bariloche y a las monjas de su infancia. Su padre la socorrió de nuevo y canalizó su trastorno en energía. Entre sus negocios menores, había una empresa de plásticos en la que Sole figuró de ejecutiva, con un horario tan estricto y una actividad tan absorbente que le permitió seguir por correspondencia cinco cursos de Historia en la Universidad a Distancia, coronados por un proyecto ambicioso de tesis: el coito del galápagos como eje de la investigación sobre la sexualidad antinatural en las civilizaciones desaparecidas.

Tras divorciarse, Pachi había derivado a la promiscuidad afectiva y la relajación ideológica. De ello obtuvo una dirección general con los socialistas, una novia muy desenvuelta y una cátedra en la universidad donde Sole era alumna. Esporádicamente le punzaba la espina de su rechazo literario. Pero la vida le trataba bien, y un escepticismo burlón le inducía a posponer a la vejez el reconocimiento académico. Como un gaje de su oficio se avino a dirigir la tesis de aquella alumna de Historia que había sido su esposa. Eso implicaba reunirse con Sole después de seis años sin verse. Aquella joven liberada de la opresión del sujetador y aquel universitario comprometido en el asalto al Palacio de Invierno se citaron en una cafetería de la calle de San Bernardo esquina a la del Pez, la antigua Cubanacán —ya con otro nombre.

En una mesa de la cafetería depositó Sole el esquema de su tesis. Pachi se interesó por la sexualidad del galápagos y Sole inspiró su respuesta en la obra maestra de Pachi: en cualquier parte del mundo y tanto en Cuaresma como en Adviento, todo bicho viviente sodomizaba al galápagos. Pachi reconoció su voz en las palabras de Sole, pero no lo consideró un plagio, sino un homenaje. En consecuencia, la invitó a cenar y Sole ofreció su casa para tomar una copa. Antes de entrar en el dormitorio coincidieron en no mezclar el sexo con los asuntos profesionales. Y en muestra de objetividad Pachi le prometió la máxima calificación, mientras Sole juraba que no pretendía aprovecharse de él.

Aniversario

Pepe nota el hormigueo dos o tres semanas antes de la fecha, pero no pone en guardia a Pepa, porque la sabe cómplice, y tampoco avisa en el mercado de San Miguel de que se acerca el momento de adquirir el artículo que encarga todos los años desde 1976. Entre otras razones, porque quien le despacha ha asumido el capricho de su parroquiano como una consecuencia de la fidelidad histórica y de la solidaridad obrera, hasta el punto de que no cursa este pedido a su mayorista, sino que él mismo se arriesga con la escopeta por los montes de El Pardo en el domingo previo al día de la conmemoración. Porque esa procedencia geográfica es la que Pepe exige para celebrar con garantía el aniversario de la muerte de quien durante tanto tiempo habitó en el palacio de aquella periferia, entre perdices como la que se cobra el tendero.

Tras recibir la llamada telefónica de Pepe en la tarde del 20 de noviembre, Pepa pasa el aspirador y la enceradora por el comedor que heredó de sus padres, revisa la colocación de los cubiertos, de la vajilla y del vino de reserva sobre el mantel de hilo de las monjas y la temperatura que arroja la estufa, a la que ambos llaman chubesqui en homenaje a las novelas leídas en su adolescencia y a los viajes en transiberiano. Sólo cuando le parece que todo está igual que en años anteriores, Pepa se refugia en su dormitorio y frente al espejo de la coqueta examina hasta el menor detalle de su figura con la lucidez del intelectual comprometido. Y la mano que antaño arrojó panfletos contra la dictadura de Franco acaricia el cutis macilento de su escote donde un collar de perlas marca sus contradicciones de clase.

Pepe entra en la cocina de Pepa con la bandeja de la perdiz estofada y, como lleva pajarita y esmoquin, copia la reverencia de unos camareros de opereta. Pero cuando ambos se sientan en el sofá del cuarto de estar frente a la televisión —que ya no da noticia de lo que ellos festejan— y se llevan el vermú del aperitivo a los labios, la escena remite a una comedia de Lubitsch. Para desterrar de su memoria esta referencia burguesa, él describe la

elaboración culinaria de la perdiz con el lenguaje de los revolucionarios leninistas. Pepa le escucha melancólica y se estremece con la gratitud que le inspiraba la clarividencia de Simone de Beauvoir en su larga marcha hacia la equiparación sexual, horadando como una tuneladora la resistencia masculina al cambio histórico.

Algo achispados, se trasladan a la gran mesa adornada con frutos del mar y centros florales. La clandestinidad y la cárcel que padecieron por su oposición a la dictadura del ocupante de El Pardo son tan decisivas para su amistad como los hijos en un matrimonio. Y si al cabo de los años cultivan el encanto de aquel horror, es porque consideran ese periodo lo más puro de sus vidas. Aquella ingenua rebeldía que con más pánico que orgullo se arrastró por calles, paraninfos y calabozos en contra de la opinión de los padres, de los periódicos y de buena parte de los catedráticos liberales se presenta esta noche de noviembre en la mesa de Pepa y Pepe limpia de visceralidad, como la perdiz deshuesada.

Son motivos suficientes para regalarse, al término de la cena, con la música del cantautor de voz rota que fue banderín de enganche de los disconformes como ellos. Pepe y Pepa recitan con la cabeza baja su himno al viento y luego chocan los vasos chatos de whisky. «Porque nunca resucite», brinda Pepe. Son las mismas palabras y el mismo gesto que cuando supo el fallecimiento del dictador en la madrugada del 20 de noviembre de 1975. «Nunca estará bastante muerto», responde Pepa.

Vibra entonces la puerta blindada, se apagan las luces y una voz de mando los levanta de la mesa. Pepe y Pepa retroceden hasta la pared que será su paredón cuando los asaltantes disparen la ráfaga. «Para nostalgia, la nuestra», les dice el cabecilla del grupo antes de hacer mutis por el foro entre vivas a la España profunda. Pepa y Pepe lo recordarán a la mañana siguiente, al despertar con resaca.

El espejo

Cuando el funcionario de policía salga del metro de Quevedo y por la calle de Arapiles acceda a la de Fernando el Católico, hará dos horas que Luisa, desde su ventana del edificio de los números impares, agitó la mano en señal de adiós al caballero que, en la acera opuesta y según tenía por norma, solía responder con prisa a su saludo y tomar la calle de Magallanes con la rapidez que le permitía su discreción y el discurrir de los transeúntes. Torcía luego por la de Fernández de los Ríos sujetándose el sombrero y, sin aminorar su urgencia ni el presentimiento de que le espían, abordaba la avenida de Bravo Murillo hacia la zona del Canal de Isabel II, donde se disimulaba entre los jubilados que a esa hora del aperitivo paseaban con los nietos o compraban en la tahona o en los ultramarinos.

Y mientras el caballero se obstinaba en alejarse del punto en el que se había despedido de Luisa —y llevaba su prudencia al extremo de no frecuentar esa zona el resto de la semana, por más que al ser vecino del barrio fuera un empeño difícil—, Luisa aplacaba el temblor del visillo, cerraba la ventana del salón, bajaba la persiana, corría hacia el aseo, encendía la luz, sacaba del armarito el detergente y el paño y limpiaba el espejo del lavabo con la energía de quien desea borrar de su superficie lo que no suele retratar. Y es que, en efecto, lo que Luisa ansiaba eliminar del cristal pertenecía a la esfera del sentimiento y por ello no resultaba fácil de disolver, ya que no presentaba la huella de la rutina, sino el calambre de una pasión.

El individuo de sienes plateadas que abría la puerta del piso de Luisa tras su jornada laboral en las oficinas del Canal de Isabel II se extrañaba de sorprenderla en la limpieza del baño a la hora del almuerzo. Su desconfianza creció cuando Luisa decidió no salir del baño mientras él estuviese en casa. Venciendo la resistencia de ella, forzó un día la puerta del aseo. La contemplación del espejo del lavabo acentuó su trastorno y le abocó al tremendo dislate que incluso los reporteros de colmillo retorcido difunden consternados de que tal acontecimiento se produzca en un barrio pacífico y

entre ciudadanos sin antecedentes penales.

La tragedia ocurre a mediodía, en los alrededores de la explanada del Canal de Isabel II, en una mañana limpia de nubes y con una temperatura propia de la primavera fermentada, en uno de esos raptos en que la ciudad se recoge en meditación y no emite sonoridad ni registra movimiento, como si gustosamente posara para la posteridad. Es en esa circunstancia de paz absoluta cuando un disparo de pistola surgido del inmueble de oficinas del Canal —según la reconstrucción policial de los hechos— corta el andar veloz del caballero que en ese instante pasaba por debajo del edificio público; su figura se desploma casi al mismo tiempo que se produce el disparo y su sangre se mezcla con la del individuo de sienes plateadas que, desde la ventana del tercer piso donde efectuó la agresión, cae junto a su víctima.

Tras las primeras indagaciones, el funcionario de policía camina desde la boca del metro de Quevedo a la calle de Fernando el Católico, en la esquina con la de Magallanes. Ante un inmueble se detiene y, por instinto profesional, elige la ventana del visillo que Luisa desplazó al despedirse del caballero presuroso. Ella abre la puerta de su casa y recibe la noticia del asesinato y del suicidio con el rubor y los temblores que excitaron las sospechas de su marido. Quizá para ocultarlos se cubre la cara mientras retrocede al aseo en el que está encendida la bombilla. El funcionario de policía sigue a Luisa, intentando tranquilizarla. Ella entra primero en el cuarto y no puede impedir que él lo haga. Por corazonada científica, el funcionario se encomienda a la revelación del espejo del lavabo, y ya una nube empaña lo que en él se reflejaba para desesperación de quien no volverá a vivirlo.

Ángel Guerra

A Luis Alfredo Béjar

Ángel sale de La Duquesita de comprar bombones de licor para Claudia cuando una pareja está a punto de tirarle el paquete de un empujón. Con la recriminación en los labios se revuelve, pero la pareja ha sido más rápida y no sólo no se disculpa, sino que celebra la casualidad de encontrarlo. Ángel no hace caso, preocupado por la conservación de sus bombones, y sólo cuando intuye que ninguno se rompió, porque no hay mancha en el papel que los cubre, responde al asedio de la pareja, que se esfuerza en despertar su memoria con una insistencia fuera de tono. Pero, como estorban el paso de los transeúntes en la acera de la calle de Fernando VI, Ángel les propone charlar en un sitio más desahogado. Ella señala con la cabecita el café de enfrente: «Estoy muerta —anuncia—, ¿vamos ahí?». Y al rebotar el timbre de su voz sobre la fachada modernista de la Sociedad General de Autores, Ángel recobra el estigma de la imperial ciudad de Toledo.

Y retrocede en el tiempo y se instala en la dependencia donde unas pocas personas asistían a la conferencia —«Ángel Guerra y el Toledo de Galdós»— que había publicado en libro la editorial en la que Ángel trabaja, esa editorial donde despedir a un veterano cuesta un ojo del jefe. En su coche trajo a Toledo al autor y en él lo devolvió a la capital de España después de una cena costada por su empresa para los que por haber escuchado la disertación se consideraban invitados a consumir la sopa de pan y la perdiz estofada que, junto al tinto del país, aterrizaron sobre el mantel del restaurante típico situado a dos pasos de donde había hablado el erudito, por increíble que resulte a los que padecen los desplazamientos del gran Madrid.

Al abandonar el restaurante —y cuando en la sensualidad de la noche toledana aleteaban las tres culturas—, esa mujer que ahora pisa con una petulancia indecente el café de la calle de Fernando VI instó al especialista galdosiano a complacerse con el murmullo del Tajo en el lugar que ella le aconsejaba, porque nadie debía marcharse de la ciudad de Ángel Guerra sin

la caricia de su sonido en el cuerpo. Fue al regreso de la excursión artística con el erudito —y muy despeinados ambos por el viento de la historia—, cuando la misma mujer que ahora pide una clara de cerveza en el local cuya decoración ha menospreciado de una ojeada, indicó a su esposo: «¿Verdad que llamándose Ángel tiene que quedarse en Toledo?». Y, para que nadie se confundiera, se descolgó del brazo del erudito y se apoyó en el destinatario de su alusión, ese trabajador de la editorial del jefe tuerto que rescata aquella frase del desván de los recuerdos e identifica a la parejita toledana con los agresores de sus bombones.

Bastan unas palabras para recuperar aquella camaradería. La mujer sugiere festejarlo con un almuerzo —al que se incorporará Claudia, si no está muy enfadada por el percance de los bombones— en un restaurante somalí, sulamita o samoano, porque para tomar lentejas y carne prefiere no abandonar su Zocodover del alma. El marido sale en busca de un aparcamiento para el coche y, al quedarse solos Ángel y ella, la mujer le pregunta si hará honor a su nombre y a Toledo. Ángel desvía la vista ruborizado y advierte una mancha en el envoltorio de los bombones. Ella decide reparar el daño antes de que vuelva su esposo. Agarra la caja de bombones con una mano y a Ángel con la otra. «¿Dónde están los servicios?», conmina al camarero que, intimidado por su descaro, tartamudea la respuesta.

El camión de limpieza que opera junto a la Sociedad de Autores borra con su estruendo cualquier gemido. Cuando el camión se marcha, se oye argumentar a Ángel para no comprar nuevos bombones: «Más vale que Claudia no se entere». La toledana, displicente, exige un copazo. El camarero, aturdido, se riega al servirla. Desde el aparcamiento más cercano llega el marido con un paquete. «Mazapanes para Claudia», informa. «¿De La Duquesita?», pregunta Ángel. «De Sonseca», rectifica el marido. «¿Sonseca?», se extraña el camarero. La toledana le tasa con los ojos: «Hay un rincón en Sonseca —y le pellizca el brazo— desde donde ves París».

Las luces

A Arturo Merino y Reyes Pinilla

Siempre le recuerdo a mi mujer que no deje la luz encendida, y está de más que se lo indique porque no es despistada ni manirrota —y lo que digo sobre las luces se puede ampliar al grifo chorreando agua o a la llave del gas abierta —; todo lo contrario, tengo una mujer ordenada y me lo ha demostrado con creces en nuestros muchos años de matrimonio —ella lleva la cuenta—, de forma que no me importa reconocer que el problema es mío y, más que mío, de mi colocación laboral, pero no están los tiempos para renegar de un empleo fijo y mejor retribuido que lo que se paga por ahí.

Ella sería la primera en prohibirme la retirada, diría que después de haber dado mi vida a la empresa y con la jubilación cada vez más próxima, no debo pedir la baja por ese tipo de prejuicios. Figúrense qué excusa para quedarse en paro, como si uno fuera amigo de andar con velas. Pero admito que la cuestión me preocupa desde el día, ya antiguo, en que mi mujer vino a recogerme a la oficina. Era una tarde de primavera anticipada, se había alargado el crepúsculo hasta el punto de que no hacía falta la luz artificial — con lo que parecía un derroche el alumbrado de los servicios públicos—, y de eso hablábamos mientras nos dirigíamos por Martínez Campos hacia la glorieta de Iglesia y la calle de Eloy Gonzalo. Como el niño no nos esperaba en casa, caminábamos sin prisa, mirando las fachadas de los edificios y criticando a los que recurrían a la electricidad sin aprovechar la extraordinaria claridad de la hora.

Nos habíamos metido por la calle de Juan de Austria para entrar en la de Sagunto, que es donde vivimos, cuando mi mujer creyó apreciar, desde la distancia donde nos encontrábamos, que la bombilla de nuestro cuarto de baño estaba encendida. Como era imposible inculparla de ese descuido a poco que se conociese su disposición, lo atribuimos a un reflejo del atardecer en la ventana; pero, conforme nos acercábamos, nos pusimos en lo peor: pensamos que nos habían robado o estaban aún los ladrones de Luis Candelas

y, por un impulso temerario, afrontamos el problema sin avisar a la policía.

Optamos por no tomar el ascensor ni pulsar el automático del descansillo, y siempre que en mi trabajo realizo una operación análoga, me acuerdo de aquella tarde en que mi mujer y yo, aturcidos por el presagio de la luz, subimos a ciegas nuestras escaleras, con la zozobra de que podíamos tropezar en cualquier instante con los delincuentes que sacaban el botín de casa. Sentí entonces ese malestar que renuevo cuando un ciudadano telefonea a mi oficina con la alarma y marchamos al domicilio del encausado como si se tratara de sofocar un incendio y llamamos al timbre con la respiración a mil.

Llamamos varias veces y, si nadie nos contesta, recurrimos a otros medios para entrar en el piso. Aquella tarde, mi mujer y yo no dimos voces ni nos colgamos del timbre, ya que utilizamos las llaves, y la maniobra costó un mundo porque yo tenía que actuar con decisión y sin hacer ruido para sorprender a los intrusos, pero me sudaban las manos y no atinaba con la cerradura. Mi mujer lloraba detrás de mí con el sofoco de cuando el niño se ahogó en la bañera, y yo, después de abrir la puerta, también me eché a llorar ante el silencio de cementerio que nos rodeaba, ya sin la voz de ese ángel que corría a recibirnos pronunciando nuestro nombre y teníamos que activar la lámpara del pasillo para que no tropezase con el perchero.

En mi trabajo, la tragedia se presenta donde hay luz, aunque la experiencia me obliga a inspeccionar las zonas de oscuridad. En principio me resisto a pensar mal, así que, cuando por necesidades del servicio comparezco en una vivienda sospechosa, imagino a su ocupante insomne o jubilado, resolviendo el crucigrama, oyendo la radio o con la tele puesta. Pero, como todos sabemos, una luz en la noche de Madrid —y peor si se mantiene a pleno día— significa que quien la dio vive solo y no puede apagarla. Así que ahora, cuando acudimos al inmueble que lleva tiempo iluminado, no olvido aquella tarde en que mi mujer y yo sufrimos la premonición de la tragedia. Y en el abrazo que entonces nos dimos, angustiados de que no hubiera otro habitante en casa que el recuerdo de nuestro hijo desaparecido, anidaba la confianza de que, llegado el momento de que el portero o un vecino alertase a mi oficina, tendríamos al otro para apagar la luz.

Niebla

Bien avanzada la noche, salió del hospital del Aire después de dejar dormida a Carmen. Echó a andar por la calle de Arturo Soria y, agobiado por la preocupación, no se dio cuenta de que la niebla sepultaba el suburbio donde llevaba viviendo más de treinta años. Al rato, se detuvo desconcertado y buscó la lamparita verde de algún taxi. No se orientaba en aquel desierto y, desde la plataforma donde suponía instalado el cielo, descendía humedad.

Recordaba otros sanatorios de los alrededores, las acacias de Julián Camarillo, la verbena de la Cruz de los Caídos, las construcciones de la Obra Sindical del Hogar y alguna chabola con huerta junto a las fábricas de renombre, pero no veía edificios ni sentía deslizarse por la calzada automóviles y autobuses. El barrio de Canillejas estaba mudo, como si lo hubieran arrancado de cuajo. Se propuso tomar el metro en la estación de Ciudad Lineal, mas no sabía si avanzaba en la dirección adecuada, y cuando trataba de averiguarlo chocó con un transeúnte que circulaba en sentido opuesto. Se excusó e intentó apartarse, pero le retuvieron del brazo. Levantó los ojos y a tan corta distancia reconoció a quien sólo él daba el nombre de John, el único ser de este mundo que le llamaba Jimmy.

Porque necesitaba distraerse, Jimmy aceptó la compañía del viejo amigo John, que sagazmente le condujo por la recta de García Noblejas hasta el local de la calle de Emilio Muñoz, donde el olor a panceta impregnaba paredes y techos de una atmósfera de pesebre. Dormía sobre el mostrador el encargado de despachar, y John no lo molestó: con la confianza de un asiduo revolvió en las estanterías y depositó en una mesa del fondo dos cuencos de loza y una botella intacta de whisky. Fue después de un sorbo infinito cuando declaró con alivio: «A Madrid se lo tragó la niebla». Como si le planteara un desafío, Jimmy se dirigió a la puerta de salida y describió de memoria, igual que un guía, lo que no lograba ver. Pero John no lo aceptó: «Madrid es un cementerio», insistió sirviéndose de la botella. Y con la nostalgia de lo que se cree perdido, empezó a hablar de caballos.

Al oírlo, Jimmy se acordó del hipódromo de la Zarzuela y lamentó el sino de una ciudad donde parecía lo más hermoso. «No hablaba de Madrid, sino de Ascott —precisó John; y reiteró—: Madrid está muerto. Si te asomas a la calle, no lo ves». Jimmy recitó el verso famoso: «*Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas)*». Y, ablandado por el whisky, evocó su época de estudiante de Letras, mas no pensó en las clases de Dámaso Alonso ni en las discusiones políticas en el bar de la facultad, sino en aquella chica que conoció en el Ateneo preparando oposiciones a instituto y con la que se casó al aprobarlas, aquella Carmen con la que paseaba por el parque del Oeste, de la que acababa de despedirse en el hospital y a la que dentro de unas horas operarían de un cáncer de pecho.

«Para mantenerla con vida le quitarán la belleza», balbució Jimmy; y deseó que una niebla eterna encubriera la transformación de su mujer. Desentendiéndose de John, que dibujaba jeroglíficos en la mesa, acudió tambaleándose a la puerta del tugurio con la esperanza de que detrás de la blanca cortina de niebla continuaran esas calles del área de San Blas que hubiese podido recitar de carrerilla por haberlas recorrido tantas veces. Pero, influido por las premoniciones de su amigo, temió encontrarse en un desierto de asfalto. Y bebió para sobreponerse a la pesadilla de habitar con su mujer mutilada junto a inmuebles derruidos. «Nadie superaba en Ascott a *Roque Nublo*», pregonaba entre tanto John.

«Madrid es una ruina y Carmen también», admitió Jimmy con el desconsuelo de los borrachos cuando descubren la lucidez. Apoyado en la puerta del bar, procuró rescatar de la niebla del tiempo la seductora imagen de aquella Carmen y de aquel barrio ligados a su experiencia más feliz. John no le oía, dormido sobre la mesa. Una claridad suave se filtraba en la mañana de invierno, el dueño del bar despertaba, se aceleraba la respiración del tráfico. John se enderezó sobresaltado: «¿Se fue la niebla?». «Se fue la juventud», replicó Jimmy. Levantaba el día y Jimmy apreció la curva de una farola, el alero de un tejado, el testimonio carnal y humano de una vivienda tan humilde como las demás. «Cuando baje la niebla, iré con Carmen», se prometió. Y barriando con la vista el horizonte, parecía reclamar el taxi que le reconciliara con su responsabilidad de adulto.

Canto de cisne

Muchos años después, tantos que le alarmaba admitirlos como propios, su mano traspasó al fin la cuenta, esa cuenta que conservaba desde aquella mañana ventosa del mes de abril en que su oposición a la dictadura del Generalísimo —alimentada por la soledad de una adolescencia en carne viva— la condujo hasta la avenida de Séneca con abrigo corto y pelo cardado.

En ese páramo sin burladeros se había situado, igual que don Tancredo ante el toro en la inmensidad de la plaza, cuando la voz desabrida del megáfono le exigió retirarse. La corneta avisó y el escuadrón de la policía armada se desplegó en formación cerrada y con el vigoroso argumento de sus defensas reglamentarias en alto contra la turba de estudiantes que, desde el paraninfo de la Universidad Complutense, partía en manifestación cada viernes solicitando libertad sindical.

Se coreó la reivindicación, y el grupo que desafiaba al miedo recibió la acometida de la caballería. Tropezando en los cuerpos caídos, ella huyó por la explanada sin otro rumbo que su instinto para evitar el pisotón de las bestias. Temía ser atrapada por sus perseguidores si se rompía los tacones en aquel suelo montuoso. Para protegerse de un fustazo imaginario se tocó la garganta y con la dulzura de la sangre derramada sintió desprenderse el collar. Con la misma mano que lo había desbaratado intentó apresar las cuentas que rodaban por tierra. Para ello, y por increíble que parezca, se detuvo absorta, repentinamente despreocupada del aliento de la fiera sobre su espalda.

Se comportó como esa obstinada que, en el instante del terremoto que borra a su país de la civilización occidental, mientras se resquebraja la tierra de sus antepasados y las sedes de las instituciones milenarias se derrumban y la polvareda ciega a los testigos del desastre y las ambulancias espantan con sus sirenas y los bomberos acordonan la zona afectada y la policía contiene la histeria de viudos y huérfanos, el acecho de la televisión y el pillaje de los desaprensivos, ella consulta su partida de nacimiento, la orla de su promoción universitaria, el certificado de penales o un verso de Ronsard, sin que le

tiemble la mano que toca la cartulina o el libro, ni su vista capte lo que a su alrededor se agita, ni sus oídos se conmuevan por tanto dolor exasperado, ni su olfato perciba la sangre de sus compatriotas.

Impermeable al reclamo de los sentidos ha permanecido esta superviviente, arrobada en ese espejo de su egoísmo sobre el que ha construido su reputación de impávida. Como quien camina por una cinta sin fin, y ello le obliga a desatender las tentaciones sobrevenidas a su paso, no obedeció la sugerencia de sus padres de optar por un empleo de circunstancias hasta que el matrimonio la redimiese, ni buscó el consuelo humillante de la Iglesia ni el descarnado de la política, ni recabó el amor o la compañía de un hombre, ni se inmoló al chantaje de los hijos, ni retuvo con intrigas su puesto de trabajo, aunque el hecho de continuar a su aire le privó de las ventajas obtenidas por esas feministas contemporáneas suyas, tan coquetas y deslenguadas que alardeaban de independientes tras haber cedido a todas las esclavitudes.

No suscitó envidia ni menosprecio mientras estuvo en el mundo y se tomaba una copa con Pepa y Pepe y asistía a conciertos y exposiciones con otras compañeras de clase y defendía el teatro de denuncia y el cine de calidad. Cuando la empresa le adelantó la jubilación, vendió su piso céntrico y se trasladó a una residencia del pueblo de Guadarrama. Solía pasar las tardes en su habitación y, mientras el sol se despeñaba por el Valle de los Caídos, convertía la música de Schubert en su canto de cisne. La enfermera que ha entrado cuando la tarde se oscurece y algunos residentes extrañan su ausencia de la cena es la primera en saber que ha muerto. Será también la que recoja de la mano yerta que reposa en el regazo la cuenta mortecina de aquel collar juvenil.

Ancianidad

¿Qué pinta esa anciana en bata y zapatillas por el barrio de Chamberí a las once de la noche? Seguramente se echó a la calle con lo puesto al enterarse del accidente casero del nieto o del disgusto matrimonial de su hija. O quizá no tiene familia que la acoja y corre a cuidar de una amiga de su quinta que todavía no se ha trasladado a una residencia del pueblo de Guadarrama. O lo más probable es que venga de tomarse la tensión en las urgencias del hospital de la calle de San Bernardo, pues le aflige el dolor de cabeza y teme las consecuencias de no abordarlo; y, porque es aprensiva, recita la jaculatoria de la máxima y de la mínima mientras toca la cicatriz de los esparadrapos del electro en el espacio donde lucía los escotes magníficos.

Se sabe delicada, pero no enferma, frente a la opinión de su círculo de relaciones —el cartero, la vecina, la portera, el panadero—, y con docilidad se somete a la vigilancia del ambulatorio: consulta quincenal con la enfermera y mensual con el doctor, analítica semestral, chequeo anual. Pero cree que no aciertan con el tratamiento y se salta el régimen para que la tomen en consideración. No se entiende con su médico de cabecera y alguna vez le ha dicho ante sus diagnósticos, que ella estima apresurados: «¿Se refiere usted a mí?», sin que él se inmude. Le irrita tanto recordar esa confrontación que su pisada vacila y no se atreve a dar el paso siguiente, como si el pavimento la desequilibrase. Su corazón galopa, parece faltarle el aire. Entonces se detiene, sola en la glorieta del Pintor Sorolla, y levanta los ojos a las ventanas iluminadas al calor de las televisiones y su comfortable murmullo.

En la sobremesa de la cena, cuando todo el mundo se recoge a la querencia del afecto, ¿añora esta anciana voces, miradas y tactos retenidos en la memoria, la disputa de la convivencia, el trono doméstico arrebatado? ¿Por ansiar esas caricias peregrina por la calle de Eloy Gonzalo a esta hora insólita? Son preguntas de la pareja de policías municipales que, atraída por el aspecto extravagante de la mujer, sale del coche patrulla y la aborda. Y la

anciana sonríe, pero no contesta ni parece reconocer los uniformes, y sólo despu es de que hable por ella el carill n del reloj de la rotonda de Iglesia saca una llave del bolsillo de la bata como si fuera un juguete. « Es suya o se la ha encontrado?», asedia la joven agente. La anciana rechaza ese tono de desconfianza en la que podía ser su nieta. « De quién si no?», proclama con el mismo aire ofendido que cuando se enfrenta al médico de familia.

« Y sabe dónde estamos, sabe qué calle es ésta, sabe cuál es su portal?» Muchas preguntas para explicarse lo que no tiene razón de ser, ya que, creyéndose en el Madrid de toda su vida y en la calle donde nació, se ve en la avenida desierta de un barrio desfigurado, pues no admite como propio lo que observa y tampoco da con su vivienda ni con su nombre ni con su carnet, aunque no suele llevarlo para que no se lo roben. Con lo que los guardias ofrecen a la anciana un asiento en el coche patrulla y recorren muy despacio la zona de Chamberí por si entre tantos edificios atina con el suyo. Mientras, el carill n del reloj de Iglesia señala los cuartos, las medias y las horas, y al cabo los policías deducen que su acompañante desbarra, y no es que no dé con su casa, sino que no la tiene.

Así ocurre con quien intenta recuperar su mundo en esta época de desamparo, achaques y engaños, cuando la llave que se muestra a los guardias no encaja en ninguna cerradura y, sin embargo, esa puerta se abre a la excavadora del desahucio, a las reconversiones del gas, a la ladrona de joyas o a la violencia nerviosa de los familiares de segundo o tercer grado que, ante la alarma disfrazada de extrañeza y en compañía de algunos testigos, de los bomberos o de la policía, irrumpen en su última residencia. Ese espacio que, despu es de cobijar a una familia numerosa, se adapt  a las necesidades de la dueña, que fue convirtiendo sus paredes en fortín de su inseguridad radical, poco a poco en hucha de su jubilación y, al fin, en nicho de sus huesos desolados por llegar tan desprevenida a estos tiempos en que de nuestro hogar sólo nos queda la llave.

Historias

Bajo ese trozo de acera donde los agarrados bailan el chotis como manda el reglamento, es decir, ajustándose a las dimensiones de un ladrillo, pudo existir una fosa con un millón de cadáveres, según las últimas estadísticas. Pero, a diferencia de la lápida colocada en el suelo de un templo, que consigna la filiación de su inquilino y lo que duró su vida, el espacio ocupado por los bailarines de chotis es de uso común y, si en alguna ocasión guardó en su sótano esa pirámide de cuerpos que nuestro delirio sugiere, hoy no conserva ni un triste esqueleto al que identificar, sino cal, polvo o alquitrán, la misma nada que atesora el nicho del cementerio o la sepultura en sagrado, pues pese a ostentar en el frontispicio el nombre del fallecido e, incluso, la exhortación de sus deudos a la resurrección de la carne para recomponer el bloque familiar o de amistad que su defunción ha roto, el rastro de un difunto se evapora como el humo, y la escueta mención a su estancia en la tierra —un paréntesis con las fechas indicativas de su nacimiento y muerte al pie de su fotografía entre crisantemos— no descubre su personalidad a quienes no lo trataron.

Es posible, sin embargo, que estos bailarines de chotis, a fuerza de oprimir el pavimento con sus giros de peonza, venzan un día la resistencia que pisan y, a través de las capas subterráneas de arena y lodo, proyecten su arrebató hasta el centro mismo de la tierra; y ahí donde todas las inhumaciones de la humanidad tocan fondo —pues no se puede ya caer más bajo—, tal vez despierten de su apacible descanso a quien aguarda las trompetas del juicio, ese mortal refractario a diluirse que, con la vitalidad que le transmiten los recién llegados —en la bocanada de aire fresco que aporta el que viene de lejos—, acaso recupere la memoria de otras holganzas de organillo entreveradas de risas, roces, miradas y algún beso deslumbrante tras el que juró a su pareja el amor eterno que con la piqueta del sepulturero pasó a mejor vida.

Como la Historia no se interesa por este tipo de sucesos, ya que le parecen faltos de rango, la leyenda se los apropia y, con más espectacularidad que exactitud, los propaga entre sus devotos. Junto al fuego de la chimenea urde su conjura durante las noches nevadas, al estallar la primavera brota como

el capullo de un clavel, durante el verano se asemeja a una nube de tormenta y en otoño apunta su perfil angustioso que en invierno atemorizará a su clientela de iluminados. Así, mientras las gestas históricas invaden los libros con el aplauso de los doctos, las leyendas impregnan los entendimientos propicios a considerar, sin que su razón proteste o se escandalice, que con la misma facilidad con que se difunden las palabras de los seres vivos circula por la ciudad el aliento de los que ya no lo cuentan.

Y en efecto; a semejanza del viudo, que sufre al recorrer el barrio, la calle y la plaza que paseó con su amada, y llora al reconocer la casa que compartieron, y no se atreve a contemplar el balcón por donde ella se asomaba ni ese dormitorio que alojó su frenesí amoroso antes de erigirse en evidencia de su soledad, así el superviviente camina compungido por el territorio que en su día frecuentó con otro humor. Disimulados en las fachadas de los edificios o a lo largo de las avenidas, los desaparecidos le reclaman que no los olvide. Por su influjo, no hay en la ciudad cemento neutral ni baldosa indiferente ni ventana a la que no se asome un espíritu. Cada rincón de Madrid encierra una historia y en verdad estas historias resucitan a un muerto.

Las urnas

A Carlos Pujol

De Quiteria se habla mucho en el barrio de Santiago. Lástima que su vida sea más breve que su leyenda. Nace en la calle de Santa Clara, la bautizan en San Nicolás y juega al toro en la plaza de Ramales. Pero lo que más le divierte es asomarse a los portales abiertos, gritar «portera» y salir corriendo.

Un día, un hombre frena la escapada de Quiteria. Por su interés en retenerla se diría que es el dueño de la finca o el sereno de la manzana. «Me las pagarás», amenazan sus ojos. Ella, palomita tierna, se arrepiente de su audacia: cometió un pecado, ¿la castigarán con el infierno?

Por la calle de Bordadores el hombre arrastra a la infeliz. Las amigas que participaban en el juego les siguen medrosas: ¿qué se propone ese tipo al atrapar a Quiteria, será médico o sacamantecas? Llega el hombre con su rehén a la calle del Arenal y penetra en el templo de San Ginés por el jardincillo de acceso, ¿será sacerdote o cofrade del Santísimo? En la pavorosa oscuridad del espacio sagrado Quiteria se nota libre de repente, el que apresaba su mano se esfumó. Mira a su espalda y tampoco están sus compañeras. ¿Alguien entiende qué suceso es éste, la habrá traído un enviado celestial, el mismo ángel de la guarda?

¿Y por qué a esta parroquia? Quiteria está educada por su madre en el santo temor de Dios y en los mandamientos de la doctrina. En la calle donde nació y vive —ya por poco tiempo, qué dolor—, además del Colegio de Farmacéuticos y de la casa donde se matará Larra —¿a qué viene tanta erudición?—, se alza el monasterio de la Visitación de Nuestra Señora, de monjas franciscanas. ¿Qué sucede en él? Pues mucho y bueno, habrá que añadir, porque en el recinto de clausura hay un Cristo de comportamiento milagroso, ya que llora si una postulanta abandona el claustro y suda sangre cuando alguna de las hermanas agoniza...

Recién nacida, Quiteria fue ofrecida a ese Cristo, y hoy ese Cristo se cobrará la promesa. Quiteria camina por la nave de San Ginés y un invisible

imán la desplaza a una capilla lateral, apenas iluminada por la lamparita del sagrario. Quiteria se aferra a la verja y extrae de la penumbra una imagen que más parece fruto de su fantasía que de su perspicacia: en los bajos del altar, encerrado en un rectángulo de cristal, hay un caimán disecado.

¿Un caimán en una iglesia? No acaba de formularse Quiteria la pregunta cuando sobreviene un espantoso trueno, seguido de aguacero formidable. San Ginés es el santo teatral por excelencia, ¿cómo no va a prestar su sede de la calle del Arenal a operaciones barrocas? Quiteria se marea, cae al suelo y en su duermevela observa que el caimán se despereza, estira los músculos, sale de la urna, avanza hacia ella, la echa sobre su lomo y la transporta a donde él estuvo. Nuevo trueno horrible, nueva conmoción de Quiteria, ya dentro de la urna. ¿Respetará el caimán la virginidad de Quiteria?

Sin acobardarse por la lluvia que azota Madrid, la madre se lanza a la calle a buscar a Quiteria y, guiada por una premonición tan firme como la mano del que raptó a su hija, entra en San Ginés, se dirige a la primera capilla de la derecha y ahí encuentra a Quiteria muerta de un mal rarísimo que le deja la piel como un lagarto.

Niña aún, y el Señor la reclama a su gloria eterna. Un millón de rosarios completos y otro de misas ante el Cristo de las Monjas ruegan el ascenso al cielo de Quiteria. Un coro de hospicianos la traslada al cementerio en la urna que compartió con el reptil de San Ginés y algo inquietante ocurre cuando bajan la urna a la fosa en medio de una borrasca indescriptible que impide ver a dos metros: porque un monaguillo denuncia con voz de pito que no es Quiteria la enterrada, sino un cocodrilo de los que navegan por el Manzanares —no se repetirán esos extraordinarios.

Los cantamañanas del orbe culto analizan el fenómeno: «¿Por qué en ese ataúd de cristal se cobijó un caimán, después una niña y, luego, otra vez el caimán?». Para explicarse esa evolución dice el pensamiento mágico: «Dios lo quiere»; el ilustrado replica: «Lo quiere el pueblo», y un tercero, cuando se disponía a opinar, es interpelado por su mujer: «Tú te callas». El mayor sabio de Alepo, Reveriano Mamadito, resume a su auditorio el abanico de interpretaciones: «Tres posibilidades admiten las urnas: a favor, en contra o abstenerse». Y mientras sus devotos le doblan la ración de anís para que siga pontificando, Reveriano Mamadito destaca la condición transparente del cristal, de forma que nada de su interior queda oculto. «En eso consiste el milagro de la democracia», deduce con lengua trabada y vista confusa. Y,

cerca de donde estuvo el caimán y vivió Quiteria, el coro del teatro Real
brinda por su clarividencia con música de *Marina*:

—*A beber, a beber y a apurar las copas de licor...*

El puente

En primavera, cuando hace buen tiempo y es día de vacación, apetece ser testigo de la salida de los madrileños al campo. De tal modo que los cronistas de costumbres y otros que por su condición diletante aprecian el color local se reúnen bien temprano en las fondas de carretera para contemplar y comentar, al amor del anís con rosquillas, la interminable evacuación de la muchedumbre.

En la zona de San Antonio de la Florida, el pintor Francisco de Goya ha presenciado muchas veces esa riada. La gente del común marcha a pie y la aristocracia en carroza. Pero esta separación, anclada en la historia de las clases sociales, no siempre se respeta: los viandantes no ceden la preferencia a los carruajes, unos a otros se dificultan el movimiento, son frecuentes las interrupciones, también la caída de algún audaz entre los cascotes de los caballos y el escándalo que provoca su atropello. Cada cual aspira a dejar la ciudad antes que su vecino, como el que escapa de un incendio o de una invasión militar.

Invocando a Santa Quiteria, menesterosos y adinerados, sanos y enfermos, niños y mayores, todos con bultos y paquetes de comida, abandonan sus hogares con el alba. Sin consideración a los que duermen, restallan las carcajadas y los gritos de los excursionistas. Goya se despierta refunfuñando y abre la ventana. La cruda claridad ofusca sus ojos, hechos a la negrura de la habitación. La mujer que comparte el lecho se queja.

Pero la mujer acaba resignándose porque el pintor no cierra la ventana. Ganado por el panorama que divisa, Goya olvida las pesadillas del sueño. Montes, árboles y arroyos surgen renovados de la noche de tormenta. Los senderos recuperan su carácter de guía y las amapolas de la cuneta resisten el pesado bamboleo de los carros.

Con la lluvia de ayer, la naturaleza resplandece: la cordillera descubre su entraña boscosa, la bóveda del cielo irradia, dos nubes de plata surcan el firmamento encerado, el verde de las huertas y el blanco de los almendros

denotan la pujanza del mes de abril y el Manzanares lleva sangre de torrente por la serena majestad de las llanuras de El Pardo.

El humo del caserío que anuncia el pan recién horneado aviva en la imaginación de Goya el unto de la miga y la corteza en el chocolate denso. Por el aire de cristal, la bandurria de los majos propaga la tonadilla. Repica el badajo de San Francisco el Grande, trepa una cometa por la torre de San Pedro. Habrá bolero en Vallecas, novillos en Polvoranca y fuegos en Carabanchel. Cuando el sol conquiste el mediodía, la campa que bordea el Manzanares se poblará de comensales retozones, jugadores de naipes, marquesas de alterne y músicos ciegos. Con el bochorno de la siesta se perderá el comedimiento. Dentro de los vehículos aparcados, los poderosos se quitarán las casacas, las damas las toquillas y ellos hurgarán en las faldas y ellas en los pantalones.

Este desprecio por la virtud y el rango es la consecuencia más funesta de la Ilustración que viene de Francia. Retumba la artillería en Vicálvaro por conmemorar un fasto o apuntarse a un pronunciamiento y Francisco de Goya saca de su vivienda el caballete y los trastos de pintura para describir en el lienzo la diversión del paisanaje.

Con mano febril dibuja el gallardo bastión de la Puerta de Toledo. En el puente que atraviesa el río se agolpan las calesas flanqueadas por el hormigueo de los andarines. La aglomeración impide avanzar, se desesperan conductores y transeúntes e insensiblemente el pintor, asaltado en su sordera por la alucinación del futuro, no percibe voces de impaciencia sino la metálica sonoridad de unos clarines que en el enclave bucólico retumban como esquilonos.

«*El sueño de la razón produce monstruos*», murmura Goya, estremecido por el estruendo de bocinas que un siglo después será familiar a cualquier oreja.

Y atento a lo que su inspiración le anticipa, sepulta en figuraciones negras el paisaje de las Luces: pierde pureza la brisa y fresca el río, desaparecen las flores, se empaña el cielo, una capa de cemento cubre los sembrados y la oruga de peatones y calesas es la flota de automóviles y autobuses que en domingo traslada a las urbanizaciones del extrarradio a los hijos de aquellos petimetres.

Caprichos

Esto que llaman los periódicos el triángulo de oro, por referencia al que constituyen los museos del Prado, Reina Sofía y Thyssen entre las glorietas de Neptuno y Atocha, suele estar poblado de entendidos o simples curiosos del pincel de firma, que se trasladan de un edificio a otro por ambas aceras del paseo del Prado o forman cola para visitar las exposiciones. Sin distinción de razas, lenguas e ideologías, estos transeúntes rinden homenaje a la belleza apresada en los lienzos. Y a tanto llega el fanatismo de muchos que, cuando cierran las pinacotecas, se niegan a presenciar otro espectáculo y, en vez de volver a casa o al hotel o a un tablado flamenco, permanecen junto a los muros que guardan las obras de arte o ante el portalón principal, a fin de asegurarse el día siguiente la entrada al codiciado interior.

Los trasnochadores que circundan la plaza de Neptuno en su automóvil no se detienen a averiguar qué pretenden los que se envuelven en mantas y sacos alrededor de estos museos. Es la miseria del planeta la que proporciona sentido a su riqueza, por lo que entienden el arte como subasta o inversión, y ni se les ocurre imaginar que en la alta madrugada, mientras ellos disparan su velocidad por el paseo de la Castellana, hay entre los que se abrigan con cartones junto a las pinacotecas del paseo del Prado unos abnegados que velan por las pinturas de Velázquez, Tiziano o Rubens y que esa devoción, tan profesional como la del enfermero con su paciente, les lleva a cumplir un sueño muy querido: introducirse en las galerías venerables del museo —a esa hora tenebrosas y sin celadores— y pasar la noche al lado de sus obras predilectas.

¡Cuánto desean quedarse a solas ante sus cuadros favoritos! Felices de convivir con *Las Meninas* o el *Guernica*, pues no ha de perturbarlos la vecindad de las infantas de España ni la rociada de bombas nazis, están tan plácidamente acomodados con los héroes de otros siglos y otras geografías — nada digamos de aquellos que por acercarse a los delirios de El Bosco tienen una noche movidita— que no se dan cuenta de que estas pinturas aprovechan

el éxtasis de sus fieles, la oscuridad del local y el ocio reglamentario de los vigilantes para salir del marco en el que se exhiben. Por procedimientos no investigados hasta ahora, bodegones, marinas, acuarelas y óleos abandonan sus emplazamientos en el museo y se congregan en el Jardín Botánico. La llama que en la plaza de la Lealtad honra al soldado desconocido alumbró el trajín.

Y es que estos entes de ficción han oído hablar tanto de la noche de Madrid como sus admiradores. Muertos de curiosidad, enanos, hilanderas, jinetes y cortesanas se adentran en la geografía madrileña sin embozarse ni disimular sus rasgos. Saben que, por singular que nos parezca su caracterización — pensamos, por ejemplo, en los mártires de Ribera—, no desmerecen si se les compara con el mendigo portugués, el traficante africano, el masajista indonesio, el forzudo eslavo, la hetaira caribeña y cuantos cosmopolitas y hampones se apoderan de la urbe mientras la mayoría de la población reposa.

Cuando el alba mitiga la luz de las farolas, regresan de su excursión por las entrañas de Madrid las majas y los monarcas, los jesucristos, las vírgenes, las magdalenas, los arlequines y los bufones y blandamente se acomodan en el rectángulo que les corresponde por catálogo. Coinciden a esa hora en el bar más brillante de Atocha los que festejan la suerte en el bingo y el que llega de La Mancha a encaramarse al andamio del Encinar de los Reyes. Los que durmieron al lado de los cuadros despiertan de su fantasía. Los impacientes se quejan de que el Prado, el Reina Sofía y el Thyssen tarden en abrir. Y para mayor ensueño, alguno recuerda entonces que, cerca de donde se hallan, un fantoche de guiñol de uniforme verde oliva, con bigotón y tricornio, avanzó con la pistola a la sede del Congreso, penetró en el hemiciclo, interrumpió la sesión y ordenó tirarse al suelo a Gobierno y diputados tratando de robar plano y ocupar hueco siniestro en las pinturas de Goya.

Casta y Susana

*A Mercedes Poza y
María José García Cruz*

Casta y Susana son hermanas, jóvenes y guapas. Son también huérfanas, por lo que viven con su tía Antonia en una casa modesta de los barrios bajos. Se dedican al corte de botinas, que les sufraga lo imprescindible. De ahí que hayan empeñado lo superfluo, a veces tan principal. Por ejemplo, los mantones de Manila en la noche del 14 de agosto. Es un descrédito no lucirlos en la verbena de la Paloma, ¿qué dirán los vecinos? Pero el ingenio suple la falta de recursos: Casta y Susana arreglan unos trajes antiguos, los planchan y quedan aceptables. «Visten de chulas, pero con decencia», matiza don Ricardo de la Vega al incorporarlas a su sainete.

Extrañan las galas veraniegas de Casta y Susana en el mes de febrero, que es el elegido por la empresa del teatro Apolo para representar el sainete de don Ricardo de la Vega. Tomás Bretón ha aceptado el encargo de ponerle música que Ruperto Chapí, según rumores, rechazó. En menos de un mes, Bretón ha inventado doce cantables y un preludio. Tomás Bretón es hombre de prestigio en la ópera, no en la zarzuela. El fundador de la zarzuela moderna, Francisco Asenjo Barbieri, que se está muriendo en su casa de la plaza del Rey, muy cerca de donde se va a estrenar la obra de Bretón —y de donde mataron a Prim—, no lo estima como compositor. Dice de él, musicalmente hablando, «que no tié ropa».

Pero quienes han asistido a los ensayos de la zarzuela de Bretón, *La verbena de la Paloma*, recitan alguna ocurrencia —«China-ná»— o alguna frase —«¿Dónde vas con mantón de Manila?»—. Tan contagioso es su entusiasmo que el día del estreno un espectador paga cincuenta pesetas por la butaca que cuesta setenta y cinco céntimos. Esa expectación deslumbra a los actores: Casta, que es más fantasiosa que su hermana, piensa que, de tener éxito con la obra, se procurará lo que más le gusta, esos brillantes que ella llama anillos de pedrusco. ¿No habrá un hombre en Madrid que se los

consiga por su cara bonita y por su cuerpo serrano?

Cerca de donde viven las hermanas —ahí donde el Manzanares absorbe los desagües de los barrios altos—, posee una botica un setentón pegajoso que las frecuenta y agasaja: desempeña sus mantones de Manila, las invita a copitas y churros y a paseos en simón. El anciano no dice cuál de las dos hermanas prefiere, y Casta anda contrariada, sin una alianza con la que presumir. Peor lo lleva Susana, porque está saliendo con un chico que la tiene «pudrida y achicharrá», y sólo por hacerle pagar tanta pelea de novios le ha dicho que no irá con él a la verbena de la Paloma, sino con el viejo boticario.

Tomás Bretón dirige la orquesta del teatro Apolo la noche del 17 de febrero de 1894, en que se estrena su zarzuela. Ya con la batuta empuñada, segundos antes de iniciar el preludio, participa de su pesimismo al concertino: «Me parece que me he equivocado». Cuando la función termina, el público no se cansa de aplaudir. No se conocía un éxito tan espectacular en Madrid desde el estreno de *La Gran Vía*, el 2 de julio de 1886. Corre un espectador a casa de Barbieri a contárselo, pero Barbieri está agonizando. Ya no modificará su opinión desfavorable sobre el arte de Bretón.

La verbena de la Paloma o la sensualidad de una noche de verano donde el amor de unos jóvenes derrota al pretendiente adulto. El público pide reconocerse en el sainete y, paradójicamente, que ese sainete no se parezca a la vida. Como todos desean, Susana se casa con su cajista de imprenta, mas no es feliz: con dos hijos y cuatro pesetas de salario, ¿qué pareja lo es? Si Susana hubiera permanecido soltera, como su hermana Casta, y dando celos a su prometido, se beneficiaría del éxito de la zarzuela de Bretón.

Susana vive de fiado y con estrecheces, al revés de Casta, que derrocha a manos llenas porque el boticario la mantiene. Cuando éste enferma, Casta se retira de los escenarios para cuidarlo, a cambio de una promesa de matrimonio que no se cumple. Con un anillo en cada dedo, Casta presta dinero del boticario a toda la vecindad, pero a su hermana se lo regala. Alguien va con el chisme al boticario, y una de tantas tardes en que Susana visita a Casta para pedirle ayuda, Casta le expone la verdad de la vida. Desde entonces Susana no se abre la blusa ante el carnicero porque el boticario paga más y, al ser amante de su hermana, la infidelidad queda en familia.

En el cuadro de *Susana y los viejos*, dos ancianos seducen a una muchacha. En el sainete de *La verbena de la Paloma*, un setentón corteja a dos mozas. Al público le repugna que los viejos obtengan el amor de las jóvenes. No

quiere darse cuenta de que sólo a fuerza de caricias, Casta y Susana acaban con el boticario y lo heredan.

Lavaderos

A Julia Peña e Ignacio Avellanosa

La lavadora tiene una ventana redonda por la que el niño contempla su funcionamiento. La ropa gira en círculo, con lenta cadencia, y a su compás brinca la pelotita roja que la madre puso entre las sábanas blancas para que el niño se distrajese. Pero cuando llega el momento vertiginoso del centrifugado, en que la trepidación del tambor contagia a la máquina, como el niño pierde de vista la pelotita, se aburre y se desplaza a gatas reclamando a su madre.

Su llamada alerta a la vecina, que le cierra la salida de la habitación. La casa del niño da a un pasillo donde se alinean las viviendas con el interior medio tapado por unas cortinas. Los vecinos se cruzan varias veces al día en el pasillo, confraternizan o discuten, y en los meses de calor sacan las sillas para tomar el fresco. Hubo veranos en que se vistieron como los antiguos moradores de las corralas y compartieron la función de zarzuela que unos artistas habían montado en el patio con el permiso del ayuntamiento y ante el público que pagaba por el espectáculo. Su trabajo consistía en acodarse en el balcón corrido y acompañar con palmadas las canciones y los pasodobles. Cuando el recitado sustituía a la música, se retiraban a sus cuartos con la prohibición de encender la luz y desde ahí oían, pero no veían, la vehemencia de los personajes de *El chaleco blanco*.

De esa vehemencia nacieron críos como el que ahora busca a gatas a su madre frente a la vecina que se lo impide diciendo: «Niño curioso». Pero lo habitual en estos vecinos —y eso resulta imposible de ocultar ya que traspasa los delgados tabiques de los hogares— no es la convivencia amorosa, sino la reyerta, la blasfemia, la amenaza, el chasquido de la bofetada y el grito que lo mismo puede indicar júbilo que dolor y tras el cual la familia sale de su cuchitril zarandeando la cortina de la puerta, cruza el patio y toma el paseo de las Acacias, ese trozo de Madrid que ha tenido tantos nombres como barrios comprendía —Injurias, Peñuelas, Cambronerías— y donde el héroe es el

golfo que vive de la busca con la descarriada a la que a los dos días se cansa de proteger y le marca la cara con la navaja por un presentimiento.

Por este paseo de las Acacias donde desaguan los barrios altos, la familia camina con rapidez, como un torrente que afluyera al Manzanares. Delante, el padre sosteniéndose la gorra; detrás, la madre del brazo de la hija; renqueando, los tíos con el benjamín, y la abuela cerrando la comitiva con la fatiga de sus cien kilos de peso. Pronto avistan el escenario que Goya admiraba: el río y el fielato, la ermita del Santo y la sacramental donde enterraron a Quiteria, la santa precoz. Pero nada de esto interesa a los presurosos, sino esa lavandera que, como todas las semanas, se les llevó de casa la cesta de la ropa sucia y la devolverá planchada. Los familiares la distinguen entre el grupo de esforzadas que ocupan su cajón en los lavaderos del puente de Toledo. Con alivio observan que aún no ha tendido la colada. «Una desgracia —le grita el patriarca—, una desgracia». Y le suplica que pare, como Josué al sol.

Hay una estampa antigua de la lavandera de Madrid en traje de fiesta: la falda larga, el zapato elegante y la pañoleta que enmarca el rostro, con el lío de ropa por montera. Con ese vestido esta lavandera amortajó a su madre, ella ahora viene de trapillo al río porque son tiempos democráticos, y al escuchar la alarma de la familia despega las manos de la tabla y alza los ojos de gavilán. El patriarca llega hasta ella medio cayéndose por el terraplén, el sofoco le impide terminar la frase. Pero la lavandera adivinó a lo que viene y aguarda su petición con malicia, saboreando la recompensa que ha de recibir. Al fin, la lavandera se descara el escote y muestra un billete de lotería muy arrugado. El patriarca aplaude el rescate: «¡Viva la madre que te parió!». No sabe todavía si está premiado, pero retribuye a la mujer con rumbo de padrino de bautizo, igual que si fuera el gordo.

En estos lavaderos flotan los billetes de lotería y de dinero que sus dueños olvidan dentro de la ropa sucia. También las pelotas de trapo o de goma que los chicos cuelan por las alcantarillas de la ciudad y terminan en el Manzanares. Ahí las recogen las lavanderas para que jueguen sus hijos, y en la misma corriente desemboca un día esa pelota de color rojo que la madre introdujo en una lavadora para que el niño se entretuviera con sus vaivenes y no irrumpiera en la habitación de la vecina alcahueta donde su madre es zarandeada y oprimida por un cliente, igual que ropa lavada, a cambio de un billete de dinero o de lotería.

La lotería

A Adela Ruiz y Alfonso García

Había comenzado el sorteo del 22 de diciembre cuando el hombre llegó al bar de Entrevías a la hora de siempre, ocupó su mesa y, conforme era su costumbre, saludó a la dueña ni muy fuerte ni en susurro, aunque más bien para su colete. Hablaba poco o nada, y así volvió a suceder, porque cuando la mujer le puso el desayuno sobre la barra del mostrador para que él mismo se lo llevara a su rincón, según tenían establecido, el hombre no hizo por servirse ya que permaneció sentado con el mentón sobre el pecho, sin alborotarse con los vaivenes de la lotería que los niños de San Ildefonso pregonaban desde la cima donde se colocaba el televisor del bar.

Contemplaban a esos niños cantores unos parroquianos escépticos de que la dicha fuera a favorecerles. Atraídos, sin embargo, por aquel recital de venturas —por el mismo impulso que fija al diabético ante el escaparate de la pastelería—, ninguno retiraba su mirada del televisor, salvo el ensimismado de la esquina, ese gran lacónico que ni siquiera parpadeaba cuando alguien desfilaba a su lado para dirigirse al retrete.

El hecho de suponerle reflexionando en un día tan extraordinario, en que la esperanza de un cambio de vida desequilibra al más sereno, indujo a la propietaria del bar a salir del mostrador y trasladarle a la mesa el platito del café con leche en vaso largo y con el estuche de azúcar junto a la cucharilla —como el hombre especificó en su día y no volvió a repetir, pues ella no le dio motivos—. Mas, a medio camino, la mujer frenó, no se le fuera a derramar el líquido del susto, ante la certeza de que aquel cliente se había quedado en el sitio.

Y es que, en efecto, no respiraba ni latía ni seguía con la pupila la llama del encendedor ni la apagaba con el aire de las narices, según comprobaron los que, olvidándose de su consumición y del sorteo, dispensaron al fallecido los primeros auxilios del socorrismo —que habían aprendido en el albergue de ancianos de Santa Quiteria— mientras los niños de San Ildefonso repartían

millones.

Media hora después se presentó la policía, alegremente recibida por los niños cantores de la televisión, mas no por la dueña del recinto, que maldecía el accidente que había espantado a su parroquia. En aquel lugar de esparcimiento, en efecto, sólo estaba acompañada por los deudos del exánime, algo menos tristes al enterarse de que día y noche su pariente transportaba dentro de su camisa un fajo de billetes. De ese dinero tuvieron noticia al manipular en su ropa para reanimar su corazón y se lo apropiaron sin vacilar. Mas no lograron invertirlo allí mismo en una frasca de tinto y media de escabeche, porque la secretaria del juzgado les ordenó restituirlo al bolsillo del difunto hasta que se lo devolviese el encargado de tramitar las diligencias.

Al soplo helado de un nordeste vigoroso, el furgón condujo al Anatómico Forense al que, tras saludar a la encargada de prepararle el desayuno, dejó definitivamente de expresarse sin que ni Santa Quiteria pudiera evitarlo. Y mientras los vecinos del barrio comentaban la incidencia con más sorpresa que consternación, ya que muy pocos habían tratado al muerto, y algunos ni le conocían, en el coche de la secretaria del juzgado viajaban los deudos y en el suyo propio la dueña del bar, que obligada a echar el cierre a su negocio durante aquel día ciertamente negro, deploraba que su fidelidad de contribuyente recibiera semejante agravio de las entidades recaudatorias.

Era una nube de polvo la caravana de automóviles, cuando un angelito de nueve años, instruido en la supervivencia de la especie, se percató de que un gorrión plantado en el bordillo de la acera no volaba. Se le habían congelado las alas y caminaba renqueante y aturdido, mucho más afectado que la comitiva luctuosa. A impulsos de su vocación científica, el niño lo llevó a un cementerio de chatarra y por embelesarse en su estampa le buscó la ruina. Porque de aquellos escombros surgió un vivales que, al atrapar al pájaro en el día de la suerte navideña, cumplió sus fantasías de prosperidad. «Servirás para el arroz», fue lo que oyó el niño al hombre mientras le veía dirigirse con su botín a El Pozo del Tío Raimundo, marcando esa distancia entre el necesitado y la riqueza que tanto recuerda la de la muerte con la vida.

Regalo de Reyes

A Pablo

En la víspera de la fiesta de Reyes, desbordante de esperanzas, la criada sudamericana baila la música de su transistor. En la documentación que guarda en su maleta, junto a la fotografía de su familia, falta la cédula de ciudadana del mundo opulento. Es el regalo que ha pedido a los Magos por medio de su jefe, ese hombre que esta tarde sale de compras.

A través del ventanal del comedor, el niño sigue la marcha de su padre por la calle de Arapiles. Desde su piso alto, los peatones disminuyen de tamaño y también su padre, que no es la figura imponente sobre cuyos hombros se traslada a veces. El padre desaparece por la plaza del Conde del Valle Súchil, y el niño nota una punzada en el pecho. Para consolarse, acude a la habitación de la criada sudamericana.

Como el cuarto está a oscuras y con la radio encendida, el niño chilla en el umbral, lo mismo que ante un ratón o una culebra. La criada sudamericana le toma en brazos y bailando le conduce al comedor, donde la televisión retransmite la cabalgata de Reyes. Pero como el niño no está quieto, la criada le encarga una misión difícil: que descubra su regalo entre los que transportan las carrozas de los monarcas.

El niño debe averiguar también los regalos destinados a sus padres, a la criada y los vecinos. Para ello, acerca su cara a la pantalla del televisor: sobre una alfombra de confeti desfilan cuerpos de seguridad a caballo y a pie, rondallas autonómicas, transportes comerciales, personajes populares, animales imponentes y niñas que arrojan caramelos al público.

Los espectadores infantiles de la cabalgata vitorean la presencia de los Magos. La madre del niño lo ve en la televisión de una peluquería próxima a su domicilio. La criada sudamericana aprovecha ese momento de euforia para retirarse a su cuarto. Pronto el niño se cansa, pero en vez de volver al refugio de la criada, apaga la luz del comedor, abre el ventanal y saluda con la mano por encima de la barandilla del balcón, igual que los Reyes de la cabalgata

desde su trono.

En ese movimiento se le escapa el mando de la televisión, que cae sobre el colchón depositado en un contenedor. Un vagabundo con bigote repara en él y, tras cerciorarse de que nadie le vigila, se lo apropia. Con resolución lo orienta al edificio de viviendas y, como si disparara una pistola, pincha los botones. Automáticamente, en la televisión del niño se borran los Reyes Magos y aparece su padre, que regresa por la plaza del Conde del Valle Súchil con una bolsa de compra.

El niño recoge de la mesa del comedor los cubiertos de la cena y, como ha visto hacer a los Magos con los regalos, los lanza por el balcón. Agotada la munición, quiere saber quién se benefició del reparto. Para eso se encarama a la barandilla e inclina el cuerpo al vacío. Percibe el silencio de la calle, la distancia del abismo, la voluptuosidad del vértigo.

El timbre del piso es más potente que la música sudamericana de la radio. La criada apaga el transistor, se revisa el pelo, el calzado, el traje. ¿Le traerán su cédula de acogida? El timbre repica con apremio, corre la criada por el pasillo para abrir la puerta al cartero de los Reyes sin darse cuenta de que el comedor está sin luz y no se escucha la retransmisión televisada de la cabalgata.

La madre sale de la peluquería y al llegar a la calle de Arapiles mira la fachada de su casa. En el balcón del comedor hay dos policías con la criada sudamericana. Por el asfalto, tenedores, cuchillos, cucharas, vasos rotos y, junto a una bolsa de compra, un hombre tendido, con una brecha en la frente. Los sanitarios de urgencia le atienden bajo la mirada infantil del responsable de los hechos.

Rebajas

Esa mujer que sale de su casa con las primeras luces del día 7 de enero pisa el territorio de una antepasada heroica. Se llamó Manuela Malasaña y tuvo su domicilio en el barrio de su apellido, pero no en la calle que hoy se le dedica —paralela a la de Carranza y situada entre las de Fuencarral y San Bernardo—, sino en la de San Andrés. Allí vivió en el número 18, en un edificio inmediato al parque de Monteleón, donde el 2 de mayo de 1808 los chisperos se enfrentaron a la invasión francesa.

Cuenta la leyenda que Manuela Malasaña murió cuando proporcionaba munición a su padre en la batalla librada a la puerta de su casa. Pero la historia desmiente esta versión. Dice que era huérfana de padre, que trabajaba de bordadora y que ese día de mayo, cuando regresaba del taller, la detuvieron los franceses. Al registrarla, le encontraron las tijeras de su oficio y, porque lo consideraban un objeto peligroso, la fusilaron.

Seguramente la descarga se produjo al alba, al iniciarse ese día que la condenada a muerte no vio terminar. Sería una mañana de primavera cuajada, más calurosa que fresca, como tantas de Madrid por esa fecha. Nada parecida, obviamente, a la de esta jornada de enero de tejados blancos de escarcha. Se evaporó la bondadosa humedad de las Navidades, barrida por el soplo del Guadarrama que penetra por el pasadizo de la Galería de Robles cuando lo atraviesa la mujer madrugadora de la que hablamos al principio. Es una bocanada seca y desabrida que la obliga a ceñirse el chaquetón y que contiene, por curioso que parezca, el aviso de la primavera, esa ventolera de juventud que hará brotar los almendros y florecer los jardines y que en las primeras tardes de mayo llevará a la paloma posada en el monumento de Daoiz y Velarde a alzarse de repente, temerosa de que en el aniversario del fusilamiento de Manuela Malasaña el cañón del grupo escultórico se dispare.

Igual que la primavera entra en el invierno sin permiso, deposita su presagio y desaparece hasta que le llegue su turno, así este aire sublevado muestra los antecedentes del barrio como si levantara una falda, y desde el

fondo de los siglos traslada disparos, cañonazos y la alarma de las sirenas que conducían a mujeres y niños al refugio del metro de Tribunal mientras los varones amartillaban la escopeta en la barricada construida, por ejemplo, en la calle de San Vicente Ferrer, desde la que su vecina Rosa Chacel llamó Maravillas a este distrito donde, en el número 32 de la cercana calle de Valverde, habitó María Zambrano y Max Aub escribió una novela de personajes.

Hace setenta años —lo que dura una vida— que no se oye el grito más popular de aquella guerra civil, ese «No pasarán» que se propagaba de una trinchera a otra para avivar la resistencia contra el enemigo, y al que después de la guerra respondió la tonadillera argentina con un chotis —«*Ya hemos pasao*»—, en el teatro de la calle de Santa Brígida, dentro del mismo barrio. Eran los años triunfales de la victoria en que una mujer con una alcuza indagaba en las basuras de la calle de Fuencarral el rastro de sus familiares desaparecidos. Pero en el callejero elaborado por los vencedores no se concedió otra placa municipal a los derrotados que la escrita por su sangre en el paredón del fusilamiento.

En esas tapias del barrio de Maravillas que horadaron las balas, se buscan la vida con el nuevo siglo la prostituta de pensión y el minorista de la droga. Con ellos se tropieza en esta mañana de enero la mujer que al atravesar la Galería de Robles percibió en una bocanada de aire la llamada del pasado y la anticipación del futuro. La mujer sigue su camino y al oír en la plaza del Callao las campanadas del reloj de la Puerta del Sol revive el apremio de los viejos bombardeos. Aceleradamente desciende por la calle de Preciados y en la esquina con la de Tetuán se alinea con sus secuaces junto a la tasca donde Pablo Iglesias fundó el Partido Socialista. Y allí, esta descendiente de Manuela Malasaña, María Zambrano y Rosa Chacel afronta el destino que le reserva su época y aguarda la apertura de unos grandes almacenes en busca del retal bueno, bonito y barato: es tiempo de rebajas y hasta en la Historia se nota la crisis.

Amor de sangre

El caballero sube por la acera de la calle Ancha de San Bernardo donde está el Instituto Lope de Vega y, pese a la rigidez de la cuesta, marcha impulsado por la juventud de su cuerpo y ese motor del organismo que, cuando se nota eufórico, propicia audacias. Con zancada briosa, frente despejada y ademán visionario, adelanta a los que caminan con dificultades, apoyados en el puño del bastón o en el brazo del familiar. Ya aborda la glorieta de Ruiz Jiménez cuando un imprevisto le detiene. Mira al suelo y, como si sufriera un desvanecimiento, se lleva la mano al pecho. Mas no se busca la enfermedad sino la cartera, de ella saca un billete y se lo alarga a la florista que monta el puesto en la esquina de la calle de Carranza.

Es una mañana de sol descarado, acaso única, aunque la memoria se sirva de ella para remontarse a otra de luz análoga en que un grupo radiante de muchachas baja alborotando por la misma acera donde las evoca el comprador de flores al efectuar su pedido —quizá por haberlas visto retratadas en un periódico de época—, con el traje de percal almidonado y el pañuelo de seda que amortaja la cara simpática, donde encima de la frente resalta, a modo de faro, el rotundo clavel rojo.

En algún interior de Malasaña, la pianola de una dama elogia a esas jóvenes que apenas un año antes saltaban a la comba en la plaza del Dos de Mayo y hoy se visten de mujer: «*Mocitas de quince abriles...*». Son las modistillas engalanadas para la fiesta de San Antonio a las que el costumbrismo madrileño hace coincidir, pasada la cárcel de Quiñones y la calle de San Vicente Ferrer, con el estudiante que ronda por el caserón universitario de Noviciado sentando cátedra en experiencia de la vida. En esa disciplina profesa de tuno, mas su mala fama no le impide prosperar en el chicoleo y en una noche castizamente definida como de verbena y azahar, tras el baile en el Elíseo y las copitas de anís en las Vistillas, arrebatada la primera sangre de la enamorada sin cabeza.

«*Era ese novio mi pasión, mi vida*», canta Olga Ramos en un cabaret de la

cercana calle de la Palma. Era ese príncipe azul que le asignaron en la cuna y para quien se cuida y adorna, esa obsesión de su adolescencia que, sin perfilarse todavía en carne y hueso, llena sus charlas con las amigas en la plaza de Olavide, cuando con delicioso temor se interesa por los solteros del barrio: el que aparece por el taller a retirar los encargos o figura de ayudante de su padre en el ultramarinos familiar; o ese chico al que no conoce y del que los mayores ponderan su formalidad y buenas prendas en las tertulias clásicas del verano, y basta esa alabanza para apuñalar durante meses el corazón de la curiosa.

Todas esas habladurías e imaginaciones se concretaron en el señorito al que se traga la tierra después de su fechoría. Pasa el tiempo y llega un tipo para el que ella acaba vistiéndose de blanco. Hay banquete de boda en Cuatro Caminos y la acomodación a la horma del hogar que los hijos ocupan en ausencia de un padre que trabaja mucho o que, por no tener faena, se instala en la taberna, bebe más de lo debido, regresa sólo a dormir, y una noche se escuchan las voces desarticuladas, el arrastrar de muebles como barricada de una persecución confusa y, al fin, el golpe sobre la piel deseada en su día, ávidamente acariciada en su desnudez gloriosa y ahora desprestigiada por la marca de una agresión que proyecta en la casa un silencio de infamia, matizado por un llanto menudo.

«Juntos hasta la muerte», escribe el comprador de flores en una tarjeta que añade al ramo. Con el estandarte de su ofrenda, el galanteador atraviesa la calle de Carranza y sigue por la de San Bernardo en dirección a Quevedo para doblar por la primera de la derecha, llamada de Sandoval. En la esquina de ésta con la de Ruiz, dos individuos empotran en un furgón una camilla con un bulto tapado por una sábana blanca. Tras ellos, dos policías agarran de los brazos al tipo que oculta el rostro con una gabardina. En el mediodía brillante y pesado acaso el sol calienta más de lo habitual en primavera. Parten hacia la glorieta de Bilbao el furgón funerario y el coche de policía cuando el gallardo caballero entra con su ramo de flores en la calle de Sandoval y, antes de llegar al cruce con Ruiz, penetra en la casa donde el serrín empapa las manchas rojas del suelo. Irreflexivamente salva ese obstáculo y, con la impaciencia del amor enardecido, sube la escalera.

Casualidades

A las doce de la mañana del 12 de noviembre de 1912, Marcel Proust, cronista de la sociedad galante de París, recibe en su piso del Boulevard Haussmann a Jacinto Benavente, el dramaturgo español más popular en el extranjero desde que el 9 de diciembre de 1907 estrenó su comedia *Los intereses creados* en el madrileño teatro Lara, el local de la Corredera Baja de San Pablo llamado «la bombonera» por la coqueta disposición del recinto.

—*He aquí el tinglado de la antigua farsa...*

En todos los hogares franceses se ultiman los preparativos del almuerzo, y así también lo hace Céleste en la cocina del piso del Boulevard Haussmann. Pero sus escrúpulos de *gourmet* no penetran en el dormitorio de Marcel Proust, donde sólo se oye la voz del anfitrión que, postrado en la cama por minuciosas dolencias, lee a Jacinto Benavente esa monumental novela en la que se embarca desde hace tres años y cuya primera parte estima concluida.

—*Durante mucho tiempo me acosté temprano...*

A la misma hora en que el dramaturgo español tiene el privilegio de internarse en el laberinto sentimental de Swann de la mano del novelista francés —que al no ser distinguido aún como escritor de alto vuelo no disfruta de la reputación literaria de su huésped—, un paisano de parpusa hasta las cejas, que bebe anís del Mono en un establecimiento situado frente al madrileño teatro Lara, formula en un tono más alto que Marcel Proust y para desasosiego de los demás clientes del local la interjección del general Cambronne:

—*Merde...*

Media hora antes de que este individuo se cisque verbalmente, el presidente del gobierno de Su Majestad el rey Alfonso XIII, don José de Canalejas, caminaba por la Puerta del Sol. A pocos metros de su despacho oficial se detuvo a curiosear en el escaparate de la Librería General San Martín. Eran las once horas y veinticinco minutos de la mañana cuando un sujeto de parpusa hasta las cejas —como tantísimos chulos de Madrid— se

colocó a la espalda del prohombre y descargó sobre su sien un tiro de pistola:

—*¡Viva la anarquía!*...

A la velocidad del rayo se ha difundido la noticia del crimen por las cuatro esquinas de la capital. En el bar de la Corredera Baja, el malhumorado de la parpusa hasta las cejas sorbe su ración de anís del Mono y participa de la consternación de los demás clientes pronunciando la muletilla del general Cambronne:

—*Merde.*

Pero el enfado de este parroquiano no proviene del atentado político, sino de un asunto personal: porque enfrente de donde él solicita otra copa de anís del Mono, es decir, al lado del teatro Lara, está su domicilio. Y en ese hogar donde comparte tálamo y hacienda con esa sevillana de saliva más dulce que la leche condensada a quien él llama gatita y dos niñas madre, se ha situado un mozo con unas flores.

—*Centenares de flores como colonias aladas y vibrátiles de parásitos preciosos...*

Con este ramo, Proust quiere agradecer a Benavente la atención que presta a su novela. Y al suponer que el dramaturgo rechazará este obsequio en el piso del Boulevard Haussmann —pues ya se considerará retribuido con que le inviten a almorzar—, se lo envía al teatro de la Corredera Baja, esa «bombonera» donde Benavente estrenó su comedia más famosa, para que cuando regrese a Madrid le dé la bienvenida su «*matinal olor a lilas*», según escribe en la tarjeta que acompaña.

—*Con su florecer vivo y azulado...*

Mas a esta hora del mediodía en que en Madrid se mata a Canalejas y en París hierven las cocinas —aunque ninguna con el primor de la de Céleste—, tardan en abrir la puerta del Lara porque están atareados en el próximo estreno. El recadero entrega las flores en la vivienda contigua al teatro para que su destinatario las recoja; el gruñón del bar, que ignora esta circunstancia, se enfurece cuando su mujer las acepta, y sin que caiga de sus labios la palabra del general Cambronne, declara a un auditorio estremecido por el asesinato de su presidente del Gobierno que no tolerará que le pongan los cuernos delante de sus narices.

—*El honor es patrimonio del alma...*

Apura la copa de anís del Mono, se encasqueta la parpusa y rechinando los dientes se dirige a pedir explicaciones al mozo de las flores, cuando dos

actores del Lara —a los que el municipio dedicará una travesía de esta Corredera Baja— salen del teatro hacia el bar vestidos de guardias del sainete que ensayan. Los tres coinciden en el centro de la calle.

—*¡Casualidad!*

Amedrentado por los uniformes, el encolerizado recula, y los actores, confundiéndolo con el asesino de Canalejas por su parpusa calada, impiden su huida.

—*¡Guardias!*

Eso reclaman los actores sin reparar en que, por exigencia del sainete, visten el uniforme del cuerpo de seguridad.

—*¡Socorro!*

Así gritan los clientes del bar, el recadero de las flores y los transeúntes de la Corredera Baja cuando los cómicos y el tipo de la parpusa hasta las cejas se enzarzan en una bronca de aspavientos e insultos.

—*¡Merde!*

Eso masculla el patibulario al ser detenido por los policías de sainete. Muy irritado, tacha de farsantes a sus captores y éstos, con nobleza, admiten pertenecer a la farándula. Pero no sueltan a su rehén para evitar que despedace a esa mujer que, abrazada a un ramo de lilas, murmura un nombre de varón:

—*Jozú.*

Ajeno a esta sarta de casualidades que participan de la seductora ambigüedad de la mentira, en el número 102 del Boulevard Haussmann Marcel Proust sigue leyendo a Jacinto Benavente esa novela que no publicará íntegra hasta el año de su muerte, el mismo 1922 en que obtendrá el premio Nobel de Literatura el dramaturgo que le escucha embelesado.

La musa

A Laly Béjar

Tres días antes de que desembarque en Cartagena Amadeo de Saboya para ser proclamado rey de España, sufre un atentado en Madrid el militar y político Juan Prim, instigador de este cambio dinástico.

Ocurre un 27 de diciembre de 1870 en la calle del Turco, en las inmediaciones del palacio de Buenavista. Días después de la tragedia y a la misma hora, cruza por la citada calle —que hoy lleva el nombre del Marqués de Cubas— un carruaje como el de Juan Prim. En su interior, una mujer describe el suceso al caballero que hurga en su escote.

Este caballero figura en el séquito del monarca Amadeo con el oficio de compositor. Impresionado por el relato de la dama, corre las cortinas del vehículo y eleva la presión arterial y el tono vocal de la narradora hasta extraer de su pecho un agudo *affettuoso*.

No duda la mujer en proclamarle artista al descender del carruaje. Volverá a proclamarlo esa noche con sentidos vibratos en un palco alto del teatro de la Zarzuela —mientras Arderíus representa un bufo— y, ya de madrugada, lo reiterará en la cama de su alcoba, vecina de la Casa de las Siete Chimeneas, donde los gatos más feroces se asustan con los arpegios que el amor arranca de su garganta.

Tras cumplir como un hombre, el músico enseña a la mujer la partitura de la ópera que este nuevo año de 1871 estrenará en Egipto. La mujer examina el papel pautado, se levanta de la cama, despierta a su pianista sueco y aborda la romanza que quien tenga la fortuna de oír-la jamás olvidará.

«Celeste Aida, eres mi musa», exclama el compositor tras la interpretación de la cantante. Y sobre el lecho de su dormitorio y bajo la clave del sol invernal, se funde con ella en trémolos y mordentes que el pianista sueco, en el gabinete contiguo, secunda abnegadamente con apoyaturas y glissandos.

El compositor invita a su amiga madrileña al estreno de la ópera como si se tratara de una excursión voluptuosa: zarparán por el Nilo en barco de nombre

extranjero, practicarán las posturas del santo becuadro, la corchea difusa y el rubato con mayonesa... Ante el horizonte de placeres, la dama encarga pelucas, cendales, corsés, pulgas, látigos, corpiños y picardías acordes. ¡Será inolvidable la entrada de la trompa a la sombra de las pirámides!

Acompañada por el pianista sueco en su desairado papel sordomudo, la dama ensaya candentes bemoles y sostenidos irresistibles, síncopas, melismas y gorgoritos. Pasan los meses, en el gabinete se amontonan bultos y fardos y la invitación del compositor se retrasa tanto que la ópera se estrena sin que ella se mueva de su casa, donde un buen día comparece un compatriota de los antiguos faraones —que actúa de comparsa en *Aida*— y revela con impecable fraseo que el músico prefirió en esta ocasión otros embarques.

«No renegaré de su nombre —y la despechada anuncia a las amas de La Gota de Leche que alimentan el fruto sonrosado de su arrebató melómano—: Le impondré su apellido».

En memoria de quien la descompuso, funda un conservatorio en los Altos del Hipódromo para sensibilidades precoces, estimula la potencia tímbrica y las cuerdas más bajas de sus alumnos, afila saxos, tubas y ocarinas, ejercita pizzicatos, se compenetra con zambombas y rabeles, y coloca a su pianista sueco al frente del Elíseo de Recoletos, ese baile de criadas y de horteras, según Federico Chueca, para que todos canten, cuando estén pasados de copas, el brindis de *La Traviata*.

Una mañana de noviembre del año 1912, ella oye a la altura de Lhardy el disparo que asesina al presidente Canalejas en la Puerta del Sol. Ordena detenerse al vehículo en que paseaba y pregunta al pianista sueco: «*Cosa succede?*». Con frase de *Cavalleria Rusticana* le responde su acompañante: «*Han matado al compadre Turiddu*». Ella recuerda el episodio de violencia en la calle del Turco que la unió al autor de *La forza del destino* y, por si se repite la historia, sugiere ahuecándose el escote: «*Ritorna vincitore*».

No se reprime el sueco y con técnica de virtuoso la desnuda *presto* y *vivace*. Atacan en *allegro scherzando* dulzainas, panderetas, marimbas, flautas de pico y, ¿cómo no?, las violas. A banderas desplegadas la musa y su intérprete se aman en modo mayor y menor, dodecafónicos y atonales. En el ápice de la pasión, modula él: «De tu música entiendo la letra». Ella se pasma: «Pues si sabes de letras eres escritor». Y envía telegramas imperiosos a la Academia Sueca para que galardone a ese compatriota sobrado de recursos expresivos, que le pone los puntos, las comas y los acentos con

perspectiva omnisciente.

La gaviota

A Conchita Sarri

Es disparatado buscar gaviotas en una ciudad que dista kilómetros del mar, pero la prisionera de una geografía sin horizontes se obstina en convocarlas. Es esa madrileña que mueve a media mañana el visillo del cuarto de estar, contempla el triángulo formado por las calles de la Paz, Correo y Pontejos, sale al balcón, pone sus manos en la baranda y, con los ojos cerrados y la atención absorta, se entrega a la brisa que trae, desde la vecina Puerta del Sol, el reclamo del aguador y del buhonero, el chotis del organillo y la noticia del vendedor de *El Heraldo* sobre la guerra perdida de Cuba.

Nunca sabremos si esa mujer se rindió al galanteador más famoso de los contornos, el galdosiano Juanito Santa Cruz. Pero sí que su belleza, reflejada en un cuadro presentado al Salón de Otoño de 1945, impresionó a Eugenio d'Ors. El autor del lienzo, un tísico que no obtuvo ningún galardón por su trabajo, no retrató a esa mujer al natural, pues nunca posó para él en su buhardilla de la calle de Arrieta, sino guiándose de la descripción del hombre que la había sorprendido asomada al balcón de su casa un día de primavera de 1896, como una gaviota dispuesta a surcar el cielo, mientras los soldados que partían a Ultramar desfilaban por la Puerta del Sol al compás de la charanga.

El estigma de su hermosura, que ese afortunado percibió desde la acera de enfrente al domicilio de la mujer, justo donde se ubica un establecimiento de artículos religiosos, le impulsó a revelar al pintor aquel encuentro fortuito que la dama remató de forma intempestiva: porque al darse cuenta de que el hombre la miraba, y de que esa mirada cargaba de malicia su comportamiento inocente, se retiró sin decir palabra hacia el interior de la casa y cerró con fuerza el ventanal. Durante semanas y meses estremeció la sensibilidad de las calles secundarias de la Puerta del Sol el choque de las maderas, el batir de cristales y el categórico descenso del picaporte, similar al de la guillotina sobre la cerviz del condenado.

«No quiero saber nada de él —advertía ella cuando le hablaban de quien se apostaba un día y otro en aquel triángulo de calles—. Para mí, como si no existiera». Y mientras en la residencia de la hermosa caía el silencio sobre la figura de su pretendiente, en las tabernas de la Puerta del Sol el enamorado se refería a esta mujer igual que un ciego, fascinado por esa imagen pretérita que su memoria en carne viva eximía de envejecimiento o deterioro. Por eso, al contar su testimonio al pintor de la calle de Arrieta —muchos años después de haberse producido el hecho, pero algunos antes de que éste empezara el cuadro—, insistió en esa estampa de gaviota posada en el balcón, prendida de la fragancia del Guadarrama que entornaba sus ojos y refrescaba sus mejillas. Así la había captado a fines del siglo diecinueve desde el comercio de artículos religiosos de la esquina y así sedujo a Eugenio d’Ors y otros asiduos al Salón de Otoño de 1945, sublimada por el pincel del artista.

Ante la cerrazón de esa mujer, el hombre levantó el asedio, frecuentó otros ambientes y consoló su frustración amorosa en las turbulencias de la política mientras ella aplacaba en el piano sus contradicciones sentimentales. Sus amigas, su director espiritual, incluso don José Ido del Sagrario, siempre quisquilloso, elogiaban la tenacidad de ese galán, tan distinto al versátil Juanito Santa Cruz. Todos sospechaban que el desventurado, al defender en el Parlamento y en la barricada la causa republicana, demandaba el favor de su reina. Pero ni ante una evidencia tan obvia ella cedía.

Abatido por los disparos del pelotón, que ejecuta la sentencia dictada por los tribunales militares, morirá ese infeliz con el nombre de la ingrata en los labios. El eco de la descarga atraviesa las más hoscas paredes porque, en un acto mimético del efectuado aquel día de 1896, esa mujer se asoma al balcón. Es una mañana de abril de 1939, en que deslumbra la luz y acaricia el aire. Ella dirige sus ojos al lugar donde él la vio hace cuarenta años y, al comprobar que nadie lo ocupa, sabe que no volverá a recibir esa mirada que la apartó del mundo. En su corazón, el alivio se mezcla con el remordimiento. Y mientras un pintor sin nombre reconstruye su figura de gaviota que extasiará a los intelectuales del Salón de Otoño, ella toma la decisión que se esperaba de su actitud desdeñosa y proyecta su vuelo sobre el mar de calles y tejados que le sirven de alfombra, ahora que no recogerán su caída los brazos de su admirador.

Sherezade

En la tierra de Sherezade, el rey recibe todas las noches a una virgen y después de desflorarla acaba con su vida. Por este rito que aflige y humilla a su pueblo, muchos padres han exiliado a sus hijas y los que no tienen recursos para marcharse del país las esconden. Ninguna amiga de Sherezade ha sobrevivido a la audiencia siniestra del monarca. Sherezade podría rehurla, ya que pertenece a una familia de alcurnia. Pero decide correr el riesgo porque confía en su suerte.

Sherezade acude a palacio, se acuesta con el rey, y cuando parece inminente el desenlace fatal —que la conducirá a presencia del verdugo, a no ser que el monarca prefiera asfixiarla con sus manos—, empieza a contar una historia tan intrigante que consigue unir su vida a la del relato y aplazar su muerte hasta que termine de contarlo. Sherezade es curiosa, le apasionan las leyendas, las peripecias ciertas o inventadas de los reinos antiguos. Y sus oyentes se hacen lenguas de su destreza para transmitir con amenidad este saber almacenado en su memoria.

Al cuento inicial sucede otro, y el rey, seducido por el repertorio de narraciones —que un francés avisado agrupará en libro—, respeta la vida de Sherezade y deja, con ello, de sacrificar inocentes. Esta tregua se instala en el reino durante mil y una noches, casi tantas como se mantuvo la bárbara actitud del monarca. Es un periodo de extrema penuria para sus súbditos, en el que los imperios de Occidente se proponen derrocar al rey y apoderarse del territorio y de sus riquezas naturales. Cuando declaran la guerra al país de Sherezade —y ahora la amenaza no recae sobre doncellas, sino en hombres que esgrimen escopetas de caza ante unas potencias con armamento atómico—, Sherezade huye: si se libró del despiadado rey, no quiere entregarse a los nuevos amos.

Larga y azarosa es su peregrinación buscando el refugio de los apátridas. Detallar sus penalidades a través de desiertos, mares y ciudades reclama un narrador tan ingenioso como ella. Después de mil aventuras, se acerca a la

costa mediterránea, pisa la playa de Tarifa y salva el cerco de la Guardia Civil. Luego viaja a la capital de España sin llamar la atención de las autoridades.

Está Madrid sublevado porque su Gobierno figura entre los invasores de la tierra de Sherezade. Los discrepantes alzan en la Puerta del Sol la plataforma de su rebeldía. En esa rotonda eternamente poblada de curiosos, escenario de pronunciamientos militares, de ejecuciones sumarias y de proclamaciones políticas, los pacifistas denuncian la nueva guerra. Confundida con la muchedumbre que protesta, Sherezade revive su experiencia con el monarca sanguinario: es el discurso de estos españoles, esa palabra contenida en un relato, un verso o una canción, la que demora —quizá por una semana o sólo por un día— la conquista de su país y la matanza de sus compatriotas.

Sherezade no está acostumbrada a comportarse con la desenvoltura de las españolas. Mediante una mímica sobria, solicita al que pinta tatuajes en la calle del Correo que le grabe en la frente la palabra paz. Ese truhán se llama Latino de Hispalis, está borracho y no acepta complacer a Sherezade sin una contrapartida erótica. Sherezade escapa por la calle de Carretas seguida de su acosador y al subir por la calle de la Paz —donde la gaviota se asomó al balcón— repara en el andrajoso que se extingue junto a los escalones del teatro Albéniz. Latino de Hispalis se destoca y pondera a la mujer los méritos del desharrapado. Se trata de Max Estrella, asegura Latino, el primer poeta de España.

La primera narradora de Oriente se arrima al bohemio y lo acuna en sus brazos. Max Estrella entiende la compasión de Sherezade, pero no su idioma. Latino de Hispalis desaparece con la cartera del poeta que, sin darse cuenta del robo, indica a la mujer: «Con la palabra detenemos la muerte». Y Sherezade no comprende lo que dice Max, pero le habla con la ansiedad de cuando contaba historias al sultán y su vida dependía de la duración del relato.

El perejil

A Rafael Azcona

«¿Qué más te pongo?», dice el tendero. La mujer revisa el capacho de tomates y fruta: «Con este calor, ná». En los periódicos lo escribirán redicho, pero en Madrid se dice «ná» porque la boca madrileña se cansa a la primera sílaba, en agosto el habla es un bostezo, y al que insiste se le recalca: «Ná de ná», mayor redundancia imposible en estas fechas de galbana.

Lo mismo que todos los años, el verano ha caído como una desolación, los que parten en tren a San Sebastián o Santander dicen antes de pasarse la noche atravesando Castilla: «Adiós, Madrid, que te quedas sin gente», una chuscada, porque los veraneantes son menos que los condenados a carbonizarse en el pudridero de la capital, unos por falta de recursos y otros por obligación del cargo. Incluso la Familia Real no sabe si veraneará. Los periodistas tampoco saben si habrá crisis en el gabinete, no lo ha confirmado el presidente del Consejo —¿Sagasta? ¿Cánovas? ¿Canalejas? ¿Maura?— al salir en coche desde el Congreso hacia Palacio. Por si acaso, el dibujante de *Gedeón* coloca a los ministros en la cubierta de un barco en alta mar, uno de ellos con gorra de marinero.

¿Marina? La flota derrotada en Trafalgar y Cavite atraca en Ceuta, y el picador de reses bravas, como si se situara ante el islote de Perejil, aplica su mano derecha a las cejas formando visera para avistar al enemigo: «No hay moros en la costa», comunica a los cofrades en el colmado de la calle de Cádiz —a dos pasos de la Puerta del Sol—, cuatro finos y unas aceitunas sobre una mesa que parece un taburete. «Mi compadre está en Tánger», añade ese picador (al que llaman Sabañón en *Agua*, *azucarillos* y *aguardiente*, porque sólo pica en invierno). Y el aroma a invasión y reconquista que turba la memoria de la torería desde Boabdil y Abd-el-Krim reaparece en la boca de las niñas que saltan a la comba en la plaza de Oriente: «*Morito pítitón, de nombre virulí, la sal y el perejil, perejil don-dón*».

Callan las niñas cuando el coche del presidente del Consejo entra en la

plaza de la Armería. La mano del monarca aparta el visillo y se enfunda los guantes. El asistente propaga la orden: «Guardia, a formar», y la banda de cornetas y tambores empieza el himno —«*Que vivan los valientes / que vienen a ayudar / al pueblo gaditano / que quiere pelear*»— de la zarzuela *Cádiz*, libro de Javier de Burgos y música de Federico Chueca. «¿Te gusta la marcha, prenda?», dice el paisano marcando con el bastón el ritmo del pasodoble. «Chulo, castizo», responde ella arrobada. Y se estremece con el piropo ardiente de su novio: «O cierras los ojos o llamo a un guardia».

Pero ella no le obedece porque, ¿quién se niega a contemplar el espectáculo castrense? «La parada», avisan las niñas. Y su advertencia saca a los curiosos al balcón y a los dependientes fuera de las tiendas. El monarca pasa revista a la tropa y junto al presidente del Consejo despide a la formación garbosa que al compás de los tambores y el sonar del tararí sale por Bailén a la calle Mayor y toma rumbo hacia la Puerta del Sol, que está atestada pero tranquila —«viva España», grita el gentío que forma pasillo—; y de la Puerta del Sol sigue hasta el cruce con Cedaceros —«viva España», dicen los toreros andaluces en el colmado de la calle de Cádiz—; y de Cedaceros baja por la carrera de San Jerónimo —«viva España», corean en Lhardy y en Fornos—; y en su camino a Neptuno recibe la unanimidad de los diputados que dejaron el escaño del Congreso para gritar en la calle «viva España», y la sonrisa de las damas del paseo del Prado que agitan los pañuelos de mano —«valientes, valientes»—, hasta la estación de Atocha.

Ahí espera el tren que conduce a los mozos a la guerra de África. «Soldados, viva España», exhorta el mando; «viva», responde la multitud en los andenes. «Viva España con honra», matiza el malencarado; y el paisano chulo y castizo alza el bastón como un estoque y tiene que ser contenido por su novia: «Le daba así». Y ese clamor que, según los periodistas, «corre por Madrid como un reguero de pólvora» cuando llegan noticias luctuosas desde Alhucemas y el Barranco del Lobo, proviene de la misma garganta que en la plaza de toros de la Puerta de Alcalá arrastra la cadencia de su modular binario cuando el desplante de Belmonte o Joselito ante el astado induce a la rotundidad del «olé».

Restalla en el colmado de la calle de Cádiz la invitación flamenca —«¿Otra ronda, señores?»—, repican las campanas de la catedral en honor de los que conquistaron el islote de Perejil —unas cabras locas y cuatro matorrales—, susurran las calesas de Recoletos en el atardecer cárdeno, rueda

el toro sin puntilla en el coso de la calle de Alcalá, el sol agoniza en Rosales y la parroquiana, apremiada por la hora, cierra el trato con el tendero: «Se me olvidaba, haz el favor, dame un poco de perejil». Otras veces dijo manojito o mano o puñado o pizca, porque nada vale menos que el perejil. Mas, por si lo ha encarecido la guerra en aquel islote del mismo nombre, pregunta su precio. «¿Vamos a discutir por un perejil?», le sonrío el tendero. Y con el obsequio en el capacho, la parroquiana se marcha, tan contenta.

Escaparates

A Juan Cruz

En los primeros días de diciembre, los niños de la generación de la guerra civil se asomaban a los escaparates de las jugueterías para inspirarse en la carta de peticiones a los Reyes Magos. Con la frente en el cristal de los establecimientos de la Gran Vía, admiraban los balones y las muñecas. Balones de reglamento para los chicos, que sustituyeran a las rústicas pelotas de trapo; muñecas relucientes para las chicas, que encarnaran sus sueños de convertirse en madre prolífica o enfermera de Auxilio Social.

Quince años después, un fotógrafo ambulante retrata a esas niñas de posguerra en la misma Gran Vía que frecuentaron de pequeñas para ver juguetes. Ahora hay más posibilidades de entretenerse que antes, y por esa «calle mayor» de la capital de provincia que es el Madrid de los años cincuenta, esas mujeres pasean en la tarde de un sábado o de un domingo del brazo de la amiga de confianza charlando como cotorras —dirán las celosas—, saludando a las conocidas con las que se cruzan o deteniéndose ante los escaparates de ropa, zapatos, perfumes o bolsos que les dan ideas para el regalo de cumpleaños de la madre o la tía que entre visillos vigilan su comportamiento de soltera.

También hay fotos de la juventud de esos chicos en la Puerta del Sol o en la plaza Mayor o ante el ascensor del metro de la Red de San Luis, vestidos de caqui y con el pelo rapado, o a la puerta del restaurante donde se festejó una boda o un bautizo. Los chicos no comparten con las chicas la afición por los escaparates. Pero, fuera de España, son su distracción preferida: saben que en algunos comercios de los barrios bajos de Bélgica y Holanda, en vez de balones, como en la ciudad levítica de su niñez, hay chicas desnudas, o con muy poca ropa, que fuman en el reducido espacio de su jaula o sonrían al transeúnte que las desea a través del cristal y muestran un cartel con un precio, como maniqués.

En aquellos años heroicos, las ciudades españolas no proporcionan estas

visiones. A veces, alguna dependienta de los dos o tres almacenes de la Gran Vía aparece en el escaparate a retirar la prenda solicitada por el cliente. Para ello se descalza, pisa la plataforma y arrebatada el artículo requerido. Se sabe observada por los transeúntes con la misma atención que prestaban su madre y su tía a sus paseos juveniles por esta avenida y no quiere ser equiparada a las extranjeras sin prejuicios de las que hablan sus amigos emigrantes cuando vuelven de vacaciones a España, esas desvergonzadas que se exponen de reclamo dentro de una urna.

Para que no haya equívocos, en las ocasiones de liquidación o renovación de existencias, el empresario de la dependienta tapa la luna del escaparate con un papel de color marrón. Así protegida de la curiosidad ajena y de la descalificación que susciten sus posturas desenfadadas, la trabajadora cambia unos artículos por otros, e igual que cuando en su casa realiza zafarrancho de limpieza, se arrodilla y se empina, se cimbreo y se curva. Es labor sacrificada, especialmente el día 6 de enero en que los Reyes Magos regresaron a Oriente y hay que sustituir los objetos que encarnan los anhelos de los niños por las rebajas ofrecidas a los mayores.

De vez en cuando, esa dependienta se concede un descanso, aparta el papel marrón para mirar la calle y, desde su recinto acristalado, envidia la soltura de los transeúntes. Niñas y adultas pasean con amigas, saltan a la comba o examinan el surtido de las tiendas. Esas mujeres actúan con una libertad que ella no tuvo, esclava de la mirada inquisitiva de los demás. Observarlas le despierta la fascinación de los escaparates, algo que ella es incapaz de transmitir. Porque si por un momento cambiara de perspectiva y desde la posición de un cliente contemplara su historia, sería lo que en los comercios llaman una ganga.

Otoño, 1950

A José Luis García Sánchez

Ella es monísima, monísima, monísima. Por eso él la exhibe poco y prefiere visitarla en su pisito de la calle de las Naciones. Pero alguna vez ella le recoge en el café de la plaza del Callao donde él escribe el artículo para *Arriba* y participa en una tertulia de alféreces provisionales. Ella viene en taxi quejándose de las criadas, porque no hay ninguna buena. Sujetándose la pamea se apea, mueve la puerta giratoria del café con los guantes que ella llama de entretiempo y, al circular entre las mesas con los tacones de aguja, transforma el local deslucido en una pasarela de Balenciaga. La miran los comisarios, los estraperlistas, el limpia, los camareros, el chico de los recados y las prostitutas selectas de la Gran Vía. Es tan monísima, monísima, monísima, que podría nublarle la sonrisa a la excelentísima señora de Franco.

Como si entrara el oficial de semana, los alféreces provisionales de la tertulia ejecutan el taconazo de ordenanza voceando Larache o Brunete o Badajoz, porque ahí ganaron la guerra. Ella desfila sin mirarlos, igual que Franco a sus ministros, porque una mujer decente, como dice el padre Venancio Marcos en Radio Madrid, debe ser esfinge cuando anda por medio su hermosura. Con revuelo de sillas los alféreces provisionales le proporcionan un asiento al lado de él. El camarero le pregunta qué va a tomar ella y él, sin consultarla, pide un sifón. Ella cruza las piernas con estudiado alarde, y todos, aturcidos, empiezan a hablar de Papini.

Giovanni Papini es un intelectual italiano por el que reza la Iglesia de Pío XII y su abnegada sor Pascualina. Papini acaba de convertirse a la confesión católica, pero hace meses era ateo y nadie sabe si renegará de nuevo. Entre semejantes bandazos de conciencia se debate este polemista que en nuestro país conmueve al periódico monárquico, exalta al periódico falangista y escama al periódico clerical —en la España del caudillo Franco hay libertad de prensa—. Un contertulio ruega a Dios que llame a su gloria a Papini antes de que se arrepienta y muera infiel. Los demás se adhieren con retumbar de

taconazos, salvo ella, monísima siempre, para quien lo peor de Papini no son sus volatines espirituales, sino su cara: «El pobre es un adefesio —desdeña—, yo lo mandarí­a al infierno, por horroroso».

Y tararea «*moreno tiene que ser el hombre que me camele*», jaleada por los taconazos de Larache, Brunete y Badajoz. El camarero trae el sifón, ella vuelve a cruzar las piernas y su gesto desencadena un aluvión de comentarios sobre el *Semíramis* y los voluntarios de Rusia, el gracejo de Pemán y el otoño que empieza hoy. Precisamente para celebrar la caída de la hoja —cuenta la monísima ante la envidia de sus adoradores secretos—, ella y el articulista cenarán en Riscal, verán luego la revista de Celia en el teatro Alcázar —el chico de los recados del café compró las entradas en la reventa de Golidia— y rematarán la noche en una sala de fiestas chic: él, que es más clásico, indica Pasapoga, pero a ella le gusta Alazán, que combina encanto y belleza.

Inspirado por el nuevo cruce de piernas de su monísima, el escritor falangista habla del artículo que acaba de enviar a su periódico. Es una consideración lírica del otoño a la manera poética de la juventud creadora —comenta—, inspirada en una reflexión de Papini. Y explica que a Papini el otoño no le produce recogimiento y tristeza sino optimismo, porque mientras el sol pierde vigor, se desnudan los árboles y se destempla el clima, nosotros ni decaemos ni languidecemos, lo que confirma nuestra superioridad sobre la naturaleza. «Por eso he prometido a ésta —y señala a su monísima— que todos los 21 de septiembre, en homenaje a Papini, la honraré en la cama como Dios manda. Dentro de mí pide guerra el superhombre de Nietzsche...».

Con la mano en alto grita: «Papini, presente». Los alféreces le secundan con las salvas de sus taconazos y ella baila por las mesas «*moreno tiene que ser el hombre que me camele*», imitando a Silvana Mangano en el bayón de *Ana*. De la calle procede el rumor de que Papini no es católico, hace cinco minutos apostató. La monísima da un grito, un alférez provisional saca la pistola. Repica el clarín del teléfono, y entre la sorna de policías, limpiabotas, estraperlistas y prostitutas, el camarero anuncia al articulista de *Arriba*: «Le llama el Delegado Nacional». Como si marchara al corredor de la muerte, él se dirige a la cabina a recibir la bronca o el cese por sus devaneos con el renegado de Papini, mientras ella, por estricta supervivencia, guiña un ojo al comisario de abastos, que es moreno, moreno, moreno.

Soñadores

A José María Prieto

A fines de los años cincuenta, cuando los chavales se cansan de jugar a policías y ladrones en el parque del Retiro, escapan por la Montaña de los Gatos y la explanada de Menéndez Pelayo hasta la calle de Antonio Acuña, donde en la escalinata correspondiente a la salida trasera del cine Tívoli contemplan imágenes más turbadoras que las que en él puedan proyectarse. Porque ni la irreverente Marilyn Monroe ni la dulcísima secretaria de teléfono blanco llamada Antonella Lualdi —fulgores de la pantalla en el salón del ángulo oscuro— despiertan en ellos la fascinación de esa colegiala madrileña que, en el atardecer de invierno y coincidiendo con el alumbrado de los faroles de gas, pasea con su perrito junto a otra chica menos atractiva.

Esa chica menos atractiva, al terminar el colegio y matricularse en la facultad de Filosofía y Letras, se entregó a la disidencia política y organizó la histórica sesión de cine en la que no se ofreció la película anunciada, sino otra prohibida por la censura, cuyo título de acorazado soviético electrizaba a los universitarios de cabello largo y tinte existencialista. Y aquella noche esa mujer desgarbada y escurrida, al volver a casa por las calles donde había paseado con su amiga guapa, sintió un reflejo de la gloria mundana que ésta acaparaba cuando su acompañante masculino —un cinéfilo que por el amor de la dueña del perrito hubiera matado a Bergman— se detuvo junto a la librería francesa de la calle del Duque de Sesto y, para agradecerle la oportunidad de haber contemplado las imágenes del coche de bebé por las escaleras de Odessa, rozó con los labios su frente.

Al interpretar el beso como una toma de conciencia, la joven propuso a su chico aventurarse por la avenida Nevski, el metro moscovita y la tumba de Lenin durante las vacaciones veraniegas de ese año de 1968. Pero se lo impidió el mayo parisino, ya que su compañero de viaje prefirió permanecer en Madrid con la guapa del perro al enterarse de que había participado en la subversión estudiantil de la capital francesa. El cinéfilo se la figuraba guiando

al pueblo galo hacia la libertad igual que la pintura de Delacroix. Y no quiso oír a la preterida que, en su afán de imponer la verdad revolucionaria, afirmaba que su amiga no había estado en la trinchera de Saint-Michel, sino en un hotel de la *banlieue* con su padre a la espera de cerrar un suministro de cojinetes para su industria familiar.

Por las calles que frecuentaron las chicas del perrito en el franquismo, se ha visto en la democracia a la hermosa y el cinéfilo. Ella va cargada de periódicos y discute con su pareja, que lleva de la mano a su hijo. Por el noticiario de la tele supieron que su camarada fea había sido nombrada directora general por los socialistas. La foto de los periódicos disimulaba sus rasgos más hombrunos, comentó la guapa. Nada añadió su marido cinéfilo, pero dos días después dejó al niño en casa de sus padres con el pretexto de ir a la Fílmoteca y se presentó en el gabinete de la antigua partidaria de la Unión Soviética con una rosa roja.

Ella olió la flor en aquel despacho donde gobernó lo más selecto de la Ilustración española y se interesó por la mujer que en su día les privó de visitar la patria del proletariado. El cinéfilo no se refirió a la declinante hermosura de su esposa ni al fracaso de su matrimonio, sino que, orientando la conversación por territorios menos personales, aunque quizá más comprometidos, solicitó una rebaja de impuestos para las familias.

De aquella entrevista política él regresó con la memoria escarnecida de su libertad frustrada. En las escalinatas del cine Tívoli se sentaban los hijos de los que jugaron en el Retiro a policías y ladrones. En sus rostros, la brasa del cigarro compartido iluminó una ilusión cuando, en la esquina de la calle de Antonio Acuña, dos niñas de desigual belleza aparecieron con un perrito.

Los desmontes

A Santos Alonso

De los tres chavales que se aventuran a la hora del crepúsculo por esta parte de Madrid liberada del comunismo por el Generalísimo Franco, el más alto ejerce de cabecilla; el que marcha a su lado actúa de lugarteniente y recibe sus consultas; y el tercero, como está recién llegado a la capital de España y además es bajito y gordinflón, secunda sin rechistar las iniciativas de sus compañeros y procura no caer en los terraplenes y abrir bien los ojos para no perderse el espectáculo del chalet encantado donde, según dice la leyenda, cuando la oscuridad se apodera de la tierra suena la música.

Esa casa donde se produce el prodigio se sitúa en el territorio de la Guindalera y, en particular, en la calle del General Mola, director del equipo de militares que se sublevaron contra la Segunda República a mediados de julio de 1936. Un año más tarde, este amotinado murió y no alcanzó la fama del Caudillo; pero ningún chico del barrio lo olvida, porque si no pronuncia claramente su apellido y graduación a la vez que levanta el brazo patriótico, el cura de la catequesis planta sobre su mejilla la bofetada de acero y le devuelve a la chabola de sus padres sin el paquete de ropa y alimentos de Auxilio Social.

La calle del general Mola arranca en la de Alcalá y termina en esta meseta de desmontes que recorren los chavales. Son desmontes calcinados en agosto, nevados en invierno, azotados por el viento de febrero y cuarteados por la lluvia hasta sumergir en barro la pisada más hábil. Un día, la excavadora allanará el camino para que la calle que aquí queda interceptada por badenes y zanjas se una a la que, más allá de este paréntesis, prosigue hasta la periferia de Chamartín de la Rosa. Y la nueva gran avenida conservará la denominación del militar golpista que llevaba años muerto cuando el alcalde la inauguró.

Pero la calle había nacido dedicada a otro militar, aquel Baldomero Espartero a quien el monarca Amadeo concedió el título de Príncipe de

Vergara por su intervención en la primera guerra del Norte, clausurada por el convenio de 1839. Tras la guerra civil de 1936, el Príncipe de Vergara fue desplazado de las placas municipales madrileñas por el conspirador aliado del Caudillo. Y al restaurarse muchos años después el nombre primitivo de la calle, se bautizó con él la estación de metro instalada a su comienzo y desde la que se divisa la estatua ecuestrealzada en memoria del Príncipe de Vergara junto al parque del Retiro y famosa entre los mirones por los atributos del caballo.

Cuando la avenida corresponda de nuevo al Príncipe de Vergara, los chavales que entonces frecuentaban los desmontes serán hombres de provecho, padres de familia y alguno, quizá, concejal de un ayuntamiento democrático. Y seguramente los tres recordarán esas excursiones de su infancia por los terraplenes de la Cruz del Rayo hasta el chalet señalado por la admiración popular. Cerca de él, en una trinchera que no era el único recuerdo dejado en el paisaje por la guerra civil, los chavales hundían el cuerpo y asomaban la cabeza, igual que los combatientes. Y en la noche despiadada aguardaban el hechizo de aquella música que alumbraba un horizonte de esperanza en su miserable existencia de golfos que viajaban en el tope de los tranvías y escupían donde estaba prohibido hacerlo.

Ya desaparecía el sol por donde el Generalísimo firmaba las sentencias de muerte; ya las estraperlistas rondaban las salas de fiesta de la Gran Vía; ya cerraban los puestos humildes de boniatos y castañas; ya iluminaban los candiles las casonas de suburbio; y mientras la radio difundía por los hogares el parte político y la charla de orientación católica, en esa zona laminada por la miseria que sólo un chusco llama Prosperidad, la expectación de los chavales se centraba en el chalet donde la aguja del gramófono frotaba la superficie del disco —igual que la mano de Aladino sobre la lámpara— y así surgía, primero confusa y, al poco, centelleante y sobrecogedora, la melodía que encendía los sueños.

¡Y esa vibración que extasiaba a los chavales y prendía en la tiniebla de Madrid la antorcha de la quimera aún congrega a la gente muchos años después en el mismo sitio de la calle del Príncipe de Vergara, ante el edificio del Auditorio Nacional de Música!

En el subsuelo

Las hojas del otoño, las cartas del amor difunto y otras ilusiones perdidas se agolpan en los desagües de la calzada y, antes de que el barrendero proceda a retirarlas, el imán de la gravedad las arrastra por la esclusa hacia los sótanos de la ciudad, donde un venerable caballero las ubica con otros residuos de la civilización. «Viva la libertad del subsuelo», canta en el escenario del teatro de la Ópera a los andrajosos reunidos en torno a la fogata. Y en su recital de mentirosas maravillas que sus oyentes siguen dormidos o pensando en sus asuntos, el caballero habla de la sirena que circula por los arroyos subterráneos con la ambición de superar la odisea de Ulises.

Remotamente parecida a la estrella de los almanaques canallas, esa sirena de piel de cobre salió en algún momento de su cubil secreto. Maniobrando a favor del viento, atravesó la geografía del agua con el solo impulso de su brazo. Tras recorrer el planeta sin consultar brújula ni mapas, acabó llegando al Manzanares. A la altura del puente de Praga se incorporó a la superficie por la curiosidad de saber dónde se encontraba e inmediatamente recibió la agria bienvenida de Madrid: bocinazos de automovilistas retenidos, zanjás, insultos racistas, música frenética. Desilusionada, la sirena se sumergió en la red de alcantarillado.

«Había un paso subterráneo de peatones en la calle de Menéndez Pelayo esquina a Sáinz de Baranda.» Así inicia el venerable caballero una historia amorosa que arrebató a los entendidos de butacas y palcos. «Ahí vi a la sirena y me deslumbró su piel de cobre.» Los violines de la orquesta del teatro arrullan la nostalgia de los desharrapados en su mezquino subsuelo. «La hubiera seguido hasta el fin del mundo para casarme con ella entre fuentes de gambas coloradas y litros de fino revoltoso.» Ya se relamen sus oyentes con el opíparo banquete de esponsales cuando el caballero confiesa su derrota: «Ni hubo boda ni he vuelto a verla». Con el amargo desenlace de la peripecia los menesterosos se duermen y la fogata se desanima ante el desinterés de los que la alimentaban.

Ningún instrumento de percusión supera el estrépito de la taladradora que despierta a los vagabundos. La autoridad se dispone a eliminar otro paso subterráneo, pero antes de cegar lo exige desocuparlo a quienes lo utilizan de hogar. Los afectados levantan el campamento sin resistencia, con la vivacidad de las ratas retiran mantas y cartones y, ya en la calle, se mezclan con jueces, sanitarios, bomberos y juerguistas de chocolate con churros que cantan un himno a la bohemia. El caballero desalojado les muestra un fajo de papeles con el relato de su pena de amor: «De aquella aventura retengo la expresión de mi sentir», declama. Le atormenta que, en adelante, la sirena de piel de cobre pase por debajo de donde él está y ni siquiera pueda saludarla. «En la superficie sólo queda lo superficial», asegura.

Y por esa superficie se le ve poco después tirando de un carromato en el que transporta una cama con el dibujo de una sirena en la cabecera. Al llegar a la plaza de la Ópera, el caballero levanta la tapa de una alcantarilla, se asoma al pozo y llama a la sirena de piel de cobre. Desesperado de no tener respuesta, cierra la tapa y rompe sus papeles de amor. Un remolino de aire helado los esparce por el graderío del teatro.

Como motas de ceniza o copos de nieve son los papelitos posados en los trajes de los espectadores que, al terminar la función, comentan en la plaza de la Ópera y sus calles aledañas la peripecia del caballero enamorado. Se apagaron los faroles públicos y en la noche negra como la tinta estos melómanos se cruzan con la caravana de traperos que, desde la plaza de Oriente, sigue por Bailén hacia Puerta de Toledo y Pirámides. A la altura del puente de Praga un carromato con una cama donde está dibujada una sirena se aparta de la fila y se acerca al pretil. Una mujer de piel de cobre que parece surgir del Manzanares pregunta al ver papelitos en la cama: «¿Quién echa esta basura?». «Encima está Dios», le responde el conductor del carromato. La mujer aparta los papelitos y se tumba en el lecho. «No se puede caer más bajo», suspira, mientras el carromato se la lleva.

La embajada

A Fernando Valls

El escritor que descansa junto al río Jarama de su viaje desde Barcelona imagina que las golondrinas surcan el aire sin rasgarlo, con la delicadeza de la corriente de agua cuando lame las piedras. Por eso le sobresalta la banda de migratorias con su vuelo rasante y su piar horrísono. Para los que viven de interpretar los fenómenos, esa algarabía presagia una tragedia. Flota la amenaza tras el paso de las aves turbulentas, y aunque a simple vista no se aprecian signos infaustos, pues el caballo del escritor reposa pacíficamente junto a un olmo con el diario de viaje en la albarda, más allá, en el séquito de alquimistas y amanuenses que forman su embajada, ha impresionado este incidente: uno de los caballeros mantiene en alto el puño donde encerraba los dados, sin tumbarlos sobre la manta para proseguir el juego, y otro, con la frente bañada por un sudor insólito, ha interrumpido su disertación sobre blasones: «En Castilla —murmura estremeciéndose— pasan cosas».

Y detrás de lo que parece una obviedad crece la angustia. Todos los días suceden acontecimientos en Castilla, como en cualquier territorio grande, pero el que ahora se celebra en la capital del reino, y al que esta embajada acude desde Barcelona, no tiene relación con las desgracias de la guerra o la conquista de países o hemisferios. Es un asunto familiar, pacífico y hermoso, el que justifica el desplazamiento del escritor y su cortejo: la boda de los príncipes madrileños, un fasto repleto de venturas que ningún augurio parece empañar. Porque hasta los envidiosos de la monarquía desean glorias sin cuento a la pareja de novios y una prole numerosa y gordita.

Está que no cabe de gozo la ciudad de Madrid, aunque sometida a la tiranía de los albañiles que la socavan: la Puerta del Sol, la carrera de San Jerónimo y las calles Arenal y Mayor han transformado su liso pavimento en cordilleras. Pero el pueblo soberano las escala risueño y con mucha burla a su regidor. De él y de sus controversias con la gobernanta de la comarca se habla en el figón de la plaza de la Paja donde recalca la embajada barcelonesa.

Alguien, sin duda por política, discrepa de tanta maledicencia. Otros le contradicen, enseguida se cruzan los insultos y deslumbran las navajas, pero el escritor barcelonés pone paz con autoridad de juez. Sobre su voz se alza la de quien le estima. Es el más madrileño de los ingenios de la Corte, altísimo literato, el que recita la copla que le alude: «*Hombre es que sabe mucho. / ¿Cómo se llama? / Perucho*». Y al oír su apellido, el escritor barcelonés se dobla en una reverencia antes de estrechar en sus brazos al amigo Lope de Vega.

Por el desfiladero en que ha convertido el municipio la calle de Bailén avanzan las comitivas hacia el trono situado en la plaza de la Armería. Por adelantar indebidamente a las que guardan la fila, muchas se despeñan por el Campo del Moro. La embajada barcelonesa se comporta con sentido y así, aunque con retraso, llega a saludar a los príncipes. Sus regalos denotan su refinado gusto: collares, anillos, diademas, mantelerías... Algo más sorprendente parecen buscar los ojos de la princesa, y el escritor barcelonés se felicita de haber adivinado su capricho cuando le presenta el testimonio de fantasía y belleza de sus obras completas, recién editadas. Muy emocionada las agradece la princesa mientras acaricia los volúmenes repujados. Pero, acostumbrada a ser complacida, su mirada reclama ese don con el que ameniza este escritor las veladas literarias de la Academia de los Ficticios. Y el caballero, obsequioso, se dispone a recitar a J. V. Foix.

Con grave ademán empieza el soneto: «*Em plau, d'atzar, d'errar per les muralles del temps antic*». Y el último de los catorce versos declamados es una declaración de principios: «*M'exalta el nou i m'enamora el vell*». Aplauso unánime y, lo que nunca se ha visto en el protocolo, la futura reina se levanta del sillón y abraza a su juglar. ¡Que la pasión de la literatura disculpe su arrebató! Súbitamente, la alegría desaparece de su rostro y sus reales ojos captan el maleficio de esa infame turba que inquietó al caballero a las puertas de Madrid. Intuitiva, la princesa murmura: «No nos deje, Perucho», y con maternal osadía tiende su mano para retenerlo. Pero ya el caballero se pierde en el horizonte y a la princesa, ay dolor, sólo le quedarán sus libros.

Los lunares

A José Luis Martín Nogales

El portavoz gubernamental inició su discurso desde la tribuna del Parlamento con los antecedentes históricos de nuestra Villa y Corte, que pese a su condición de puerto de mar, a la variedad de sus capturas y a la riqueza vitamínica de sus aguas, no ha sufrido rapiña de corsarios ni ataque de buques de guerra ni la amenaza de esas fieras corruvias capaces de engullir tripulantes —o el faro de Moncloa— como un pincho de tortilla.

Esa falta de incidentes, argumentó el portavoz, ha impulsado la actividad marinera madrileña en los cuatro puntos cardinales de sus costas. Ya antes de que amanezca en el mar del Norte, los pescadores de San Rafael, Bustarviejo y Aravaca sorteán los escollos de La Navata y Rascafría y, tras bordear el golfo de Gredos, tiran la red a la altura de Ávila en busca de la merluza oriunda del Gran Sol, que de Asturias y Cantabria baja por León y Burgos.

Un poco más tarde, las barcas ancladas en los estuarios mediterráneos de Ventas y Hortaleza toman el conducto del Jarama, atraviesan los puertos de San Fernando y Torrejón hacia Alcalá de Henares y no necesitan introducirse en el corazón de la Alcarria, rica en especies ciegas, para que prendan en sus redes los langostinos y mejillones que adornan las paellas levantinas, esas paellas que tanto agradecen por su esmerado punto de cocción —con el sublime aditamento del socarrado— los comensales de los restaurantes madrileños.

Al oeste de la capital —continuó el portavoz—, el mar de Extremadura se erige desde antiguo en anfitrión del bacalao portugués. Cumpliendo esta tradición, los pescadores de Carabanchel y Aluche desdeñan otras piezas menos rentables que se ofrecen en aguas de Móstoles y Alcorcón, y durante toda la jornada permanecen dedicados a la captura, relativamente cómoda, de este pez de sabor genuino y comportamiento sensato, dotado de esa melancolía romántica, típicamente lusitana, que tanto paladar añade a su carne.

Y ya con el sol en el horizonte, de forma que los más rezagados en botar su embarcación reciben su luz oblicua, nuestros pescadores de Leganés, Fuenlabrada y Getafe se internan por los caladeros de Parla, Valdemoro y Aranjuez en busca de la dorada, el lenguado y el besugo. En otros siglos se aventuraban hasta La Mancha igual que tras el vellocino de oro, mas por el equivocado entendimiento de la diplomacia de nuestros rivales políticos — subrayó con engolamiento electoral—, las pateras marroquíes esquilmaron esa circunscripción, dejándola reducida a dos o tres especies modestas y poco apreciadas en el mercado.

En un panorama tan estimulante —afirmó el portavoz—, no deben quitarnos el sueño las manchas aparecidas en los lomos del pescado blanco ni esos otros lunares, del tamaño de una boina o de la deposición de una vaca, que desde hace dos meses salpican las playas de Moratalaz, Parla, Prado del Rey o Pitis. Un equipo de voluntarios con unos medios tan modernos que constituyen el pasmo de Europa trata de retirarlos a lengüetazos o a dentelladas, incluso rascando con las uñas, pero ante la dificultad de eliminarlos —observó—, ya se piensa en explotarlos turísticamente como una singularidad de nuestro litoral.

Llegaba el momento de explicar la causa de esos lunares. Con una cita del Romancero avisó el orador a los navegantes de río revuelto: «Yo no digo mi canción sino a quien conmigo va». Luego, anunció *a capella*: «En la mar se ha hundido un barco». *Sotto voce* añadió: «En el barco iba mi suegra». Y confirmó a su auditorio: «Por eso los calamares tienen la tinta tan negra».

Había terminado su intervención y se llevó a los labios el vaso de agua traído por el conserje. Al instante brotó de su boca un vertido que enlutó sus papeles y la tribuna. Se interrumpió la retransmisión televisada, corrió el ujier con una bayeta, la presidencia del consternado hemiciclo le instó a proseguir, pero una correosa capa de alquitrán, similar a la depositada en nuestras costas en forma de lunares, paralizaba su lengua y sellaba sus labios. Por un rato, el portavoz gubernamental permaneció en su puesto escupiendo brea en vez de palabras. Sus correligionarios le animaban a tragarse la mierda que producía, y así lo hizo hasta asfixiarse. Entonces le relevó otro compañero, que evitó beber del vaso.

De vacaciones

A Javier Goñi

No voy a contarles lo cómodo que está Madrid en agosto, aunque también es verdad que al cabo de los días se echa de menos a la gente. Quizá sea por la falta de costumbre o porque esta ciudad no se explica sin barullo, pero cuesta darle la razón al marqués de la Valdavia. Dice el marqués que «Madrid, en verano, sin familia y con dinero, Baden-Baden». Yo, que cumplo esos requisitos, no lo tengo tan claro y me hubiera gustado comentárselo en su despacho de autoridad civil o en algún salón del Casino.

Pero el marqués ha debido de olvidarse de su frase y marcharse a Baden-Baden, porque habré desfilado varias veces delante del Casino y había dos o tres dinosaurios en sus sillones de paja, pero no estaba él. Así que hoy he pasado de largo por la fachada y he bajado por la calle de Alcalá hasta la esquina con Gran Vía, y al llegar al punto donde se enemistaron Valle-Inclán y Baroja he cambiado de acera para meterme por Marqués de Casa Riera y Los Madrazo, como si deseara informarme del programa doble del cine Gong y, de carambola, tropezarme con Azorín junto a las fotos de la cartelera y verlo alejarse luego hacia su calle de Zorrilla con la mirada perdida y el atuendo británico, a pesar de la que cae.

Pero es más lógico que Azorín esté descansando en Monóvar que brujuleando por el área del Congreso, así que por inercia he avanzado hasta el Palace y en recepción no he preguntado por don Julio Camba para no armar un lío a los empleados, sino que me he acercado a la rotonda por si lo hallaba en un rinconcito, de tertulia con dos o tres eminencias. Y sólo entonces he reparado en que nada se le ha perdido a don Julio Camba en Madrid mientras se celebra la Semana Grande en San Sebastián, y allá lo sitúo, en una terraza del Bulevar frente a la Concha, quizá con don Antonio Díaz Cañabate y con todos los castizos que han huido de esta solanera manchega para ponerse la rebeca por la tarde y dormir con mantita.

Con razón se dice del madrileño que no lo busques en la capital en agosto,

sino en San Sebastián. Total, que por la calle del hotel Ritz y de la Academia he subido hacia la de Ruiz de Alarcón, sin ninguna esperanza de ver a Baroja porque debe de estar en Vera, por lo menos desde mayo. Pero hubiera dado cualquier cosa por oírle recitar en su casa el final de *Juventud, egolatría*, cuando ordena al grumete que largue la vela y coloque «*en el mástil de nuestro pequeño falucho la bandera roja revolucionaria*»...

Si Madrid fuera Baden-Baden y proporcionase diversión a canoas y bañistas, mis amigos no buscarían otra playa que la Castellana. Con lo que, si todo fuese como me figuro, en los alrededores de la Biblioteca Nacional encontraría a Ricardo Cid y nos iríamos a tomar un café al Lyon, y allí saludaríamos a Raúl Ruiz y a algún otro que no recuerdo. Por un rato me ilusiono con que Ricardo y Raúl hayan anticipado su regreso de estas vacaciones tan largas, pero como no oigo sus voces sé que no debo engañarme. Y, por lo mismo, al pasar por el Ateneo no encargo a los conserjes que transmitan mis saludos a don José García Mercadal, que debe de andar de balnearios, y al caminar por Recoletos reprimo la tentación de averiguar si César González Ruano está en Teide porque se habrá largado a Biarritz, seguro, y si entro en el Gijón a echar un vistazo entiendo que no esté Buero Vallejo en los sofás de junto al reloj.

Madrid en agosto te guarda la ausencia de los amigos. Mas como para todo hay una excepción y, con ella, una esperanza, me planto en la acera del Banco de España y subo Alcalá convencido de que voy a encontrarme a la vivaracha dama de la boina ladeada y de la sonrisa permanente. Ya estoy escuchando su tonillo solícito en este Madrid silencioso, y ahora que rebaso el Círculo de Bellas Artes y aún no me he cruzado con ella pienso que no puede faltar en este trozo de la ciudad donde es tan fija como la Cibeles. Concedo que pase los fines de semana en El Boalo para respirar un poco, pero en día laborable me resisto a creer que no esté en Madrid, trabajando en alguna novela.

Pero si ella también se ha ido y a mi alrededor no hay sino cafés cerrados y tertulias disueltas, realmente Madrid no es en agosto el Baden-Baden del marqués de la Valdavia sino la ciudad del millón de cadáveres de Dámaso Alonso. Y pienso si no me traerá más cuenta reunirme con los ausentes, porque esta ciudad aburre cuando sólo te transmite la nostalgia de los que se fueron de vacaciones.

No me olvides

A estas alturas del mes de julio, adivino lo que cuesta atravesar la meseta del arroyo Abroñigal cuando el sol se resiste a marcharse de Madrid y concentra el aguijón de su agonía en quien no adopta las precauciones de los exploradores del desierto. Pero esa rapidez con que caminas por la acera de la calle de Alcalá, en la explanada de Ventas, huyendo de los rigores de la temperatura a una hora que me da pereza concretar —aunque arrastra la resonancia taurina de la media tarde—, no encaja en la cadencia que preside tus movimientos y con la que te evoco hace un año, en otro verano de calor pegajoso, cuando te levantaste de la tumbona situada junto a tu cama de matrimonio, te acercaste a la ventana abierta, apartaste los visillos y subiste la persiana para que corriera la brisa.

Olía el cuarto a medicinas y al estigma que no conseguiría borrar un batallón de limpieza, ese veneno agazapado en el mobiliario y las paredes desde que tu esposo enfermó, sin que la ciencia descubriese el motivo de que una naturaleza joven, y hasta ahora sin problemas de salud, se viera afectada por una debilidad tan grande que, a medida que ganaba terreno hasta conducir al paciente a un desenlace irreversible, impregnaba la habitación de la impotencia que transmitían los análisis médicos. Un desánimo que, si minó tu capacidad de sobreponerte a la tragedia, no influyó en los cuidados que dispensabas a tu marido, pues, pese a estar informada de la radical inutilidad de tus desvelos, mantuviste esa relación samaritana, extenuante y abnegada, por espinosa que fuera tu convivencia con quien se sabía reclamado por la muerte.

Después de alzar la persiana hasta la mitad seguiste de espaldas a tu esposo, conmovida por una imagen repentinamente incorporada a ese paisaje de tejados y antenas de televisión que, surgida de tu experiencia universitaria, alteraba tu panorama de renunciadas, al modo de la ventolera de otoño que en un despiste de quien la padece desbarata una composición muy meditada de volúmenes y colores. Acaso la sensualidad que la vehemencia del verano

filtraba en la estancia a través de la rendija de luz elevó tu mano derecha hasta tus ojos. La magnífica serenidad del gesto realizó tu hechizo. Un instante duró la insinuación de tu belleza para eterna añoranza de tu figura. Bajaste la mano, sin perder la cara a la ventana retrocediste a la tumbona y, nada más sentarte en ella, comenzaste a llorar.

«No me olvides», oí entonces. Y, atolondrado por el descaro de la propuesta, supuse que el moribundo te demandaba fidelidad hasta su fallecimiento y quizá después. Pero no pronunciaba la frase él, sino tú, desde la tumbona que arrimabas a su lecho para atender mejor sus solicitudes. Así que, cuando por tercera vez, y con el patetismo de una rendición incondicional, suplicaste no quedarte sola —es decir, sin la certeza de haber marcado una huella, aunque tímida y vergonzante, en la memoria de quien te importaba—, entendí que no te referías al tirano de tu libertad, pues pese a hallarse físicamente tan próximo a ti no estaba en condiciones de escucharte, sino a esa tentación que, desde el cenagoso fondo de la nostalgia y para desasosiego de tu sangre sublevada, había asomado a tu ventana con la inquietud de un pájaro cuando removiste la persiana del dormitorio en penumbra.

En un tenderete de la antigua carretera de Aragón has comprado a una gitana la rosa más encendida de esta canícula y, amparándola del desgaste del bochorno, pues le confieres la representación de tu amor ardiente, remontas la cuesta que lleva al cementerio de la Almudena. En su majestuosa entrada te entristeces, como si fueras a reproducir tu exigencia de aquella tarde en la tumbona. Mas, con una intrepidez que escandaliza a medio mundo, no penetras en la sacramental para colocar la flor sobre el sepulcro de tu marido, sino que por la avenida abrasada y solitaria que bordea el camposanto avanzas hasta donde no me cabe duda de la exactitud de tu antojo. Llamas al timbre, benetiana, y es al abrir mi puerta a tu anhelo cuando percibo en el temblor con que me ofreces la rosa la pasión inevitable de la vida.

Despedida

Por esas calles del énfasis castizo donde resonó la gacetilla de los vendedores de prensa —Neptuno, Puerta del Sol, Mayor, plaza de Oriente—, pontificaron a principios del siglo pasado los literatos de rompe y rasga: uno orinó en la pared de la Academia, otro reventó un estreno de Echegaray, otro vestía andrajos, otro mendigó con el cadáver de un niño y otro se envenenaba con ajeno en homenaje al poeta que le besó en la mejilla.

De todos había oído hablar el joven provinciano que acudió a la capital con una carta de presentación al director del diario. Era mediodía, y acababa éste de levantarse de la cama. Por eso no recibió en su gabinete al recomendado, sino que a través de la criada le citó en la sede del periódico a primera hora de la noche, es decir, antes de que despertara Madrid, cuando los diputados abandonaban el salón de sesiones y las niñeras, Recoletos.

En el barrio donde se instalaba el periódico —y por donde los artistas bohemios gritaban sus endecasílabos en la madrugada, igual que un perro a la luna—, detuvieron a Chueca, se suicidó Larra, Gayarre perdió la voz, Castelar arengó a los universitarios, Morral atentó contra el rey Alfonso XIII y Velázquez pudo estar enterrado. Por sus callejas se aventuraron las menesterosas que empeñaban el anillo de pedida en el mostrador del Monte de Piedad y las madres solteras que confiaban al torno de la inclusa el bebé envuelto en una toquilla. El predero y el responsable del hospicio acogían el donativo con cara de mármol y sin importarles si era fruto de la mala vida o de la mala cabeza, ya que aplicaban la misma etiqueta a cualquier remesa anónima a la que los literatos modernistas —y el clero— consideraban consecuencia de la depravación en otomanas.

Bordeando los palitroques de ropa tendida por las lavanderas en la ribera del Manzanares —donde la delincuencia adolescente despuntaba las navajas en el atardecer huraño, de primavera cargada de nubes que tapaban la caída del sol—, el provinciano trepó por atormentados secarrales hasta la meseta del antiguo Alcázar. Por deformación profesional, convertía lo que veía y oía en telegramas de agencia informativa que se entrenaba en redactar para aprobar el examen del director del diario.

En el caserón al que le había enviado la criada del director, un letrero

ubicaba el periódico en el entresuelo. Por si no fuera suficiente, un tuberculoso de voz de hilo, desde el sumidero excavado casi a ras de tierra para portería, salmodiaba la referencia como un presagio de lo que aguardaba al que accediese a la planta.

Ascendió el forastero por la escalera doliente, cruzó una puerta y en torno a la mesa de redacción encontró a los hombres de letras abstraídos en su quehacer —faltaba el escrupuloso de la vírgula, disipado en el lupanar—. Todos estaban en camisa, pintando los bigotes de la Gioconda.

Asomó la autoridad del redactor jefe con el imperativo del cierre y los cráneos efervescentes le afearon su ignorancia: las meninges exquisitas eyaculan con pachorra. Desesperado se retiraba el hombre a apaciguar al tipógrafo cuando reparó en el provinciano que le aguardaba con una muestra de sus cualidades: en el tamaño de una tarjeta, el joven había extractado el crimen de la calle de Fuencarral. El redactor jefe desplazó sus ojos por la caligrafía esmerada y enarboló el papel ante los ganapanes de la literatura. «Esto es periodismo», reivindicó.

Cien años después, los diarios se han trasladado a los arrabales de la ciudad y, como se componen de noticias, y no de fantasías, excluyen de sus equipos a los bohemios. Ninguno de éstos conseguiría sacar hoy ni un solo número de un periódico. En la moderna sala de redacción que el escritor atraviesa, ya no se debate a voces el artículo de fondo; el ordenador ha enmudecido a aquellos cochambrosos avezados a la polémica literaria y el duelo a primera sangre.

Una secretaria introduce al escritor en un despacho. El redactor jefe, que le saluda con la impaciencia propia del oficio, no lleva visera ni manguitos, como sus antepasados. Sus ojos se deslizan a velocidad de crucero por la cuartilla que el escritor le entrega y, levantando la frente igual que su antecesor decimonónico cuando observó: «Esto es periodismo», afirma después de haber leído el texto: «Esto es literatura».

Tiembla en su mano el escrito como si fuera a ser proyectado a las nubes o a la papelera. «Literatura», insiste el redactor jefe por si su interlocutor no le oyó. Y aunque, por la evolución de los tiempos, esa palabra ha adquirido en el ámbito periodístico la misma rareza que un año bisiesto, el redactor jefe aceptará publicar la colaboración del escritor durante más de dos años.

Ese redactor jefe se llama José María Izquierdo y de aquella decisión suya nace este libro.

EXTRAVÍOS
(1999)

Perfil

Estos relatos discurren por un terreno sinuoso en el que ficciones y certezas intercambian sus papeles y donde nadie está en posesión de la verdad porque lo único que importa es el juego.

Algunas veces el escritor se empeña en reproducir la vida siguiendo las demandas del lector ansioso que en el desarrollo de la obra le exige «más caballos», a la manera del taurino castizo. Pero en otras el escritor salta al ruedo armado del engaño para esquivar las embestidas de la realidad. Y no tanto por aversión a ésta, pues no hay otra fuente de inspiración para su tarea ni otro punto de coincidencia con el lector, sino por entender más propio de su oficio manipular los hechos que reflejarlos.

Se sabe que la literatura es una apuesta en el tiempo y lo que hoy disgusta por artificioso mañana agrada. Quizá el nuevo siglo recupere el afán experimental que predominó a principios del que ahora termina. En cualquier caso, esa vocación de romper moldes goza de la complicidad, si no del favor, del género de la narración breve. Ya muchos consideran el cuento un laboratorio de pruebas donde si no hay riesgo es como si faltara el aire.

Desde la perspectiva que le concede su título y el difuminado ámbito que abarca, desentendido de lindes y leyes, este libro se sitúa en zona de nadie y a contraluz, como corresponde a su carácter neutro, poroso y fronterizo, renuente a la franqueza y pródigo en disfraces. Inmerso en la ambigüedad del simulacro, parece realista sin serlo, y da frutos entreverados.

Estos cuentos se desenvuelven en un espacio literario fuera del cual ni se justifican ni prosperan. Escritos entre 1984 y 1996, con prematuras apariciones, hoy desautorizadas, confían en la capacidad de la literatura para proporcionar un conocimiento del mundo que sea tan aparente, y al menos tan engañoso, como el nacido de la experiencia.

Madrid, 1997

Amores

Livingstone

El dependiente asentó el trozo de carne en el tajo, afiló el cuchillo y, desplazándolo por el borde que sus dedos oprimían, rebanó una loncha alargada que colocó en la báscula del mostrador. Solía pesar cien gramos la pieza de aguja de ternera que el chico se llevaba diariamente de la carnicería cercana al instituto. Compraba al salir de clase con el dinero que le daba su madre y al llegar a casa se hacía la comida después de cerciorarse de que nadie le acompañaría a la mesa. Sobre la plancha de la cocina ponía el filete, cuando sangraba lo metía en la barra desmigada y, ya en su cuarto, sentado en el secreter o tumbado en la cama nido, acababa el bocadillo mientras leía el As y escuchaba la casete de Bruce Springsteen.

A esa hora le telefoneaba su madre desde algún restaurante próximo a la agencia de publicidad donde trabajaba. A la madre le preocupaba que el chico siempre tomara lo mismo y, sobre todo, que le gustara poco hecho el filete, pues según las revistas norteamericanas que hojeaba en la agencia, la carne cruda produce cáncer. Pero el chico despreciaba sus recomendaciones y la madre no pensaba suprimir su habitual almuerzo con clientes o compañeros de oficina para preparar a su niño un plato macrobiótico.

Desde que se separó de su marido la madre andaba tan atareada que con frecuencia anunciaba al chico que no iría a cenar con él, ni quizá a dormir. Esas noches el chico freía una hamburguesa o se cocía un huevo y cuando terminaba el programa de la tele recorría todas las habitaciones encendiendo las luces y mirando debajo de las camas, como un vigilante. Luego le costaba dormirse y se despertaba cada dos por tres, creyendo haber oído la puerta.

Con el tiempo, el chico se acostumbró a soportar el miedo pero no la soledad. En las interminables tardes de invierno alternaba los deberes escolares con los juegos del ordenador o las películas del vídeo. Pero le distraía el vuelo de una mosca y todo le cansaba pronto. La madre pasaba con él los domingos si no le surgía un viaje. Pero no compartían la comida porque ella guardaba dieta los fines de semana, y convivían a regañadientes ya que él

interpretaba los intentos de comunicación que ensayaba su madre como un recorte a su independencia.

Así, siendo todavía un crío, fue desarrollando un temperamento huraño, temeroso de la fraternidad y de la higiene, y tan reacio a estudiar que se exponía a suspender las asignaturas más fáciles. Para remediarlo, la tutora del curso citó a la madre en el instituto al comenzar el segundo trimestre. La madre acudió angustiada de que se le plantearan problemas. La tutora la tranquilizó con su sonrisa de bienvenida: «A tu hijo le llaman Stanley y te diré por qué».

Enrique Morton Stanley —leyó la madre en la Enciclopedia Espasa que había en la agencia—, *periodista y explorador norteamericano, de origen inglés. Su verdadero nombre era Jacobo Rowland, pero usó siempre el del norteamericano que lo prohió.*

La tutora había explicado a los alumnos que Stanley fue uno de los conquistadores occidentales de África en el siglo diecinueve. Destacó por sus expediciones científicas a Abisinia y el Congo, pero la que más popular le hizo no ofrecía ese carácter; aspiraba simplemente a encontrar a un colega, Livingstone, del que no tenía noticias desde que le dejó, hacía años, explorando las fuentes del Nilo.

Marginando cometidos más rentables de segura notoriedad en Europa, Stanley peregrinó por el continente africano en busca de Livingstone sin saber su paradero ni si vivía, y no descansó hasta dar con él. «¿Por qué obró así?», planteó la tutora a su auditorio. En el somnoliento conjunto destacó la recia contestación del chico: «Porque eran amigos». «¿Cómo lo demuestras?», indagó la tutora. El chico respondió atropelladamente: «Si yo tuviera un amigo le salvaría de apuros». «¿Aunque corriera peligro?» «Aunque corriera peligro —confirmó el chico—, porque un amigo es lo mejor de la vida».

A la tutora le temblaba la voz al finalizar la historia. Sentimental, atribuía a la soledad del muchacho su alta valoración de la amistad y esa indiferencia por la comida, los estudios y su atuendo. «Es como Stanley —recalcó a la madre—, le falta Livingstone».

Cuando la madre supo por el Espasa de la agencia quién era Livingstone se confesó incapaz de encarnarlo. Ella se sentía más cerca de Stanley, pues desde que se rompió su matrimonio echaba en falta un compañero. Prefirió sin embargo sacrificarse a que los remordimientos le agobiaran y, por atender

a su hijo, renunció a sus correrías nocturnas. Llegaba a casa cuando el segundo telediario, cocinaba unos congelados para el chico y se sentaba a su lado en el sofá del salón a ver la tele o las películas que alquilaban. En los momentos emocionantes la madre le agarraba de la mano y el chico transigía. Pero ni comentaban las escenas ni la madre le ayudaba a repasar las lecciones porque se consideraba burra e insegura, y también para no discutir.

Por entonces el chico empezó a rondar a la tutora en clase y fuera del instituto. Le consultaba las cosas más absurdas y obedecía sus consejos sobre dietética y moda. Ya no encendía la plancha para dorar el filete porque usaba sartén con un chorrito de aceite, y en la carnicería no sólo pedía ternera sino espaldilla y añojo. Su madre le veía por la mañana ostentosamente peinado, apestando a colonia y desodorante, y se felicitaba de que los domingos ordenase su habitación. «Alguien le transformó», insinuó a la tutora. Y ésta, que también había cambiado de aspecto pues vestía conjuntos alegres y se pintaba los labios, contestó ruborizándose: «Livingstone, supongo».

Fue en una visita al Planetario con el curso cuando el chico y la tutora representaron los papeles de Stanley y Livingstone que espontáneamente se habían repartido. Bajo la bóveda de estrellas el chico se sintió tan mayor y enamorado que propuso a la tutora viajar a África por la ruta de Stanley. La tutora le invitó a discutir el plan en su casa. Vivía con una hermana viuda y una gata preñada y ambas fueron testigos de su compromiso: «No irás solo al Kilimanjaro, Stanley», dijo solemnemente la tutora ante los restos de la merienda celebrada en el salón. Días después llegaba a la casa del chico una cesta con un descendiente de la gata de la tutora. Anudada a su cuello decía la tarjeta de caligrafía inconfundible: «Haz como Stanley». Y el chico, encantado, saludó al gato con las mismas palabras del explorador en el encuentro histórico con su colega: «Mister Livingstone, supongo».

Aquella mañana el dependiente asentó la pieza de carne en el tajo, afiló el cuchillo y, deslizándolo por el borde que sus dedos oprimían, cobró un filete de añojo de unos cien gramos de peso. Antes de comunicar el importe el dependiente preguntó al chico si compraba comida para el gato, pero ese día el animal ayunaba porque iban a castrarlo.

El animal, como si lo presintiera, aguardaba al chico frotándose la cabeza con las patas en el mismo lugar donde le había dicho adiós horas antes. Mimoso y consentido, no respondió al saludo de quien entraba en la casa parodiando su idioma, pero le siguió por el pasillo como si fuera su estela y

entró con él en la cocina. Muy atento observó sus manejos con la sartén, intrigado por algún olor husmeó en la pila y sólo renunció a su investigación cuando el muchacho, con un grito de falsa cólera, le impulsó a la parte superior del frigorífico.

Era un gato indiscreto, tan curioso como los exploradores africanos, se extasiaba ante las marinas y acuarelas colgadas de la pared, le asombraban las imágenes de la televisión y disfrutaba contemplando desde la ventana el bullicio de la gente en la boca del metro.

Por ese mismo espíritu analítico abandonó las alturas del frigorífico para presenciar el almuerzo del muchacho, le acompañó a su cuarto y se tumbó en el suelo cuando el chico lo hizo en la cama nido. Pronto cerró los ojos como si fuera a dormirse y el chico deseó que lo hiciera, pues no sabía en qué ocuparlo hasta la operación. Mas cuando el chico terminó de comer y salió de la habitación quitándose las migas de la camisa —limpieza insólita hace unos meses—, el gato sacudió la modorra y le persiguió por el pasillo sigiloso y tenaz, lo mismo que los policías de los telefilmes.

De este modo llegaron al salón, pero al pisar la alfombra el chico, en un brusco giro de cintura que desconcertó al gato, se venció sobre el cuerpo de su escolta sin darle cuartel, lo redujo con su peso, le atrapó las patas, contuvo sus amagos de fuga, le manoseó el lomo y el hocico y, cuando le creyó sumiso y entregado, acercó los labios a sus orejas y le confesó en voz alta, porque nadie en la casa podía oírlo, que le quería mucho, mucho, tanto como la trucha al trucho.

Aparentando fiereza estuvieron revolcándose en la alfombra hasta que avisó el reloj. Entonces el chico sacó del armario del pasillo la cesta que había servido para traer al gato a su casa y en ella lo desplazó hasta la clínica. Le liberó del encierro en la sala de espera y cuando le tocó el turno entró en el despacho del veterinario con el animal en los brazos. Lo tendió sobre la mesa de operaciones cuando el veterinario avanzó con la inyección. Una enfermera agarró al gato por la cabeza y las patas delanteras, el veterinario aferró las traseras. Al clavarle la aguja el gato chilló con una desesperación que espantó al chico. Para no marearse el chico salió del despacho mientras el gato, dimitiendo de su instinto investigador, se rendía a la anestesia.

«No le gusta esto», comentó ingenuamente en la sala de espera. Veinte minutos después se abría la puerta del despacho, la enfermera le invitaba a pasar y el chico se desmoronaba ante el animal inconsciente. El veterinario

señaló dos bolitas violáceas: «Las gónadas», precisó. Preguntó al muchacho si las quería de recuerdo y ante la negativa de éste las arrojó a la basura. Costó cinco mil pesetas la intervención.

El chico pagó con el dinero de su madre y al llegar a casa depositó al animal encima de una sábana antigua que extendió sobre la alfombra del salón, justo en el sitio donde habían jugado a pelearse. Sonó entretanto el teléfono sin que el chico, pendiente de acomodar al gato, atendiera la llamada, y cuando tornó a repicar y descolgó, una mano dulce le acarició el pecho.

Era la voz preciosa de la tutora que al principio no le reconocía: o estaba griposo o se había hecho un hombre. No lo aclaró el chico o no se lo permitió la tutora, que tenía prisa por despedirse de él y de su madre antes de partir a la ciudad costera donde se celebraba un curso de verano.

Al otro lado del auricular sintió el muchacho que la imagen amiga de la tutora se difuminaba, y después de un silencio de siglos —en el que ella preguntaba ansiosa «¿me oyes?»—, entre los bocinazos impacientes del automóvil que se la llevaría— el chico se atrevió a recordarle la promesa de aventurarse ese verano, ella y él, por la ruta africana de Stanley.

Callaba ahora la tutora mientras el chico, desconsolado por el derrumbamiento de sus esperanzas, pedía explicación de este cambio de planes. No satisfizo la tutora sus exigencias sino que se interesó por el gato. El chico empezó a describir la operación y la tutora no aceptó que el muchacho le confiara su horror: la castración era aconsejable, zanjó con suficiencia, porque en épocas de celo los gatos se volvían imposibles.

El chico colgó el teléfono. Llegaban las vacaciones, la profesora se iba y para compensarle por su ausencia le dejaba un gato inválido. Aturdido por el silencio de la casa entró en la cocina, afiló el cuchillo de la carne, regresó al salón, se arrodilló junto al gato, lo acarició, y sobre la gastada sábana se mantuvo en solidaria y magnífica locura hasta que su madre lo encontró esa noche con ojos inexpresivos y el pantalón desgarrado en un charco de sangre seca.

Porque fue sensible

Desde que escuchó la guitarra del *Concierto de Aranjuez*, Makamoto quiso casarse con una española. Cuando muriera el patriarca de la familia —pensó—, destinaría la herencia a cumplir su empeño. Y desoía a cuantos le argumentaban que hacía falta ser merluzo para enamorarse de alguien por su pasaporte y sin reparar en las diferencias privadas e institucionales que debería asumir.

—Por ejemplo en la comida —señalaba el viejo patriarca—. No somos iguales en la comida.

Makamoto discrepó porque había leído en un periódico indígena que una cadena de restaurantes japoneses se instalaba en España. Pero el patriarca desempolvó un papel más viejo con la receta de un plato típico español, gaspatxo, que le había dejado un misionero irundarra antes de fundar una casa de geishas.

—Prueba y verás —repitió el anciano patriarca con tanta energía que fue preciso colocarle un collarín en el hospital.

Makamoto cocinó grandes cantidades de gaspatxo siguiendo las indicaciones del voluble vasco, lo almacenó en aljibes, y tanto hizo por someter su paladar al áspero líquido que acabó perdiendo el sentido del gusto, con lo que era el hazmerreír de los niños en los banquetes familiares.

—Curry soso —deploraba Makamoto—. Falta picante español.

La madre, muy afectada, se propuso corregir las desviaciones de su hijo.

—A las españolas les gustan los toros —decía—, esos monstruos de carne agridulce.

La madre había conocido en 1959 a un marine amigo de Hemingway que le habló de una fiesta bárbara en una ciudad levítica donde un público sádico acompaña con vítores el frenético tránsito de jóvenes y cornúpetas por un espacio mínimo.

—Si mi española me lo pide, participaré en los Sanfermines —prometió Makamoto.

Y para entrenarse se dejó perseguir por la Suzuki de un acupuntor hasta que en un descuido la moto le partió las piernas.

Acudió la familia al hospital, compungida pero considerablemente esperanzada: todos confiaban en que el accidente disuadiera a Makamoto de sus absurdas pretensiones amorosas.

Transcurrieron los primeros días sin que el inválido se arrepintiese. Apretando los labios Makamoto resistía los derrotes de la adversidad. Dos semanas después del topetazo abrió la boca junto al oído del anciano patriarca, esclavo aún del collarín. Y con empaque notarial formuló su mayor deseo.

—Quiere gaspatxo —recalcó el patriarca con una indignación que derivó en embolia.

El patriarca fue internado en cuidados intensivos y Makamoto dado de alta en traumatología. Pero en el momento de abandonar el sanatorio donde agonizaba el jefe de su familia, Makamoto rechazó las prótesis que le facilitaba la ciencia con un aforismo cuya significación escapa a los monjes dedicados a la meditación trascendental:

—Otros toreros pierden el culo. Yo, gracias a Dios, todavía me siento.

Clavado en el tatami de su casa día y noche encargó discos de flamenco y castañuelas. Calculaba Makamoto que si no podía ser torero por faltarle las piernas, nada le impediría mover las manos como palmero en un tablado donde quizá la española de su vida le aguardaba cimbreado la cintura.

—¡Ahueca! —jaleaba el aprendiz de brujo a un invisible cuadro gitano.

A fuerza de subrayar con los crócalos los pasodobles de una banda fallera que le transmitía su aparato de alta fidelidad se quedó sordo. Mas no acusó el infortunio con pesadumbre sino con la interjección taurina por antonomasia:

—Olé —exclamó el inconsciente, mientras la familia lamentaba la reincidencia y un enfermero ágil de reflejos evitaba que el patriarca, abochornado por las travesuras de su vástago, se tragara los palillos del menú hospitalario.

Perdido el paladar por el gaspatxo y el oído por el pasodoble y ya sedentario de por vida, Makamoto se interesó en conocer lo que se escribía de las españolas.

—Las españolas fuman tagarninas pestilentes —leyó a un curioso viajero de la Ilustración francesa.

Makamoto arrojó el libro por la ventana con la displicencia de un dios y,

más chulo que un ocho, pidió un paquete de Caldo de Gallina.

—Todo sea por mi reina —dedujo implacable—. Si ya no gasto paladar, piernas y oído, ¿qué más me da perder las narices?

Una sola calada del feroz tabaco le arrebató para siempre los olores del mundo. Por ello no le afectó que su madre, ensayando tácticas de persuasión más agresivas, sembrara alrededor del tatami esencia de ajos tiernos.

—Así huelen esas guarras —apostrofaba la mujer—. Menudo porvenir tienes.

—Su gusto es mío —contestaba Makamoto, impasible al martirio olfativo.

—Pues desde ahora mismo te lo advierto —gritaba la madre provista de bozal—: Aquí no nos la traigas, que somos ecologistas.

Desahuciado por los médicos, el patriarca volvió a morir a casa. En el lecho fundacional del clan recibió el conmovido adiós de sus allegados. Todos estaban allí menos Makamoto. Y cuando el anciano preguntó por él, su madre masculló pesarosa:

—Es un hereje.

Como Makamoto era la deshonra de la familia el patriarca pidió la espada de las rehabilitaciones. Nadie se atrevió a negarle el desenlace heroico. Con alborotado pulso, las manos sarmentosas del anciano agarraron el acero curvilíneo mientras la madre de Makamoto le bajaba los pantalones del esquijama para que cumpliera como un samurái.

Ante sus deudos contritos —y perplejos de deber la vida a ese origen chuchurrío de cuyas parvas dimensiones eran testigos decepcionados—, el patriarca dirigió la punta de la espada sobre su vientre. Sonó el concierto de percusión que los antepasados prescribieron para los sacrificios. Y con las perlas de las primeras notas se perpetró la impiedad, porque un estremecedor sarcasmo bamboleó la sublime puerta de la estancia cuando la atravesó el rechinante carromato de un tullido en traje de luces y más alegre que las castañuelas que tañía.

—¡Un espontáneo! —gritó la madre por si colaba.

Y fue la visión del infiel vestido de torero y balando bulerías sobre una plataforma movедiza la que alteró sensiblemente el pulso del anciano patriarca, que al intentar horadarse el estómago en corto y por derecho marró con el estoque y en vez de hundir la tizona en el hoyo de las agujas se cercenó las pelotas.

—¡Vaya bajonazo! —aseveró Makamoto como un maestrante trianero.

Aquel provector eslabón de una estirpe gloriosa —aunque rebajada en su grandeza reproductora tras la desmitificación pública de su miembro más insigne— no era inmolado en el altar de la Patria sino apuntillado de mala manera. Fue tan bochornoso su mutis como el funeral que le organizó Makamoto con el flamenco más puro de las Marismas, interpretado al karaoke por su garganta lijada por el gaspatxo.

Abierto el testamento del patriarca, Makamoto dispuso de la soñada herencia. Había llegado la hora de casarse en el país del sol perenne. En un nuevo cambio de estrategia la madre plantó una mesa en el tatami, agarró papel y pluma, y se sentó a negociar con su hijo.

—Me da rabia reconocerlo —empezó escribiendo—, pero la española es la mejor mujer del mundo.

Al leer esta frase Makamoto no pudo contener las lágrimas: ¡al fin el hijo pródigo volvía al regazo del que su santa madre le expulsó en su día entre estertores de forzudo!

—Pero pronto se quedan viudas —añadió— porque sus formidables exigencias sexuales secan la médula espinal de sus maridos.

La madre había escuchado este aviso en televisión a un judoka polaco, que cuando no estaba arrodillado, besando el suelo donde aterrizaba, saludaba a todo bicho viviente desde la ventana de su residencia palaciega con un gesto de la mano sobre la cara y el pecho que sus seguidores denominaban *persignarse*.

—No me importa —rugió Makamoto, pues con la rotura de tímpanos no medía su tono de voz y éste alcanzaba la desmesura de su pasión—. Por una noche de amor con una española doy mi vida.

—La noche es corta —sentenció la madre con la astucia de los más refinados espías orientales.

—Para mí será eterna —arguyó Makamoto.

—Para ti será incompleta —rectificó la madre—, porque no la sentirás del todo.

Makamoto se desconcertó:

—¿Por qué no, si me corresponde mi dama?

Y la madre contestó:

—Porque no tienes paladar para saborearla.

A lo que el entusiasta del gaspatxo replicó:

—Pero tengo fantasía.

La sembradora de ajos insistió:

—Tampoco tienes olfato.

Y Makamoto rebatió:

—Llevo su olor en las venas.

La madre añadió:

—Además te quedaste sordo.

Y Makamoto objetó:

—Sabré leer en sus labios.

—Y para más inri no puedes moverte —observó con ferocidad la madre.

—Así no me separaré de su lado.

Irritada de que Makamoto encontrara respuesta a todo, la madre partió la mesa de negociación con un seco golpe de su muñeca nipona.

—Ninguna mujer, por muy desesperada que esté —sentenció—, querrá cargar con un impedido como tú, que no oyes, ni sabes, ni hueles.

—Pero tengo pupila —silabeó Makamoto, más castizo que Cascorro.

—Pues no la verán tus ojos —se envalentonó la madre—. Y con sus afiladas uñas de cigarrera sevillana, de un zarpazo le dejó invidente.

—Demostraré que no soy manco —escribió Makamoto a su madre al embarcarse hacia España.

Sólo por el tacto se unía Makamoto al mundo y, desde que comenzó el viaje, marinería y pasajeros sufrieron sus obsesiones.

—Gordas busco —bramaba Makamoto moviendo las manitas en una hamaca de cubierta—. Necesito agarrarme.

Y no sabía hasta qué punto. Porque cuando el tifón zarandéó el buque, el inconsistente Makamoto cayó al mar y los tiburones le devoraron las más nobles extremidades antes de que pudiera rescatarlo la tripulación.

—Más se perdió en Hiroshima —dicen que comentaba en brazos de las asistencias.

Privado de facultades y movimiento desembarcó en Barcelona y sobre un escabel quedó expuesto a la compasión de la ciudadanía. Sentado en actitud deliberante y ocultando sus amputaciones en el holgado ropaje de mandarín, confiaba merecer la atención de esa española por la que había perdido los sentidos.

Y su tenacidad halló recompensa una luminosa tarde de abril hechizada de olores. Ella apareció escoltada por el resonante piar de una banda de mirlos, barrió la sala con sus pestañas postizas y, repentinamente atraída por la figura

enigmática, se acercó a conocerla. Quizá intuyó Makamoto que en este instante se decidía su suerte porque sin mover un músculo se dejó examinar. Aquella nariz española le olfateó a conciencia, aquellos ojos gitanos cincelaron su silueta, y aquella oreja primorosamente prolongada por un pendiente de esmeraldas auscultó su pecho. Y cuando la gentil desconocida concluyó la prueba acariciando con dedos de hada el rostro del examinado, no pudo éste aceptar o disentir del destino que le esperaba. Porque ella, sin pedirle opinión, se lo metió en el bolso después de pagar el precio que marcaba la etiqueta del exótico artículo importado del Extremo Oriente.

Milagro en Cibeles

Para T.

En la noche del 15 de agosto la policía acordonó la plaza de Cibeles y prohibió el tránsito por las inmediaciones de personas y vehículos. El automóvil del alcalde, que se dirigía a la verbena de la Paloma, quedó retenido en el andén central de Recoletos.

Por la ventanilla del coche asomó la cabeza de la autoridad. Ante ella se cuadró el capitán del destacamento y desgañitándose expuso que un sedicioso ocupaba la fuente de la diosa y amenazaba con volarla si no se legalizaba la fecundación *in vitro*.

El capitán no sabía más del desaprensivo pues ni le había visto ni hablado, ya que no era su costumbre alternar con malhechores. Pero por su experiencia profesional deducía que una reivindicación semejante sólo podía proceder de un terrorista barbudo.

No le gustó al alcalde la hipótesis del defensor del orden ni la utilización sectaria del monumento. Educado en la filosofía de las Luces rechazaba todo género de alucinaciones, por lo que no entendía el maridaje entre la revolución y el Olimpo.

Mas, para salir del atasco y proteger la estética de la ciudad, se ofreció como mediador. El capitán despejó la plaza de policías y el alcalde avanzó sin escolta hacia la fuente de Cibeles mientras sonaba *La gracia de Dios* en la radio de un coche patrulla.

Concluía el pasodoble cuando el alcalde regresó de su misión exhortando a la calma. La Cibeles no corría ningún riesgo porque no estaba con ella un hombre sino una mujer, que no pretendía atentar contra la diosa sino consultarle un asunto íntimo.

Debido a su disciplina prusiana el capitán no se tomó a broma estas declaraciones pero sí a la autoridad civil que las lanzaba. Porque como dijo para su capote, el hecho de considerar pacifista a un dinamitero demostraba que el alcalde estaba chocho.

Pronto el paseo de Recoletos fue un concierto de bocinas: muchos conductores que habían llorado de risa con las palabras del alcalde empezaron a ponerle verde, pues no entendían que se cortara la circulación porque una loca se encaramase a una estatua.

Sensible a la voluntad popular, el alcalde aconsejó al capitán que disolviera sus efectivos. Éste se dispuso a organizar la retirada al cuartel, pero cuando manipulaba la radio para recibir directrices de sus superiores una novedad le puso en guardia.

El portavoz del Cuerpo comunicaba que un paisano había aprovechado la concentración de policías en la plaza de Cibeles para introducirse por sorpresa en la vecina fuente de Neptuno, donde comenzaba a pasar el rosario en silencio y con los brazos en cruz.

No formaba parte el capitán de los servicios de inteligencia del Estado ni le habían enseñado en la academia a discurrir silogismos. Fue su intuición la que le hizo atribuir a una misma estrategia subversiva la invasión de las fuentes públicas madrileñas.

Como el movimiento reivindicativo amenazaba con propagarse, el capitán no perdió el tiempo en consultas y poniendo en marcha la operación represora encargó a cinco de sus hombres la captura, sin escándalo ni violencia, del asaltante de Neptuno.

La expedición volvió enseguida con un rehén empapado en agua de Lozoya que en nada se parecía al prototipo del enemigo: no tenía barba ni bigote, no parecía borracho ni orate, y no llevaba armas ni drogas sino un devocionario con su carnet de identidad.

Recordando su formación académica el capitán preguntó al detenido si le patrocinaba el Oro de Moscú. Serenamente respondió el desventurado que no le movían los hilos de una potencia extranjera sino las tradiciones de su Comunidad Autónoma.

De su documentación se desprendía que no tenía antecedentes penales sino costumbristas: se llamaba Isidro, nació en los barrios bajos, fue bautizado en San Cayetano, confirmado en San Lorenzo y ofrecido a la Paloma, donde hizo la comunión.

Hábilmente interrogado por la policía confesó no tener más estudios que las cuatro reglas ni otro idioma que el materno, porque dilapidó su juventud en tupinambas y ambigües. Pero desde que se casó y empezó a trabajar de carpintero enderezó su vida.

Esta transformación en hombre de provecho se la debía Isidro a su costilla, una gata chamberilera menos placeada que él, pues sólo salía de su barrio una vez al año, cuando el calendario celebra la fiesta del casamentero San Antonio de Padua.

Ese día ya podía achicharrarse el cielo o llover a cántaros que la joven se dirigía a la ermita de la Florida y posaba la mano sudorosa en la masa de alfileres de la pila bautismal. Y por los que atrapaba su palma sabía cuántos novios la cortejarían.

Entre tantos pretendientes, tuvo la chaladura de fijarse en aquel haragán sin oficio ni beneficio pero con castiza denominación de origen —ya que Isidro era su gracia— que encandilaba a la clientela de la Bombi por bailar chotis en un ladrillo.

Siendo ella tan sensata y apañada, perdió la cabeza cuando Isidro le dio el quién vive. Prendida del ojal de su chaqueta quedó en cuanto se lo echó a la cara, muerta por sus pedazos y sin otro afán en el mundo que prepararse el ajuar.

Mas como no se estilaba que una hembra de su majeza sucumbiese a la primera petición de mano de su galán, rechazó hasta tres proposiciones matrimoniales y sólo cedió a la cuarta, cuando Isidro amenazó con arrojarse por el Viaducto si no era correspondido.

Siguiendo la tradición chulapa, Isidro y su novia se prometieron ante el Cristo de Medinaceli, presentaron los papeles en la calle de la Pasa, se casaron en la catedral con la marcha nupcial de Wagner y almorzaron en las Vistillas un cocido con principio.

En sus muchos años de convivencia no necesitaron estimular su pasión con la lencería de Fajas Ruiz ni las camisetas de La Camerana. Les bastaba con poner un poquito de sentimiento sobre el Flex adquirido en el Rastro como regalo de boda.

Pero tan ejemplar alianza no creaba descendencia y esto desazonaba a la mujer. En vano colmó de exvotos al Santo Niño del Remedio y abrumó de recados a la cigüeña de París. Conforme cumplía años y no quedaba preñada aumentaba su frustración.

Quiso la fatalidad que el dueño de la carpintería donde trabajaba Isidro falleciera de un repente con vómito dejando a sus operarios a expensas de la caridad privada ya que de la beneficencia pública más valía responder con el olvido a sus desdenes.

Como Isidro no encontraba empleo pese a disponer de informes, su mujer tuvo que colocarse de asistenta en las casas bien del barrio. Pero con el dinero que ganaba no cubría las necesidades del hogar sino las cuentas de su marido en la taberna.

Allí pasaba Isidro el día entero renegando y sin dar golpe. Ya nadie reconocía en él al honrado menestral sino al zángano de pañolón blanco al gaznate y botines acharolados que de una seca toba en su parpusa dejó coladita a su cónyuge.

Cuanto más se alcoholizaba Isidro, más se dolía su mujer de no tener hijos. Su acomplejado cerebro achacaba a esta incidencia la ruina de su familia. Porque si en un hogar hay churumbeles —pontificaba—, las pelias corren que se las pelan.

Considerándose culpable de la situación de su marido la mujer no tenía valor para montarle la bronca cuando llegaba curda y desvariando. Con lo que, lejos de afearle la intoxicación etílica, le atendía y mimaba igual que a un hijo, con sonrisa maternal.

Esa sonrisa había aparecido en sus labios desde que inventó una extravagancia para entretenerse mientras su marido se emborrachaba en la taberna. Como si estuviese embarazada preparaba la canastilla y esta falsa ilusión aliviaba sus pesares.

Isidro, que no estaba al tanto de las aficiones de su esposa, quedó desagradablemente sorprendido una mañana cuando buscaba dinero para sus vicios, pues en vez del anhelado vil metal halló en los cajones de la casa ropa infantil de ambos sexos.

En el achispado cerebro de Isidro brotó la sospecha de que su mujer estaba embarazada pues sólo así cabía explicarse tamaña colección de prendas. Y dedujo que no se le había comunicado la noticia porque no era el padre de la criatura.

Con la resignación del derrotado asumió los hechos y justificó la conducta de su esposa en sus deficiencias como procreador. Desde el punto de vista de Isidro no era infiel quien buscaba fuera del matrimonio lo que no se le daba en su hogar.

Ya la ropa de niño desbordaba cajones, entrepaños, anaqueles, armarios y coquetas y se acumulaba, exquisitamente planchada, sobre la tele y las sillas del comedor. Era evidente que su mujer actuaba con transparencia, sin sentimiento de culpa.

Al verla salir de casa una tarde con un bolso de ropa de niño, Isidro decidió seguirla por las torcidas vías de la ciudad. Intuía que su mujer iba en busca del padre de la criatura y la aventura le dejaba más fascinado que resentido.

En su corazón no anidaba el melodrama ni en su chaleco la navaja cabriterera. Quizá por eso a las puertas de la inclusa la mujer giró sobre sí misma y afrontó a su perseguidor con la cara muy alta, el busto pimpante y los brazos en jarras.

Con franqueza baturra desveló a su esposo que ni se le redondeaba el vientre ni había otro hombre en su vida. Era la frustración de saberse sin hijos lo que le impulsaba a echar una manita a las embarazadas sin recursos económicos.

Por eso de vez en cuando salía a la calle con un bolso de ropa infantil que discretamente confiaba a quien estaba segura de que no revelaría su procedencia. Ella no quería la gratitud del beneficiario ni andar en lenguas de las comadres.

La generosidad de su mujer sembró de remordimientos el espíritu de Isidro, que edificado por la lección y arrepentido de sus infundios, se comprometió ante la Virgen de la Almudena a dejar el trago y conceder a su esposa la alegría de su vida.

Sin consultarlo con ella para favorecer la sorpresa, se acercó una mañana en el mayor de los secretos a las oficinas de la burocracia. Y con el mismo recato que ella utilizaba para socorrer al mísero, se inscribió como solicitante de adopción.

Cumplía todos los requisitos requeridos salvo uno: porque cuando las autoridades le pidieron información de sus bienes para mantener al niño, el carpintero cesante se declaró insolvente ya que apenas llegaba a fin de mes con lo que ganaba su esposa.

Como la pobreza lastraba sus ambiciones, el diablo le tentó con un horizonte de riquezas si apostaba en el Casino o asaltaba el Monte de Piedad. Mas su ángel de la guarda le hizo ver que él no era de natural ludópata ni ratero, sino castizo.

A tal conclusión llegó Isidro a través de un santoral de bolsillo proporcionado por su ángel. En él se contaba la hermosa leyenda de su tocayo, el labrador que se encomendaba al Todopoderoso mientras sus bueyes le araban la parcela.

Convencido de que un madrileño fetén como él podía recibir los mismos

beneficios que su santo patrono ya que se le equiparaba en la condición caradura, decidió recabar de las instancias celestiales el necesario respaldo a sus intenciones altruistas.

Por ello, en la tarde del 15 de agosto, después de unas gallinejas rematadas con bicarbonato y de una siesta romántica en la que cubrió a su hembra como si no tuviese otra oportunidad de hacerlo, salió de casa con la desesperación de los desposeídos.

Había jurado no volver sin un bebé para su mujer, legal o ilegítimamente conquistado. Se le partía el alma al recordarla llenando un bolso con la ropa que iría a parar al hijo de otra. No se le borraba de la cabeza su sonrisa de madre por poderes.

Empezaba la noche grande de Madrid: en las recalentadas calles de Lavapiés florecían los mantones de Manila, la fritanga de churros atufaba los contornos y la procesión de la Virgen de la Paloma invadía la Puerta de Toledo con su séquito de bomberos malabares.

Huyendo de la muchedumbre festiva Isidro cruzó Cascorro y bajó por la calle de Atocha hasta llegar a la glorieta. Junto a la estación ferroviaria del Mediodía se detuvo a serenar su respiración. Luego se plantó delante de una fachada con cariátides.

Pensaba Isidro que su santo tocayo, al haberse pasado la vida destripando terrones con la ayuda de unos animales de carga, tendría el peso suficiente — y quizá despacho— en aquel Ministerio de Agricultura y Ganadería para hacer prosperar su reivindicación.

No compartió esta creencia el servicio de guardia del Ministerio, que no sólo le impidió la entrada al edificio sino rondar por su perímetro. Con lo que Isidro echó a andar por el paseo del Prado hasta la fuente de Neptuno, que le pareció alternativa adecuada.

Con el debido respeto la invadió, mas cuando pedía un heredero al dios del tridente cinco policías le rescataron por las bravas y, sin leerle sus derechos ni facilitarle toalla para secarse, le condujeron a presencia del capitán, acusado de alterar el orden.

—No me importa la cárcel si doy un hijo a mi mujer —confesó el activista de Neptuno con más corazón que sesera. Y mojado como una sopa aguardó con la cabeza gacha el veredicto de las autoridades y de cuantos le apuntaban con sus defensas reglamentarias.

—Usted hace el amor y no la guerra —apreció conmovido el alcalde. Y

guiñando un ojo al capitán para recabar su complicidad añadió—: Cúyas sean las razones del que comparece, démosle libertad y motivo laboral holgado para que medre y se multiplique.

Roncos vítores de los peatones y automovilistas desplazados hasta aquel espontáneo Tribunal de las Aguas aprobaban la propuesta del alcalde enciclopedista cuando el retén destacado en la fuente de Cibeles reclamó con urgencia auxilio médico.

Aplazose la sentencia de Isidro y acudieron todos a la cita humanitaria. El lugar del accidente se hallaba a oscuras y en confusión suprema. Decían unos que el terrorista se había descalabrado al intentar la fuga. Según otros era la estatua la dañada.

Las asistencias exploraron el monumento y no hallaron desperfectos ni tampoco a quien lo ocupaba. Sólo vieron junto a uno de los leones lo que todos los meses venían encontrando los encargados de limpiar la fuente: un capacho con ropa de bebé.

Isidro lo reconoció al instante: era el bolso que había utilizado su mujer esa misma tarde para el transporte de ropa. Pero ¿por qué llegaba ese envío a manos de la Cibeles, como atestiguaban los operarios del municipio, y no a los necesitados del barrio?

El erudito alcalde explicó la causa a automovilistas y peatones: nadie medianamente culto debía extrañarse de que la fuente castiza se adornase con materiales relativos a la crianza porque Cibeles era para los antiguos griegos la diosa de la fertilidad.

Al oírlo Isidro se arrojó a la fuente para empaparse de sus propiedades genésicas. Por más calurosos motivos le secundaron los policías. Y ya iniciaban la zambullida numerosos civiles cuando en el cielo de Madrid vibró el llanto de un recién nacido.

Y a la luz de unos faros de campaña traídos por el capitán, Isidro celebró el milagro: en la cara de Cibeles lucía la sonrisa maternal de su mujer. Y en su regazo, blanco como la piedra de Colmenar, la sangre del que llegaba al mundo bajo su responsabilidad de diosa.

Mancheguísima

Mancheguísima está condenada a pasar las sobremesas ante el espejo de su coqueta, ensayando la sonrisa con que recibe al hombre que salió del Casino para acompañarla a la hora del té. Se presenta menos vestida que por la mañana pero más que de noche y nunca sin la bata de nácar, para indicar que es casera por afición.

—Hice unos alfajores que están de rechupete —dice Mancheguísima en una pausa de la conversación—. ¿Quiere por casualidad probarlos mi nene?

El hombre irrumpió en la casa de Mancheguísima con la capa impregnada de voces broncas: las voces del mayoral en la finca corriendo toros al amanecer lívido; las voces de los negociantes en la bodega, subidos ya a media mañana de cazalla y orujos; y las voces de los amigotes del Casino, untadas de natillas y habano para digerir el lechazo del mediodía. Una pañosa restregada por dehesa y mesón, que exuda cuero y anís cuando vuela de hombros de su propietario al perchero, mocho de cuerna, del pasillo de la dama.

Porque este hombre, al igual que el musulmán deposita el calzado a la puerta de la mezquita, ha de abandonar la capa y sus impregnaciones machorras si desea introducirse en el gabinete de Mancheguísima. Pues sólo desinsectado y puro puede acceder al vestidor lindante con el dormitorio de ella desde donde se divisa el tálamo, entronizado sobre una plataforma para subrayar su condición apetecible.

Pese a esta prueba de confianza, la mujer no le deja resquicio para que se propase en el gabinete ni siquiera después de trasegar los alfajores canela a palo seco, sin ayudarse de líquido: porque ella en la intimidad le quiere abstemio, y antes sediento que aplacado.

—Dígame que los confeccionó usted —farfulla el hombre con los dientes trabados por el almidón del dulce mientras alarga a la bella su proterva garra—. Dígame, nena, que sus manos crearon esta ambrosía.

Castigadora, Mancheguísima rehúye la fogosidad del deseo masculino y

para mantener las distancias se dirige al piano con pasitos de gorrión. Sobre el entredós laqueado hunde su trasero megalítico. Por las teclas de dominó galopan sus deditos enjorados. Y una vez entrenada y caliente, con la cabeza bien alta y los ojos en blanco, inicia la copla:

—*Como soy de La Mancha no mancho a naide...*

¡Qué mono el deliberado error de su lengua, qué francés el abatimiento de párpados! Mancheguísima entona la seguidilla con su redonda voz de jotera, en cuanto el hombre la oye el hércules de su virilidad se enardece, y cuando ella remata la copla abombando el tórax bifronte para sostener el calderón larguísimo, él salta presto del puf y arrodillado adora a esa real hembra que además de guapa, cocinera y cantarina toca el piano como una señorita de la capital.

—Pídame lo que sueña, santísima —clama el hombre con el bajo vientre descompuesto y estragada la garganta por el denso alfajor—, ordéneme que robe o mate. Mire de qué modo me cautiva y cómo me corren las ansias de mozo.

Benévola, Mancheguísima descende las esmeraldas de sus ojos sobre los pantalones del galán. Complacida, capta la humedad donde la protuberancia del sexo. Pudorosa, desvía del punto eréctil las persianas de los párpados. Y cuando se encara con el visitante como para pedirle cuentas de su inconveniencia, advierte que ese hombre no tiene cura porque se quitó la camisa blanca a la velocidad de la luz mostrando la medalla macarena que sobre un fondo piloso retoza en el esternón de tabaco y oro.

Asediado por las prisas intestinales o entre las llamas de un erotismo ineludible, el galán se priva igualmente de las botas camperas y su rauda mano desabrocha los botones del pantalón. Quizá para trasladarse al retrete. Pero Mancheguísima intuye otra intención en ese joven que se desviste tan rápido: que por un efecto simpático la dama le imite, y, desnudos ambos, pasen a mayores en el cercano lecho. De ahí que Mancheguísima aborte la picardía de su seductor con mucho mundo.

—Seré suya, Gustavo Matías —promete regalándole para el beso su ancho pie de prensadora de uvas—, si propaga mi arte por los rincones de España. ¿Quiere ser para mí como el baúl de la Piquer?

¿Quién es capaz de medir la desesperación de un hombre en la flor de la vida y sin poderlo catar? Rechazado por la doña —ya que el condicional que ella le endosa es de oneroso cumplimiento—, Gustavo Matías se calza las

botas, se abrocha la camisola, se enfaja el pantalón, vuelve a embozarse en la capa fétida, se abre a la llanura castellana, secarral metafísico y, enloquecido por el despecho, en vez de tañer la lira y confiarse al bel canto en la buhardilla bohemia o de aliviarse en el lupanar al vaivén de un guitarrico, pierde los estribos y amparándose en las tinieblas de la madrugada empotra su hombría en la primera vaca que su ansiedad juzga propicia.

Y su equivocación es grave porque el semental de turno, aunque cegado por el sueño, no tarda en enterarse de la incidencia que embaraza a su prójima. Herido en su orgullo macho acude al bulto, encipota a Gustavo Matías por el tímido orificio del excremento cuando éste se deleitaba con la vaca, y suficientemente se ensaña en el dorso del entrometido.

Hasta el confín de Mancheguísima llega ese amanecer la noticia de la muerte airada de Gustavo Matías. Con frialdad la escucha para que nadie murmure. Mas cuando el fúnebre mensajero se ausenta, Mancheguísima levanta la tapa del piano:

—*Un día de San Eugenio* —evoca—, *yendo hacia El Pardo, le conocí.*

Jamás olvidará ese día en que sus ojos, confusos de enamorado asombro, impresionaron los de Gustavo Matías, castigadores del femenino orgullo. Jamás olvidará ese día inaugural de su larga relación de tira y afloja, henchida de recato e hipérbole. Y ahora que su honesto galán de noche no ha de regresar, lamenta las ocasiones desperdiciadas.

—*Nena, me decía loco de pasión.*

¿Cómo se le escapó vivo, sin probar otra cosa de ella que sus alfajores? Inflado por la congoja el pecho de la cupletista aumenta de tamaño, se expande, rebasa la pantalla cinematográfica que lo contenía, y obsesionando el cerebro de los cinéfilos con su equivalencia tentadora constituye el máximo reclamo de la película.

El pretendiente

De la cuerda sale música, y vibra el dedo que la pulsa, ufano de su poderío. Y mientras la mano izquierda del concertista tensa el cuello de cisne del contrabajo, la derecha, asida obstinadamente al arco, arrastra su gemebundo risrás por la banda sonora de las últimas secuencias de la película.

PARÍS, EXTERIOR, ATARDECER DE OTOÑO. El escolar de ojos frenéticos que aparece en pantalla saca de un libro de texto la foto de la emperatriz francesa del séptimo arte. Reconoce que, como bien afirma su película más famosa, *Dios la creó mujer*. Y este escolar que tanto la desea sabe también que sólo a través de su imaginación se procurará lo que de otro modo es difícil, porque no va a coincidir con ella en una fiesta, en un viaje y, mucho menos, en la habitación de un hotel.

Abiertamente se rebela entonces contra su negra suerte. Y con la desesperación del que no admite paliativos grita mirando a la cámara que si no se le dispensa el favor de abrazar a la mujer cuyo retrato muestra, volará desde la cúspide de la Tour Eiffel hasta el empedrado de la Place D'Alma.

Unos subtítulos traducen al castellano el ardiente francés del mozo, grávido de guturales graves, sobre el contrapunto cálido del contrabajo. Y el espectador de la sesión de cine, tan joven como el intérprete de la película e igualmente constreñido a ver a su actriz predilecta en fotografías y no cuerpo a cuerpo, aguarda con ansiedad el desenlace de la escena. Porque si el actor desesperado de amores cumple su amenaza como un hombre y se suicida como un pelele, habrá desaparecido de la tierra un rival.

Pero no es exactamente un rival, porque el espectador del cine de barrio está menos interesado en complacer sus sentidos que el actor de la película. En efecto, no arriesga su vida por estrechar las distancias con la actriz de sus pensamientos. Es más, preferiría no encontrarse con ella en la calle o en un reservado. Y sin embargo, está seguro de amarla más que el escolar de instinto suicida.

Y es cierto que la quiere más que a su madre y a su esposa y más que a la

golfa de feraz escote que vendía aceite a domicilio. Él ama a la actriz francesa con gula y aidez, sí, con la sinceridad del salvaje, sí, pero también con la perfidia del civilizado; la ama, en fin, con la pureza del que nunca la ha visto al natural sino en pintura.

Ese espectador ama a la actriz con la alevosía de un empresario al diseñar la operación comercial que hundirá en la quiebra a la competencia; con la glotonería del goloso cuando roba la garrafa de arroz con leche que Sanidad destinaba al Tercer Mundo; con la avaricia del que perfora en la horquilla de la chuleta de recental para apropiarse del sustancioso redaño; con la elementalidad del pastor al proyectarse en el orificio de la oveja distraída; con la vehemencia del torero cuando entierra la espada en el lomo del morlaco y le llegan sombreros, puros habanos y botas de vino de los aficionados trémulos.

Él ama a esa actriz como el cántaro a la fuente y la semilla a la vaina, por la imperiosa necesidad de ser en ella. Con tozudez de baturro de almanaque, con voluptuosidad de cartujo, y con la desfachatez del recién nacido hacia su creadora al reclamarle el jugo de sus apéndices torácicos después de haberle chupado la sangre durante nueve meses; primer aviso de cómo ha de gastarlas el bebito criado por esos pechos, pues si tanto egoísmo muestra el infante al rebañar la leche materna, atragantándose como un zampabollos, ¿qué no hará de adulto con el monedero, la chequera y con esos otros bienes muebles e inmuebles, ya sean gananciales o parafernales, que también pertenecen a la autora de sus días?

Y sin embargo, la madre se enorgullece de que ese avaro la exprima. Cegada por su generosidad no presiente la devastación del amor y hará oídos de mercader a cuantos la prevengan contra el tiranuelo recogido en sus entrañas. Con lo que este hijo desnaturalizado, cuando crezca y se desarrolle, dilapidará el patrimonio materno para mojar en el escote de la vendedora de aceite y acabará largando al asilo a su madre para quedarse con la casa donde ésta le engendró y allí convivir sin testigos con la legítima que hoy ya amarga su lecho.

Pero la madre siempre perdonó a su hijo estas vilezas y criticó a los que se las denunciaban. Y ese amor a todo riesgo lo ha heredado su hijo por la actriz de cine. Ni su abnegada madre ni su esposa ni la detallista de aceite —a quien costó un triunfo salvar del escándalo de la colza— frenaron su devoción por ella. Tampoco el discurrir monótono del tiempo enfrió el fervor del hombre

por ese universo femenino que encerraba en una estampa. A escondidas de su madre, de su esposa y de la concubina que traficaba en aceites, y nutriéndose de las fotos que clandestinamente cruzaban una frontera severísima con el erotismo, no se cansó el solitario de tributarle salvas. Y ahora que su idolatrada no hace películas porque los productores prefieren otro tipo de bellezas, se permite dirigir una carta a la dueña de sus pensamientos en nombre de aquel amor inmarchitable.

Escribe en el sobre las iniciales de la actriz —esas BB de su pertinaz hechizo—; y en la cuartilla que, primorosamente caligrafiada, remite a un Apartado de Correos, le suplica acuda al centro de trabajo donde lleva empleado toda la vida. No fija fecha ni hora para la cita pero sabe que la actriz accederá a su petición. Por eso, desde que envió la carta, espera a su diosa con una intensidad parecida a la que imprime el dedo del concertista en la cuerda del violonchelo, ese vibrato pulcro e incorruptible que expresa la desazón de generaciones de amantes.

Muchas veces ha imaginado la llegada de la actriz a través del circuito cerrado de televisión. EXTERIOR DEL PARQUE Y DÍA DE SOL. Ella desciende del suntuoso automóvil, cruza el torno de entrada, camina por la vereda de sauces y bordea el estanque de patos. Llega así al punto fijado para el encuentro. Pero él no se acerca a saludarla ni se identifica como responsable de la carta. Él permanece en su puesto sin asistir a la cita que ha urdido ni desahogar la vehemencia que almacena en su cuerpo enamorado, esa vehemencia retenida en el interminable calderón sonoro del contrabajo que, si brotara de su pecho, no sería capaz de condensar en un discurso.

Teme que su deseo merme o se desgaste si lo contrasta. Así que cuando ella aparezca en el lugar soñado, él seguirá grabando sus pasos. Desde su privilegiada atalaya presenciara el desconcierto de la actriz. ¿Quién la citó? ¿Por qué no viene? De repente todo se explica: desde la garita donde él la reproduce en vídeo acuden a saludarla sus animales preferidos. Son las focas que él, como empleado del zoo, eligió cuidar para estar unido a la dueña de su corazón.

Y muchos años después, cuando revisa las imágenes de aquel memorable día, encuentra en el idilio de su amada con sus bestias predilectas un reflejo del amor que ella pudo dispensarle.

Calisto y Melibea

Antes de escandalizar a los suyos con la comentadísima hazaña proterva, Calisto demandaba el homenaje de las damas con el grito de Tarzán en celo, ese aviso tan turbador para el oído distante —e incluso teniente— que los afectados en varias leguas a la redonda admitían la conveniencia de aflojarle el cinturón de castidad para sosiego de la población y buen gobierno de la república.

Estaba el joven Calisto enamorado del amor y a todas horas alardeaba de ello. Sus endechas componían el aria que el bachiller Fernando de Rojas transforma en dúo en la primera escena de su tragicomedia, cuando Calisto, por seguir el vuelo de su halcón un mediodía de verano, invade el huerto de Melibea mientras ésta riega las hortalizas.

Desde ese instante Amor cautiva y azuza a Calisto pues su apetito de Melibea crece cuanto más se le discute y esconde. Y Melibea defiende su parcela de afectos y el atrevimiento de su novio con una virulencia impropia de su sangre alta y serenísima.

—Mejor muerta que deshonrada por ese indeseable —amenazan a Melibea sus deudos al suponer que el gavilán ronda el jardín con el beneplácito de la paloma.

—Si enamoras a esa necia —conmina el padre de Calisto a su hijo en un destemplado arrebató que corean los feroces mastines—, te cuelgo de donde yo me sé.

Montado está el cirio *per saeculorum*. Tercos son los tutores pero más sus protegidos. Las familias de Calisto y Melibea —que no son rivales, como en el caso de Romeo y Julieta planteado por el Cisne del Avon, sino amigas y emparentadas desde tiempo inmemorial— coinciden en oponerse al matrimonio de sus descendientes. Y para impedirles el trato, crean un cuerpo de vigilancia formado por sus allegados y los vecinos de buena voluntad con sus animales de compañía.

Estos vigilantes son abnegados y capaces pero sin moral de victoria:

aunque situaran a Melibea y Calisto separados por aduanas y accidentes naturales no estarían convencidos de haberlos incomunicado. Saben estos celadores —y ahí radica su inseguridad— lo que mucha gente ignora: que Amor se alimenta de las contrariedades para satisfacerlo.

Una vieja alcahueta llamada Celestina se ofrece a impulsar la relación de Calisto y Melibea. Experta en mañas para obtener citas a ciegas y sin publicidad, embelesa a Melibea con su despliegue de trucos. Mas no encuentra la misma disposición favorable en Calisto, que apenas la escucha.

No nace este despego de la pésima reputación de la anciana sino de la confianza de Calisto en sus fuerzas. Es cierto que a raíz de su encuentro con Melibea parece otro, porque permanece día y noche en el palomar atisbando el huerto donde la conoció y ya no vocea a cada momento sus agobios sino que escatima los trinos y con frecuencia los interrumpe bañado en lágrimas. Pero a nadie se le oculta que su temperamento indomable acabará superando pasajeras debilidades de ánimo y consiguiendo con la sola ayuda de su obsesión a su Melibea adorada.

Fantasía parece el vigor que cobra la pasión reprimida. En la ardiente siesta de julio Calisto brinca del lecho donde nadie limpia sus necesidades y, aprovechándose de la galbana estival que en la sobremesa relaja al somatén, escapa de casa, arroja a unas zarzas el cinturón de castidad y se arrastra por el arroyo hacia el huerto donde descubrió a Melibea.

Atormentado por el ansia, Calisto proyecta consumir su desatino en la finca de los padres de Melibea y, preferiblemente, en el escenario hortofrutícola de sus galanteos. Mas antes de que traspase la linde con el ardid de perseguir a su halcón en este día de verano —y cometa el error que teatralmente explotará el bachiller De Rojas—, encuentra a Melibea en la entrada principal.

Enardecida por el mismo estímulo que su amante, bien hubiera querido Melibea caer en brazos de Calisto junto al plantel de verduras donde se sintió deseada. Pero, lúcidamente, se adelanta a recibirle en dominio público y no privado. Así salvará de una gravosa condena a Calisto que, decidido a rescatar a Melibea de esas cuatro paredes que guardaron hasta entonces su donceller, hubiera allanado propiedades y cultivos violando los códigos, las servidumbres de paso, las ordenanzas agrarias y mercantiles y las convenciones no escritas.

¡Oh inmortal abrazo de la consumación! De la gozada de Calisto y Melibea

en el cauce pedregoso del arroyo mecidos por la estridencia de los grillos queda constancia a los dos días de la desaparición de los jóvenes, cuando sus parientes, los vecinos y el cortejo de canes y aves de cetrería que siguen su rastro los divisan a la tímida sombra de un sauce llorón, cerca de donde Calisto se desprendió de su cingulo de castidad, y no difuntos o malheridos como temían los bienpensantes sino batiendo la tierra con sus vaivenes en muy lasciva galopada.

Al ser descubiertos los novios por sus padres y hermanos, en vez de ocultar sus vergüenzas y suplicar gracia desafían a las instituciones del mapa mundi y a las sobrenaturales del Reino de los Cielos, pues no sólo se resisten a marcharse de donde yacen sino que se mantienen ensartados sin descomponer la postura procaz.

Una postura que en este caso es también blasfema ya que Calisto, aplicando los métodos que predica Celestina para gozar del cuerpo femenino sin fecundarlo, se adosa a la espalda de su amada como concha de galápago. Y a quien le reprocha la obscenidad de esta figura arguye que no conoce otra mejor para conservar virgen a su novia.

Llevan dos días atrapados por tan candente vínculo y es tal su insistencia en seguir juntos que gruñen como cochinos si se intenta desenredarlos. De tragicomedia parece esa tozudez si derivase de su voluntad enamorada. Pero es la fisiología muscular la que los adhiere sin remisión, consolidando su fusión como con engrudo.

Cuando las familias se percatan de que la alianza de sus vástagos es indisoluble porque la naturaleza remacha la unión de los corazones, los izan sobre unas parihuelas; y entre el revoloteo de azores y lebreles, la rechifla de los mordaces y la ronca lamentación de las ancianas, mal tapados los trasladan en sacrílega procesión a la parroquia, donde el Cristo del Amor Hermoso, invocado por su representante pedáneo, se aviene a legalizar deprisa el concúbito contra natura.

Del mal, el menos. Oficiado el sacramento para que Nuestro Señor bendiga el enlace sodomítico, en el momento de transmitirse los anillos —con las estrecheces derivadas de la comprometida postura— los enhebrados se desacoplan como por gracia de Dios y cómodamente proceden al intercambio de prendas. Un coro de gargantas blancas loa el milagro medieval, y hasta los ciegos presienten en la brisa que oportunamente agita aquel paraje yermo la sedosa huella del Paráclito.

Es en la melancolía del crepúsculo cuando amigos y contrayentes celebran las nupcias con una merendola bárbara. A los postres, con los rostros brillantes de malicia por los donaires cruzados, y a los sonos del acordeón que rinde al atardecer su elogio sentimental, ese bachiller De Rojas, que es un poco poeta, discurre que nunca deben ponerse puertas al campo, ni siquiera en ocasiones como ésta, en que contra las recomendaciones de la ciencia, de la magia, de la religión y de la familia, se aparean dos mongólicos.

Por la felicidad de los recién casados alza su copa el bachiller De Rojas. Mas no logra levantarse para consumir el brindis porque esa vieja alcahueta de Celestina, enaltecida con su labia, ha descendido rauda de la silla al suelo y, emboscada en los manteles, le calienta los bajos.

Metamorfosis

Desde que me divorcié venía a limpiar mi apartamento una asistenta gallega. Tenía hijos mayores, se conservaba joven y hablaba bien de su marido. Aunque el sentido común me desaconsejaba cortejarla, como andaba necesitado de copular soñé que practicábamos la postura nepalí. Pero no en la cama de mi dormitorio, que excesivamente sensible para soportar la pasión de una pareja, se hundía si los amantes se entusiasmaban, precipitándolos al desencanto desde la cumbre del gozo.

Esta circunstancia, divulgada por los amigos para arrebatarme las novias, me había excluido del beneficio sexual como si contagiase la peste. Obviamente, para rehacer mi vida necesitaba catre nuevo y en esto me fue más útil mi asistenta que en sus prestaciones laborales.

Debo reconocer que su contribución como empleada de hogar era muy pobre. No cumplía el horario convenido y ni fregaba ni barría pues se limitaba a pasar el plumero por los muebles. Y como no desplazaba el sofá para sacar las pelusas ni enchufaba el aspirador y jamás se ocupó de lavadoras y lavavajillas, solía marcharse de mi casa al poco de haberse presentado en ella dejándola tan aparente como la manzana agusanada.

Desde una perspectiva empresarial, su contratación constituía la apoteosis del derroche porque de todo cuanto cabía exigirle a cambio de su remuneración sólo me planchaba los pañuelos. Lo hacía mientras escuchaba las noticias de la radio con semblante adusto y renegando en su dulce idioma del gobierno socialista.

Ante esta situación deduje que yo le iba a ser mucho más rentable que ella a mí, pero pronto comprobé que estaba equivocado. Sobrevalorando mis aptitudes manuales se me había ocurrido adquirir en un almacén de bricolaje los módulos de una cama que debía reemplazar a la deficiente, y después de trasladarlos a casa y esparcirlos por el parquet me sentía incapaz de encajarlos siguiendo las instrucciones del prospecto que acompañaba a las piezas.

Por venturosa coincidencia ella trabajaba ese día en mi apartamento y al verme perdido entre maderas de diversa longitud no desaprovechó la ocasión de exhibir unas habilidades que no correspondían a su oficio. Sin plantearme si precisaba ayuda pues mi desolación lo hacía innecesario, abandonó el plumero, se arrodilló a mi lado y movida por un instinto infalible comenzó a ensamblar estribos, cabezal y patas.

Con la tenacidad del que agavilla un puzzle me evitó dormir en el suelo aquella noche al erigir en poco rato un ingenio similar al modelo de fábrica. Yo, dejándome querer, le facilitaba los tornillos, las tuercas y la llave inglesa mientras monologaba sin descanso para no caer en la tentación de asomarme a su escote.

Para supervisar la obra nos sentamos espontáneamente sobre la cama recién creada como dos compadres dispuestos al trago, el pitillo, la discusión sobre lo divino y lo humano o la caricia requerida por su atolondrada forma de inclinarse. Oí que me decía pobriño. Y cuando resultaba procedente el devaneo, ya que parecía tan satisfecha de sus dotes como yo de tenerlas a mano, una súbita tristeza desencajó su rostro, y no me declaró su amor sino la contradicción que padecía hasta un extremo imposible de remediar, pues siendo profesional de la limpieza vivía entre ratas.

Resolví despedirla: por mi bufete no acudían los clientes y con la misma frivolidad con que me había adherido a la artesanía doméstica pensé que podía sustituir en las labores de la casa a quien, por su manera de desempeñarlas, daba celos al ocio. Acordándome de su confianza le regalé una ratonera grande y en su honor me masturbé sobre aquella cama que tuvo la generosidad de construirme.

Antes que su cuerpo me excitaba su ambigüedad. En apenas dos meses de trato esporádico había conocido dos facetas antagónicas de su carácter y esa combinación de dinamismo e indolencia me subyugaba. La mujer capaz de montar un mueble en un santiamén coincidía con la que acariciaba desganadamente su superficie con el plumero e impregnaba las habitaciones de mi casa con la colonia de su desidia declarando especie protegida la suciedad que debía erradicar.

Para desvanecer su influjo —del que no quedaría inmune hasta borrar las marcas de su abulia del rincón más esquivo de mi apartamento—, acometí un plan de limpieza. Me familiaricé de este modo con el trabajo típico del ama de casa y la experiencia no reforzó mis teorías favorables a la liberación de la

mujer —principal fuente de ingresos de mi bufete—, porque no era la esclava del hogar sino mi asistente contoneando el plumero como una corista lo que yo imaginaba al tomar la espontex. Y su recuerdo, lejos de congraciarme con el movimiento de emancipación femenina, me alentaba al uxoricidio indiscriminado.

Tan difícil como disolver la mugre es recobrar la disponibilidad al sexo. Al proponerme ambos empeños observé que no podía dissociarlos. Contaba con un lecho estable, pero a nadie se le oculta que no impresionaría a mis conquistas si a través de un pasillo polvoriento las conducía a un dormitorio con telarañas, anejo a un baño infectado de gérmenes. No era preciso convencerme, por tanto, de que sólo la higiene lograría romper esa especie de cordón sanitario que tan rigurosamente me aislaba de la comunicación amorosa.

Más me costó admitir que la guarrería acumulada en mi cubil por esa abanderada de la abstención rechazaba componendas. Si ansiaba ponerlo a punto para que mis novias —salvadas ya de una cama que las tiraba al suelo cuando les sacudía el orgasmo— no incubasen sarpullidos o bubones en mis dominios, había que arremangarse y hozar en la podredumbre, sustituir el plumerito por la escoba y la bayeta, no escatimar amoníaco y lejía, frotar las baldosas, peinar los techos y aventar la holganza congregada en zócalos y dinteles, fondos de armario, bandejas del frigorífico, estanterías y persianas.

Gasté un dineral en detergentes, ceras y fregonas y todos los días confié a la basura no menos de tres bolsas de residuos. Mas no por ello mi apartamento se adecentaba ya que no era fácil desalojar al enemigo de su fortín. En cada mota de polvo se me aparecía la responsable del desastre, y como resultaba imposible olvidarla mientras subsistieran las impurezas sembradas por su incuria, empecé a justificar su galbana por un mecanismo psicológico relacionado con las dificultades de mi tarea.

Esa ostentosa despreocupación de mi asistente por su trabajo que tanto me irritaba cuando era su empresario, la entendía ahora como hostilidad hacia todo lo que estaba obligada a cuidar. Así llegué a la conclusión de que un profesional de la limpieza reserva su mayor desprecio y sus más descarnados rencores por los objetos que atiende, pues no son justos ni agradecidos con quien los desbroza, pule, plancha o almidona.

Resultaba por ejemplo intolerable que en la consola del recibidor, donde mis favoritas depositaban sus bolsos antes de besar mis labios, reapareciesen

manchas, cuanto más diminutas más insufribles, poco después de haberla barnizado con Politus. ¿A qué debía atribuir esa animadversión al decoro de espejos, rinconeras y sofás? ¿Defendían su intimidad de sobos anónimos igual que los niños rehúyen las enjabonadas manos del adulto sobre su cara con churretes? Y de ser así, como parecía evidente, ¿a santo de qué tanto trajín con unos ingratos que nada más adecentarlos se ensuciaban?

Absorto en ese cometido infeliz, sólo pisaba la calle para dejar la basura. Terminaba la jornada destrozado y resentido, añorando a mi asistenta como un niño a su mamá pues en mi inclinación hacia ella no podía separar el amor del odio. Una decisión irreflexiva me había retirado de foros judiciales y alcobas y condenado a una trampa. Porque, ¿cuándo se limpiaba definitivamente una vivienda si creaba suciedad conforme se la iba eliminando? Y si la limpieza era un hito imposible o propio de titanes, ¿cómo osaban proponerse para estas faenas empresas y particulares de escasos medios?

En apenas un mes de desigual batalla, tan agotadora como inútil, tenía callos en las manos y pústulas en el cogote, golondrinos, orzuelos, psoriasis y múltiples llagas y quemaduras; vivaces calambres azotaban mis piernas de tanto caminar sobre trapos encerados, me enervaban lumbalgias y migrañas, y mis intestinos se negaban a un funcionamiento regular debido a que sólo me alimentaba de frutos secos para no pringar la cocina. En definitiva, aquel tipo gallardo, enamorado y parlanchín —que era yo mientras tuve asistenta— se había tornado macilento e introvertido, pues además de soportar disfunciones motoras e intelectuales era aterrado testigo de la progresiva atrofia de su pelvis.

Tan alto precio pagaba por un ideal imposible. Y no era lo más duro la repulsa de mis vecinos —ya que cuando visitaba el buzón de la correspondencia o el contenedor de basura la inmundicia me untaba su densidad de boniato convirtiéndome en proscrito— sino la sensación de no haber hecho nunca nada diferente a ensuciarme y limpiar.

Sancionando esta situación de dejadez la polilla germinó en mi patrimonio. A la hora del primer telediario nocturno revoloteaba por el sillón donde yo veía la tele y se posaba en la pantalla del aparato, atraída seguramente por el memorable perfume del Cristasol. Quizá fueran muchas iguales o una sola pero siempre me pareció la misma. No podía venir de la calle porque me había prohibido abrir las ventanas para que no entrara polvo, sino del interior

de mi casa, en la que inmediatamente sembré cerca de dos toneladas de naftalina. Pero ignoraba desde qué lugar despegaba o dónde tenía su refugio al no disponer de la claridad necesaria para averiguarlo. Y es que la contaminación de globos, lámparas y demás conductores de electricidad me mantenía a oscuras aunque encendiera la luz.

Así que, en cuanto se escuchaba la sintonía del telediario vespertino, descubría a la polilla planeando por la zona iluminada del televisor. Se instalaba en primera fila con una lealtad que no se merecía el programa. Y ya no se movía de ahí aunque las desvergonzadas manifestaciones de algún ministro o las salvajadas de los terroristas la impulsaran al techo de la habitación por una lógica irritación cívica. De allí descendía a veces hasta mi enclave tanteando mi disposición a compartir sus enfados. Mas como yo no respondía a sus iniciativas, se consolaba atendiendo a los locutores de la pantalla desde su localidad de privilegio.

Cuando finalizaba el informativo se esfumaba hacia algún armario de ropa del que cualquier día yo rescataría harapos, pero tras haber despilfarrado la jornada en prevenir su vandalismo estaba tan abatido que no movía un dedo para paliar sus destrozos. Noté que no le atraían el fútbol ni las películas salaces —con las que yo fustigaba mi castidad pertinaz— ni los telediarios del mediodía, tiempo en el que tal vez sesteaba después de un succulento almuerzo en el cajón de mis calcetines.

Se citaba conmigo al atardecer, cuando el término de la jornada laboral coincide con la despedida del sol y el hombre capta la llamada del hogar, cuando los comercios echan el cierre, los automóviles serenan sus motores, quedan vacías las calles, los oficinistas apagan sus calculadoras y los niños chapotean en cálidas bañeras mientras repica en las cocinas el argentino batir de tortillas.

En ocho horas de trabajo ella había procurado acabar con mi hacienda y yo con su vida. Con las espadas en alto suspendíamos nuestro duelo hasta el día siguiente y nos asomábamos en la melancolía del ocaso al balcón de la tele a percibir el latido del mundo.

Hubo veces en que quise poner a prueba su compromiso y no enchufé el programa a su hora de emisión, pero entonces la maldita me buscaba encarnizadamente por la casa y al localizarme me envolvía en un desasosiego que se hacía más frenético cuanto más tardaba en conducirla al televisor, por lo que para librarme de su asedio debía posponer mis ocupaciones,

trasladarme a donde ella deseaba y oprimir el botón de arranque para dar curso a esas imágenes que sedaban su impaciencia.

Un día en que cada cual estaba en su sitio predilecto, ella agarrada a la pantalla y yo en mi sillón, al verla encandilada con el presentador de las noticias me sorprendí celoso. Una turbación de sangre flageló mi cerebro. Removida mi inercia llegué al aparato. Sin deslumbrarme por la luz de la pantalla me aproximé a la polilla y aceché su respiración. Indiferente a mi presencia, la maldita se embelesaba en el figurín que informaba de las elecciones gallegas. Y parecía comprender su lengua pues puedo asegurar que subrayaba sus palabras con murmullos.

Sólo entonces entendí por qué esa infame hablaba el idioma de mi asistenta. Con un alarido sobrehumano reaccioné a la metamorfosis. Creyendo que su desaparición alejaba de mi entorno la peste avancé sobre su cuerpo, pincé sus alas, la transporté al hueco de mi palma, y cuando ya la tenía a mi merced hasta el punto de quemarme su aliento de agonizante, fue la soledad del universo la que me obligó a retractarme y en vez de machacarla le grité: «No me dejes», porque sin ella mi vida no se explicaba.

Nadie me entendió mejor. Con inmortal donaire recompuso la figura y ganada por mi demanda prescindió de su butaca de preferencia. Seductora, esquivó mi avidez cuando traté de apresarla. Así jugamos a enardecer el deseo. A veces la perseguía y ella se desplazaba para arrebató de mis ojos magnífica y concupiscente, frutal, suavísima y hechicera. Tras el vuelo de su escote recorrí oquedades e intersticios, surqué todos los espacios donde desde hace meses evitaba que anidase y, cautivado por una vivacidad que me recordaba la de la rata en los estercoleros, no sufrí fatiga ni achaques durante el largo acoso.

Al fin desembocamos en el dormitorio donde la cama de su más rentable esfuerzo debía sostenernos en la postura nepalí. Antes que yo cayó ella sobre las sábanas, olvidada de Dios y de los hombres, y cuando me invitó a profanarla con el apelativo de pobriño comprendí que se vengaba de su despido porque desde que rehusé sus servicios me había convertido en su vasallo.

—Volvoreta —exhalé en la antesala del tránsito—, volvoreta d'aliñas douradas...

La oí gemir y estremecerse hasta que al fin su sangre salpicó mi mano, y anegado de placer me rendí a la policía cuando invadió la habitación

acompañada por los vecinos.

Equívocos

Belleza convulsa

Martín fue al hospital porque tenía problemas con la novia. El médico le tumbó en una camilla y nada más tocarlo aseguró:

—Habrá que operar.

Cualquier aspirante a la felicidad hubiera desobedecido el diagnóstico, pero Martín quería tanto a su chica que se resignó. La muchacha tramitó los papeles con celeridad encomiable y el día señalado para la intervención acompañó a su novio al quirófano.

—Verás qué bien te dejan —decía. Y para domar su recelo le aventuraba las obscenidades que perpetrarían en cuanto le diesen el alta.

Pocos días después, cuando el gran Nicky se enteró de que Martín y su novia habían roto su compromiso, estaba lejos de suponer que esa frustración sentimental iba a dejar su establecimiento tan yermo como el corazón del amante despechado.

El bar de Nicky está frente al campo de deportes y al otro lado de la carretera donde el hospital se alza. Y en su barra, siempre con aperitivos de cocina selecta, se elogió el pundonor de Martín, que al mes de haberse operado y pese a estar convaleciente, se alineó en el equipo de fútbol de los transportistas contra el temible San Viator, líder de la Liga de Hermandades.

Había empezado el partido y Nicky acarreaba cajas de botellas en el bar vacío cuando se presentó con gran sigilo un estrafalario personaje. Nicky no lo conocía pero tuvo la sensación de haberlo visto siempre: pertenecía al género de los que toman el bar por la mesa camilla de su casa y se eternizan en la barra con una copa o una caña de cerveza, picando a cada rato en las bandejas del mostrador.

Como no parecía del barrio, Nicky le supuso partidario del San Viator y por su cara de vinagre dedujo que el equipo de Martín derrotaba al suyo. Era obvio su disgusto porque pidió Calisay como si exigiera la contribución y al empuñar unos pistachos derribó un frasco de guindillas. El bueno de Nicky no se lo afeó pero tampoco escuchó sus disculpas. Quizá porque el cliente, en

cuanto tuvo a mano la bebida, la agarró con tan mal pulso que se la derramó por la chaqueta.

El líquido caló también su camisa y una corbata inolvidable, plagada de pies descalzos sobre un fondo vino de Burdeos. Atento hasta el sacrificio, el gran Nicky roció con sifón los lamparones de su parroquiano sin mencionarle lo que debía pagar por su torpeza. Pero éste, anticipándose a reclamaciones, se eximió de responsabilidades:

—Ese maldito hospital me pone enfermo —acusó.

Y le envió un gesto obsceno con la misma mano que empuñaba un mejillón, por lo que éste se fue al suelo antes de entrar en su boca.

—Ese Martín, ¿es tan bueno como dicen? —gritó para disimular su impericia.

—Rinde menos desde que le dejó la novia —masculló Nicky.

Un latigazo súbito, como de descarga eléctrica, acalambó al individuo.

—¿Es usted intermediario? —curioseó el gran Nicky—. ¿Ojeador de modestos?

—No comment —y el tipo aplastó en su boca un gigantesco dado de escabeche.

Para no perjudicar su negocio azuzando la inquietud de aquel cliente, Nicky se retiró a la trastienda a perfumar unas setas, y en este entretenimiento se hallaba cuando vocearon en la calle que habían lesionado a Martín.

—Pobre Martín —reflexionó Nicky regresando al mostrador con la bandeja de setas plancha—. Ayer salía del hospital y hoy vuelve a entrar.

Mas su comentario no lo captó el cliente, que ante la noticia de la lesión de Martín había abandonado la barra con tanta prisa que despeñó la misma bandeja de setas y otra de huevos flamenca que ni los perros aceptaron probar tras su deterioro.

—Vaya al médico o le llevo al cuartelillo —dijo Nicky mientras recogía el alimento del suelo.

—Al hospital, jamás —replicó el hombre chocando con la gramola.

La jugada predilecta de Martín como defensa izquierdo consistía en correr la banda y centrar al segundo palo de la portería enemiga. Según todos los espectadores, el futbolista del San Viator le salió al paso con nobleza y fue Martín el que cayó mal, torciéndose el pie derecho. Claro que como Martín era zurdo, el entrenador le recomendó que aguantara antes de mandar calentar a un suplente. Y Martín obedeció tragándose las lágrimas, porque después de

la infausta operación quirúrgica que le separó de su novia no habría dejado de pisar un campo de fútbol —el otro gran amor de su vida— aunque estuviese parálítico.

Metían a Martín vestido con el uniforme deportivo en el coche de un encofrador de Parla —una *rubia* espaciosa, de las antiguas de torero—, cuando el cliente del bar de Nicky, agitándose como un perlático, abordó al grupo de acompañantes y con una autoridad que nadie le había conferido se negó a que lo condujeran al hospital.

—Antes pasáis por mi cadáver —les emplazaba ondeando su repugnante corbata de pies desnudos.

Por esa falta de iniciativa que paraliza a los miembros de una colectividad sumida en la desgracia —y que aprovechan para su medro los logreros—, los acompañantes de Martín se dejaron manejar por aquel espontáneo sin pedirle explicaciones ni licencia fiscal ni consultar siquiera al más afectado por el debate, el pobre futbolista, cuyos aullidos de dolor no facilitaban el diálogo.

Con unas dotes de mando que contrastaban con su aspecto asqueroso y sus convulsiones sistemáticas, el tipo montó solo en un taxi mientras los amigos de Martín se hacinaban en el coche del encofrador de Parla, y ordenó que se le siguiera a un dispensario algo más distante pero muy superior al hospital, según él, en recursos humanos.

Tanto se había tardado en sustituir al lesionado en la controversia callejera con aquel hediondo que Martín entró en el dispensario sin sentido, en brazos de un escayolista del barrio Pericles. La estampa, que hubiera cortado el hipo al más cruel sacamantecas, no impresionó al conserje del centro, un escéptico de Daganzo que nada más verles les recomendó que acudiesen a otro hospital porque allí las urgencias no empezaban hasta mediodía.

Perplejos de la contestación volvieron por donde habían venido, y a instancias de aquel chiflado que insistía en patronear la comitiva sin que ésta se sublevase contra sus antojos, pararon en un sanatorio de clarisas que el hombre consideraba el mejor provisto de los alrededores. Fueron esta vez dos subasteros de Griñón los que trasladaron al inválido desde el coche del encofrador de Parla. Pero ahí tampoco pudieron curar a Martín porque se les habían acabado las vendas.

No quedaba más remedio que dirigirse al lugar aborrecido por el improvisado guía y así lo decidió la comitiva sin escuchar sus insultos. Pero una vez cruzada la carretera y ya a las puertas del hospital, el tipo saltó del

taxi en marcha —y, según se supo luego, sin pagar el importe del contador—, y trepando como un gamo por los peldaños de acceso a la entrada se plantó en el último escalón igual que si hubiese coronado el Gólgota y le respaldase el Crucificado, porque con una seguridad apocalíptica voceó a los que transportaban a Martín por aquellos escalones de pesadumbre que no se hacía responsable de lo que le sucediera al futbolista si lo internaban en ese infierno.

—Aquí lo descojonaron —y señalaba el hospital con el índice de su mano izquierda—. ¿Queréis joderlo de nuevo, satanases?

Un salchichero de Honrubia, fanático del culturismo, le tapó la boca de media hostia que le hizo bajar a mayor velocidad los mismos peldaños que subió corriendo. Libre de estorbos, el infeliz Martín —al que su sufrimiento mantenía inconsciente del escándalo activado en torno suyo por aquel mindundi— se adentró en el edificio donde un mes antes le operaron. Y si entonces su novia le empujó al quirófano, esta vez fue Eduardico, un mielero de Pastrana, quien lo sentó en la silla de ruedas.

Cuando Martín quedó recluido en las dependencias sanitarias, los que le acompañaban tornaron a congraciarse con los pequeños goces de la vida. Nadie quería separarse de Martín en momentos tan deprimentes pero todos ansiaban conocer el resultado del partido contra el San Viator. Para satisfacer ambos extremos resolvieron permanecer allí de guardia mientras enviaban al hijo de uno de ellos al bar de Nicky a informarse. Sus voces en la sala de espera del hospital apostando a una porra, discutiendo de estrategias balompédicas y jugando a los chinos, se mezclaron con las quejas de los enfermos que agonizaban en los pasillos y las blasfemias de quienes veían expirar a sus deudos sin auxilios espirituales ni la bendición de Su Santidad.

No tardó Martín en salir enyesado del quirófano sobre una camilla que circulaba deprisa entre aquella barahúnda de lamentos y jactancias. Y fue al reunirse con los que le habían traído —y que festejaban con calimocho la victoria sobre el líder de la Liga de Hermandades— cuando Martín comprendió que debía regresar con la misma rapidez a la sala de operaciones. Porque por la premura propia de un servicio de urgencias le habían escayolado el pie sano.

El primero en comunicar esta contrariedad a Nicky fue el último que aquella mañana había hablado con él, el cliente estrambótico y demoleador que retornó a la taberna tras su viaje de ida y vuelta por los escalones del

hospital. Parecía venir de la guerra, pues llevaba el traje raído y manchado, y tanto le conmovía contar su odisea por los sanatorios del barrio que alfombró el bar de Nicky de patatas fritas y panchitos.

—Ese hospital es el infierno —enfaticaba entre espasmos—. Allí matan o hacen sangre.

Y con una preocupación por Martín que lindaba con el remordimiento, se le fue la mano a una bandeja de croquetas que aseadamente introducidas en un círculo de lechuga y tomate para alegría de la vista y de la boca, no merecían la muerte de las cucarachas que de un tajante mandoble les infirió aquel réprobo.

—Se empeñaron en llevarlo al hospital —añadió mientras se limpiaba de besamel la mano devastadora con la corbata de pies—. Y por oponerme, me llevé una leche.

Nadie calibra el límite de su mansedumbre pero el manotazo del badulaque sobre las croquetas —tan mansas, tan rizaditas, tan esponjosas— fue el tiro de gracia para el gran Nicky, que después de haber trabajado como un negro desde primera hora de la mañana sirviendo margaritas a puercos cerraba la jornada con déficit por la incontinencia de aquel astroso. A su encuentro salió del mostrador con semblante poco diplomático y agarrándolo por la corbata de pies le echó a la calle.

—Vete a tomar por culo al hospital —voceó— y no vuelvas hasta que te cures.

Acaso la vivencia incluida en la maldición de Nicky incitó al botarate a llevarse las manos al trasero mientras farfullaba en medio de la acera:

—A todos nos tiembla el pulso cuando recordamos las faenas de la vida.

A Nicky le encantó la frase y pensó que Martín jamás la habría pronunciado. Martín se gana la vida al volante de un autobús municipal y lo que más le gusta de su oficio es que no se permite al pasajero hablar con el conductor. Como buen solitario, Martín goza más jugando al fútbol que alternando con la gente —de hecho acude al bar de Nicky cuando no hay nadie—, porque en el fútbol te pitan falta si hablas y Martín es tartamudo.

Lo era desde niño y no, como murmuraron en la barra de Nicky, a consecuencia del susto que le produjo operarse en el hospital para no tener problemas con su novia. Martín estaba muy enamorado de esa chica y como quería darle hijos se sometió a su voluntad. Cuando salió del quirófano, blanco como la leche, en vez de operarle de fimosis le habían hecho la

vasectomía.

Fue la novia la primera en enterarse de que Martín no le servía para tener hijos, por lo que rompió su relación. Martín quiso entrevistarse con el que le había operado pero no llegó a saber quién era. Los médicos se pasaban de uno a otro la encomienda de recibirlo, el jefe de planta se adelantó a sus protestas negando haber cometido errores, la enfermera habitual le aconsejó un intérprete para sus futuras incursiones sanitarias, y únicamente el mozo que le lavaba las partes, y con el que hacía buenas migas por ser también futbolista modesto, le puso en contacto con un cirujano que alardeaba de comprensivo con los pacientes. Lo demostró cuando afrontó el problema de Martín sin corporativismo.

—Aquí no falla la medicina ni el que la trabaja —afirmó el cirujano—, sino el puto hospital.

Confortado de que no se le echara la culpa de su desgracia, Martín se sinceró:

—Aquí entré con novia y me voy sin ella.

Posiblemente no esperaba el cirujano un mensaje tan directo en una pronunciación tan premiosa porque al oír a Martín se le cayó el bolígrafo, y cuando se agachó a recogerlo derribó el biombo que tapaba la camilla.

—¿Tu novia, dices?

Martín le mostró una foto de aquella nativa de Cubas de la Sagra por la que estaba dispuesto a rebanarse el prepucio. El cirujano se ruborizó.

—En este hospital se pierde lo mejor de la vida —adujo mirando la foto de refilón.

Viéndole levantar el biombo como si fuese un elefante, Martín recordó esos guardametas de manos blandas que son el terror de su defensa y la fortuna del delantero contrario.

—Así tenemos el pulso los que trabajamos aquí —advirtió el cirujano como si adivinara su pensamiento—. Dime si procede.

Le tendió las manos para que lo comprobase y se movían como las sonajas de una pandereta.

—Todo nos asusta —informó—. No sólo lo que pasa sino lo que vemos venir.

Agregó que muchos trabajadores del centro habían pedido la baja o el traslado y que no llevaban allí a sus enfermos porque se ponían malísimos.

—Me caes bien —continuó—. Si de mí depende, no volverás a este

infierno.

Días después de recaer en ese mismo hospital por su percance futbolístico, Martín recordó las palabras del cirujano cuando acudió a distraerse al bar de Nicky.

—Tienes mala pata con los doctores —observó Nicky colocando las muletas de Martín en la trastienda, junto a las escobas—. Uno te deja sin novia y otro sin jugar al fútbol.

—Es ese hospital —chapurreó Martín—, que me quiere echar de la vida.

Para levantarle el ánimo Nicky plantó dos vasos de mosto en la superficie de zinc.

—No me pidas detalles —dijo alzando majestuosamente su vaso—, pero un equipo grande te quiere fichar.

Como traído de encargo se recortó en la puerta de la taberna la figura del aspaentoso.

—Hablando del rey de Roma —avisó Nicky lanzando una ojeada protectora sobre las bandejas de aperitivos—. ¿Estás curado ya, alcornoque?

El aludido se tambaleó en el umbral como si estuviera borracho.

—Sólo quiero tu perdón —pregonó.

—No hay nada que perdonar —contestó Nicky, siempre espléndido—. Paga el seguro.

Pero comenzó a retirar bandejas del mostrador porque el trémulo visitante avanzaba hacia la barra tropezándose con todo género de viandas, botellas y mobiliario.

—¿Así vuelves del hospital, cacho manazas? —insistía Nicky esquivando proyectiles.

—Allí siempre se equivocan —bramó el hombre para sobreponerse al clamor de sus estragos.

—Cálmate y te presento al que buscabas —dijo Nicky señalando a Martín.

Pero antes de terminar la frase sucedió la catástrofe, y el depredador quedó enterrado vivo por el anaquel de licores de marca que involuntariamente se echó encima. Y si formidable fue el estruendo, más intimidante aún resultó el silencio subsiguiente, de cementerio marino.

—Mira que se lo dije —comentó Nicky acudiendo en su auxilio—. Pero no quería ir al hospital ni a rastras.

Martín no pudo disimular la fascinación de ver caído al que ni parpadeaba ni gemía.

—No le gusta el hospital porque trabaja en él —comunicó a Nicky.

—Trabajaba —rectificó el yacente con voz feble, como untada con vaselina.

Martín se arrodilló hasta sentir su aliento mientras se acariciaba los puños de partir nueces.

—Tú me chafaste el pito, ¿verdad, matasanos?

—¿Qué tonterías dices? —le reconvino Nicky con suficiencia—. Este hombre es tu ángel de la guarda. Viene a ficharte por un club grande y se partió la cara por ti, para que no fueras al hospital.

—Cumpliste tu palabra —agradeció Martín recordando la promesa del cirujano convulso—. ¿Qué quieres ahora?

Preso del maderamen y del baño de licores, el tipo no perdía de vista los puños de Martín.

—Solidaridad y amnistía —rezongó estremeciéndose hasta la médula.

De la zona devastada se enseñoreó la perplejidad producida por el galimatías de aquel infausto.

—Dinos para quién trabajas —curioseó el gran Nicky—. ¿La Balompédica de Mingorrubio?

Desentendiéndose de las ocurrencias de Nicky, el maltrecho lanzó su mensaje:

—Ella quiere tu bien, Martín.

El corazón del joven sin pareja se sobresaltó con la evocación ambigua.

—Si la Balompédica te quiere, firma en blanco —se entrometió Nicky—. Brindemos por la Balompédica.

Y corrió a la trastienda sorteando cascotes y cristales, lo que aprovechó Martín para salir de dudas.

—¿Ella, dices? ¿Quién es ella?

Nada contestó el aplastado porque estaba en la premiosa tarea de enderezarse.

—¿Vienes de su parte? —insistió Martín entre la desesperación y el éxtasis hacia la desdeñosa que le martirizaba con su ausencia.

—Esa chica no tiene perdón de Dios —admitió el sepultado—. Fue una injusticia lo que te hizo.

—Que lo olvides, Benavides —gritaba el atolondrado Nicky en la trastienda—, que paga el seguro.

A Martín se le llenaron los ojos de lágrimas y una oleada de ternura le

calentó el cerebro.

—Dile que la perdono —dijo con excesiva lentitud—. Es la mujer de mi vida.

—La vida es peor que el hospital —se apresuró a rebatir el hombre.

—Todo lo que miro tiene su cara y todo lo que me gusta lleva su estilo —murmuró Martín entre sollozos—. Dile que no sé estar sin ella.

—Te sentirás mejor si la perdonas —el tipo hablaba como si masticase piedras—. Y también debes perdonarme a mí.

—¿A ti? —Martín se secaba las lágrimas—. ¿Qué pintas en esto?

El hombre gargajeó penosamente.

—Yo también te jodí, Martín, pero fue por amor. Por amor a tu chica.

Nunca tartamudeó más Martín que en ese instante ominoso de su vida.

—Pero ¿tú la quieres?

El tipo respondió con entereza:

—Desde que me tiembla el cuerpo.

Y le tendió las palmas de las manos, repitiendo el gesto de la entrevista en el hospital.

—Por eso me han dado la baja —razonó—. ¿Cómo voy a operar con este pulso?

Acaso por un efecto simpático Martín comenzó a golpearse los nudillos de partir nueces.

—Que seáis felices y tengáis muchos hijos —salmodió—. Es lo que ella quería.

Pero el hombre estaba menos atento a esos halagos que a los amenazantes puños de Martín.

—Fue en el hospital —empezó el hombre—. Tú no te diste cuenta del flechazo.

—¿Porque la querías me jodiste el pito? —preguntó innecesariamente Martín.

—¿Qué no hará uno por la mujer que adora? —confirmó el hombre—. Pero ella no me perdona el error médico.

Martín tragó saliva y descansó los puños. Y lo mismo que un sol tenue logra filtrarse entre las negras nubes y su luz templar un instante el corazón del infeliz, así asomó la esperanza en su voz sombría:

—¿Crees que todavía le importo?

Por primera vez el hombre clavó en Martín sus ojos de carnero degollado.

Y su amago de sonrisa recordó la claridad de acelga que antecede a la tormenta.

—Yo la pretendí pero ella no me quiso —dijo—. Nunca quiso nada de mí. Nadie quiere carne de hospital.

Brincando sobre los escombros se les acercaba el gran Nicky con tres copas de vajilla fina y un espumoso fresquísimo.

—Ahora, bien tranquilos, tomamos unos chupitos y negociamos el contrato.

Noche de juerga

Mi amigo sabe que llevo mucho tiempo acostándome temprano, como dice Proust. Pero esta vez insiste en sacarme de la cama. Se ha apoderado de su cerebro la obsesión de distraerme.

—Madrid es la ciudad más alegre de Europa —grita, porque a sus espaldas cantan rumbas los rocieros de Sant Feliu de Guíxols.

Habla desde una sala de fiestas de la calle del Amor de Dios donde le prometí acudir y aún no lo he hecho. Estoy retenido por la policía de tráfico y me enloda verbalmente un locatis al que adelanté con mi bólido por la derecha porque se los pisaba.

La razón te abandona si pierdes los modales. Mal lo tenía yo por el código de la circulación. Pero la víctima de mi infracción es un sentimental, así que para debilitarlo le concedo la iniciativa y me abstengo de responder a sus provocaciones.

Y lo logro. Mi templanza impresiona favorablemente a los servidores del orden público. Sin preocuparse de retirar nuestros automóviles, que clavados en el centro de la calzada impiden el tránsito de otros vehículos hasta el punto de provocar un embotellamiento de varios kilómetros y fenomenal concierto de bocinas, nos introducen en el furgón celular de donde salieron hace un momento abanicándose con el talonario de multas. Y desconcertándonos con su llamativa falta de sindéresis, en vez de consignar nuestros alegatos en un impreso nos obligan a expulsar por un tubo de plástico las más hondas reservas de nuestros pulmones.

Fruto del experimento es la inculpación del inocente: mi antagonista está legalmente borracho porque ha dado positivo en las pruebas de alcoholemia y yo quedo libre para seguir infringiendo el código que acaba de absolverme.

—¿De qué te ríes, mamón? —reprocha mi contrincante, insuperablemente confuso, mientras le sumergen a empujones en esos sótanos de las comisarías donde los funcionarios constitucionales descargan sus sevicias sobre la carne del contribuyente preso.

—Madrid es la ciudad más alegre de Europa —le consuelo con sonrisa de dentífrico.

Refractario a mi compasión y más tieso que don Rodrigo en la horca, mi interlocutor desciende a esos nidos de reptiles que la burocracia se empeña en mantener pobremente iluminados para que quien los surca se amilane y en su tenebrosa travesía hacia las mazmorras recapacite en qué se hizo de su declaración de la renta, pues si con lo que él aporta cada ejercicio fiscal ni siquiera saca el Erario para bombillas, es obvio que el dinero de los impuestos se lo pasan los gobernantes por donde te figuras.

Este doble rencor que agobia al detenido —hacia mí como causante de su desgracia y al gobierno que deja las cárceles en interesada sombra— debilita sus fuerzas. No he borrado aún la sonrisa de mi rostro cuando me la congela un estruendo. Indago en el sótano por donde se retiró mi adversario y, como nada veo, deduzco que ese aciago ciudadano, privado de lucidez en su negra tribulación, ha llegado al calabozo rodando por los escalones.

—Tiene un pedo de aúpa —opina el comisario jefe al oír el estrépito, apuntalando los indicios de las pruebas de alcoholemia. Y al tiempo que reclama un traumatólogo para quien ha limpiado los peldaños con su esqueleto, corre en busca del accidentado por la misma vía lóbrega pero sin perder pie, dada la pericia de nuestros cuerpos de orden público en misiones arriesgadas.

No soy indiferente a la barahúnda que se monta. Pospongo la reunión con mi amigo, el juerguista de la calle del Amor de Dios, por si el detenido de la comisaría me necesita. Y con satisfacción observo que mi talante servicial influye en los funcionarios de guardia, porque aplazan hasta nueva orden la partida de julepe para echar una mano a mi antagonista borrachín.

Blasfemando por el esfuerzo izamos al quebrantado hasta la salita donde bien poco antes le exhorté a disfrutar de la alegría nocturna de Madrid. Ese coche mío que le trajo la desolación le transporta ahora a la Casa de Socorro y por el mismo medio de locomoción retorna a la comisaría enyesado hasta las cejas y con un informe sanitario de las lesiones que se provocó en las dependencias policiales, por si su abogado considera pertinente invocar malos tratos contra estos que ahora le auxilian. Que aquí quien no corre, vuela y, si te agachas, te enculan.

—No saben beber —reflexiono junto al comisario jefe.

El afán de leerme la cartilla ha conducido al calabozo al que se las

prometía venturosas; allí dormiré esta noche y mañana se sabrá si le sueltan o continúa recluido.

Para complicarle la vida y porque no soy de piedra, decido querellarme contra él por las injurias que me dirigió antes de besar los peldaños. Mi determinación despierta la admiración de algunos funcionarios públicos, que lamentan no tenerme de jefe, junto a la chunga de los más. Su espíritu jovial me escolta hasta la puerta de la comisaría, y de allí acudo a la cita con mi amiguito que, fiel a su palabra, todavía me aguarda en la calle del Amor de Dios entre copas de jerez y despojos humanos que patalean rumbas.

—Me entretuvo la alegría de Madrid —informo, anticipándome a sus reproches por la tardanza. Con lo que me obliga a referir la aventura que me retrasó. Y embebido en la curiosidad que despierto con mi relato, no reparo en que uno de mis oyentes me roba la cartera.

Así que vuelvo a la comisaría de antes, llevado ahora por el dueño del garito de la calle del Amor de Dios, que me exige abone la opípara consumición de mi amigo el rumboso y sus chicas rumberas, que aprovecharon la zarabanda promovida por la cuestión de mi robo para largarse sin pagar.

La carcajada con que los funcionarios celebran la desaparición de mi cartera y lo que deja de recaudar el dueño del garito me confirma la bendita alegría del pueblo de Madrid, que se parte de risa con las calamidades del prójimo.

En este instante me acuerdo del automovilista que me trajo hasta aquí y al que precipité en las mazmorras. Solidario con su desventura suplico se me conduzca hasta su calabozo. Y por mi propio bien, que no se me consienta abandonarlo bajo ningún pretexto.

En su punto

Mi prima Marica, la casquera, siempre me ve flaco. Por lo que me anuncia:
—Tengo una espaldilla superior.

Mi prima suele hablar de corazón, lengua y riñones. Así que me extraño:
—¿Espaldilla?

Mi prima Marica, como me conoce, prefiere ahorrar saliva y mostrar el surtido.

—Observa.

Es a simple vista una superficie prieta, surcada de nervios y tendones. Pero por curiosidad sondeo:

—¿A qué sabe?

Porque probar es otra historia. Con lo que la prima, adivinándome las ganas, asegura desabrochándose la blusa:

—Depende del consumidor.

Le gusta exhibirse en sostén y mirar la fiebre de mis ojos mientras se acaricia las copas.

—Unos clientes tienen paladar y otros no —explica—. Y no se complace a todos por igual.

Yo entonces, sentado junto a la lumbre de la cocina como si fuera su novio recluta, le canto el romance antiguo:

—Hermana Marica, mañana que es fiesta, no irás tú a la amiga ni yo iré a la escuela.

Ella, siguiendo el juego, responde:

—Cierra la puerta, primo.

Y ofreciendo a mi capricho la carne, aconseja primero macerarla. Y mejor con la mano que con instrumental de cocina.

—Así que lávate antes —exige la prima.

Yo mojo mis manos en la pila y tras secarme en los pantalones aplico la palma, bien extendida, sobre el tejido. Con tal suavidad por no pasarme de duro que la prima discrepa. Así que acabo golpeando la carne con el puño.

—Más fuerte, más —jalea la prima.

Cuando, fatigado, interrumpo el masaje, advierto que sus ojos tienen la misma fiebre que los míos.

—¿Vino de misa? —sugiere tendiéndome la botella.

Yo riego la superficie macerada y la prima se estremece al contacto del chorrito.

—¿Especias? —propone, señalando los diversos frascos de la alacena.

—Picantes —exijo.

—¿Con guarnición? —insinúa la muy pícara. Porque siempre fue exquisita.

—En su salsa —sostengo.

Al rato, ella rompe el silencio.

—¿Te gusta poco hecha o muy hecha?

Pero no se trata de una solicitud sino de un juicio de valor. Porque algunas veces hacemos yo y ella las bellaquerías detrás de la puerta y hasta no conocer mi opinión no descansa.

—En su punto —confirmo.

Morbo

Mi piba dice que exagero aunque es ella la que desvaría. Y yo honestamente se lo indico:

—Buscas lo que no hay.

Pero quiere carnaza y me obliga a repetir lo de aquella tarde de verano, cuando al cruzar por la sastrería de Bergasa me sale una voz de hombre desde el sotanillo donde trabajan las modelos:

—¿Te la meto al bies?

A mí no me extraña que la gente pida bronca en la siesta porque el calor acosa lo suyo. Pero también puede ser lo que dice la piba atragantándose de risa, cuando se lo cuento:

—El sexo te ciega.

Le digo que eso mismo pensé al escuchar la voz en la tienda de Bergasa porque con cuarenta grados a la sombra yo desbarro. Pero cuando ya me retiraba oigo de nuevo que reclaman jarana desde el sotanillo. Esta vez es una mujer la que contesta al hombre que quería metérsela:

—Prueba por derecho.

Y siempre que se lo relato a la piba, añado lo que oí a la susodicha —y que me muera si miento:

—Pero si te gusta más, me la metes doblada.

Mi piba lo vive como si ocurriese ahora. Y aunque sea hembra, seguramente hubiera hecho lo mismo que yo al escuchar la proposición, detenerse a ver qué se cuece ahí abajo. Con que estaba forzando las bisagras para tumbarme en la acera todo lo largo que soy y divisar el sotanillo a través del enrejado que hay a nivel del suelo, cuando oigo decir al hombre:

—Te la meto.

Y no dice dónde ni cómo ni me da tiempo a atisbarlo pues ya no tengo articulaciones de chaval, pero el tío pincha en hueso o acierta de lleno porque en cualquier caso ella vocea como si la matasen. Y entonces mi piba se troncha de ansiedad aunque se lo haya contado mil veces. Y a mí no me

importa repetirlo otras tantas porque se lo estaría diciendo toda la vida:

—Te la meto.

Me relamo al decirlo y mi piba se conmociona y menea el busto de diosa. Momento en el que me descompongo, y sin retirar la vista de sus encantos le planteo seriamente mi necesidad. Digo:

—¿Nos acoplamos, cuchicuchi?

Pero la muy zorra no quiere hacerlo aquí. Dice con dengue:

—Aquí, como gitanos, no.

Y tampoco en el ascensor o en el aparcamiento porque asegura que no es su estilo. Yo se lo he planteado muy clarito:

—No quieres hacerlo en el callejón ni en el cine equis ni en el parque, tré bian. Pues vamos donde Saturio, que es de confianza y pone sábanas limpias.

No digo trasladarnos al Caribe sino donde Saturio, en la misma boca del metro. Pero la piba argumenta que Saturio está lejos de su casa, con lo que no me deja otra opción que despedirme a la francesa y buscarme la vida con las titis del sex shop. Pero el día en que me dé el siroco, donde primero se me ocurra le digo:

—¿Permites?

Y sin esperar respuesta, en un santiamén le endoso la letra a lo que marque el contador. Porque soy un virtuoso en hacerlas parpadear, que quien me probó lo sabe.

—¿O es que no te mola el ñaca-ñaca?

Eso debería decirle a mi piba cada vez que me rechaza. Pero no estoy contando mi vida sino la del sátiro del sotanillo. Que después de endulzarle la vida a la modelo, aunque no sé si por derecho, doblada, o al bies, añade cariñoso:

—¿Mejor ahora?

Y cuando transmito sus palabras a la piba la veo pasadísima, igualito que yo entonces, al oír y no poder ver. Así que siempre que llego a este punto del relato le indico entre paréntesis, por si se ablanda con la expectativa y tiene un detalle conmigo:

—Le da babosa al tío porque mojó.

Y subrayo apretándole la mano para que repare en la doble intención de mi mensaje:

—Los tíos se derriten después de meterla.

No se le puede enseñar con más educación el intrínquilis del casquete pero

la piba que si quieres, tiesa y desapegada. Porque advierte como si supiera algo de la vida:

—Ya será menos.

Con lo que, por no armarla con ella, reanudo la historia según la oí, tirado sobre la acera como un mendigo; y menos mal que se trataba de la hora de la siesta y en día de verano, que ni Dios anda por la calle; que si ocurre en otro tiempo y alguien por una casualidad me sorprende en esa invalidez de lagartija, boca abajo y afilando la vista a través del enrejado del sotanillo, seguro que sospecha y me denuncia a los pitufos.

—¿A que te sientes bien?

Juraría haber entendido eso pero pronto me percató de que el tío del sotanillo no mojó donde debía o ella es insaciable, porque en respuesta al interés del hombre la muy golfa expone:

—Por delante me vale, mira por detrás.

Y yo, como no domino el panorama por más que me aplasto en la acera y aguzo la pupila, estoy imaginándome a la titi atacada por la espalda y berreando como una guarrindonga cuando el del sotanillo reconoce:

—Por detrás, superior.

Y lo cierto es que le aplaudo el gusto porque yo también galopo mejor por ahí. Pero a la titi, como pasa siempre, le puede el vicio porque parece no tener bastante. Insinúa:

—¿Probaste ya por los lados?

Con las mismas palabras se lo refiero a la piba y siempre se pasma.

—¿Por los lados?

Lo corea hecha un hervor. Indudablemente atónita, ya se sabe cómo son las hembras.

—Eso entendí, te lo juro.

De tanto que se come el tarro me ignora y monologa sin freno, lo mismo que los dementes del psiquiátrico cuando pasean:

—Dices que se la mete por los lados. ¿Por qué lados? Si yo no tengo agujeros en los lados...

La desconcierto tanto que se dilata. Lo juro por mis muertos. Con lo que yo, a mi aire, tranquilo y dominante, le confirmo, a ver si se entera:

—Por los lados.

Ella me admira, lo sé. Así que no le describo mi estampa de entonces, cuando al oír en el sotanillo lo de los lados quedé tan curioso de la novedad

que claramente me espatarré todo, empotré el hocico en la rendija y agiganté los ojos para captar la fórmula. Porque tendría gracia que después de correrla cantidubi me vinieran con un invento.

—Cuéntame cómo lo hacían.

Eso me dice la piba pellizcándome de nervios. Está quedona.

—Nada nuevo —concedo para quitarle ilusiones de la cabeza. Porque las fantasías se las creo yo.

—No me niegues que los viste —se encampana la muy fatua—. ¿Cómo se ponía ella?

Sabe la piba que soy un experto y reclama detalles. Yo no quiero que se deprima.

—Te lo demuestro donde Saturio —debería decir— y te callas para siempre.

Pero me pierde la compasión y le digo lo primero que me pasa por la cabeza:

—Ella estaba a medio vestir, con las piernas tal que así, ¿capiscas?

Y aunque nos encontremos en el bar o en mitad de la avenida, al llegar a este trance del relato yo siempre me pongo a gatas, ladeado y marcando cadera. Con lo que la gente, para qué quieres más, hace corrillo a mirarme embobada. Pero yo por mi piba hago con gusto los mayores ridículos. Porque si no le explico gráficamente a la piba lo del sexo, con toda seguridad se equivoca en la noche de bodas. Y yo quiero cuidarla igual que una flor de invernadero, para que el día de mañana me aproveche.

—¿Así?

La piba se me adjunta y pretende imitarme. La piba goza cantidad con esta historia. Me jugaría los huevos a que se le inundan los bajos.

—Más o menos así —le digo para que se sosiegue.

Pero ella está crecida y pide varas:

—¿Y el potorro? ¿Cómo ponía el potorro?

Eso me dice la muy cerda. Y yo, la verdad, no tengo más remedio que ser exacto:

—¿El potorro? Tal como manda el médico.

—O sea, aproximadamente.

—Equilicuá.

La piba se lo apunta en la cabeza lo mismo que los rezos de la misa. Pero quiere más:

—¿Y el bollamen?

Menuda pregunta para soltarla en medio de la calle y con el personal atento. Pero yo he de ser explícito:

—El bollamen, comsi, comsa, a ver si me entiendes lo que te quiero decir.

De todo toma nota mi piba, muy aplicada. Mas después de asimilarlo reincide:

—¿Y con el bullarengue, qué?

De verdad que no puedo hacer carrera con ella. Porque cuando termino de explicarle cómo manejaba la modelo el bullarengue me corta la salida con la pregunta prohibida:

—¿Y las brevas?

Y por más que le he dicho que lo de las brevas es secreto de Estado siempre me pone en el compromiso de faltar a mi palabra de hombre. Debiera saber que un macho como yo no habla de las brevas ni con la madre de sus hijos. Pero está claro que me insiste porque le falta vergüenza o porque le vence la curiosidad femenina.

—Cuéntame lo de las brevas —implora— y termino el interrogatorio.

Es lo malo de ser Dios. Ésa es mi cruz, lo sé, aunque lo llevo divinamente.

—Las brevas son como son y se ponen como se ponen —le corto—. Así que punto en boca y no me marees.

Pero a buena parte voy. Porque la muy ignorante tiene comido el coco con mis explicaciones y quiere tela marinera. Con lo que me contrasta el resumen para ver si se hizo cuenta cabal:

—De modo que los viste así: el potorro teta, el bollamen empalmado...

—Al revés te lo digo —le interrumpo—. El bollamen teta y las brevas empalmadas.

—¿Y el potorro?

—¡Cómo quieres que tenga el potorro, alma de cántaro! —exclamo perdiendo el oremus—. Entre Pinto y Valdemoro y casi azul de la congestión.

—Así que el potorro cojonudo y el bullarengue pajarero, o sea cocidito, ¿no es cierto?

—De cocidito nasti de plasti —recalco, porque no sé cómo hay que decir las cosas para que se me entienda—. ¡Por retambufa!

—Cambio y corto —dice ella zanjando la controversia y quedándose como de un aire. Y yo, automáticamente, me sitúo a la defensiva, mutis y quieto parado, porque sé la que me prepara.

—Pero él, entonces...

Siempre empieza así, como dudosa y tímida, para luego descargar la batería.

—¿Cómo le daba él al chindasvinto?

Lo dice para tirarme de la lengua. Y yo, claro, sin propasarme. Porque si le desmadejo el chindasvinto me pide luego la intemerata. Y todo tiene un límite.

—Frena, vacaburra —le digo secamente—. Que lo del chindasvinto es otro cantar.

Y mi piba, vaya si es lista. Porque se da por enterada y cambia de registro.

—Total, que mientras estaban con esa movida —empieza melosa, la muy puerca—, él le almidonaba las tonecias, ¿verdad? ¡Loco de sinedocualo!

Es lo malo de la piba, que va de oyente y se delata. Se lo digo honestamente:

—Te equivocas. Él le medía la figura como un profesional del tema.

Pero mi piba no ceja, caladita a tope. Pues prosigue electrizada:

—Y le desmigaba la pelambreira del solitrón en plan sisebuto. Se lo he oído a la doctora Ochoa.

Yo digo:

—Te equivocas, top model.

Ella insiste, desfallecida:

—Y le emasculaba la enfiteusis por las franquicias. Hay mucha desavenencia en las calles.

Yo digo:

—Te equivocas, top model.

Pero ella no se contiene:

—Y zambullía la purrela en los melindres, pase misí, pase misá, para matarla de sendiremoclausia.

Yo digo:

—Te equivocas, top model.

Y así continúa voceándome paridas hasta que se entrega:

—Entonces, ¿para qué quería el tío el instrumento?

Me acorrala con la pregunta como si estuviera cargada de razón y yo no tengo más remedio que desengañarla:

—Para meterle la sisa y entallarle el vestido, pánfila.

Mira que se lo he contado veces, y siempre se tira el gambazo porque

espera descubrir morbo en la sastrería de Bergasa.

—Mujer tenías que ser.

Eso le digo, pues no sé de qué va. Y que me partan si no me da lacha. Porque la piba se me queda mirando y mirando, y en vista de que no le doy el morbo ese, se mosquea.

—Tú me engañas.

Dice. Y siempre que iniciamos esta historia terminamos de morros porque yo, hartado de contemplaciones, le casco un pelín. Pero de nada me vale porque no se enmienda. Y al cabo de un rato me suelta lo consabido:

—En el fondo, te comprendo.

Quiere sacarme de quicio. Sabe que nada me subleva más que lo de las tías comprensivas. Y yo siempre pico:

—¿Qué es lo que comprendes tú? —salto—. ¡Pero si no sabes ni entiendes ni lo has catado!

Y ella, con la cara más triste del mundo, me rebate:

—Te comprendo. Porque como soy señorita, me ocultas las cochinadas.

El bandido generoso

A Carlos Pujol

Solange, ciudadana francesa de dieciocho años, reside temporalmente en Madrid donde prepara una tesis doctoral sobre los bandoleros románticos españoles que robaban a los ricos para socorrer a los desheredados.

Es una investigación tan enredada que no la termina en el tiempo previsto. Para completarla necesita unos recursos que no cubre su beca de estudios. Un amigo suyo, director de una sucursal bancaria, le ha dicho:

—Ven a verme.

Antes Solange se pasa por el Palacio Real para examinar las carrozas que asaltaban los bandidos generosos. En un descuido del vigilante de la estancia Solange introduce la cabeza en un carruaje de la época de Goya y de la oscuridad sale un cuchillo:

—Manos arriba —se le susurra.

Solange entrega el monedero y los pendientes a quien con la mayor discreción escapa de la augusta residencia de Borbones y Austrias.

—Esto es un atraco —notifican en comisaría a Solange cuando acude a poner la denuncia.

Solange abre el bolso y presenta el pasaporte. Luego detalla lo que le quitaron y describe al agresor de acuerdo con sus obsesiones de tesis universitaria:

—Era igual que Luis Candelas.

Solange formula la referencia convencida de que en una comisaría madrileña no se ignora ese nombre. Desconectada de la realidad por su dedicación al estudio, cree que debe pesar sobre el bandolero de hace un siglo una orden de busca y captura. Y en cierta manera el responsable de la seguridad pública se aproxima a sus presunciones porque dice con la mirada de aterrorizar palomas:

—España es un presidio suelto.

La frase no pasa desapercibida a Solange pues cuando cuenta su peripecia

en el banco de su amigo dice del policía que la atendió:

—Si no era don Lucas Mallada, hablaba por su boca.

A esta hora de máxima actividad en el banco el amigo de Solange no puede perder el tiempo en desmontar sus alucinaciones, por lo que se despide de ella hasta esa noche, en que la invita a cenar en un restaurante castizo: Las Cuevas de Luis Candelas.

—Esto no es un atraco —precisa el bancario mientras socorre a Solange del soponcio que le ha provocado el nombre del bandolero.

Esa noche Solange recela hablar de créditos en el restaurante bautizado con el nombre del bandido y donde la tuna comparece a los postres. Para que se relaje, su amigo la lleva a un tablado flamenco. Con la manzanilla dorando las copas y las palmas repicando, Solange se anima. Mas cuando suben al estrado a bailar y el amigo le propone:

—Manos arriba, prenda.

Porque para arrancarse por sevillanas Solange debe levantar las manos con la perfumada gracia del surtidor, Solange recuerda el cuchillo y la voz del asaltante en la carroza dieciochesca y abandona bruscamente al amigo en una espantada que parece rencor de novia.

—No soy un atracador —aclara el hombre mientras la acaricia a conciencia en los jardines de las Vistillas— sino tu amigo el bancario.

—Pues pareces Luis Candelas —replica desenfadadamente Solange ante las libertades que se toma su compañero.

En la madrugada, las calles despobladas y a medio iluminar facilitan la expansión amorosa.

—Fíate de mí —sugiere el amigo, enardecido por el cuerpo juncal de la francesa.

—Soy tuya —confiesa Solange junto al establecimiento bancario del que es director su acompañante.

Espoleados por el deseo entran en la sucursal por una puerta de servicio. Sin despertar al vigilante, que duerme tranquilamente, se encierran en el despacho del director.

—Búscame la ruina —murmura Solange con el innegable encanto de una ciudadana de Europa.

—Hipotécate —requiere el bancario con la voz del navajero del Palacio Real.

Intimidada, Solange abre el bolso y entrega un papel con su saldo en

cuenta corriente. Su amigo lo revisa y con el mismo aire de Luis Candelas le explica las condiciones y los intereses de los préstamos que ofrece la entidad.

—Esto es un atraco —comenta escandalizada Solange.

Pero decidida a terminar su doctorado levanta las manos por encima de la cabeza para perder el vestido.

Tengo tendencias destructivas

En el momento de abrazarla lo noto. Resulta más plana de lo que suponía pero como no quiero destruirme no hago caso. A ciegas la desnudo y, aunque a la altura de su esternón no aprecio relieve, prosigo el reconocimiento hasta que en la zona de la pelvis me escamo y enciendo la luz.

Para mi desgracia no es la mujer soñada sino un oso de peluche: varón travestido que en el momento de contratar me dio el pego. Cojo un cabreo de monos y le exijo una indemnización, pero el muy sátiro me la niega y con voz de aguardiente me dice la mar de ancho que me acueste con mi madre si quiero cariño.

Total que, como soy obediente, me dirijo a casa de mi madre. Es agosto y sobremesa, hace un calor que se mea la perra y la gente se refugia en los grandes almacenes o en los cines refrigerados.

Pienso en el hombre que me figuré con tetas y deduzco que nadie está más depre que yo. Pero como debo sobreponerme a mis tendencias destructivas levanto la frente y corro por las calles solitarias. Pienso que soy libre. Pienso que soy dueño de la gran ciudad achicharrada y se me ocurre silbar una canción, de contento que me pongo. Y es justo entonces cuando del único bar abierto a esta hora de la siesta me chista Felipa.

Somos de amistad antigua pero nunca quiere montárselo conmigo. Acudo sin embargo a su reclamo y advierto que acaso esta vez humille porque empieza lanzada, hablándome sin venir a cuento de las ventajas del sujetador. Yo le sigo la corriente por olvidar la decepción del travestido y no descarto la aventura: debo luchar permanentemente contra mis tendencias destructivas y participar de las ventajas que me ofrece la libertad de costumbres.

Felipa tiene la casa a dos pasos, lo que facilita las cosas. Y aunque ya no cumple años sabe que suelo ser agradecido con quien me alegra la vida. Para poner picante a su charla me dice que tiene el pecho firme. Y duro. Por toda la necesidad que paso estoy a punto de caerme de la banqueta de la impresión erótica que me transmite. Con lo que le digo:

—Vamos a verlo.

Inofensivo y cordial se lo digo. Pero como si le mentara la bicha, Felipa palidece, ofusca las cejas, replica que no la insulte y pone pingando a mi madre.

Entonces se produce un ruido tremendo porque esta vez sí me he caído de la banqueta y desde el suelo escucho gritar a Felipa que soy carne de presidio porque a una señorita como ella no se la agravia. Cuando me incorporo no le veo las piernas. Por mi tendencia a destruirme pienso que me he quedado ciego pero la camarera me dice que no. Es que Felipa, después de tirarme de la banqueta y pegarme una patada, se ha largado a llamar a la policía.

Trato de seguirla sin odio pero la camarera me cierra el paso con la nota del almuerzo de Felipa: langostinos, chuletitas y sangría. Tiro de la tarjeta de mi madre y firmo sin protestas porque a los viejos amigos se les perdona todo. Incluso que te depriman.

Llego a casa de mi madre con el trasero a la virulé pero mi madre saca cremas maravillosas que activan la circulación de la sangre y reducen el hematoma que me produjo el encuentro con Felipa. Tumbado en la cama donde dormía de pequeño reflexiono en mi suerte.

Tenía tendencia a destruirme y mi madre me ha salvado con la pomada mágica. Boca abajo y bien untadito le cuento mi conversación con Felipa. Porque lucho continuamente contra la depresión procuro olvidarme del castañazo que me di en el bar y pienso que soy tan feliz con los cuidados de mi madre como Felipa con los sujetadores: estoy atendido y me protegen, ¿qué más puedo desear en la jungla de la vida?

Supongo que he dicho esto llorando de ternura, disfrutando del momento y sin enumerar mis desgracias. Recuerdo que debo agradecerse a mi madre. Mas cuando giro para besarla no está. Ignoro si me escuchó, quizá estuve hablando solo como un idiota. Vuelve la tendencia a deprimirme, mas la supero diciéndome que le contaré todo otra vez.

Acabo de decidirlo cuando siento los pasos de mi madre. No viene sola y, aunque procuro taparme el culete, no parece asustar a nadie que yo esté desnudo. Mi madre dice que quiere presentarme a una amiga. Sin ver a la amiga para no pasar más vergüenza digo con la boca en la almohada:

—Hola.

Y ella contesta:

—Hey.

Ya me extraña la frase en una contemporánea de mi madre pero resisto la tentación de destruirme. Añade la vieja que le gustaría jugar a la comba conmigo y eso me parece aún más raro de entender, pero acabo aceptándolo. Luego le oigo cantar:

—Tengo un novio que se llama Nicolás y que, además, es peluquero.

Por la voz reconozco que no es mujer hecha. Seguramente mi madre me propone hacerlo con una niña, de lo que deduzco que mi madre es una viciosa. Pero pronto comprendo que no es para deprimirse, que mi madre paró el reloj cuando yo tenía cinco años y me busca gente de la edad que me atribuye.

Estoy pensando en lo que me quiere la gente cuando noto caricias en el hematoma. Intento no dar la espalda a la bondadosa amiga de mi madre, pero con la mayor cortesía me lo impide agarrándome de las caderas. Luego se monta encima de mí y me penetra sin avisar. Trabaja rápido y en silencio, gime, me mancha y se fuga. No sé quién me ha follado. Si le hubiera visto la cara sabría cómo es la gente que me conviene.

Supongo que vuelvo a llorar mientras me visto. Llora porque me escuece el culo, llora porque Felipa me ha denunciado y llora porque mi madre patina conmigo. Repentinamente me da la fiebre de marcharme con una menor que esté saltando a la comba. Luego desisto, temeroso de que se convierta en hombre. Y pienso que tengo muy mala suerte con los amores, pero me lo callo para protegerme de mis tendencias destructivas.

He tomado una decisión: no voy a jugar a la comba. Tampoco quiero aprovechar las posibilidades que ofrece un domingo de verano. Me apetece encerrarme en el refugio con los colegas de la cárcel. Aquello sí que es vida. Porque, ¿dónde cuidan mejor que en régimen abierto? Ojalá dure siempre. Me dan comida y cama y cuando llega el fin de semana, adiós muy buenas.

Estaría más contento si no me lo impidiesen mis tendencias destructivas. Voy por la calle a buen paso y seguramente transmito malas vibraciones, porque cuando un tipo me ofrece chocolate le digo sin mirarle a la cara:

—Vete a tomar por saco.

Y sólo a mí me ocurre que el vendedor sea el travestido peludo con el que estrené mi día libre. Que me dice:

—A ver, repite.

Ya está la bronca montada. Tranquilo, porque tengo la navaja guay, reitero:

—Vete a tomar por saco.

Y entonces el travestido sonríe, se me cuelga del brazo y dice:

—Donde quieras, machote.

Corazonadas

Éste era un barrio pacífico, desprendido, franco. Ya no lo es. La gente ha perdido temple y esa solidaridad de lengua y gesto que enalteció el sainete. Hoy las familias se espían, los matrimonios recelan, los conocidos se distancian. Nadie tiende la mano ni confía en el prójimo. Nadie oirá a la comadre en el balcón de geranios pedir sal a la vecina. Ahora ni las terrazas ni las azoteas se comunican, ya durante las fiestas no se comparten las colgaduras ni el chocolate con churros ni los bailes agarrados, ya dejaron de comentarse las novedades de la salud en la panadería o en el súper con el desparpajo inherente a la expresión sin mordaza. Ahora la gente va y vuelve del empleo con ojos bajos y cremallera en la boca, y aun dentro de su casa se aísla porque ni de los suyos está segura.

Los forasteros actúan de otra manera porque al fin y al cabo están de paso y arriesgan menos. También el que vive al día y sin pareja estable sale de noche a charlar con sus iguales junto a las farolas de Lavapiés. Son ellos los que abren las tabernas. Nadie del barrio las frecuenta ahora. Los dueños preferirían echar el cierre a consentir que en su barra de zinc, legendariamente liberal, se debata el escándalo que divide familias, vecinos y manzanas de casas.

Ni robo ni muerte ni sangre derramada de pariente supera en gravedad a lo ocurrido hace poco en este barrio fraterno y sin doblez. Desde entonces los sentimientos se guardan bajo siete llaves. Ese suceso revolucionario que sólo en la clandestinidad más estricta desata las lenguas de doble filo, ha roto una tradición de relaciones distendidas y abiertas.

Todo empieza a media tarde de un invierno benigno. De la calle Don Pedro, en el tuétano de Latina, arranca una ambulancia. Tendido en la camilla va el marido de María, su mano entre las de su esposa. Lleva suero y careta de oxígeno porque el corazón le falla.

No es el primer infarto que sufre, como todo el barrio sabe, y en el hospital le confirman el diagnóstico. El marido de María es hombre joven pero si no

se arriesga al trasplante morirá. Su corazón nació débil y está muy estropeado.

El marido de María queda internado en la zona de cuidados intensivos. María sale del hospital y toma un taxi. Comunica su dirección al taxista y enseguida lo lamenta: no quiere volver a casa y recordar la angustia que le han transmitido los ojos de su marido al despedirse.

Esa noche María quiere cambiar de aires, confraternizar con medio mundo, olvidarse del dolor, de su perfil neurótico y áspero. Absorta en sus pensamientos no se entera del accidente: a la altura del Viaducto el taxista frena, sale del vehículo y se arrodilla ante el cuerpo exánime. «Me buscó la ruina», comenta a la policía municipal que extiende un plástico sobre el atropellado.

María no es egoísta pero en estos momentos rechaza una preocupación distinta de la que le obsesiona. Con indiferencia observa la congoja del taxista, imagina, sin conmoverse, la mortificación de la familia del difunto. Y cuando se la reclama como testigo alega su situación de ánimo para retirarse.

Deja su dirección a la policía y sigue a pie por la calle de Bailén. La sensualidad de la primavera despunta en la tibia noche de invierno. Hasta allí sube la húmeda ansiedad del Manzanares. Dentro de tres meses, a las puertas del verano, ¿escuchará junto a su marido el rumor del río o recorrerá estos mismos parajes con el gravamen de su ausencia?

Como el palacio encantado de los cuentos infantiles aparece entre la neblina la casa de Marta. Y aunque María hubiera preferido pasar la noche con desconocidos en una discoteca y entre copas de vehemente champán, se acoge al hogar de este matrimonio sin hijos, receptivo y discreto.

Son las diez de la noche cuando María pulsa el telefonillo del piso. Antes de que le responda Marta la recoge en sus brazos: acaba de comunicarle la policía que un taxi ha atropellado a su esposo en la calle de Bailén. Hacia allí se dirige y ruega a María que la acompañe. No sabe aún que su marido ha muerto.

Horrorizada de la coincidencia, María lleva a Marta hasta el Viaducto y piadosamente la sustituye en el reconocimiento del cadáver. Luego, dentro del taxi homicida y en el lugar que ella ocupaba cuando se produjo la catástrofe, seca las lágrimas de su amiga y trata de serenar su discurso incoherente.

La muerte que rondaba la casa de María ha visitado la de Marta. Pero si

ésta vive su tragedia abrumada, María nota algún alivio en su pena, como si su aflicción cediera ante otra mayor. En la desgracia de Marta intuye el anticipo de lo que le aguarda cuando el corazón de su esposo deje de latir. Y para entrenarse en lo inevitable, cumple todos los trámites policiales que hace un momento pospuso.

El marido de Marta había donado sus órganos. Mientras el forense rescata sus vísceras, María hospeda a Marta en su casa, notifica la defunción a familiares y amigos y la representa en el entierro. De madrugada, en el lecho conyugal de María, las dos mujeres se rinden a una fatiga que ya no provocan sus esposos.

Meses después el marido de María usa el corazón del marido de Marta. Enseguida, dice el cirujano, el trasplantado reanudará sus actividades con plena normalidad y a satisfacción de todos.

¿De todos? María teme comunicar a Marta la tremenda noticia de que la muerte de su esposo ha dado la vida a su marido. Y cuando se lo dice, queda frente a ella expectante y pesarosa, porque sabe que su alegría se alimenta de la tristeza de su amiga.

Pero Marta no se apena al escuchar a María, su rostro se ilumina con la buena nueva, hay en sus ojos más contento que en los de María. ¿Quién con más derecho para beneficiarse de este azar que la amiga desinteresada? ¿Acaso hay un destino mejor para el corazón de su esposo que el del marido de María?

El marido de María recibe el alta médica y un taxi le traslada a su casa de la calle de Don Pedro por el mismo camino que utilizó la ambulancia para conducirlo al hospital. Al cruzar el Viaducto María aprieta la mano de su marido. Ahí donde murió la esperanza de Marta revive la ilusión de María.

La primera salida de María y su marido es a casa del donante. Una tarde cálida de febrero realizan su visita de pésame y de gratitud. El sol rotundo, el cielo despejado y la suavidad del aire presagian la bonanza de la estación florida. Deslumbra la bóveda de San Francisco y reverdecen las acacias en el paseo de los Melancólicos. Más allá de los cementerios y de la ermita del Santo, justo donde la vista de pájaro, salvando los desniveles de la edificación caprichosa, remonta la cinta plateada de la M-30 y el Manzanares hasta tocar el horizonte, el Campo del Moro parece ampliar sus límites con la desaparición de las brumas.

La vida, cruel y benefactora, palpita en la brisa de cristal. A la luz de la

tarde, la casa de Marta, encaramada en el barrio judío, ofrece su referencia, no como aquella noche aciaga en que la velaba la niebla del invierno.

Igual que entonces María avisa por el telefonillo. Pero esta vez la dueña responde y permite la entrada, por lo que María y su marido traspasan el portal, toman el ascensor, llaman al timbre de la viuda y aguardan con impaciencia que ésta les abra y reconozca al resucitado. Porque Marta no ha visto al marido de María desde que éste ingresó en el hospital con su corazón enfermo.

Un cerrojo se descorre y tras la puerta asoma Marta. Va discretamente enlutada y no necesita advertir que a sus espaldas no hay nadie. La casa de Marta exhibe el silencio de un despojo. Marta, muy pálida, abraza primero a María. Luego, al marido de María. En el rellano del piso, sin entrar todavía en la casa, los tres amigos permanecen abrazados, conmovidos de la fusión de muerte y vida.

¿Conviene estas emociones a los espíritus sensibles, fraternos, desinteresados? Acaban de sentarse los amigos en el sofá del comedor y no han desenredado aún su trenzado de recuerdos y coincidencias cuando Marta y el marido de María se atraen. Marta finge ocuparse de copas, tazas y vasos pero no puede ignorar la llamada del esposo de María. Y aunque cierra los ojos para resistirla, abre los brazos cuando él se levanta a estrecharla, impulsado por una vehemencia que no se gasta en palabras y que categóricamente desemboca en el lecho de la viuda.

Como anuncian los periódicos y murmuran los vecinos, dos corazones separados por el destino se reconcilian en flagrante adulterio para desesperación de María y estupor del barrio de Latina.

¿Progresan la ciencia a costa de los sentimientos? Más bien se acopla a sus dictados. Porque la lógica del amor consiste en que Marta recupere el corazón que la quería y María pierda los favores del corazón que no la amaba.

Una vez más, el amor sobrevive a las intrigas de la muerte. Pero el barrio de Latina, servicial, desprendido y jaranero, no lo entiende así. Y desde que conoció esta historia ha perdido la fe en sus semejantes y apenas sale de casa por miedo a las venganzas de la vida.

Equivalencias

Ida y vuelta

Pensando en M.

Esto es América. Por las praderas donde cabalgaron los indios avanza un descapotable. Supera la velocidad permitida pero no será multado. La policía desiste de vigilar el tráfico porque apenas circulan coches en las carreteras del lejano Oeste.

Sin automóviles ni policía a la vista el conductor del descapotable va a sus anchas. Relajándose en exceso, en vez de mirar al frente como aconseja la prudencia, insiste en volver la cabeza hacia quien se sienta a su lado.

Él y su compañero de viaje son acróbatas en un circo ambulante. Mas si comparten la profesión les divide el sentimiento. Están enamorados de la misma mujer, y esa cuestión privada desencadena una rivalidad pública por la que arriesgan la vida en el trapecio.

Para resolver sus diferencias viajan en coche por la desolada autopista mientras sus compañeros se trasladan en tren al próximo centro de actuación. En su enconada pugna, sólo los cuervos son testigos de sus palabras, aisladamente salpicadas por el lamento de los coyotes.

Cayó la noche sobre un crepúsculo tan hermoso que merecía ser eterno, y cuando el conductor quiere iluminar el camino no funcionan los faros. Pero unos artistas que se mueven a ciegas en el espacio no se arredran ante una carretera sin luces.

En el horizonte se destaca un punto que si al principio parece un parpadeo, tan tembloroso que confunde al que lo encara, cobra rápidamente fijeza, volumen y sonido de cadenas. Es el ruido de una locomotora tirando de sus vagones.

Un ronco silbido que taladra la serenidad de la noche lo confirma. El tren viene en dirección contraria, enseguida se cruzará con ellos y con tanta insistencia pita que no tardan en interpretar como advertencia lo que creían saludo.

Sólo entonces reparan en el alarmante acontecimiento que el tren continúa

denunciando. Porque los acróbatas no caminan por carretera sino sobre los raíles del ferrocarril que discurre paralelo a la autopista. Y avanzan por la misma vía que el tren recorre en sentido opuesto.

El tren se echa encima, los trapevistas se aturden. Como el conductor no atina a desviar el coche, su acompañante intenta apearse, pero por los nervios no acierta con el picaporte.

Ya les baña el foco de la montaña de hierro con el intimidante redoble de los vagones uncidos. Levantando los brazos suplica clemencia el conductor imprudente. Pero el gesto retórico no pospone el desastre.

El grito de pánico de los avasallados se congela en la garganta del joven espectador. En el topetazo del automóvil con la locomotora vuelan los acróbatas. Mas quien presencia horrorizado el choque no se mueve de su butaca.

Una mano femenina le retiene y tranquiliza. Porque este testigo no se encuentra en América recorriendo territorio indio sino en el cine de un barrio madrileño. Y es su madre la que agarrándolo de la mano quita vuelo a sus fantasías.

Esto es Hollywood, el mayor espectáculo del mundo. Y una película como la de Cecil B. de Mille, un invento para distraerse. Muchas veces se lo dice su madre cuando están en el cine:

—No te lo creas, cacho bobo.

Pero al niño le disgusta renunciar a lo que ve en la pantalla. Al niño le apetece compartir las peripecias de los actores en la dorada América. Porque el niño quiere vivir en un lugar diferente.

—Siempre está en las nubes —dice de él su madre.

Al niño le gusta viajar, y en sus ratos libres acude a la estación de ferrocarril que está cerca de su casa. Le encanta ver trenes y suplir con la imaginación lo que no le consiente la realidad.

La estación de Príncipe Pío se encuentra al final de la calle donde está el cine y a pocos pasos del periódico donde trabaja su padre. Con el recuerdo de la película de los trapevistas, el niño llega a la estación al mismo tiempo que el tren de Bilbao.

Influido por la película cree el niño que la locomotora de deslumbrante faro viene de tierra de indios. Alguien le descubre que España y América no se relacionan por ferrocarril. Así se entera el niño de la existencia del mar.

—Despierta, Jacinto.

Suena el aviso demasiado próximo para haberlo pronunciado entonces. Abre los ojos y la estación de ferrocarril se convierte en el dormitorio familiar donde su madre tropieza con una silla, levanta la persiana, ventila la habitación, zascandilea junto a la cama y le rescata de un sueño que transcurría en su infancia, cuando Jacinto creía que bastaba subirse a un tren para dar la vuelta al mundo.

—Despierta, Jacinto —insiste la madre descorriendo los visillos de la ventana.

El niño que protagonizaba el sueño despierta adulto. La claridad del día, más poderosa que el faro de la locomotora, le desvela. La despoblada llanura que transitaba el automóvil de los volatineros se reduce al espacio concreto del aparador, el espejo oval y la alta cama de barrotes niquelados.

—Ya tienes el café —anuncia la madre.

Limpia y planchada le deja la ropa que trajo a casa el último fin de semana. Jacinto enciende un pitillo, se embute en los vaqueros y con el torso desnudo entra en el baño. Después, se sienta a desayunar en la cocina.

—Tuve un sueño de cine —dice Jacinto escupiendo las palabras como los legendarios galanes de la pantalla.

Con el grifo de la pila chorreando agua, la madre no le oye. Cierra el grifo, rebaña la pila con la esponjita y la escurre en el sumidero.

—Dime cuándo vuelves —pregunta sin mirarle mientras se seca las manos.

Jacinto no lo sabe ni de él depende el permiso. Podría adelantar una fecha pero no quiere fomentar ilusiones en su madre que luego tendría que desvanecer, como ella hacía con él cuando se creía protagonista de las películas.

—Fumo un pitillo y me voy —Jacinto arroja el aviso como una limosna.

La madre pasa un trapo húmedo por un cenicero que coloca sobre la mesa, junto al paquete de tabaco. Y antes de encender el transistor para la tertulia política, recuerda con la misma voz tierna de cuando escuchaba el serial:

—A la media sale el tren.

Esto es Madrid, donde todo queda a trasmano. Pero Jacinto no puede quejarse, con la estación a un tiro de piedra de su casa.

«Instalada sobre la montaña homónima —ha escrito su padre en el periódico—, la estación de Príncipe Pío se inaugura en 1861 con el fin de

acercar a la capital de España las mercancías industriales producidas en el norte. Quizá por eso las paredes de los andenes son oscuras, como si se hubiera depositado en ellas el humo de las fundiciones del horno vasco que la estación recogía en sus inicios.

»Bajo la marquesina que cubre la entrada se condensa el aire de la estación, cálido y húmedo por el vapor que despiden los trenes. Un reguero de aceite corre por la cuenca de los raíles. Más allá de la marquesina, donde los vagones de desecho aguardan en vía muerta su desguace y no humean las locomotoras varadas, se vislumbra una atmósfera más limpia y seca.

»El zumbido de las conversaciones obliga a entenderse a gritos. El furgón que transporta equipajes por el andén se abre camino a bocinazos. Lejos golpea un martillo, cerca se ofrecen pensiones baratas. Imponiéndose a los ruidos, el altavoz anuncia el movimiento de trenes.

»En la librería de ferrocarriles abarrotada de ejemplares de la novela *Los cipreses creen en Dios*, el vendedor enciende la radio para escuchar *Un arrabal junto al cielo* cuando el mitológico resoplido de un convoy solicita entrar en la estación. Y a semejanza del peregrino que al hogar se acoge, por la cúpula de hierro de la monumental marquesina se adentra la locomotora de Bilbao.

»Fatigada del largo viaje se desplaza entre el vapor que escapa de la chimenea y de las ruedas y muy lentamente se conduce hasta alcanzar los topes de hierro en los que finaliza la vía y con los que acabará chocando para suave estremecimiento de los vagones que arrastra.

»Entonces se abren las puertas de los vagones. Y de ese vientre de acero en el que se transportaron laminados y lingotes de la industria vasca; de ese sagrado tabernáculo en el que enfermos incurables se desplazaron a Lourdes; de ese albergue liberal que meretrices sublimes y calaveras sin principios usaron como nidito de amor; de ese carruagen cama, orgullo dos grandes expresos europeos por haber reunido a Hitler y Salazar con nuestro caudillo de España por la gracia de Dios, los primeros en descender ahora no son empresarios ni tullidos ni enamorados ni militares. Los primeros en apearse de ese tren de Bilbao y los más escandalosos —ha escrito su padre en el periódico— son diez mozos con una bandera.

»No es precisamente la enseña carlista por la que tantos compatriotas suyos se fueron al otro mundo después de comulgar en éste. La que ahora estos mozos ondean con estentóreos pronunciamientos —heredados,

ciertamente, de aquellos tradicionalistas pues también hacen referencia a la conquista de Madrid— es una bandera de rayas rojas y blancas que, en un campo de batalla menos cruento que donde operaban los cruzados de la causa, representa en estos años de autarquía a los Leones de San Mamés.

»Contra lo que indica el nombre, no son miembros de una sociedad zoológica o piadosa sino aficionados al fútbol que viajan con su equipo ondeando estandartes y banderas. Cuando los futbolistas se apean del tren estos aficionados les escoltan cantando un himno y, antes de abandonar la estación, les ruegan formen grupo. En él se incluyen algunos voluntarios, atraídos por la fama de los jugadores.»

El relámpago de magnesio les fijó en la fotografía que publicó el periódico con el artículo. El que lo escribió está sentado al pie de los futbolistas. Un círculo hecho con lápiz le destaca.

Jacinto mete el recorte de periódico en la bolsa de viaje. En el transistor de la cocina hablan del presidente de Estados Unidos, un actor de películas de vaqueros. Jacinto se despide de su madre y con el pitillo en la boca sale de casa.

Ayer anunció la radio un descenso de las temperaturas. Jacinto coincide en el portal con escolares que aguardan el autobús del colegio. Afilando el mentón, como Kirk Douglas, simula boxear con el más parado de todos.

—¿Tienes frío? —le dice sin abandonar la guardia.

El chico se inhibe, molesto, y una mujer se apresura a retirarlo.

—¡Qué va a tener frío! —dice arrastrándolo—. Es que está pasmao.

Jacinto descansa la bolsa en el suelo y enciende un cigarro en la brasa del que fumaba. Una niña con gafas gruesas asoma desde la portería.

—Te llevo al fin del mundo —le promete Jacinto estirándose los puños de la camisa.

—Yo no voy a la cárcel —responde la niña con un desenfado que de mayor causará estragos.

Y para admirar a su auditorio de escolares grita a Jacinto desde el interior acristalado de la portería:

—Presidiario. Corruptor de menores.

Es una mañana fresca, en el cielo no se ve una nube y hay una luz de metal. Jacinto saluda a las vecinas con la mano que le deja libre la bolsa. Las vecinas no le corresponden. A Jacinto no le afecta el desdén, pero como

aflige a su madre le duele. Porque Jacinto es un duro de película —más duro que Kirk Douglas— que sólo se enternece cuando su madre sufre.

Una lenta procesión de vehículos remonta la Cuesta de San Vicente. Jacinto cruza por el edificio donde estuvo el periódico de su padre y entra en la estación del Norte. Nadie ocupa los andenes. La sala de espera está cerrada. La cafetería aloja a dos clientes ensimismados. Pero ninguno con fardos de viaje.

Un sol tibio que se filtra por la marquesina dora los vagones. Jacinto repasa los destinos de los trenes. Dentro de diez horas y por la vía tercera sale un expreso a Santander.

—Desde Santander sigo a Bilbao y en Bilbao tomo el ferry —calcula.

Jacinto se interna por la vía del expreso de Santander. Camina quedo para no alertar de su presencia. Dejó atrás dos vagones cuando toma la decisión.

Nadie es testigo de que se encarama al coche de literas y empuja la puerta. Como está cerrada, salta de nuevo al andén. En el siguiente vagón no prueba por estar reservado a camas. Ahí la vigilancia del revisor es más estricta. En otro repite el intento y tampoco tiene suerte.

Terminó la cajetilla y tendrá que pedir tabaco. Los clientes de la cafetería ya se fueron. No está abierto el despacho de billetes y en la estación no hay a quien saquear.

—El jefe de estación tiene pasta —dice deslizándose al amparo de las paredes.

Jacinto se sitúa ante el despacho del jefe de estación, aferra el picaporte y con la pierna hace palanca.

—¿Tú, qué buscas?

Le interpela una mujer con una bata azul que parece encargarse de la limpieza de la estación. Jacinto se separa de la puerta con la frialdad de un agente doble.

—Los servicios.

La trabajadora desconfía.

—¿Dónde has dejado las gafas que no ves lo que tienes enfrente?

—Con mi padre —contesta Jacinto porque es lo último que le dignifica.

La mujer no le deja entrar en los lavabos con la bolsa. Jacinto, al salir, se la encuentra encima de un banco.

—Me falta dinero —dice a la mujer hurgando en la bolsa—. Haga el favor

de devolverme la visa.

—¿La visa dices, cabrón? Pues si dices que te falta acompáñame a la policía.

Jacinto huye al apeadero de cercanías. La mujer no le persigue.

—Otro terrorista —dice la mujer empujando el carrito de limpieza.

—Es policía —murmura Jacinto refugiándose en el metro—, no clase obrera.

El metro no le lleva directamente a la estación de Chamartín sino transbordando. Un fugitivo como él no pierde tiempo. Ahorca a la mujer policía de la red de alta tensión y toma la moto aparcada en la estación del Norte.

—Con una moto te pierdes, colega.

Lealmente se lo dice al tronco del barrio. Mientras los coches se atascan, una moto se insinúa y desliza y en un instante te coloca. Es también más rápida que el metro porque éste, pasada la hora punta, se estanca en las estaciones lo mismo que los coches entre los semáforos.

—Una moto me vendría bien —confirma, harto de leer en el rombo azul y rojo la palabra «Valdeacederas».

—Andando llegamos antes —dice la anciana al jubilado—. Aquí nos asfixiamos.

—En una moto te da el aire —comenta Jacinto a la anciana. Pero ésta no le hace caso y cuando el metro se pone en marcha pregunta al jubilado:

—Por aquí vamos bien a La Paz, ¿verdad?

—Mejor en tren —interviene Jacinto—. Para ir a La Paz lo mejor es el tren.

—El tren no lleva a La Paz —contesta el jubilado a la anciana sin mirar a Jacinto—. El tren lleva al Pyramidón.

—De acuerdo —reconoce Jacinto a los ancianos, que fingen no oírle—. Me ocurre cuando no tengo tabaco, que alucino.

—A mí me lo quitaron —recuerda el jubilado a su pareja olvidándose de Jacinto—. El médico me dijo que el tabaco fuera, ni verlo.

—Lo mismo le pasó a mi padre —informa animadamente Jacinto aunque nadie se lo pregunte—. Era periodista y tenía los pulmones destrozados del tabaco.

El metro termina su trayecto. En la galería comercial de la estación hay un fotomatón. A Jacinto le tienta retratarse disfrazado. Para invalidar la denuncia

de la mujer policía tendrá que dejarse bigote.

—¡De qué me puede acusar, a ver, de qué! —cargado de razones levanta la voz al espejo del fotomatón y quien aguardaba la salida de Jacinto se asusta y escapa.

—Está libre —le grita Jacinto sacando la cabeza de la cabina. Pero el hombre se pierde en el gentío.

—Seguro que avisa a los jurados para que me cojan —piensa Jacinto.

Por precaución decide salir del metro y recorrer a pie la distancia que le separa de la estación de Chamartín.

—Los jurados son peores —recuerda haber oído—. Andan locos por hacer méritos.

En Plaza de Castilla se abre paso una ambulancia. Jacinto no vio el accidente de la moto desmandada ni al motorista rodando por el suelo y al fin boca arriba, inmóvil.

—Éste no se viste más —recuerda Jacinto que comentó su madre al salir del hospital.

Y ya no volvió a ver al que era su padre y del que otros niños que ese día conoció por primera vez se proclamaban sus hijos.

Le sobresalta el bocinazo de un furgón de la policía de los que llevan detenidos de la cárcel al Juzgado.

—¿Quién te ha dicho que los policías son mejores que los vigilantes? —reflexiona mientras un calambre atornilla su pierna, lo que complicará su huida.

Los semáforos no sirven en los atascos. Los peatones cruzan la calle con el disco en rojo, los automóviles tampoco lo tienen en cuenta y continúan su marcha en cuanto se lo permite el de delante.

—En una moto antigua vas vendido —Jacinto cojea, interpretando al herido de un balazo en el muslo—. Pero las modernas son otra cosa.

Jugándose la vida al atravesar el paseo de la Castellana llega a las tapias del Canal de Isabel II. En la acera hay tenderetes de discos piratas, bisutería artesanal, libros de saldo y artículos de piel.

—Es un libro sobre la estación de Chamartín —indica una chica al encargado del puesto.

—Una guía, vamos.

—No sé si guía. Lo anuncia el periódico.

La chica se marcha sin comprar y Jacinto comenta al encargado del puesto:
—Las tías no saben nada y hablan como si tuvieran la razón, es matemático.

En la calle de Mateo Inurria se forma cola para el autobús de San Blas. Al pie del rascacielos edificado con dinero árabe, un moro vende cerámica.

—Además, no está buena —dice Jacinto siguiendo a la chica por la calle que desemboca en la estación.

En la parada de autobuses de la Autónoma pide un pitillo a dos universitarias. Pero no fuman.

—No entiendo el morbo que despiertan las mujeres —sentencia alejándose—, no son más que vicio.

Jacinto alcanza a la chica en la librería del vestíbulo de billetes y le enseña un volumen titulado *Estación de Chamartín*.

—Es el que buscabas —informa a la chica—. Lo escribió mi padre. Era periodista y lo mató la Eta.

La chica pregunta el precio del libro al dependiente.

—Puedo regalarte el mío —insiste Jacinto—. Me lo sé de memoria. Mi padre tenía cerebro.

Y es ahora cuando por primera vez la chica clava en Jacinto sus ojos redondos.

—¿Así que eres importante?

—Muy importante —balbucea Jacinto amedrentado—. Gracias a este libro viajo sin pagar.

La chica deja el libro en el anaquel y sin despedirse de Jacinto ni del dependiente se mezcla con los transeúntes del vestíbulo. Jacinto sube a la azotea de la estación.

—No se me ha perdido nada con esa golfa y me puede buscar la ruina —murmura.

En la azotea de la estación un mendigo está tumbado en un banco junto a un zurrón y una botella de gaseosa. Jacinto va cojeando por la mampara verdegrís del jardín. A la puerta del hotel de la estación montan guardia dos policías.

—Si me persiguen, me refugio en los setos —dice enderezando la figura para no levantar sospechas.

Un policía transmite por teléfono portátil mientras el otro sigue las

indicaciones del vigilante, que señala donde se encuentra Jacinto.

—Son peores los jurados —se confirma Jacinto—. Para prosperar, te venden.

Y recomendándose serenidad, trata de regresar al vestíbulo de billetes por la escalera mecánica. Pero los policías le cortan la retirada tomando el mismo camino que él emprendía.

—No temas —se dice—. ¿De qué pueden acusarte?

Los policías caminan hacia Jacinto que, sin soltar la bolsa, aguarda fascinado. El que telefoneaba cubre las espaldas de su compañero. Ninguno intenta sacar la pistola.

—Son profesionales —reconoce Jacinto—. Antes de disparar, avisan.

Jacinto asiste hipnotizado al avance de los policías, como cuando el tren se abalanzaba sobre los acróbatas en tierras del lejano Oeste. Mira los ojos de los policías pero los policías no se ocupan de él. Se encuentran tan cerca que pueden tocarle.

Aferra la bolsa y permanece quieto. Para no atropellarlo, el primer policía se desvía. Jacinto se emborracha con el olor del uniforme que pasa a su lado. Pero el policía, nada más rebasar a Jacinto, se vuelve y pregunta:

—¿Le conoces?

El policía señala al mendigo tendido en el banco. Jacinto niega con la cabeza porque no le salen las palabras. Del susto se ha quedado sin voz.

El policía aplica su oreja izquierda al pecho del mendigo. Se incorpora.

—Está muerto —dice a su compañero, situado junto a Jacinto.

—Me abro —susurra Jacinto.

Y los policías, atareados en el difunto, no impiden su partida.

Si se queda le implican en la muerte del mendigo y si huye del lugar también le inculpan. Baja al vestíbulo por la escalera mecánica y estudia las posibilidades de fuga en los paneles. Pero no puede elegir destino, debe largarse, con o sin billete, en el primer tren que pase ya que no tiene moto para huir de la policía y esconderse en el piso franco de Madrid.

Los héroes de película afrontan las dificultades sin vacilar y él es un fugitivo de la justicia que cojea por un accidente de moto como el que sufrió su padre. Ya ordenaron su busca y captura, todas las comisarías recibieron su ficha. Cualquier agente conoce su retrato, de frente y de perfil, sus huellas dactilares y sus antecedentes. La limpiadora de la estación del Norte, al enterarse de su historial por la televisión, lamentará no haberle apresado: ha

perdido la recompensa millonaria.

Como si le dispararan por detrás es el escándalo que brota a su espalda: una abanderada rubia, casi albina, precede a una orquesta de trompetas y tambores. Todos visten camisa, pantalón y zapatillas blancas, y en la cabeza, una boina roja. En el estandarte que lleva la rubia dice: Fanfarria de Zarauz.

Esto es el País Vasco. La pinada surge al fondo de la playa donde unos muchachos juegan al fútbol descalzos. Los zapatos se utilizan para señalar las porterías.

En la estación de Chamartín, trompetas y tambores marcan el estribillo que la abanderada baila. Un hombre canoso y adusto mueve las manos como un pianista. Es el director de la banda que, al terminar la pieza, ordena secamente:

—Descanso.

Los trompetistas mueven los labios, los tambores se relajan y la abanderada albina se espanta el cabello de la frente. Jacinto pide un pitillo a los músicos.

—¿Me lleváis a Donosti? —dice imitando su acento.

—Pagando siempre es posible —le contestan.

—Yo viajo gratis —informa Jacinto inflando el pecho—. Lo mismo al norte que al sur. Mi padre era periodista, escribía libros. Tiene uno sobre la estación de Chamartín.

Jacinto saca de la bolsa de viaje el reportaje sobre la llegada a Madrid de los Leones de San Mamés.

—Era un tío guay mi padre —añade enseñando el recorte que los músicos miran por encima—. Franco le tenía envidia, por eso lo mató.

Un silencio incómodo subraya la confidencia de Jacinto.

—¿Tú también andas en líos? —pregunta el músico más hablador.

—Me han dado en la pierna —indica Jacinto llevándoselo aparte—. ¿Sabes? Arriba hay un muerto.

—¿Txakurra?

—No he sido yo —dice Jacinto sin entenderle—, pero me acusarán del crimen por ser hijo de mi padre.

El hombre no despega de Jacinto sus ojos azules.

—En el Norte me comprenden —proclama Jacinto— y me ayudarían a cruzar la frontera.

—Agur, chaval —se aparta el hombre con brusquedad.

—Si no puedes ayudarme, dame algo —apremia Jacinto—. La madera me sigue por terrorista.

Al hombre le convocan para tocar otra pieza y deja a Jacinto con la palabra en la boca y el recorte de periódico en la mano.

—¿Qué le pasa al chico? —preguntan al músico.

—Está chorúa.

Jacinto ha desperdiciado otra posibilidad de huida. Baja al andén y ronda por el despacho del jefe de estación. Con la mano en el pomo, desiste de abrir la puerta. Ha visto en las escaleras a la Guardia Civil y se oculta tras una columna con la bolsa pegada al cuerpo. Así le sorprende una niña con un esparadrapo en el ojo. Se parece a la de la portería de casa de su madre.

—Un terrorista, abuela —grita la niña señalando a Jacinto.

En el horizonte de vías solitarias y vagones estacionados se dibuja un tren con su potente faro cabecero como enseña. Los vagones, pintados de azul, anuncian en el lomo su procedencia y destino.

El tren viene de Ávila y concluirá en la estación de Atocha. La vuelta al mundo que Jacinto prometió a la niña miope de la portera se queda en un recorrido por Madrid.

Un botón abre las puertas del vagón. Jacinto concede el privilegio de pulsarlo a la niña del esparadrapo en el ojo. Ayuda a la abuela a subir al tren y se sienta junto a la niña, enfrente de la abuela. Ésta, poco complacida de la compañía de Jacinto, ordena a su nieta:

—Averigua si quedan plazas libres.

La niña corre a los vagones traseros, e inmediatamente la anciana se arrepiente de su decisión:

—Todavía tendremos disgusto.

De la oficina del jefe de estación sale un hombre rubio con un bastón al hombro. Desde el andén inspecciona los vagones. A la altura de Jacinto se para, le mira y sube por las escaleras mecánicas hacia el vestíbulo.

—Cuánto tarda la niña —deplora la anciana.

No se entiende el mensaje del altavoz, pero Jacinto tiembla de ansiedad tras la fiscalización del hombre rubio.

—Ya nos vamos —dice Jacinto cuando el tren avisa de su partida.

—¡La niña! —se desespera la anciana.

—Calma, abuela, que está aquí —dice Jacinto viéndola entrar en el compartimiento.

El tren arranca, y la anciana y la nieta pierden el equilibrio y se vencen sobre Jacinto. Jacinto se une a su regocijo, encantado de que el tren se ponga en marcha. Por él ya puede comenzar la película.

Esto es el tren. La serpiente de acero discurre por debajo del vestíbulo de la estación de Chamartín donde una banda de Zarauz toca pasodobles mientras en el piso superior, reservado a esparcimiento, la policía descubre el cadáver de un pobre de solemnidad. Se cubría el pecho con periódicos y no tenía más bienes que un zurrón y una botella de gaseosa.

A su lado estaba un joven. De él dirán los periódicos que es un presidiario de permiso. Debe presentarse esa misma mañana en la cárcel de Alcalá y no le conviene mezclarse en líos. Por eso huye.

La policía sospecha de él porque si estuviera limpio de culpa no habría desaparecido. Por eso un juez ordena su busca y captura y crecen las especulaciones sobre su paradero.

Unos aseguran que puede hallarse en las inmediaciones del edificio ferroviario; otros, que se esconde en los lavabos, en el aparcamiento de automóviles o en alguno de los vagones emplazados en vía muerta. Y otros, que ha salido de la estación. A pie o en el tren que procede de Ávila y concluye en Atocha.

Los jefes de estación reciben un retrato robot del joven fugitivo. Quince minutos de tren separan la estación de Chamartín de la de Atocha. De quince minutos de libertad dispone Jacinto para urdir un plan de fuga.

Todavía a ritmo lento, el tren circula junto a una tapia coronada de bermellón que separa el recinto ferroviario del urbano. Conforme el tren se sumerge, la tapia se eleva. Y a medida que el viajero desciende, el cielo de Madrid desaparece de su vista.

El tren recorrerá bajo tierra la espina dorsal de la ciudad. La niña del esparadrapo en el ojo se alza del asiento y se abraza al cuello de su abuela.

—Es un terrorista —repite señalando a Jacinto.

Jacinto busca un cigarro y, como nadie fuma en el compartimiento, pasa al próximo por la plataforma de enlace entre los vagones.

La plataforma es un espacio ancho con transportines adosados a la pared. Al entrar en ella, Jacinto se asombra: el mismo mendigo que la policía dio

por muerto abre una lata de sardinas a dos pasos de él.

El mendigo deja la lata abierta sobre un papel de periódico que ha extendido en el suelo, parte por la mitad una barra de pan y vuelca en ella el contenido de la lata. Come con solemnidad, acompañándose de la botella de gaseosa que saca del zurrón.

Jacinto se alegra de ver vivo al que daban por difunto en la estación de Chamartín. Si no ha muerto el mendigo, Jacinto nada tiene que temer de la justicia.

Penetra en el segundo vagón con ansia de tabaco y encuentra a tres jóvenes. Son soldados de paisano que han colocado sus petates en los asientos vacíos. Jacinto les pide un pitillo y enciende en la brasa que le ofrecen.

Recordando al mendigo que comía un bocadillo de sardinas, vuelve a la plataforma y se sorprende: el vagabundo ha desaparecido y no hay rastro del periódico en el que extendió la lata y la barra de pan.

Jacinto se sienta en el suelo y descansa la cabeza en un transportín. El latido del tren al desplazarse le adormece. Se imagina al vagabundo saliendo del aseo. Lleva en las manos el bocadillo de sardinas y, bajo el brazo, la gaseosa.

—¿Por qué te asustas? —pregunta el mendigo.

Cuando el tren se detiene en la estación de Nuevos Ministerios, Jacinto abre los ojos. Probablemente el mendigo le ha robado el cigarro que le dieron los soldados. A través de la puerta acristalada del tren no aprecia descenso de viajeros ni subida de vigilantes. Es como si el tren hubiera aparcado en vía muerta.

Algo más confiado vuelve a su asiento, junto a la abuela y la nieta. Y como los viajeros de este primer vagón serán los primeros en recibir a los vigilantes, Jacinto recoge su bolsa de viaje y se va. Es el acosado fugitivo de esta película de intriga.

Antes de entrar en el segundo vagón ha de cruzar la plataforma. Le asusta encontrarse con el mendigo, pero también que no esté. De buena gana se rendiría al acoso policial, pero su instinto de supervivencia le reanima. Porque dos jurados salen de la cabina del maquinista resueltos a detenerle.

—Se fue por ahí —informa la niña del esparadrapo señalando la puerta que da a otros vagones.

Jacinto gana la plataforma y ve al mendigo terminando su bocadillo de

sardinas en el mismo rincón donde hace un momento no estaba. Advierte entonces que no recogió su bolsa de viaje.

—¿Por qué te asustas? —pregunta el mendigo.

Pero es improbable que el mendigo hable porque está fumando el cigarro que le quitó. Jacinto entra en el compartimiento siguiente a pedir un pitillo y, para su sorpresa, recupera a los tres jóvenes soldados, que han tumbado los petates en los asientos vacíos y comentan cosas de la mili.

«Los trenes ya no fuman; no fume en los trenes.» Debajo de este letrero, dos diagonales coloradas se cruzan sobre un cigarro encendido.

Los jóvenes en edad militar no hacen caso del cartel. Tampoco Jacinto, que se ha sentado en el mismo compartimiento aunque algo más lejos, y fuma el pitillo que le regalaron los soldados.

—Todo lo tienes en contra —piensa Jacinto—: Las vecinas de tu madre y los chicarrones del norte, los niños, las mujeres y los ancianos. No sabes lo que es un favor, nadie te sonrío ni te habla, te persiguen los maderos y los vigilantes jurados, eres hijo natural, acabaste en presidio y si sales de la cárcel serás una cifra de paro. Sólo tengo a mi favor este pitillo, el último que fumo en paz y libertad.

—Por favor, billetes.

La voz suena a sus espaldas. Hasta eso le sale al revés a Jacinto. Porque pendiente de que los jurados aparecieran por la puerta de enfrente, el revisor le sorprende por detrás. Todos formarán una tenaza para apresarlo.

Los soldados no sacaron billete en la taquilla porque si perdían el tren no se presentaban en el cuartel a su hora. El revisor apoya la libreta en el respaldo de un asiento, se abre de piernas para ganar estabilidad y extiende los billetes.

Jacinto tampoco tiene billete. Si el revisor le sanciona, la denuncia se cursará a la dirección de la cárcel y repercutirá negativamente en la concesión de nuevos permisos.

Pero la huida se presenta difícil. El tren en movimiento es una ratonera vigilada por el revisor y, si desembarca en el próximo apeadero, le atrapará el servicio de seguridad.

El revisor le da la espalda. Jacinto se incorpora del asiento donde se había hundido para no ser visto, se acerca al revisor y toca su hombro, como pidiéndole permiso. El revisor, sin levantar la cabeza, oprime su cuerpo

contra el asiento para facilitar el paso.

Jacinto actúa con pericia. Le hunde la gorra y de un rodillazo le proyecta a la pared. El revisor besa el borde de la ventanilla y cae sobre un asiento sangrando por la frente.

—Tapadle la boca —ordena a los soldados.

Nadie le obedece. Jacinto levanta al revisor de la cintura y le estrella contra el suelo. Luego le quita los zapatos y el pantalón y le pisa la cara y las costillas.

—Ya está bien, tú —dice uno de los soldados a Jacinto.

Jacinto no escucha. Dócil instrumento de un proyecto urdido en la clandestinidad, traslada al bolsillo superior de su camisa el dinero del revisor y hace una pelota con el pantalón y los zapatos.

—Te estás pasando —le dice otro.

Pero no hay quien le detenga. Arrastrado por una ira sin excusa, Jacinto abre una ventanilla y arroja la ropa del revisor al túnel.

—Que me denuncie ahora —dice sentándose junto al cuerpo semidesnudo e inconsciente de su víctima.

Encuentra en su bolsillo el dinero que quitó al revisor y se lo entrega a los jóvenes. Pero éstos no lo quieren.

—Misión cumplida —reconoce Jacinto levantándose del asiento.

—Tú no te vas —dice un soldado cortándole la retirada.

Jacinto agarra el cuerpo del revisor y lo lanza por la misma ventanilla por donde tiró su ropa.

—Toca la alarma, tú —ordena el soldado a un compañero.

—No tenéis pruebas —afirma Jacinto marchándose—. Fue un accidente.

—Ya viene el terrorista, abuela —grita la niña cuando Jacinto se acerca.

Pero Jacinto no hace caso a la niña. Le preocupa descubrir el escondite del mendigo.

El tren rinde viaje en la estación de Atocha. Jacinto salta a tierra y pide un pitillo al maquinista, que juega a encestar una lata de coca-cola en una papelera.

—Gasto pipa —le responde el hombre sacando de su uniforme una bolsa de picadura.

Jacinto toma la escalera mecánica que le lleva al vestíbulo y desde un balcón corrido se asoma al andén. Observa entonces que del vagón en que

viajó descenden un soldado y el mismo revisor que arrojó a la vía. Caminan rápidos, no hay duda de que le buscan.

Jacinto se aconseja calma. Saldrá de la estación, irá en coche a Alcalá de Henares.

De su bolsa de viaje se encapricha un perrito. Su dueño, un jubilado, lo llama golpeándose el muslo con un periódico.

—Busca comida —dice el anciano para explicar el comportamiento del animal.

—¿Cómo se llama?

—No tiene nombre. Me reconoce por la voz.

—Así decía mi padre que había que tratar a los perros —observa Jacinto—. Y mi padre sabía. Era periodista.

—O sea, colega —dice el hombre con tacto—. También es casualidad. Porque por la edad que aparentas, tu padre debe de ser de mi quinta.

—Mi padre murió en accidente de moto cuando yo era pequeño.

Jacinto abre la bolsa y le enseña el artículo de la llegada a Madrid de los Leones de San Mamés.

—Perdona, hermoso —el jubilado le devuelve el artículo—, sin gafas no veo las letras.

—Mi padre se llamaba Castro.

—¿Castro? ¿Castro dices?

—Todo el mundo le llamaba Castro —insiste Jacinto guardando el artículo—. Y algunos Fidel, no sé por qué.

—¡Fidel! —reconoce el hombre extasiado—. ¡Coño, claro, Fidel Castro!

E inesperadamente se vence sobre Jacinto y le abraza.

—No me digas que eres hijo de Fidel Castro —el anciano le besa en la mejilla—. Pero si trabajamos juntos tu padre y yo. ¿Andas con prisa?

—Me esperan en Alcalá.

—Te llevo en mi coche y no inventes excusas —el anciano se le cuelga del brazo—. No seas como tu padre, que con sus fantasías ponía patas abajo al mundo.

Se dirigen a la salida de la estación abrumados por la implacable luz del mediodía.

—Tu padre te hablaría de mí —dice el anciano—. Yo soy Perón. Juanito Perón, de internacional.

Acecha la reacción de Jacinto y desalentado deduce:

—Eres muy crío para que sepas de Perón. Quizá tu madre me recuerde. Un día tu padre me llevó a cenar a tu casa. Figúrate qué exclusiva, reunir a Fidel Castro y Juanito Perón.

El hombre debe referirse a la familia legítima del padre de Jacinto.

—Mi madre murió —contesta Jacinto para ocultar su origen bastardo.

—Ley de vida. Si no me equivoco sois tres hermanos y una hermana. Tan listos como vuestro padre. Todos con carrera, me figuro. ¿Tú estudias o ya has terminado?

—A mí me gusta el cine —dice Jacinto.

El hombre se deleita en mirarlo.

—Eres guapetón, tienes buen tipo. Pero aspirarás a algo más serio que el séptimo arte, ¿no?

Jacinto se encoge de hombros.

—Tu modestia te honra. Pero sabes perfectamente, y si no lo sabes te lo digo yo ahora, que los hijos de Castro son lo más estudioso que ha parido madre.

A Jacinto le entristece que el hombre le relacione con unos desconocidos. No grabó el rostro de aquellos niños que jugaban en la sala de espera del hospital donde agonizaba su padre, tras el accidente de moto.

—Cómo será la cosa que hasta la Argentina me llegaron noticias vuestras. ¿De verdad no te suena el nombre de Perón?

—No.

—Así es la gloria del periodismo —reconoce amargamente el hombre—. Si firmas te confunden con otro, y cuando dejas de firmar te olvidan.

Montan en el coche del anciano. El perro se tumba en el asiento trasero.

—Primero dejamos a éste en casa —dice el hombre refiriéndose al perro— y luego te llevo a Alcalá.

—Tengo prisa.

—Es sólo un segundo y me esperas fumando.

Eso dice el anciano al sacar el perro del coche. Y cuando regresa, Jacinto no ha terminado el pitillo.

—Otro día te invito a comer —le propone el anciano—. Si no puedes hoy, el domingo.

—Los domingos, imposible.

El coche avanza lentamente por el paseo de María Cristina, paralelo a la estación de Atocha.

—Date un respiro —aconseja el hombre—. No todo es estudiar en esta vida.

—No es por estudiar —dice Jacinto—. Es que apenas salgo de Alcalá.

El jubilado coloca su mano derecha en el muslo izquierdo del joven.

—¿Estás bien en la cárcel?

Jacinto descansa la cabeza en el respaldo. Llegó la hora de rendirse.

—Al fin te enteras.

—¿Qué otra cosa podía esperar de ti? —se enardece el hombre—. A un hijo de Fidel Castro no debes buscarlo en las alturas, entre banqueros y políticos, sino junto a los explotados y los ilegales. Es su destino.

—A la mierda con el destino —grita Jacinto—. Lo que han hecho conmigo es una injusticia.

—Si te oyera tu padre.

—Nunca le importé a mi padre. Conmigo fue un cabrón.

—Tu padre te quería de su cuerda —rebate con vehemencia el hombre—. Te quería abogado de causas perdidas, de la gente necesitada, del que se pudre en la cárcel. Solidario con el dolor y rebelde a la injusticia.

El coche gana en rapidez a medida que recorre las afueras de la ciudad.

—¿Me quería abogado?

—Hoy sería feliz al verte con la toga, defendiendo a los presos.

—¿Mi padre te habló de mí? —insiste Jacinto—. No será verdad.

—¿Y por qué no iba a serlo, hermoso?

Jacinto enciende la radio del coche. Suena música de balada norteamericana, de las praderas por donde cabalgaron los indios en las películas del Oeste.

—Sólo hablaba de ti con los de confianza como yo —contesta el hombre.

El tren que pudo tomar Jacinto para llegar a Alcalá sale de la estación de Atocha.

—Y cuando estaba alegre. Entonces perdía la vergüenza y confesaba que te quería.

Mientras circulan por una carretera comarcal, Jacinto recuerda la película de los acróbatas enamorados de la misma mujer que discuten a bordo de un coche por las llanuras de América.

—¿Se lo oíste alguna vez? —insiste Jacinto girando el cuerpo hacia su interlocutor—. ¿Te dijo que me quería?

El anciano sonrío sin mirarlo.

—Me acuerdo de cuando llegó a la redacción después de recibir a los futbolistas del Bilbao.

Jacinto vuelve a sacar el recorte de periódico de su bolsa de viaje.

—Tu padre se puso a la máquina de escribir y de una sentada le salió el artículo.

Jacinto lo lee en voz alta. El hombre le acaricia el muslo.

—Cosa más hermosa, le dije después de leerlo. Y tu padre me lo agradeció como siempre: «Perón, qué grande sos».

Absorto en sus confidencias, el anciano deja detenido el coche en un paso a nivel sin barrera.

—«¿Quién te inspiró el artículo?», le pregunté a tu padre. Y él me contestó: «El chaval».

—¿El chaval era yo? —pregunta Jacinto.

—Te llamaba el chaval aunque eras un crío —confirma el hombre—. Y ese día me habló de ti.

—¿Qué te dijo?

—Le habías dado la paliza en la estación, llevándolo de acá para allá, y me comentó: «A este hijo de la gran puta sólo le importan los trenes».

El tren que debía conducir a Jacinto a Alcalá se acerca al paso a nivel.

—Me gusta oírlo —dice Jacinto metiendo en la bolsa el recorte de periódico.

El anciano se le descara, con las pupilas brillantes.

—Nada más verte en la estación me acordé de tu padre. Porque sólo un enamorado de los trenes pierde el tiempo interesándose en todo y examinándolo todo, como hacías tú.

—Hoy no miraba los trenes —susurra Jacinto.

Angustia el pitido de la locomotora, cada vez más próxima al coche ocupado por Jacinto y el viejo.

—Ni miraba los trenes ni tengo estudios —se sincera—. No soy el que quería mi padre.

Y a diferencia de los duros vaqueros de la pantalla, Jacinto se echa a llorar.

—Hermoso —responde el anciano—. Tampoco yo soy el Perón que crees.

Aunque el tren pita al lado de ellos es como si sucediera en la pantalla de un cine.

—Pero te quiero como eres —añade el hombre— y no me importa quién seas.

El tren coincide con el coche en el centro del paso a nivel. Y no será posible separar los cuerpos de los que vivieron un final de película.

Para enterados

Se creyó elegido por los dioses para levantar con la palabra un universo imperecedero pero no ha prosperado en la medida de su ambición. Y aunque no defraudó del todo porque ahí están sus publicaciones en recoletos circuitos de provincias, las sonrisas del crítico riguroso y los elogios de sus amigos, ya ningún juglar cita sus versos ni las tertulias literarias le recuerdan.

Poco a poco abandona —saldado— el catálogo de las editoriales que confiaron en su talento, en los periódicos y revistas especializadas han perdido su dirección, en las antologías no figura con sus contemporáneos y si en algún momento dispuso de lectores, hoy éstos le rehúyen.

¿Exigió demasiado de ellos? Lo cierto es que ha erigido un mundo literario que no tiene el detalle de considerarle padre. Con lo que el desaliento por su obra mal apreciada cohíbe la exigencia de proseguirla, y todas las mañanas, en vez de marcar sobre el papel la heroica tentativa de Sísifo, pierde el tiempo en debatir si su fracaso obedece al odio de sus rivales o a la inmadurez del público.

Ya no se dedica, pues, a fabricar epopeyas sino a lamentar su batacazo. En esta convalecencia le sorprende esa enfermedad definitiva que revela la ignorancia de los médicos. Llegó el trance de rendir cuentas como escritor a una sociedad que no se molesta en exigirselas. Lúcido, aunque cada vez más débil, dicta testamento a su familia. En él admite haber sacrificado su vida a una entelequia y pide a sus descendientes la demolición de esa torre de babel en que encerró sus inquietudes.

Otras veces dijo lo mismo, convencido de que se le desobedecería. Imaginaba el vanidoso que, al igual que ocurrió con Kafka, algún heredero díscolo salvaría sus escritos del fuego y los divulgaría con la publicidad suficiente para proporcionarle el reconocimiento universal. Mas ahora sinceramente se arrepiente de su obra y reniega de esa fe en la inmortalidad que sirve de coartada en el infortunio a los desfavorecidos de la literatura.

Resignado a su suerte, aspira a morir en paz. Pero a punto de cumplir su

deseo, se abre la puerta de su habitación de enfermo y, para desgracia suya y de los letraheridos de la tierra, aparece Max Brod.

Generalísimo

Galopaba en Babieca cuando le sobresalta el rumor de algarada. Manda tocar generala a su escudero mas la lluvia que azota repentinamente su rostro le aconseja plegar los labios.

Su paladar se lo agradece. El reguero que desde su cara discurre en torrente por la barbilla hasta la guerrera de su uniforme hiede a zotal. Pensaba en la cruz de conservar esa pestilencia —en aquel páramo castellano la soldadesca no se cambiaba de ropa— cuando abre los ojos.

Desilusionado advierte que no se halla en Castilla ni le llaman Cid ni monta a Babieca ni tiene escudero. Se había soñado paladín de la Cristiandad y de la caballería hidalga, con barba florida y respetable estatura, y de la siesta cuartelera despierta enano, con voz de pito y rociado por esos chungones de la Plana Mayor que tras descargar el riñón encima de él se emborrachan en la cantina.

Han vuelto a gastarle una novatada. Siempre que se imaginaba héroe le orinaban en la boca. Encharcado y apestoso, promete vengarse de la conspiración judeo-masónica. Mitad asceta mitad recluta, salta del catre cutre y, mitad desnudo mitad vestido, se dirige al retrete con andares acharlotados.

—Otra vez se meó en la cama —observa la voz de su conciencia.

El aludido conserva el oído finísimo. Y como está seguro de su verdad frente a lo que divulgan los demonios familiares, rectifica a quien le calumnia:

—Me mojó la tormenta, escudero.

Así llama al sanitario de planta. Repite la sentencia ante el espejo del aseo enfureciendo el ademán. Y, harto de burlas y menosprecios, se le ocurre cambiar de arma. Porque con el manar del agua del lavabo le apetece sustituir la Infantería por la Marina.

Nadie ha de objetárselo. Se instala en el puente de mando del buque insignia y sin que le tiemble el pulso empuña el timón del grifo. La proa del barco hiende el mar gallego de su patria chica, cerca de la Escuela Naval

donde, aunque suspendió el ingreso, acabará entrando por la puerta grande con los más altos galones sobre la camisa nueva que Marina le bordó en rojo ayer.

—*Marina, yo parto muy lejos de aquí* —tararea raspando agudos—. *Cuando no me veas piensa en mí.*

Se enjabona las impurezas que le vertieron los camaradas mientras imagina que el barco donde navega fondea en el puerto y un coro de condenados a muerte por los militares contrarios a la Segunda República canta en su honor:

—*Tienes la espalda más limpia de Europa. Espalda una, grande y libre.*

Un grumete con la misma voz de su hija interrumpe la zarzuela que rememoraba tan a gusto para interesarse —¡maldita realidad!— por sus dolencias intestinales.

—*Mens sana in corpore sano* —responde él, sordo a coplas de sirenas que le proclaman portador de enfermedades sin cura.

Su organismo se descompone pero él no se deprime porque se cree invulnerable desde que en su juventud, en tierra de moros y acompañado de sus queridos novios de la muerte, sobrevivió a la bala infiel que le perforó el estómago.

—A mí, la Legión —invoca para librarse del cirujano que busca sangre en sus heces.

Animado por el pasodoble que amuebla su cerebro —*Un soldadito español de esta manera cantaba*—, sale del retrete y despidiéndose a la francesa de sus compañeros meones avanza por rutas imperiales con la frente levantada.

Le escoltan dos madrinas de guerra con cofia de enfermeras de la Seguridad Social que ya no elevan el brazo derecho hacia los luceros como antiguamente, sino que se lo ofrecen de apoyo para que acierte a marcar el paso.

Camina con cautela, evitando el resbalón. Porque nunca fue caído por Dios ni por España sino patoso, y en este momento crucial no le conviene apearse del tren de la historia.

—Pilotaré la nave del Estado —comenta a sus enfermeras sin obtener a cambio de su confianza especiales muestras de adhesión inquebrantable.

Si prospera el Alzamiento que una tarde de julio inicia en Marruecos después de pensárselo mucho —con la misma parsimonia de sus andares—, lo mismo circuncida a media España para escarmiento de los que se le orinaban encima.

La fortuna le concede la victoria mas no la inmortalidad. Y de poco le sirve considerarse generalísimo de los ejércitos de tierra, mar y aire si las madrinan le sientan a la mesa como a un paciente sin graduación.

—Españoles —anuncia en sus oídos el locutor de su juventud—. Habla el Caudillo.

Envanecido por el tratamiento, el anciano generalísimo bala desde la tétrica sala de hospital:

—Viriato, pastor lusitano...

Pero ese sanitario que cuida su hemiplejia —a quien él llama escudero—, en vez de micrófono ha puesto la cena ante sus narices. Y el César invicto, en vez de cultivar el verso de su retórica, ha de agachar la cabeza a la prosa de la vida que hoy se le presenta humeante y de sobre.

A todo mortal le llega su hora y desde la penumbra se acerca la sombra amiga. Carmen, la señora que velará su agonía en una residencia de la sanidad pública, dice ofreciéndole la cuchara en esta noche de octubre de 1975, último año triunfal:

—Tu sopa, Paco.

Pintura de época

En ese pueblo de la sierra donde pasamos el verano de 1947, los niños nos sentábamos a tomar el fresco en el escalón de la peluquería de Florito. Allí, azotados por las cortinillas que separaban los clientes al entrar o salir del establecimiento, oíamos hablar a los mayores de muertes, cárceles y bombas.

Solíamos no hacer caso de las conversaciones pero una vez entendimos que Beria, el espía ruso, nos visitaría durante las fiestas de septiembre. Como la noticia era extraña le pedimos confirmación a Florito, y éste hizo lo de costumbre cuando no tenía trabajo: alzar sobre nuestras cabezas las cortinillas de la entrada y canturrear mirando a la calle abrasada por el sol:

—*Desde que ha venido Arruza, Manolete está que bufa.*

A partir de entonces y aunque faltaba un mes para las fiestas, íbamos a la estación a media tarde a recibir al tren de la capital. Y cuando se detenía arañando los raíles y envuelto en una estola de vapor, intentábamos descubrir al espía de Stalin en los pocos que bajaban de los vagones, por lo general viajantes con su muestrario o maridos que dejaban a la familia veraneando en el pueblo.

Hacia finales de agosto cayó sobre la peluquería un silencio exigente en el que deslumbraba el zigzaguo argentino de las tijeras. Como si obedeciera una consigna, también el pueblo se guareció en un manto de aspereza. Nadie formaba corrillos e incluso los perros se mostraban solidarios y no ladraban, como era su obligación, cuando algún forastero rondaba por las fincas donde pastaban los toros.

Con esta pesadumbre amaneció el día de la fiesta grande, y entre los viajeros del tren de la capital que aquella tarde llegaron al pueblo destacó un tipo desgachado con un cabás negro de modista del que asomaba, mal reprimido por la cinta que lo cerraba, la enseña roja y amarilla de la Patria.

El hombre tenía cabeza de alacrán y la rigidez de don Tancredo. Como si una banda fallera marcara sus movimientos bajó del vagón, cruzó las vías a paso de legionario y desapareció por el vestíbulo de la estación, poblado de

moscas.

Anocheía y un calor de horno atenazaba al pueblo. La luz agria del crepúsculo rivalizaba con la palidez de las bombillas. A la claridad mortecina de la hora, la figura del forastero se asemejaba a un forajido. En sus manos, el cabás de modista parecía un máuser. Y su mirada, despreocupada de lo que no fuese el horizonte, ostentaba la resolución de la fiel infantería cuando ataca.

Los niños le seguimos en formación un tanto paródica y multiplicábamos las conjeturas a medida que las desbarataban los hechos. Porque para nuestro estupor, el sospechoso comunista, destacado miembro del Politburó, pasó ante el cuartelillo de la Guardia Civil sin recibir el quién vive del centinela.

El bochorno que enloquecía a los gatos agrupaba a los vengejos en el hueco abandonado por el sol al retirarse tras los montes. Sentadas a la puerta de sus viviendas se abanicaban las ancianas. Los solteros, con la camisa blanca remangada por el codo, fumaban con la vista perdida y en un silencio grave.

Haciendo temblar la tierra seca regresaba de la dehesa la manada de vacas. Andaban por el centro de la calle, desorientadas y húmedas, y un niño de voz de gorrión las pinchaba con una vara de fresno.

Escoltando a nuestro ruso pisamos la plaza del baile entre remolinos de polvo que enronquecían la garganta. La orquesta, hasta entonces inactiva, empezó el pasodoble que canturreaba Florito cuando le hacíamos las preguntas que no quería contestar:

—*Manolete, Manolete, si no sabes torear pa qué te metes.*

Al oírlo, nuestro perseguido se tambaleó como si acabaran de apuñalarlo. Pareció por un momento que se llevaba a los ojos el pañuelo del sudor. Luego, perdiendo la compostura, echó a correr.

A toda velocidad desaparecimos en su busca mientras las parejas se enlazaban para bailar. Un anciano que empinaba un botijo continuó bebiendo golosamente sin afectarse por nuestra carrera.

Subiéndose la falda a media pierna una mujer con zapatillas de fantasía salvaba un charco pequeño respunteado de espuma. Un bebé volcaba la palangana donde se bañaba ante el desdén de sus hermanas que, relucientes para tanta miseria, saltaban a la comba.

Conforme nos alejábamos de la plaza sorprendió nuestros oídos una música distinta a la del metal de la orquesta. Era el acordeón de Florito, que

siempre al caer la noche arrastraba finos valeses junto a un barril de cerveza invertido, para soporte de la botella y la copa.

Bajo un cielo sin estrellas la música de Florito nos guió sobre la tierra ardiente. En la noche fosca, la blancura de un tendadero nos delató. Florito no esperaba esa visita porque dejó de tocar y se abrazó al enviado de Stalin.

—¡Gitano Bordás! —exclamó con la misma voz que cuando cantaba lo de Manolete.

Los niños acechamos la resolución del enigma a la puerta de la peluquería. A través de la cortinilla divisamos a Gitano Bordás en el sillón de los clientes, hundido en las manos el rostro de alacrán. Florito respetaba el dolor de su huésped que el eco festivo de la orquesta en la plaza del pueblo acentuaba tal vez, porque Bordás acompasaba sus contracciones de aflicción al ritmo del pasodoble.

—¡Islero mató al califa! —gemía Gitano Bordás—. ¡Luto en el planeta de los toros!

E incorporándose del sillón extrajo del cabás negro la tela patriótica.

—Taponé la cornada con el capote —dijo mostrándolo— pero no le devolví a la vida.

Blasfemando a discreción, Gitano Bordás refirió la tragedia del 28 de agosto en el coso de Linares. Se le escuchó en el silencio que desde ese día aplanaba al pueblo. Cuando terminó, Florito tomó las tijeras para la pregunta de rigor:

—¿Barba o peluca, Gitano Bordás?

—Córtame la coleta —respondió el hombre humillando el cogote de subalterno.

Pronunciamiento

A la sagrada hora de la paella, en el piso de modesta clase media decorado con espingardas y rodelas no cabe un alfiler. En la escalera mascan pipas los curiosos y dentro de la casa donde Antonio espera el momento del paseíllo, los correligionarios de guardia, repartidos por las pequeñas habitaciones, comparten escabeche y sardina frescua de la españolísima Santurce.

—Antonio, valiente —farfulla una garganta empastada por croquetas de huevo.

—Olé los machos —jalea un carnívoro cañí desplumando castañas pilongas.

Pero Antonio no sale a agradecer los vítores. Encerrado en el retrete de su dormitorio defeca entre gemidos.

—¿No ven que no está presentable? —metiendo mano a una bolsa de cortezas ladra la matrona con mantilla encargada de rechazar a los fotógrafos.

—Un hombre con bemoles como Antonio —pontifica el tonsurado pelando gambas— cuida mucho las evacuaciones.

—Por ahí se pierden las ideas —frasea el comisario de policía luciendo el garfio nicotinado del colmillo.

Quebrantado por el combate sobre la taza del aseo Antonio vuelve al dormitorio. La mujer de mantilla se olvida de la cazuelita de callos donde mojan el chusco cuartelero dos gitanos del Albaicín y embute a Antonio en los pantalones del uniforme.

—¡Epa! —alientan los testigos macerándose solidariamente la entrepiera.

Al ver a la dama forcejeando con las extremidades inferiores del héroe para marcarle paquete y trasero, el tonsurado levita y, al frente de un pelotón de horchateras valencianas que escancian gloria del Turia a quien les presenta copa, aúlla descomedido:

—Viva España, viva Antonio, vivan don Paquito el Chocolatero y nuestra Santa Madre Iglesia.

—Amén Jesús —murmura Antonio cuando la dama consigue ahormarle en

la prenda.

Cuatro audaces de la iniciativa privada gesticulan al mus en un gabinete donde cantan el dado del parchís y la ficha de dominó mientras las ancianas de la vecindad recorren los quince misterios del Rosario fortalecidas por el chocolatito espeso de Matías López.

—Es mucho peligro el que corre Antonio —grita un camarero que alza sobre la muchedumbre de ganapanes una bandeja con taquitos de serrano, aceitunas gordas, queso aceitado y fino oloroso.

Antonio descerraja el cinturón del correaje sobre su vientre sin grasa, cata con cautela bebida y sólido y hace gárgaras con perborato.

—Cómetelos crudos —aconseja la hembra de mantilla con un langostino entre los dientes.

Una banda metálica de pasacalle y chispún, formada marcialmente en la acera y regada con tinto peleón, empina los corazones de los curiosos con su fundamento chabacano.

—¿Es la hora? —indaga Antonio perfilándose al espejo el mentón montaraz.

—Siempre es la hora de España —vocifera el limpiabotas que fue gastador del Tercio.

—La Patria me llama —decreta Antonio cubriéndose con la montera de tres picos. Y los admiradores apalancados en el pasillo dejan bizcochos y almíbares para lanzarle claveles.

—Redaños, Antonio —anima la hembra de mantilla jamándose una empanada de chicharrones.

Antonio se zafa de entusiastas y conquista el interior del autobús que ha de conducirlo a las primeras páginas de la historia. Por eso cuando arranca el vehículo pregunta si la estrategia aprobada por los conjurados triunfó y el general Pavía controla el Parlamento.

—Jinete entró en el hemiciclo —se desgañita un estrábico ofreciéndole arropé.

—Pues que Dios reparta suerte —masculla Antonio relamiéndose el bigotón de húsar. Y sigue a través de la radio del autobús el golpe de Estado del militar decimonónico.

Cuando el vehículo aparca en la plaza de toros de Las Ventas Antonio amartilla la pistola:

—Todos al suelo.

Cacarea. Y al frente de la tropa pisa la arena del coso donde ya unas ametralladoras apuntan a la multitud que abarrota los tendidos.

—Con la venia, señor presidente —suplica Antonio antes de iniciar el pronunciamiento.

Pirotecnia

Para Ana Serrano Velasco

Madrid, castillo famoso que al rey moro alivia el miedo, cuando media el mes de agosto instala en su periferia la verbena de atracciones para solaz del ocioso, inactivo o currelante. Y el nieto de Malasaña, Empecinado, Daoíz, Clara del Rey y Velarde, con orgullo principesco que envidia el rey mahometano, planta su altivo desplante en el marco incomparable del recinto de festejos masticando gallinejas, disparando a los patitos o aspirando a la Chochona de la rifa altisonante.

De orujo y peluquería, ortodoncia y silicona, juanetes, braguero y plancha, la vanguardia proletaria husmea en los tenderetes con instinto de Mihura entre aroma de buñuelos, gomina, alquitrán y menta, algodón azucarado, esencia del moro Muza, opio, vainilla, canela y hachís barato y dulzón. Brinca el tobogán temible, rueda manso el tiovivo, intimida la sirena del cosmonauta lunático, equivoca el laberinto, aturde el juego de espejos y la cadena sonora que el altavoz desorbita rebobina en jeribeques de cintura hawaiana a la juventud adicta al decibelio y el rock.

«Son nuestras islas Canarias», canturrea el vocalista en el recinto del baile. Turbios de sangría y costo, los pandilleros del barrio reclaman marchita guay. Pero la orquesta inclemente sigue dando al pasodoble dedicación preferente. Jaquetona y jactanciosa, la madonna de suburbio que hoy teclea ordenadores o se atrapa en la cadena de unos grandes almacenes con ilimitado horario y limitado salario se encarama a la tarima de los músicos horteras a deponer la protesta de sus colegas colgados. «Por no querer complacer al público juvenil —avisa resabidilla esta emisaria del hampa que se adorna de amuletos y escapularios profanos como sus ancestros hippies— otros años corrió sangre». «Después, guapita, te atiendo», susurra el trombón de varas atufando a bienmesabe. Insatisfecha la moza, aduce rabisalsera: «¿Insinúa que sobramos o no nos tiene por gente?». Y cuando el instrumentista amenaza con la réplica —presta a convertirse en voz de diccionario secreto—, la

doncella le engatusa con la bebida fresquita que su mano contonea cual serpiente tentadora o manzana del Edén.

Duda el trombonista humilde entre aceptar el chantaje o salvar la dignidad y al fin opta por tragarse la contestación hiriente para mitigar su sed. Con muy fina reverencia expresa su gratitud por el don inesperado; y una vez hecho el cumplido, con menos contemplaciones arrebatada la bebida de la mano generosa, con boquita de glotón se abalanza sobre el vaso murmurando a las burbujas: «Ésta es la definitiva», y perdidas ya las formas, sin pensárselo dos veces ni plegarse a miramientos, en lugar de proceder a un sorbo de paripé —ese mojarse los labios de la cristiana crianza—, de temeraria embestida se endosa de un solo trago cubata, limón y hielos.

Con ser gruesa tal hazaña —disculpable en quien transita el Madrid canicular suplicando agua del grifo— lo más gordo viene ahora, porque después de apurar hasta las heces el vaso sin pararse a respirar, el profesional del son en su escabel permanece clavado de la impresión. Con ojos de desvarío devuelve a la jovencita el vacío recipiente; y mientras sudor helado sale de todos sus poros en esta noche de estío, el líquido trasegado fermenta en gas revoltoso en el magma de su estómago, sube por tráquea y esófago y, salvando la garganta, se le acumula en la boca inflándole los carrillos como al que anuncia Netol; y cuando parece a punto de complacer la demanda de su amiga la roquera posponiendo el pasodoble hasta las calendas griegas y atacando el ritmo macho del rock norteamericano, este esclavo de las fusas se deja de zarandajas, desarruga el entrecejo que enfurece su semblante, reitera silbando eses: «Ésta es la definitiva», y mandando a hacer puñetas las reglas de urbanidad, sin acogerse a sagrado, al Señor de los Ejércitos y a su Santa Madre Iglesia, en vez de lanzar al aire esa armonía de esferas con que Beethoven y Mozart embelesan el oído, da la espalda al pentagrama y a la pública opinión y eructa con prepotencia y severidad sinfónicas.

Más firme que don Tancredo al ataque del morlaco, el músico de verbena resiste el tantarantán de su cavidad torácica; y cuando el postrer aliento se evade de sus pulmones y en la atmósfera se funde con los miles de regüeldos que la sucia especie humana exhala cada segundo —obscena reminiscencia de su barbarie ancestral—, más ancho que Sancho Panza se relaja y comunica: «Cuando el amante del baile sosegado y apretado se desmarque de la pista porque a la piltra se oriente, os daremos el gustazo de reproducir las piezas del más crudo roquerío». Y su compromiso sella y la polémica zanja

con arpegio floreado de su instrumento de viento.

No ha terminado el acorde —y aún vibra el eructo fiero en la mente impresionada por su imponente redoble— cuando coincidentemente la verbena queda a oscuras y estalla la resonancia del fabuloso castillo de fuegos artificiales. ¿Quién no habrá de conmoverse? Callen los conversadores, reposen los magreadores, aquíétense bailarines, feriantes y paseantes, alcen los ojos bebés, niñeras y acompañantes, preescolares y egebés, que finalice la orquesta su acompasado bullicio, que los jóvenes suspendan su relación con el vicio y que tanto el pensionista como el parado o patricio, sin perder su sano juicio, examinen el portento expuesto a su beneficio: ¡llegó el momento propicio de que la noche se rompa con las luces y el contento de los fuegos de artificio!

Ante el gentil festival de fogatas de fogueo, y al ver que el cielo es la hostia de bonito que lo dejan los colores de esas flores rutilantes y sonoras, no hay ser humano en la tierra que en ese trance rechace agarrar la mano tibia, sudorosa y entrañable de su hermano de fatigas, sea pariente o pareja, para olvidar los rencores, disgustos y humillaciones que nos ofrece la vida y sentirse menos solo, más solidario y unido en lo que nos sobrepasa. Porque la cohetería de petardos y lindezas que tú desde abajo admiras por su gracia restallante te convierte en mequetrefe necesitado de afecto, es que te mueres de ganas de complacer y ser bueno, pues sólo cuando te embarga el miedo del más allá, con relámpagos y truenos sobre el ancho firmamento, te acuerdas de Santa Bárbara, que en el cielo queda escrita con papel y agua bendita.

Sordomuda ante el estruendo de pólvora valenciana y estupefacta del eco que su cubata produjo en el músico de viento, la joven contestataria dimite de dar la vara al trombonista grosero. Y porque cuando hay salud no afligen los desengaños, esta joven suburbana que se vio desatendida en su ingenua pretensión por quien no pasa de ser un artista del montón, da puerta a la ingratitud y somete su virtud a un baño de multitud. Con lo que poniendo a punto las curvas y redondeces que Dios Todopoderoso sembró estratégicamente en su chasis de tronío, dadivosa y flamencaza de la tarima descende. Y procurando repare ese músico indolente en la cadencia insolente de su trasero turgente; y encelando a cuantos ojos se distraen por un segundo de la bóveda tronada para admirar esa grupa que exige imperiosamente acometida ajustada, regresa junto a su gente garbosa y despampanante oscilando costillares, hombros, muslos, paletilla, caderamen y melena, entre

el asedio silente, rencoroso y apestado del picador y el cabrero, el de oficina, el manobra, el fontanero, el taxista y el vendedor ambulante, que en la verbena del barrio sobrellevan su existencia cutre, insatisfecha y sandia, derrochando las ganancias obtenidas del salario en el regocijo blanco, municipal y canalla que en el ecuador de agosto, Madrid, castillo famoso, celebra todos los años.

El pirata y la sirena

1. La conspiración

Hacia mediados de junio Vicente navegaba al mando de una tribu de bucaneros. Y aunque nadie dudaba de su entrega al oficio, pues se pasaba el día agarrado al timón sin apartar los ojos del horizonte, los marineros desconfiaban de sus iniciativas y hasta los corsarios más obtusos —que por su contumaz predisposición al abordaje entraron en el bergantín como polizones— se daban cuenta de la insolvencia de su capitán, porque eran sus directrices tan contradictorias e inoportunas que, de cumplirlas, tenían muchas posibilidades de irse a pique o, si viraban hacia la costa, de encallar y romperse la crisma en el promontorio mejor señalado.

Pero como también sabían estos hombres que de no acatar las órdenes de su jefe serían castigados con la pena máxima, no quisieron prolongar una situación en la que, tanto si obedecían a Vicente como si no le hacían caso, asumían un riesgo mayor del derivado de enrolarse en el corso. Porque ni el seguidor más flamenco de la bandera pirata se declara novio de la muerte, ya que si ése fuera su deseo estaría en algún destacamento de la Legión rindiendo culto al valor temerario y no cantando obscenidades en la bodega de un bajel proscrito.

Convencidos los corsarios de que su capitán les llevaba a un callejón sin salida, pues si aceptaban su ineptitud se hundían y si desafiaban su autoridad les ahorcaban, en la víspera de su onomástica se reunieron en la sala de máquinas y, sin apenas debate ya que la situación era límite, acordaron saltarse las ordenanzas que habían jurado —o prometido— defender y destituirlo por las bravas mediante la clásica operación sediciosa que siendo por definición imprevista nunca falta en los planes del buen militar.

No hubo móviles mezquinos en la confabulación y sólo el instinto de supervivencia, supremo bien ante el que las demás ambiciones ceden, les impulsó a privar a su superior de ese entorchado, galón, estrella o sardineta

que, como el coturno al enano, eleva artificialmente sobre sus iguales a quien lo calza.

Ya la conspiración en marcha, en la noche siguiente a la más corta del año y mientras Vicente descansaba en su camarote de las fatigas propias de su empleo, sus subordinados se deslizaron con pisada de lobo por las dependencias que únicamente visitaban de servicio. Amansando la bravura de sus botas en las mullidas moquetas de los despachos, que al hollarlas se marchitaban lo mismo que la yerba bajo el corcel de Atila, se incautaron de vajillas y marfiles, rescataron de la caja fuerte las barras de platino utilizadas en el empalamiento de los aristócratas y averiguaron el paradero de los baúles de oro y brillantes y de aquellos secuestrados a cuyas familias extorsionaban con la falsa promesa de su liberación.

Una vez que alcanzaron con sus ojos los más esquivos controles y tuvieron en sus manos la llave maestra que ponía a pleno rendimiento aquella máquina de navegar y guardar la ropa, se propusieron adular sus estómagos con el ron más selecto del bar de oficiales. Pero como la celebración se les subiera a la cabeza, ante la imposibilidad fisiológica de comunicar al capitán la razón de su algazara se valieron de quien no tenía esas dificultades por ser mudo, el cual redujo la proclama subversiva a tres golpes de aviso en la puerta del camarote de Vicente.

Sería el único detalle cívico de esos zafios. Porque según el proyecto de asonada que había terminado aprobándose por la voluntad de una mayoría simple, los piratas no acabarían con la vida de su capitán después de un juicio sumarísimo sino muy calmadamente, ya que tras despojarlo de cuanto llevara encima, desde los galones hasta los calzoncillos, a fin de degradarlo como jerarquía y también como alma de Dios, le conducirían de tal guisa y a paso ligero de un extremo a otro del buque, en patética despedida por el escenario de sus desatinos.

Al ápice de proa lo subirían después. Y suspendido de allí como estandarte y veleta, y a respetable distancia del ojo avizor para que su desnudez no alborotase la concupiscencia de los que, enardecidos por la castidad de la alta mar, no desperdician la ocasión de entrar al trapo sin contemplaciones por la primera abertura que se brinda a su inquietud —lo que ha promovido, además de sonoros gatillazos, el refrán de una novia en cada puerto y la desazón de los homosexuales poco escrupulosos cuando se avecina desembarco pirata—, quedaría a expensas del sol y de la nieve y del látigo de la lluvia y del

huracán, en estricta dieta y por tiempo indefinido, si antes no aliviaba su martirio la precisa ferocidad de las águilas.

De todo lo cual ni el oído más sensible se percataría, ya que una mordaza sobre los labios de la víctima no sólo le impediría comer y beber sino afligir con sus súplicas la soterrada ternura del corazón corsario.

2. El motín

¡Ay del confiado en que la fortuna apoya a los audaces! Si los bucaneros aducen este adagio para amotinarse no tardarán en purgarlo. De noche inician la revuelta como si fuera una novatada, aporreando el camarote de su jefe. Y antes de que Vicente logre enterarse de quién le sobresalta a esas horas y de qué coño quiere, han tumbado la puerta los que hace un momento la custodiaban.

Entra con ellos la confusión. Abandonada del decoro, la turba se arroja sobre la cama de aquel cuyo sueño estaban obligados a respetar tanto o más que su rango. Y quizá por el instinto procaz de la muchedumbre en cuadrilla o porque el mucho ron o la tradicional continencia del navegante acentúan su impudor, el caso es que cuando estos intrusos profanan el santuario de su capitán tras los aldabonazos de aviso y no se lo encuentran precisamente en perfecto estado de revista sino boca abajo y modorro, alentados por esa falta de compostura de la que participan tanto la insurrección como la pereza, pierden el respeto debido al yacente y le transmiten su infamia: lo desnudan, se le suben a las barbas y con salero salaz, no ya el de peores intenciones sino el mejor orientado de los asaltantes invade sin licencia de su dueño y contra su parecer expreso esa frontera que el estamento castrense, cuando se reclama varón, sella a las acometidas de los protervos con el mismo denuedo que Santiago cierra España, ya que en la inviolabilidad de su ano basa nada menos que su dignidad de hombre.

No competiré en chocarrerías con los insumisos enumerando sus abusos al atribulado capitán. Imaginémoslo después del desacato, corito como su madre le parió aunque con el desarrollo propio de sus años en cara, tronco y extremidades. Jadeante y zambo mide la superficie de cubierta de proa a popa y de babor a estribor, azuzado y vejado. Y cuando por su aspecto afligido y tumefacto debiera provocar la misericordia de sus verdugos, esos corsarios de

encallecidas garras le amordazan, lo amarran, y a la sincopada indicación de un pito que regula el empuje de sus brazos tatuados lo elevan a las alturas del bergantín mientras sus laicas gargantas entonan la Marsellesa.

Condenado a pasar allí el resto de sus días queda Vicente al albur de los elementos y no será el menos inocuo esa canción de los piratas que tan poco tiene que ver con la homónima de Espronceda. Porque cuando los bucaneros apátridas, con la melancolía que el mar propicia —y con su radical falta de instrucción— transforman en habanera el himno nacional francés, el cauto oído de Beethoven, que impresionado por este episodio inició su Quinta Sinfonía con los tres avisos del heraldo del nuevo orden —¡chan, tata, chan! — a la puerta del camarote de su superior, se indigna del cariz que toma una revuelta bendecida en sus comienzos por la intelectualidad de Europa, y orienta el segundo movimiento de la sinfonía que escribe —sexta de número y *Pastoral* de apodo— contra los que degradan una revolución y un himno. ¡Que nadie dude del afán vindicativo con que el compositor germano proyecta aires de fronda desde su pentagrama al mar austral, donde ese desecho de la perfidia berberisca rota sobre el eje del barco que capitaneó!

Circulando a su antojo por las ondas, música y vientos enlazan los hemisferios y cargan de rencor a unas nubes que aprovechándose de la oscura noche de junio —cerrada a luna y luceros— con el mayor disimulo se citan sobre el emplazamiento de los amotinados. Desde su cómoda altura aguardan el momento de atacar. Y sólo al tornadizo clima tropical cabe atribuir la extravagancia de que, cuando una temperatura propia del primer movimiento de la *Pastoral* de Beethoven invitaba a recrearse en la armonía de la naturaleza con la misma indolencia de Vicente en su lecho antes de ser destituido por sus compañeros de viaje, la súbita llamarada de un relámpago inicie el concierto de truenos y la descarga de lluvia sobre el desprevenido bajel.

Contagiado, el mar se envalentona, el estupor agarrota a los damnificados y ni la santabárbara del bergantín escapa de la quema. Las aguas torrenciales dismantelan el puente, inundan sótanos y camarotes, arrasan salones y cocinas y dispersan las joyas escamoteadas al reparto comunal. Perdida la razón y el equilibrio, los piratas añoran la voz amordazada de su cabecilla y aún osan implorar socorro a quien denegaron ayuda. Pero a la altura en que le situaron el jerarca no escucha apelaciones.

Cruje la cubierta y el vendaval desarbola el velamen. Atado al trinquete,

Vicente no acompaña en su suerte al barco que, roto y desguazado, tras pugnaz agonía se hunde con la tripulación.

Nadie le reza un responso. Como tantos otros galeones, el navío de Vicente deja entre las algas la bandera que con más codicia que provecho paseó por los mares del globo. Muere con él una instigación permanente al albedrío, montaraz en la forma, exquisita en la saña e inexplicablemente adicta a los refranes. Porque por fiarse de éstos los piratas se buscaron la ruina.

Aquí la fortuna desatendió a los intrépidos y protegió a los desamparados. Desde el poste de tortura que le ha salvado la vida, Vicente abre los ojos cuando la tempestad cesa. Y ante la desolación que contempla, desearía ser ciego.

3. La canción del pirata

¡Preferible mil veces arrancarse los ojos a que nos muestren la desgracia! A la deriva de los elementos circula Vicente por el espacio sin que se le conceda el favor de asentar su desventura. No puede dirigir el rumbo ni garantizar la estabilidad de su plataforma. Tampoco depende de él, sino del azar, la duración de su viaje. ¿Y a esto llamamos vida?

En la opaca noche se estimula su esperanza pero la claridad del día la desvanece. La herida del sol le acentúa su invalidez y la monotonía del entorno. Mas cuando las sombras le ocultan la miseria en que vive, Vicente se atreve a suponer que el caos no existe, que en el mundo hay sitio para todos y que si él concede a los demás un lugar en su memoria, es justo que los demás también le recuerden.

Con la seguridad que adquiere de noche, Vicente no necesita brújula. Aun en situación tan inestable como la suya, navega por la oscuridad con la confianza de un ciego. Y a semejanza de éste, perfecciona la sensibilidad de su oído pues ningún otro sentido aprovecha mejor la nostalgia de la vista.

En el panorama uniforme que registran sus ojos —pese al desplazamiento continuo en que se ve embarcado—, Vicente aprende a guiarse del oído para no perder imaginación. Porque gracias al oído puede dar consistencia a lo que no tiene forma.

Sólo al cerrar los ojos empieza a vivir Vicente. Cuando cae la noche y las

estrellas se apoderan del cielo se deja invadir por la música de las esferas. En la cadencia de las olas invisibles capta el latido de la eternidad y abrazado a tan dulce plenitud se olvida de su alrededor.

Su voz se incorpora entonces al concierto nocturno y la plataforma le traslada a otro ámbito donde el pasado cobra el resplandor de una falsedad convenida. En un escenario de dimensiones similares a las de su balsa, el náufrago se transforma en ídolo de multitudes que canta su epopeya sobre el puente de mando de un bajel pirata, cuando resistió agarrado al timón y con el precario escudo de un chubasquero la revuelta desencadenada por cuantos ansiaban desbancarlo de aquel ingenio de la navegación a vela.

Fue la más formidable tormenta de todos los tiempos pues ninguna posterior la superará. Pero Vicente sólo podrá rememorarla mientras dure la noche, porque cuando se difuminen las tinieblas que cobijaron su recreación y empiece el día, nada de lo que vea contribuirá a recordárselo. Lo mismo que llegó se habrá ido esa tormenta, reservando la explicación de su arbitrariedad al hechicero vaivén de las olas que acaban arrebatando mar adentro al incauto fascinado por su enigma.

Por eso cuando una espuma gris corona el horizonte y las luces de la aurora perfilan los contornos geográficos, Vicente no encuentra en lo que ve las referencias náuticas de su sueño: el oleaje no está embravecido, el cielo transmite calma, y la tierra parece próxima.

¡Maldita claridad que el desencanto confirma! A medida que el reinado de la vista se implanta se amortigua en la memoria del náufrago la influencia del oído. Y conforme la capacidad evocativa de Vicente remite, la realidad de lo que contempla desvirtúa las fantasías de su imaginación.

Llega un momento en que la claridad del día aporta lucidez a su mirada. Advierte entonces que los desechos de tempestades pretéritas que giran en torno a su plataforma no son reliquias marinas sino de seco, objetos prosaicos y nada heroicos, más propios de un escolar de provincia que del látigo de siete mares: maderas de pupitre, archivadores, pizarras, probetas de química, cuadros de mariposas disecadas y un bloc de espiral abierto por el centro del que desaparecieron —lamidas quizá por la lengua del mar— las frases prendidas con alfileres en vísperas de los exámenes de BUP.

Estos objetos que de noche se identificaban con la quimera emplazan a Vicente ante la realidad: aquel formidable corsario sólo existe en su cerebro de estudiante, la canción bucanera se apaga en sus labios de solista roquero y

la balsa de navegante es una plataforma de exhibición de la que descienden Vicente y sus amigos del conjunto musical Los Piratas ahora que su actuación discotequera termina.

El viaje corsario, el amotinamiento de la tripulación y la fiera tempestad azuzada por Beethoven constituyen el argumento de la canción interpretada por Vicente y su grupo roquero desde el piso estable y provinciano de asfalto y adoquines. Por calles privadas de la gracia del mar Vicente se encamina a su habitación de hijo de familia, testigo de su naufragio en sus estudios de BUP. Entra en casa cuando la penumbra aún retiene los delirios de la noche. A través de la ventana pasa a la terraza y a la altura de los tejados saluda al sol como si otease el porvenir desde el trinquete del bergantín. Ofuscado por la clarividencia de su orfandad —que la mañana inapelablemente consolida—, en vez de enviar su mensaje de socorro en una botella a la manera del náufrago clásico, Vicente confía su salvación a las canciones de su repertorio. Y su voz, entregada al paisaje de la ciudad que amanece, compite con la de la alondra cuando grita al alba su desconsuelo.

4. La aventura de las ondas

Desde la terraza de nuestra casa donde Vicente envía su canción a los náufragos de este mundo, las ondas trasladarán su voz al despacho de uno de esos promotores discográficos que por trabajar con el oído son, por definición, desconfiados de la vista. Pero antes de que eso ocurra y Vicente arrebate con su música el corazón de las masas, este hijo muecín me tiene que aprobar el BUP, y por ello invité a mi amiga Tránsito a esta historia de naufragios.

La vida de Tránsito es paradójica: licenciada en Química, se colocó en una fábrica de explosivos hasta que una acción terrorista destruyó su empresa; como es muy creativa no quiso quedarse quieta, y cuando escribía una novela sobre piratas vraiment charmante de la que he leído dos capítulos, nuevamente le asaltaron las contradicciones. Porque ella, que siempre defendió la primacía del sentido de la vista, entró de locutora en la radio local para calentarnos la oreja.

Y no nos lo podíamos creer: ¿Tránsito haciendo de Elena Francis? Y Tránsito replicaba: «Pas du tout! Estudié Química, pero como me han volado

los laboratorios donde trabajaba actuó de azafata de congresos, organizo conferencias, canto motetes, represento con los actores de la parroquia *Anillos para una dama*, desfilo en pasarelas benéficas, concurro a justas líricas, y ahora también me manifiesto en la radio, ¿pourquoi pas?, con un programa multidisciplinar de cultivo integral de la personalidad».

El programa de Tránsita se difundía en la sobremesa de los jueves y a su término nos reuníamos a comentarlo en la cafetería más chic de nuestra ciudad catedralicia y reposada. Y allí, un día de este mes de junio, Tránsita apareció complètement désolée.

Había sufrido un contratiempo. ¿Una violación? Pas possible, porque hubiera desconcertado al infame con su glamour de amante plural y ambigua. ¿Atraco callejero? Difícil, porque Tránsita usa esprays cegadores y llaves de kárate que dejan inválido al asaltante. ¿Embarazada? No ha nacido quien sorprenda a Tránsita con eyaculaciones precoces. ¿Una frustración política? Incroyable, porque Tránsita no transacciona. Maladies d'amour? Una independiente como ella no es esclava de los sentimientos. Alors?

—La radio —desveló Tránsita—. C'est fini!

Y retirando las gafas de sus ojos y frotándose las narices con el pañuelo refirió que al terminar de leer el capítulo más atractivo de su novela de piratas, ese en el que el protagonista sufre el amotinamiento de la tripulación a sus órdenes, el director de la emisora la llamó a su despacho:

—Tránsita, en esta ciudad los piratas no nos dan anuncios. ¿Por qué no ofreces en tu programa recetas de nouvelle cuisine?

Y no es que Tránsita lo desaprobase, porque la cocina, como todo lo francés, incita a la aventura cosmopolita. Pero ella pensaba incluir esas referencias culinarias como complemento o guinda —soufflé— del pasteo que se trae en su consultorio de libros —y bajo el seudónimo de Serenella— con sus amigotes de las editoriales madrileñas y catalanas —l'établissement—, cuyas ediciones dernier cri difunde por las ondas a cambio de que en su día publiquen sus folios de hazañas corsarias.

Nunca olvidaba mencionar en su programa de radio a tres o cuatro tipos de éstos y los libros que editaban. Así que los agradecidos decían: «Tránsita es transitiva», y los postergados: «Tránsita es intransigente». Pero desde que se lanzó al abordaje de unos y otros con su novela de piratas todos coincidieron en que Tránsita era «intransitable».

—Tránsita nos transita —se avisaban despavoridos—, huyamos.

Y cuando Tránsita Pompadour lloraba la desaparición de su programa de radio en la cafetería más céntrica de la provincia arzobispal y mediocre donde escribe novelas de piratas, no lamentaba la pérdida de un trabajo sino el hundimiento de esa plataforma de actuaciones de la que aspiraba a servirse para el salto a la fama avec la crème littéraire.

—Aunque me corten las alas —susurró la náufraga a sus amigas—, ¿me seguiréis llamando Serenella?

Y en el atardecer púrpura de junio, el deseo de Tránsita, envasado en un suspiro, surcó las ondas fenicias desde la cafetería más elegante de Zocodover, Espolón, Santa Teresa, Azoguejo, Collado o Campogrande —provincias, debout!—, hacia las tertulias cosmopolitas de Boccaccio o del Gijón. Pero en el trayecto se cruzó con mi hijo, el cateado guitarra de Los Piratas, que estaba como siempre en medio y desprevenido. Porque cuando preguntamos:

—¿Qué proyectos tienes, Serenella? —y al pronunciar el seudónimo de nuestra amiga nos daba la risa fácil, como con el porno de Canal Plis-Plas.

—Visitar las exposiciones de Madrid y Barcelona —replicó, cerrando los ojos a la prosa de la realidad, oh là là, igual que el pirata de sus ficciones cuando el día amarra el barco de sus sueños.

Moi, je lui comprends: intentaría reconquistar a esos amigos desagradecidos de Madrid y Barcelona que le regateaban su talento de novelista à la page. Pero ¿con qué dinero viajaría, ahora que había dejado la radio y ya no tenía para caprichitos?

—¿Por qué no echas una mano a Vicente? —le insinué, suponiendo que le gustaría ganarse el billete de transporte.

Y aunque se lo deslicé ¡al oído!, a Tránsita se le abrieron ¡los ojos! ante la posibilidad de enfilas rutas corsarias.

5. Cuando los sueños se cumplen

Cuando la discoteca cierra es como si el bergantín se hundiese. Con la llegada del alba los piratas roqueros arrian su bandera y un paisaje de chimeneas, antenas de televisión y tejados se despliega sobre lo que de noche parecía el mar. Desde la terraza de su casa Vicente se desengaña: la luz le dibuja un mundo a merced del movimiento armónico simple y de las leyes de

Ohm, donde los campos eléctricos sustituyen a las olas. Así que, al rescatar del naufragio su expediente académico, Vicente admite que no se le sublevaron los bucaneros sino las hibridaciones, que no ha quedado suspendido del trinquete del bajel sino de la combinatoria de tercero de BUP y que estando tan expuesto como el derrocado cabecilla pirata al sol, la lluvia y el cruel viento del Norte —que Beethoven se esfuerza en atemperar—, donde verdaderamente se juega la tête es en el instituto si no aprueba en septiembre, porque sa mère lo mete interno en un colegio de frailes. Con lo que el bravo timonel de la guitarra eléctrica que tantas noches encandiló las discotecas de los contornos con su conjunto Los Piratas, cambia al amanecer el uniforme de capitán por el más prosaico de repetidor; y mientras los coleguis de su edad resisten el bamboleo del aquilón o el lebeche sobre la vela windsurf, él se recluye en su habitación, angosta plataforma de sus sueños libertarios, a preparar las asignaturas cateadas en este junio de su pesadumbre en el que sa mère, para largarse de vacaciones con la conciencia tranquila, ha confiado su hijo corsaire a su amiga écrivain.

—Pasas por mi casa dos veces por semana, Serenella, y echamos cuentas a mi regreso, aunque no hay capital bastante en el Banco de España, rien ne va plus!, para pagarte el favorazo.

Así va hablando la madre de Vicente por el pasillo de su casa el día en que Tránsita Serenella viene a hacerse cargo del hombrón. Educado éste en la informalidad de su madre, que jamás respetó promesas ni juramentos, dormía a pierna suelta tras las fatigas propias de la noche roquera cuando la madre le sobresalta propinando trois! manotazos de aviso a la puerta de su cuarto: ¡los mismos que da el pirata mudo a la puerta del camarote de su capitán!

Vicente debiera aprender de la historia y no abrir los ojos cuando es de día y se le amotinan los reveses. Pero la puntualidad de Tránsita le acongoja y despabila.

¡Se les va a caer el pelo a los haraganes que no baldearon el piso de cubierta! Tránsita llega al dormitorio de Vicente sin cortejo porque su introductora en la casa corrió a atender le téléphone. Como es de natural desinhibido, no se queda en la puerta sino que accede hasta el fondo de la habitación donde se desentumece en su catre la atónita oruga roquera. Y como ese capitán gandul no ha tenido la amabilidad de darle la bienvenida con reverencia y taconazo, tal como ella describió en su novela de piratas, la entrada de Tránsita en los dominios de Vicente sufre el descrédito de la

realidad: ¡ella que se imaginaba subiendo al buque por la escalerilla, precedida del silbido de ordenanza que pone firmes a la tripulación!

¿Cuándo harán algo bien estos hombres? Ese capitán de quince años no va uniformado de gala sino con el meyba de Tarzán, y en vez de envarar la figura da vueltas por la leonera de su cuarto con la cabeza entre los hombros como un resentido. ¡Un mes de arresto, señor oficial, por su desidia indumentaria!

Pero los reproches de la profesora cesan desde que la desagradable realidad comienza a ser interpretada por su fantasía. Y porque una entendida como ella sabe valorar camarotes corsarios y decoración desenfadada, busca congraciarse con el roquero adolescente alabando esa manera pimpante de ir por el mundo.

—¡Quién tuviera tus años! ¡La vida nocturna! ¡Viento en popa a toda vela! ¡Un amor en cada puerto! ¡Ayayay!

Se aparta el flequillo de las cejas, suspira hondo, y con su pernicioso afición a la polisemia, indica a su alumno:

—¡Está usted en su ambiente, señor pirata!

Como el zarpazo de una ola que le raptara desde puerto hacia alta mar, así desarbola a Vicente la fantasía de la manguta que con un solo golpe de vista le considera instalado en este exilio de tierra firme. ¡Maldita sea mil veces esa ignorante! ¿Qué sabe de la vida la muy hortera? Con el disgusto pierde el timón y en vez de acomodar a la escritora en la mesa de estudio con el señorío de un Bogart, que coloca a la dama de sus pensamientos bajo el candil de carburo para admirarla desde la penumbra, Vicente hace lo que el junior de Minnesota o Arkansas cuando esconde la muda sucia de béisbol bajo la cama porque inesperadamente entró en su dormitorio la Princesa del Pollo Frito de Kentucky. Y como esa amiga de su madre, con la excusa de documentarse para su novela corsaria, fisga y revuelve en los banderines, mecheros y pósters piratas que los roqueros regalan a sus admiradoras, Vicente se empeña en un zafarrancho de limpieza peculiar que consiste en arrebatarse de las garras de aquella tía buitre los útiles de su actividad nocturna, negándose a contestar sus preguntas de plasta porque ahora es de día y ella ha venido a hacerle aprobar Química, no a manosearle la guitarra eléctrica ni la pata de palo ni los parches de bucanero tuerto, que son de la noche y de los suyos.

Ella habló de empezar la clase. Mas cuando él levantó la súplica de sus

ojos para ofrecerle asiento en la mesa de estudio no vio junto al ventanal a la entrometida amiga de su madre, ya que en vez de la licenciada universitaria que debía ayudarle a salvar el curso era una sirena similar a la de sus fantasías nocturnas la que se disponía a tomarle la lección.

6. El encantamiento

Inició entonces el joven capitán de bucaneros su travesía más arriesgada, y no porque el tifón zarandeara la cubierta o la diabólica configuración de los escollos exigiera un timonel de acreditada pericia, sino por su sorprendente dejación de funciones, tanto en lo relativo a la navegación como a los tripulantes. Pues contra lo que venía siendo su norma como capitán de la pandilla —cuya fama de escrupuloso y cabezota corría de boca en boca por los puertos discotequeros de los contornos—, ni extremaba el celo con la marinería ni con la marcha de la nave sino que, indolente y muy descuidado con ambas hasta el punto de cometer errores inadmisibles en un grumete, daba a entender con su indiferencia que se quedaba al paio.

De este modo, los que habían compartido su interés por la piratería y, fundamentalmente, por esa armonía de las ondas que en forma de alteración del silencio constituye música, estaban desconcertados por su repentino desapego, extraño en un tipo metódico que no cambia de opinión de la noche a la mañana y de cuyo amor al oficio no sólo eran testigos sus compinches sino también esos ávidos tiburones que en las noches de discoteca cercaban su plataforma de naufrago para deleitarse con la melancolía de su guitarra.

En vano intentaron los suyos que explicase su abandono. Vicente había levantado tal reserva sobre sus intimidades —insólita en quien nunca tuvo problemas de relación— que cuando se le acosaba a preguntas o se le instaba a la sinceridad automáticamente arrugaba el rostro, rechazaba el gesto amistoso y con talante airado se agarraba la entrepierna o esgrimía contra su interlocutor el tercer dedo de cualquiera de sus manos en posición erguida y vibrante, como si para prevenir intromisiones necesitara estos conjuros que, incorporados a su laconismo proverbial, le envolvían en un misterio mucho más cernido y hermético que la muralla china.

Si con tales groserías pagaba Vicente las solicitudes de sus cofrades, con una incorrección parecida actuaba cuando el demonio le cargaba el cubata

para forzarle a hablar, porque entonces, con la sindéresis disminuida por los vapores del ron, Vicente se apegaba al circunloquio, al pensamiento débil o al lenguaje premioso, y aunque no lo emplease para justificar su súbita apatía por lo que antes le apasionaba, tampoco indicaba los motivos de su abulia, con lo fácil que le hubiera sido desahogarse con la basca de Los Piratas.

Conforme pasaba el tiempo, lejos de volver la situación a sus orígenes reforzaba sus perfiles hoscos, corroborando que Vicente no confiaba ya en sus compañeros ni en su trabajo. Y como esta interpretación de su actitud se impusiese a otras, los restantes miembros del conjunto de Los Piratas decidieron apartarlo de la sociedad que formaban ya que en plena temporada de giras resultaba contraproducente aparentar una confianza que no existía. Y una de las últimas noches de julio en que el díscolo guitarrista acudió a darse una vuelta por lo que seguía considerando sus dominios —ese bar donde actuaba con el cerco de admiradoras en torno a la plataforma de madera—, Los Piratas le prepararon una encerrona.

Tuvo entonces que enfrentarse a una conjura contra la que no valían dilaciones, pues aunque apeló al chantaje reclamando costo del bueno antes de contar lo que le ocurría, la liberalidad de sus oponentes fue la mejor garantía contra sus argucias. De ahí que, impelido a explicarse —y más propenso tras la rayita de propina que se colocó en los aseos de la discoteca—, terminó declarando lo que tanto había tardado en confesar: que llevaba un tiempo a expensas del siroco y sin la antigua predisposición al abordaje porque le había secuestrado una sirena.

Bien pudo agregar la esperanza de que en septiembre, una vez aprobado el curso y ya sin efecto la amenaza materna del internado, pudiera quedar libre del hechizo de la sirena y reemprender la aventura del rock. Si Vicente quiso decirlo, sus interlocutores no se lo consintieron, porque tras un cruce de miradas por el que se reprochaban sus atenciones a quien les estaba tomando el pelo, sin avisar de que concluía el interrogatorio pasaron a la acción.

Con lo que había fumado y bebido Vicente no andaba lúcido —lo que quizá empañó su confianza—, pero al poco de iniciarse la bronca estaba medio muerto. Resistió los golpes de sus iguales como si afrontara una borrasca y no intentó —o no pudo— devolverlos. Es probable que cobrara la alícuota de irritación derivada de su esquivez. Y por paradójico que resulte, después de tanto tiempo taciturno no calló mientras le pegaban, empeñado en convencer a su cuadrilla de que no era mentiroso ni traidor y que ellos

acabarían como él más pronto o más tarde ya que ningún pirata se libra del encantamiento de las sirenas.

7. El superviviente

Al penetrar en la habitación de Vicente a media mañana, Tránsito se lo encontró lamiéndose las heridas de la bronca que le señalaron los piratas en el rostro. Sospechó al principio, como licenciada en Química, que a su joven capitán le había estallado un experimento de pólvora pero luego, por su oficio de novelista, le hizo víctima de un sabotaje, así que cuando le conminó a confesar la verdad, él —que bien había pagado la ingenuidad de soltar la lengua ante los que por ser músicos se guiaban del oído— prefirió no repetir la experiencia de implicar en su cambio de vida a una sirena porque estaba seguro de que ni ella misma iba a darse por aludida si se lo decía así. Pues aunque escribiese novelas de piratas, todos los naufragos de la literatura sólo operan con el sentido de la vista y les tiene sin cuidado lo que oyen. Con lo que Tránsito se marchó a la piscina tan contenta de que el asalto padecido por su estudiante se asemejara al levantamiento bucanero que describía ella en su novela.

Y mientras Tránsito se felicitaba de que su narración encajara tan ricamente en la realidad y la tarde canicular ceñía a la provincia con su ardiente brazo, Vicente había tomado la decisión más importante de su vida y se entretenía en trasladar desde su cuarto a la terraza los banderines, los pins, los parches, la muleta de Silver, las camisetas, los llaveros y las bufandas, esos objetos de unas noches que no volvería a compartir con sus amigos. Y de esta purga que pensaba practicar con sus antecedentes sólo excluía la guitarra, que se la legaría a Tránsito para que se acostumbrase a escuchar las recomendaciones de las ondas a los cortos de vista.

Como se le podía hacer larga la noche, ahora que ya no participaba de su encanto fingidor y especulativo, Vicente agrupó en pequeños montones los recuerdos que había llevado a la terraza. Se proponía hacer una hoguera con ellos al filo del amanecer para que los últimos humos de su vida anterior coincidiesen con la purificación del nuevo día. Tal como pensaba actuó. Cuando por el horizonte despuntó el alba, su cuerpo notó el peso de la costumbre. Con la amargura que le imponía la nostalgia —porque nunca más

volvería a realizar este viaje de ida y vuelta— regresó a su habitación para pasar por última vez de la ventana a la terraza, como hacía en sus noches de rock. Y ya con las primeras luces, encendió la fogata.

Pisando las pavesas del incendio perpetrado con los restos del naufragio, como seguramente describirían el suceso los periódicos locales, encaró el radiante amanecer sin pedir auxilio a los náufragos del mundo. Era el superviviente de una conjura desencadenada por sus compinches que le abocaba a cambiar de vida.

Desde esa nueva perspectiva saludó la mañana y se esforzó en rescatar del espesor de la noche, donde su ilusión lo desfiguraba, el agrio perfil de su instituto y de su habitación de hijo de familia, olvidándose para siempre de su camarote en el bergantín. Con todo, por más que no le temblara el pulso al diseñar su nuevo rumbo —y Vicente parecía adaptar su timón a la geografía de la madurez con menos resistencia de la previsible—, sintió un desfallecimiento cuando oyó ¡la sirena! de una ambulancia en ¡tránsito! que le invitaba a no aplazar sus compromisos.

Así que no lo demoró más; con entereza se despidió de aquella superficie de tejados que formaban el mapa de esa ciudad donde nació y en la que había previsto jubilarse tras una larga dedicación a la piratería. Y fiel a la intuición que nunca dejó de acariciar sus oídos, desde el trinquete de su tortura advirtió la galopada del mar sobre aquella planicie reseca antes de encomendar a las aguas que acogiesen su naufragio.

Rompiendo con sus planteamientos de adolescente, que eso era hacerse mayor, había saltado al vacío respondiendo a la convocatoria de la sirena y reclamando de ella que asumiese las consecuencias que desencadenaban sus mensajes. Al descolgar el teléfono percibió Tránsito la imprevista y muy desesperada apelación a una responsabilidad que desbarataba sus cautelas de adulta. Y por ese talante abierto que le inducía a comportamientos inverosímiles aceptó la propuesta del desertor del corso.

Fue la más sensata extravagancia de aquellos aventureros de agua dulce. Y aunque la prudencia aconsejaba no comunicar inmediatamente el acontecimiento a la mère, cuando ésta se enteró, lector amigo que tanto derecho tienes a informarte de las vicisitudes de tus contemporáneos como el esclavo de las ondas, la incredulidad fue la respuesta a la plus épouvantable et incroyable nouvelle que nunca leíste o escuchaste: porque no resultaba lógico, en efecto, que Vicente y Tránsito decidieran compartir a perpetuidad

un destino mucho más azaroso que el de alistarse en el barco de bandera enlutada que, impulsado por la literatura y los sueños, leva anclas, hincha la vela y larga amarras desde esa provincia española del interior donde el mar llama a la puerta cuando llega la noche.

Sobre el autor

Manuel Longares nació en 1943 en Madrid. Ha publicado las novelas: *La novela del corsé* (1979), *Soldaditos de Pavía* (1984) y *Operación Primavera* (1992) —que constituyen el ciclo titulado «La vida de la letra»—, *No puedo vivir sin ti* (1995), *Romanticismo* (Alfaguara 2001), que obtuvo el premio nacional de la Crítica, y *Nuestra epopeya* (Alfaguara 2006). Es autor de dos libros de relatos: *Extravíos* (1999) y *La ciudad sentida* (2007). Ha traducido el libro de sonetos de J. V. Foix Sol, *i de dol* (*Solo y dolido*, 1993).

© 2007, Manuel Longares
© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-8906-3
Diseño de cubierta ebook: María Pérez-Aguilera
Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué
Conversión ebook: Newcomlab S.L.L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[Portadilla](#)

[LA CIUDAD SENTIDA](#)

[Aviso](#)

[Leyendas](#)

[El farol](#)

[El asfalto](#)

[La Paloma](#)

[El garbo](#)

[Casticismo](#)

[Personajes](#)

[Carteristas](#)

[Truhanería](#)

[Milagro](#)

[El paleta](#)

[Poetas](#)

[Zúñiga](#)

[En las nubes](#)

[El patinador](#)

[Los difuntos](#)

[El asalariado](#)

[La hipoteca](#)

[El proceso](#)

[Postales](#)

[Ilusos](#)

[La suerte](#)

[Incompatibles](#)

[Aniversario](#)

[El espejo](#)

[Ángel Guerra](#)

[Las luces](#)

[Niebla](#)

[Canto de cisne](#)

[Ancianidad](#)

[Historias](#)

[Las urnas](#)

[El puente](#)

[Caprichos](#)

[Casta y Susana](#)

[Lavaderos](#)

[La lotería](#)

[Regalo de Reyes](#)

[Rebajas](#)

[Amor de sangre](#)

[Casualidades](#)

[La musa](#)

[La gaviota](#)

[Sherezade](#)

[El perejil](#)

[Escaparates](#)

[Otoño, 1950](#)

[Soñadores](#)

[Los desmontes](#)

[En el subsuelo](#)

[La embajada](#)

[Los lunares](#)

[De vacaciones](#)

[No me olvides](#)

[Despedida](#)

[EXTRAVÍOS](#)

[Perfil](#)

[Amores](#)

[Livingstone](#)

[Porque fue sensible](#)

[Milagro en Cibeles](#)

[Mancheguísima](#)

[El pretendiente](#)

[Calisto y Melibea](#)

[Metamorfosis](#)

[Equívocos](#)

[Belleza convulsa](#)

[Noche de juerga](#)

[En su punto](#)

[Morbo](#)

[El bandido generoso](#)

[Tengo tendencias destructivas](#)

[Corazonadas](#)

[Equivalencias](#)

[Ida y vuelta](#)

[Para enterados](#)

[Generalísimo](#)

[Pintura de época](#)

[Pronunciamiento](#)

[Pirotecnia](#)

[El pirata y la sirena](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)